



This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

- + *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
- + *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
- + *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
- + *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at <http://books.google.com/>



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

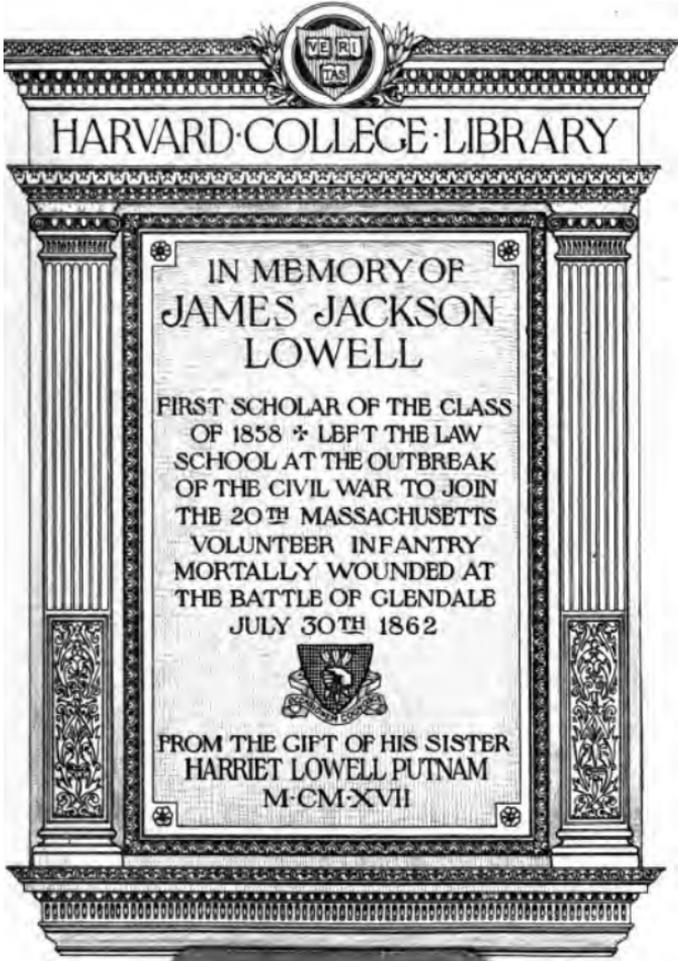
- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>



Jan 3967.10



HARVARD COLLEGE LIBRARY

IN MEMORY OF
JAMES JACKSON
LOWELL

FIRST SCHOLAR OF THE CLASS
OF 1858 * LEFT THE LAW
SCHOOL AT THE OUTBREAK
OF THE CIVIL WAR TO JOIN
THE 20TH MASSACHUSETTS
VOLUNTEER INFANTRY
MORTALLY WOUNDED AT
THE BATTLE OF GLENDALE
JULY 30TH 1862



FROM THE GIFT OF HIS SISTER
HARRIET LOWELL PUTNAM
M·CM·XVII



VIDA

del venerable.

D. FRAY HERNANDO DE TALAVERA,

PRIMER ARZOBISPO DE GRANADA,

CONFESOR Y CONSEJERO DE LOS REYES CATÓLICOS

DDN FERNANDO Y DOÑA ISABEL.

POB EL PBRO. D. PEDRO DE ALCANTARA SUAREZ

Y MUÑANO,

Capellan-Rector del Real Hospicio y Colegio de Desamparados de Madrid.



Con licencia de la Autoridad eclesiástica.

MADRID.

IMPRENTA DE D. EUSEBIO AGUADO. - PONTEJOS, 8.

1866.

Span 3969.10_



NOS EL DOCTOR DON JOSE DE LORENZO Y ARAGONES.

PREBÍTERO, CONSEJERO DE INSTRUCCION PÚBLICA, VICARIO, JUEZ ECLESIAÍSTICO ORDINARIO DE ESTA VILLA Y SU PARTIDO, ETC.

Por la presente, y por lo que á Nos toca, concedemos nuestra licencia para que pueda imprimirse y publicarse el manuscrito titulado Vida del Venerable siervo de Dios D. Fray Hernando de Talavera, por el Presbítero Don Pedro de Alcántara Suarez, mediante que de nuestra orden ha sido examinado, y no contiene, segun la censura, cosa alguna contraria al dogma católico y moral.

Madrid seis de julio de mil ochocientos sesenta y seis.

Dr. Lorenzo.

Per mandado de Su Señoría,

Lic. Juan Moreno Gonzalez.



PRÓLOGO.



No un vano alarde de piedad, ni el espíritu de paisanage, me impulsan á escribir la historia del infatigable apóstol y primer Arzobispo de Granada, Don Fray Hernando de Talavera. No la escribo tanto por ensalzarle, como por alabar al Todopoderoso, que tan digno le hizo de ser alabado; no solo para hacer ver cuán ejemplar y justificada fue su vida, sino para escitar con su ejemplo mayor deseo de imitarle. Perfecto modelo de virtud se ostenta este gran Prelado desde su nacimiento hasta su muerte. «Toda su vida sirvió á Dios este santo Arzobispo, dice un escritor coetáneo (1), porque siendo de poca edad acólito en una iglesia de Talavera se dicen

(1) El autor del Carro de las Donas, vida de Don Fray Hernando de Talavera.

cosas muy dignas de memoria, las cuales y otras muchas se dejan de contar por huir la prolijidad; y lo mismo se diria siendo estudiante en Salamanca, y mucho mejor siendo monje de San Gerónimo, y muy mejor siendo Obispo de Avila, y muy mas perfectamente siendo Arzobispo de Granada. Así que de este santo Arzobispo se puede decir con verdad que fue de virtud en virtud, y de estado perfecto en mas perfecto, hasta que vió á Dios en la gloria, la cual piadosamente creemos le dió Dios en galardón de sus trabajos. Muchas cosas dejamos de poner aquí de este santo Arzobispo; quien quisiere saber mas de este Santo, busque su vida, que muchos la tienen escrita, especialmente la que tiene el Señor Conde de Buendía. Allí verá el cristiano un espejo en que pueda bien conocer las maravillas de su vida.»

En efecto, muchas historias se han escrito de tan ilustre Prelado: mas por desgracia, en una época como la presente, en que tanto se escribe en todas partes, en que el suceso mas insignificante, la vida de cualquier persona medio notable, se publica en tantos escritos, folletos y biografías, no veo circular una siquiera que recuerde los hechos de un varón tan emi-

nente. Pareciéndome vergonzoso guardar silencio acerca de la edificante vida de tan nobilísimo compatriota, me propuse redactar una nueva, valiéndome al efecto de los copiosos datos que nos han legado la multitud de escritores que trataron acerca de nuestro héroe.

Los que se han consultado para escribir este libro son los siguientes.

«Vida del primer Arzobispo de Granada, de santa memoria, abreviada, dirigida al Papa viviendo el mismo Arzobispo, por Don Jorge de Torres, Maestrescuela de Granada.» Es un elogio ó relacion de méritos del Arzobispo, escrito en latin, del que existe copia entre los Mss. de la Biblioteca Nacional, G. 59. A dicho Ms. acompaña otro mas importante, y se titula «Breve suma de la santa vida del religiosísimo y muy bienaventurado Fray Hernando de Talavera, religioso que fue de la Orden del bienaventurado San Gerónimo, y primer Arzobispo de Granada; compuesta por un su devoto, el cual vió lo mas de lo que aquí dice, especialmente desde que fue Arzobispo de Granada; y todo lo que de él dice desde antes que fuese Arzobispo, supo de personas religiosas y muy fidedignas, á las cuales no menos se da el que esto

escribió, que á lo que él mismo vió.» El autor de este escrito fue el licenciado Gerónimo de Madrid, familiar de Don Fray Hernando de Talavera, y Abad despues de Santa Fe. De esta historia, que segun Fray José de Sigüenza, uno de nuestros autores clásicos, se imprimió poco despues de la muerte del venerable Arzobispo, se valió Fray Pedro de la Vega, monje gerónimo, para la que escribió del mismo en la historia de su Orden, libro 2, cap. 26 al 40; y de aquella y de esta se sirvió Sigüenza para la biografía de nuestro héroe, que escribió en la crónica de su Orden, parte 3.ª, libro 2, cap. 29 al 37, segun este afirma al principio de ella.

Tambien escribió la vida de nuestro Arzobispo, Don Alonso Fernandez de Madrid, Arcediano de Alcor y Canónigo de Palencia, familiar suyo, en la historia de esta ciudad. Existen varias copias en la Biblioteca Nacional y en la de la Real Academia de la Historia. Algun tanto compendiada se imprimió en Granada esta vida del Arzobispo el año de 1564.

No otras que las que me impulsan fueron las causas que á este movieron á escribirla, pues en la introduccion dice así: «Porque no se pierda la loable memoria de un

varon tan señalado, cual fué en nuestros dias el reverendísimo Don Fray Hernando de Talavera, primer Arzobispo de la nombrada ciudad de Granada, como se han perdido otras muchas por falta de escritores, parecióme haria en parte servicio á Dios, de cuya mano proceden todos los Bienes, y en parte honra y provecho á los de nuestra nacion, en ponerles por escrito sus obras, para que los que lo leyeren den gracias á nuestro Señor considerando no ser abreviada su poderosa mano, pues en todos tiempos y en todas naciones tiene por bien de sostener y conservar algunos siervos suyos, por cuyo ejemplo se edifiquen los otros, y tambien porque los prelados que agora son y despues fueren, tengan á la mano y ante los ojos un tal dechado, donde puedan sacar hermosas labores. Pero antes que comience, protesto *coram Deo et Angelis ejus*, que so pena de su indignacion, diré verdad en todo lo que dijere, porque lo vi por mis ojos, y lo oí por mis propios oidos, á veces al mismo Arzobispo, en cuya casa y escuela algunos años me crió, y á veces á personas fidedignas; y que temo errar mas por quedar corto, dejando olvidadas muchas cosas verdaderas, que por alargar me en decir las que son falsas.»

En el citado libro titulado *Carro de las Donas*, impreso en Valladolid, año 1542, se halla una biografía de Don Fray Hernando de Talavera. Un religioso observante de Valladolid, familiar del Papa Adriano VI y despues predicador del rey Don Juan III de Portugal, dice Don Diego Clemencin (1), fue el autor de este libro raro, en que tradujo y refundió con muchas adiciones é interpolaciones el que con el título de *Libro de las Donas* habia compuesto en Lemosin Fray Francisco Jimenez, de su misma Orden, que floreció en el siglo XIV. Han sido inútiles las diligencias que he practicado para averiguar el nombre del religioso de Valladolid: como quiera, su testimonio es muy respetable como de autor coetáneo, y particularmente instruido en las interioridades de la familia real de Castilla, segun aparece de sus mismas declaraciones. No espresa el autor si conoció á Fray Hernando, pero muchas de las cosas que refiere, afirma saberlas por los mismos que le conocieron y trataron.

Tambien escribieron la vida de nuestro Arzobispo los siguientes: El maestro Alonso de

(1) Tomo VI de las Mem. de la Real Academia de la Historia, ilustrac. XXI.

Villegas en su *Flos sanctorum*, parte 3.^a, impreso en Toledo, año 1538. El R. P. Fr. Juan de Marieta, en su historia eclesiástica de todos los Santos de España, impresa en Cuenca año de 1596. D. Justino Antolinez, Arcediano de Granada, en su historia Ms. de la misma ciudad, escrita á principios del siglo XVII. Don Francisco Bermudez de Pedraza, canónigo y tesorero de la santa iglesia de Granada, en su obra de la antigüedad y escelencias de esta ciudad, impresa en 1608; y con mucha mas estension en la historia eclesiástica de la misma, impresa en 1636. A la misma época pertenecen las tres biografías del venerable Arzobispo, que escribieran en sus historias de Talavera de la Reina, el Licenciado Don Cosme Gomez Tejada de los Reyes, Capellan mayor de las Religiosas Bernardas Recoletas de la Encarnacion de la misma, y los monjes gerónimos Fray Andrés de Torrejon y Fray Alonso de Ajofrin. De estas tres historias, que aún permanecen inéditas, existen copias en la Biblioteca Nacional y en la de la Real Academia de la Historia. Don Gil G. Dávila entre los obispos de Avila, en su Teatro eclesiástico. Algunas otras biografías de nuestro Arzobispo se citan, entre

ellas una en latin escrita por Don Francisco Gomez de Talavera, mas no ha sido posible hallarlas.

Además de todos estos, han tratado acerca de Don Fray Hernando de Talavera, con mas ó menos estension: Don Juan Tamayo Salazar el 18 de agosto en su Martirologio; Don Juan Antonio Ferreras en su Historia de España, siglo XVI; los Bolandos el 14 de mayo en su famosa obra *Acta Sanctorum*; Don Nicolás Antonio en su Biblioteca; los historiadores de los Reyes Católicos, Bernaldez, Pedro Mártir de Angleria, Hernando de Pulgar, Oviedo, William H. Prescott, y otros; el P. Juan de Mariana en su Historia de España; Alvar Gomez de Castro(1); Luis del Mármol, Rebelion de los moriscos; Bleda, Crónica de los moros; Hurtado de Mendoza, Guerra de Granada; Ardilla, Historia de los Condes de Tendilla; Quintanilla y Flechier, en sus historias del Cardenal Cisneros; Villanueva, leccion de la Sagrada Escritura en lenguas vulgares; el P. Enrique Florez en su obra titulada Reinas Católicas; Memorias de la

(1) De rebus Gestis Card. Ximenii.

Real Academia de la Historia, tomo VI; Don Miguel Lafuente Alcántara, Historia de Granada, tomo 4; Don Modesto Lafuente, Historia general de España, tomos 9 y 10; D. José Amador de los Ríos en su Historia crítica de la literatura española, tomo VII; y otros muchos escritores, que seria prolijo referir. Además de las citadas obras, se han tenido á la vista las informaciones hechas en Granada, año de 1507, sobre las virtudes y milagros de nuestro Arzobispo, de cuyo proceso existen varias copias entre los manuscritos de la Biblioteca Nacional y de la Real Academia de la Historia.

Fuéramos interminables reproduciendo aquí los multiplicados elogios que estos y otros muchos escritores tributan á Don Fray Hernando de Talavera. Apenas se cita su nombre sin algun pomposo épiteto, como humanitario, bondadoso, espiritual, caritativo, varon cuyo nombre se pronunciará siempre con veneracion y respeto, piadoso, venerable, bienaventurado, santo y santísimo. Sensible es que no se haya puesto mas conato en elevarle á los altares á pesardel gran concepto de santidad que siempre gozara, tanto que aun viviendo era llamado en tu España *el Santo* ó *el buen Arzobispo*, segun t

escritor coeláncico (1); concepto acrecentado después de su muerte con las maravillas que Dios ha obrado por su intercesion, de las que se formó proceso el año mismo de su muerte, época desde la que se ha tratado de su beatificacion y canonizacion, como dicen Sigüenza, Bermudez de Pedraza y los Bolandos. Hora es ya de hacer un esfuerzo supremo, uniéndose el clero, los Reyes y los pueblos, trabajando incesantemente hasta conseguir ver en ellos á un hombre á quien tanto deben la religion y la pátria. Dios nuestro Señor, que tan glorificado ha sido en este infatigable operario de su viña, nos concede en el reinado de la segunda Isabel, ver ornado con la brillante aureola de los bienaventurados, al que la primera llamaba *su Santo*. ¡El Señor acoja benigno los votos dirigidos al efecto en este dia, en que se cumplen 359 años de la preciosa muerte de nuestro héroe!

Madrid 14 de mayo de 1866.

(1) Oviedo, Quincuagenas, dial. Talavera.

SONETO

en alabanza de Don Fray Hernando de Talavera, primer Arzobispo de Granada, compuesto por el Dr. Hernando de Villareal.

Fenix de nuestro siglo, norte y guia
 De aquellos que apascientan los ganados
 En las claras corrientes y sembrados
 De aquesta militante hierarquia.

¿Cómo te alabará la lengua mia,
 Inficionada y súcia con pecados?
 ¿Cómo dirá tus hechos tan loados,
 Si Dios su clara lumbre no me envia?

O buen pastor, Hernando el valeroso,
 A quien muchas lenguas canonizan,
 Humilde, limosnero y muy prudente,

Espejo de perlados luminoso,
 Y freno para aquellos que deslizan
 Del pastoral oficio fácilmente.

Este soneto se halla al principio de la citada Vida de Don Fray Hernando de Talavera, impresa en Granada, año de 1564.



VIDA

del venerable

D. FRAY HERNANDO DE TALAVERA

PRIMER ARZOBISPO DE GRANADA.

CAPITULO I.

Su patria, nacimiento y primeros años.

• En los confines de los montes Carpetanos, de los Vettones y de la antigua Lusitania, se halla, dice el P. Mariana (1), una noble y rica poblacion, cuna de insignes ingenios, conocida por Tolomeo con el nombre de Libora, por Livio con el de Evora, en tiempo de los Godos con el de Elbora, y actualmente con el de Talavera. Ocupa una llanura que tiene de ancho cuatro mil pasos, y mucho mas por la parte superior, que se halla regada por abundantes aguas, y

(1) En el principio del tratado de *Rege et Regis Institutione*.

principalmente por las del Tajo, célebre y famoso por sus brillantes arenas de oro, por su dilatado cauce, y por los muchos rios que le enriquecen y pagan tributo. Las murallas son de muy sólida construccion, y con muchas y elevadas torres, de un aspecto imponente. En alabanza de dicha poblacion, pues en ella nacimos, mas conviene guardar silencio que decir poco.»

Sería inoportuno trazar aquí una descripcion prolija de ella: baste decir que repuesta de notables contratiempos y descalabros, con motivo de las vicisitudes de la reconquista en tiempo de los sarracenos, adquirió un esplendor que desconocian las principales ciudades del reino, y aun envidiaban los pueblos mas fértiles ó mercantiles. Tomó su comercio un vuelo considerable, y fijaron su residencia en ella muchos títulos y dignatarios, que la engrandecieron con suntuosos edificios; influyendo todo esto para que el Rey Don Alfonso XI la escogiese, como prenda de raro valor, para darla en arras á su esposa Doña María, de cuya posesion la tomó mas adelante Doña Juana Manuel de la Cerda, mujer de D. Enrique II, á lo cual debe el sobrenombre que lleva, de *Talavera de la Reina*.

En todas épocas ha producido esta poblacion varones eminentes en virtud, letras y armas, y fuera digresion pesada hablar de todos ellos: pudieran citarse en tal concepto los santos hermanos Vicente, Sabina y Cristeta, sacrificados por nuestra

santa fe católica en la ciudad de Avila el dia 27 de octubre de 307. Don Pedro Tenorio, Arzobispo de Toledo, á quien debe Talavera los magníficos edificios de la iglesia Colegial y el monasterio de San Gerónimo. Don Fr. García de Loaisa, de la Orden de santo Domingo, Maestro general de la misma, Comisario de Cruzada, Presidente de los Consejos de Indias y de Estado, Obispo de Osma y de Sigüenza, Confesor del Emperador Carlos V, Inquisidor general, y Arzobispo de Sevilla y Cardenal, que está sepultado en la magnífica iglesia de Santo Domingo de Talavera, construida á sus espensas.—Don Gil Carrillo de Albornoz, Colegial en el mayor del Salvador de Oviedo en Salamanca, Regente del Consejo Real de Navarra, y su virey y Capitan General, Arcediano de Valpuesta en la Santa iglesia de Burgos, del Consejo de la Suprema, Embajador en Roma, Plenipotenciario para la paz de Italia, Gobernador de Milán y Capitan General de su ejército, del Consejo de Estado, presbítero Cardenal de San Pedro *in Monte Aureo* y Arzobispo de Taranto, que murió en Roma á 19 de diciembre de 1649, siendo traído su cadáver á Talavera, y sepultado en la iglesia de religiosas Cistercienses Recoletas de la Encarnacion.—Don García de Loaisa y Giron, Arzobispo de Toledo, limosnero y Capellan mayor de Felipe II, y ayo de su hijo Felipe III, que publicó la coleccion de Concilios españoles y varias obras de historia y biografia.—Don Juan Mene-

ses, Obispo de Zamora.—Don Juan Suarez de Carbajal, Obispo de Lugo.—El P. Jesuita Juan de Mariana, cuya gloria va unida á su nombre, y el venerable hermano Pedro Diaz, individuo tambien de la esclarecida Compañía de Jesus.—Fr. Gabriel de Talavera, monje gerónimo, Visitador general de su Orden, Prior de los monasterios de Granada, Talavera, y varias veces del de Nuestra Señora de Guadalupe, en cuyo famoso santuario eternizó su memoria por las costosas obras que emprendiera, y del que fué además su primer historiador (1).—Don Rodrigo Arias Maldonado, del Consejo de los Reyes Católicos.—Don Fernando, Duque de Estrada, Mayordomo de la Reina Doña Juana.—El adalid D. Bernardino Meneses, que condujo seiscientos naturales de Talavera á la conquista de Oran, donde tomó una puerta, cuyas llaves, con la bandera que arrebatara á los moros, le fueron regaladas por el Cardenal Cisneros, y él colocó en el santuario de la escelsa patrona de su pátria, Nuestra Señora del Prado.

Entre estos y otros preclaros varones cuya noticia se omite, los cuales enaltecieron el suelo que les viera nacer, brilla cual astro de primera magnitud el esclarecido D. Fr. Hernando de Tala-

(1) A instancias y por encargo de este religioso, escribió D. José de Valdivieso su famoso poema sobre la vida de San José, segun declara él mismo en el Prólogo de su obra.

vera, Apostol y primer Arzobispode Granada, gloria inmortal de la Orden de San Gerónimo, lumbrera de la Iglesia española y honor de Talavera de la Reina, donde nació, año de 1428 (1), de nobles padres, pero mas ricos de virtudes cristianas que de bienes terrenos, pues eran labradores de mediana fortuna, á pesar de su enlace con los ilustres Señores, despues Condes de Oropesa. Además de Hernando consta tuvieron una hija, llamada María Suarez, que casó con Francisco de Herrera, de cuyo enlace nacieron, un varon, que llevó el nombre de su padre, y dos hembras, llamadas María y Constanza. En vano se ha procurado investigar el mes y dia del nacimiento de este gran Prelado, y nombre de los venturosos padres que le dieran el sér: increíble parece se ignore esto, habiendo escrito su historia autores coetáneos, dos de ellos familiares suyos.

Cuando nace destinado un hombre para grandes empresas del servicio divino, comunmente es desde luego dotado de aquellas disposiciones necesarias al cumplimiento de sus altos designios. Tal era en efecto la mision que debia llenar Hernando de Talavera, en quien se admiró desde la aurora de su existencia tal fondo de virtud, que pudo presagiar al infatigable apostol y fervoroso prelado que tan saludable influencia habia de ejercer en los destinos del

(1) Es tradicion nació en la calle del Contador, en la casa núm. 7, llamada casa de los Ezquerras.

pueblo español, con especialidad en la parte que aún yacia en las tinieblas y sombras de la muerte.

Desde que pudo poseer alguna idea acerca de la Divinidad, no solamente la acarició Hernando, sino que aun pudiera decirse que el amor se anticipó en su alma al conocimiento, espresion que pareceria atrevida á no comprobarla los hechos. Impresion superior á su tierna edad hicieron en él las primeras lecciones de virtud que recibiera de sus padres, manifestándose de esta suerte las particulares bendiciones de dulzura con que le prevenia el cielo, y lo mucho que de él podian prometerse la religion y la pátria. A manera de un arbol plantado junto á las corrientes de las aguas, veíasele crecer de dia en dia en todo género de virtudes, y brotar los mas bellos retoños de amor divino, humildad y pureza. Tan felices preludios movieron á sus virtuosos padres á dedicarle al servicio de Dios en la insigne iglesia Colegial de Santa María la Mayor, que en 1211 fundara en Talavera de la Reina el Arzobispo de Toledo Don Rodrigo Jimenez de Rada, siendo recibido en ella como seise, ó niño de coro, á los cinco años de su edad.

Habiendo gustado y visto cuán suave es el Señor, no acertaba Hernando á separarse de su adorable presencia: de aquí es que, impulsado por un instintivo movimiento que sentia en su alma, pasaba largos ratos arrodillado al pie de los al-

tares, orando con las manecitas cruzadas, no sin inspirar devoción á cuantos lo observaban. Lejos de parecerle molesta carga ayudar en la santa Misa, como acontece á muchos de su clase, formaba sus mayores delicias tan santa ocupación, reflexionando que además de la inefable dicha de estar mas próximo á Jesucristo y de participar de un modo especial del santo sacrificio, ejercía un ministerio propio de los ángeles, los cuales, dice San Juan Crisóstomo, asisten al altar, real aunque invisiblemente; consideración que le escitaba á desempeñarlo con gran fervor y compostura. Desahogando su acendrado amor á la Reina de las vírgenes, frecuentaba el gran santuario que, con la advocación del Prado, tiene la celestial Señora en Talavera desde la mas remota antigüedad; rindiendo allí á la Virgen Inmaculada los homenajes de su filial afecto, mientras los niños de su edad buscaban solaz en los juegos propios de la infancia.

Tan edificante conducta no podía menos de atraerle las simpatías del cabildo colegial, á quien cupo la gloria de que su magnífico templo fuese elegido por el Señor para sólida base de la eminente santidad de este gran siervo suyo, y la de haber cooperado á su santificación y enseñanza, pues prendados de la virtud, docilidad y talento de Hernando, no solamente fomentaron los Canónigos sus relevantes virtudes, sino que, además de la música, cuidaron de enseñarle las primeras letras. Estudió despues

la gramática latina, con tan rápidos progresos que muy pronto fué hallado digno de suplir la ausencia del profesor; con la particularidad de que en nada entibiaba su fervor la aplicación al estudio, antes bien se auxiliaban mutuamente la oración y las letras. Jamás necesitaron hacerle la menor advertencia los superiores tocante á sus deberes: los juegos, diversiones y pasatiempos de los niños de su edad, no tenían para él atractivo alguno, constituyendo todas sus delicias la frecuencia de Sacramentos, sermones y libros piosos. El templo, el aula y casa paterna formaban el breve círculo de sus pasos; presentándose siempre con tal compostura y modestia, que edificaba á cuantos le veían. Desde la infancia miró ya á los pobres con especial ternura, y valiéndose de mil industrias, sugeridas por su ardiente caridad, compartía con ellos cuanto venía á sus manos capaz de aliviar la indigencia.

En una palabra, en la edad de las ilusiones nada hubo en Hernando que se resintiese de los naturales instintos de la puerilidad: intachable en su conducta, modesto en sus acciones, cauto en las palabras, edificante en el trato, benigno y afable con todos, pareciendo un Daniel que en su adolescencia había sabido granjearse la corona de la ancianidad. Tan bellas prendas, unidas á su noble índole y esclarecido talento, no podían menos de cautivar el corazón de cuantos le trataban, principalmente el de sus

padres y maestros, escitándoles á amarle con particular cariño, sin que inspirase la preferencia, celos ni envidias en los demás niños, por justificar bien cualquier distincion el indisputable mérito de Hernando.

CAPITULO II.

Carrera literaria de Hernando en Salamanca. Ejemplar conducta siendo estudiante.

Como la divina Providencia tenia altos designios sobre Hernando de Talavera, le abrió dilatado campo para formarse un sábio consumado, puesto que en él habia de ser la ciencia uno de los principales elementos con que habia de contribuir á la propagacion y defensa del Catolicismo. Terminado con notable aprovechamiento el estudio de las humanidades pasó algunos dias en Oropesa, villa distante seis leguas de Talavera, en casa de su tio el señor de aquel pueblo, D. Fernando Alvarez de Toledo, que le amaba tiernamente. Conferenciando con el candoroso niño, concibió su tio las mas halagüeñas esperanzas á vista de su claro talento, feliz memoria y notable aplicacion; por lo que no solo aprobó la decidida inclinacion que manifestaba al estado eclesiástico, sino que escitó á sus padres á fomentar tan bellas dotes, enviándole á la céle-

bre Universidad de Salamanca, ofreciéndoles protección y apoyo para darle una brillante educación. Quince años contaba cuando, accediendo gustosos al ventajoso partido que se les ofrecía, enviaron sus padres á Fernando á dicha población, para que estudiase Artes y Teología en aquella Universidad, que á la sazón era el centro principal del saber en España; quedando altamente persuadidos de que á pesar de ser comúnmente los estudios funesto escollo de la juventud, jamás desmentiría su hijo la noble y piadosa educación recibida en su país natal. Separado del hogar paterno y hecho por lo tanto absoluto dueño de todas sus acciones, no abusó de esta libertad, como multitud de estudiantes, disipando su espíritu con la relajación y holgazanería; antes bien se aplicó al estudio con tan asombrosa actividad, que muy pronto mereció ser por sus adelantos la gloria de sus maestros, la admiración de sus condiscípulos, y el jóven más celebrado de toda la ciudad: de aquí es que fué siempre propuesto como tipo de virtud, aplicación y aprovechamiento á cuantos cursaban en aquellas aulas.

No para vana ostentación de sábio, sino para serlo realmente, es decir, no para atraerse los aplausos mundanos, sino para agradecer á Dios, era tan estudioso Hernando; preparándose de este modo con el indispensable caudal de ciencia, propio del alto cargo de obrero evangélico, á que venia destinado por la Pro-

videncia. En los años que cursó en tan célebre Universidad, llenó su alma de los mas sublimes conocimientos de la sagrada Teología, siendo su predilecto estudio el de las santas Escrituras.

En medio de sus tareas literarias no olvidaba Hernando, que en el amor y temor santo de Dios consiste la principal ciencia del cristiano; de aquí es que firmemente adherido á la virtud le vió Salamanca tan puro en medio de la corrupcion como á Lot en medio de Sodoma; tan candoroso é inocente á pesar de los malos ejemplos, como Abraham en el seno de un pueblo idólatra. En las aulas donde formaba su inteligencia con el estudio de las ciencias, y aun en aquellas concurrencias de que no podia prescindir, segun los principios de la buena sociedad y de una esmerada educacion, era el deber su único objeto, y la virtud compañera inseparable de todas sus acciones. A pesar de su tierna edad sabia apreciar el tiempo como un tesoro que, malogrado, no es posible resarcir su pérdida; razon por la que fué toda su vida capital enemigo de la ociosidad, detestándola como un crimen que jamás hubiera podido perdonarse. En Salamanca como en Talavera, las iglesias y monasterios, el aula y su casa componian comunmente el breve circulo de sus pasos, pudiendo aplicarse lo que San Gregorio Nancianceno dice de sí y de su amigo San Basilio: Que cuando es-

tudiaban en Atenas, dos calles solas sabian: la una que iba á la iglesia, y la otra á las escuelas (1). «Jamás salia de casa en anocheciendo, dice un historiador (2): entre dia iba y venia á las escuelas con tanta compostura como si ya fuera monje gerónimo. Los ojos bajos y todo él sin derramarse; y desde niño se nació así; y tan honesto en obras y palabras, que todos afirman fué siempre su vida llena de castidad y limpieza. Argüia esto su robusta vejez, pues con haber hecho tantos extremos de penitencia estaba ágil y fuerte aun para trabajos extraordinarios, privilegios de virginidad, que aun en esta vida gozan los cuerpos de cierta manera de incorruptibilidad. El mayor entretenimiento que nuestro buen estudiante tenia, era irse á algun monasterio los dias desocupados; buscaba los varones devotos y santos, comunicaba con ellos sus ejercicios y sus dudas, descubriales sus pensamientos, y mejorábase tanto con este trato, que volvía á su casa enriquecido de los despojos que sacaba de tan santos entretenimientos.»

La edificante conducta del jóven Hernando necesariamente habia de cautivar el corazon, tanto de los profesores que dirijian su educacion, como de todos los condiscipulos: de aquí es que, valiéndose del alto ascendiente que so-

(1) Nanzianzen. in orat. in laud. Basili, orat. 20.

(2) Fr. José de Sigüenza.

bre estos gozaba, atrajo á muchos al amor de la virtud, á veces con suaves consejos, y siempre con el poderoso estímulo del buen ejemplo. Ponia especial cuidado en dirimir las cuestiones que ordinariamente se promueven entre estudiantes, amonestando á los contendientes con edificantes reflexiones, llevando de este modo la paz, tranquilidad y armonía aun á los círculos de los mas discolos y pendencieros.

Cuando satisfecho y gozoso, sin otros pensamientos que los de su aprovechamiento en la virtud y en el estudio, se hallaba el virtuoso jóven, un terrible golpe vino á herir su tierno corazon: tal fue la muerte de su amable protector, D. Fernando Alvarez de Toledo, y con ella, la falta de recursos para continuar su carrera literaria, por la escasa fortuna de sus padres. Aunque sintió el golpe, no se abatió Hernando: su alma grande, criada para el heroismo, supo remontarse sobre todo lo terreno, fijándose en lo celestial y eterno. No queriendo ser molesto á nadie, bien pronto improvisó medios para continuar la carrera de sus estudios. Como tenia escelente forma de letra, segun manifiestan los escritos autógrafos que de él existen, dedicóse á trasladar libros en el tiempo que le permitian sus tareas literarias; pues desconociéndose entonces las impresiones, valian mucho los manuscritos: admitió en su compañía algunos jóvenes estudiantes en clase de huéspedes, cediendo así á las reiteradas instancias de muchos padres que anhelaban poner

sus hijos bajo tan buena direccion. Superó ventajosamente las esperanzas de estos la conducta de Hernando para con sus estudiantes. Procuraba inclinarlos á la virtud, haciendo que frecuentasen los santos Sacramentos, que fuesen temerosos de Dios, devotísimos de la Santísima Virgen María, castos en obras, palabras y pensamientos, y caritativos con los pobres. Cuidaba tambien mucho de la exactitud en aprender las lecciones y asistencia á las aulas, y daba solucion á sus dudas, ilustrándoles con su claro ingenio, para que comprendiesen lo que no habian conseguido con la esplicacion de los profesores. A imitacion suya, queria se presentasen aliñados y limpios en todas partes; pues aun vistiendo pobremente, gustaba él mucho del aseo y limpieza. Decia entonces, y despues siendo Arzobispo, «que el talle y atavio de fuera, demostraba cuál era el hombre de dentro; y que de mala gana fiaria el cuidado de almas ajenas, al que viese con poco cuidado de su persona.»

Aunque penosamente pudo con estos recursos terminar su carrera literaria, y graduarse de Bachiller y Licenciado, sin que sirviesen los grados para fomentar en su corazon el orgullo, sino para poseer con ellos medios de ejercitarse en la humildad cristiana. Habiendo vacado la cátedra de filosofia moral en la misma Universidad de Salamanca, hizo oposicion á ella, obteniéndola con notable esceso

de votos sobre los demás contrincantes; cuya facultad enseñó con universal aplauso hasta su ingreso en la Orden de San Gerónimo.

Si en la época de vacaciones regresó alguna vez Hernando á su país natal durante la carrera literaria, no lo dicen sus antiguos biógrafos: solamente espresan lo verificó terminada esta, permaneciendo algunos días en compañía de su familia; y aun añaden que, antes de regresar á Salamanca, estuvo tambien en Oropesa con los hijos de su difunto tío y protector D. Fernando Alvarez de Toledo.

CAPITULO III.

Promocion de Hernando á las sagradas órdenes. Edificante conducta siendo sacerdote secular.

El fundamento de la buena ó mala vida es la eleccion de estado, dice San Gregorio Nacianceno (serm. 30), y aun el salvarse ó condenarse es ordinariamente la consecuencia inmediata de una buena ó mala eleccion.

Asegurado de su vocacion al estado eclesiástico, mediante las señales que para conocerlo esponen cuantos han escrito sobre tan delicada materia, resolvióse Hernando á recibir las sagradas órdenes luego que cumplió los 25 años de su edad. Creyendo insuficiente el caudal de virtud que á la sazón poseia, retiróse á la sole-

dad de un claustro, permaneciendo allí entregado á la oracion y penitencia, hasta que por voluntad de su prelado fué promovido al sacerdocio. Adornado con el sagrado caracter que con especial vínculo le ligaba al ministerio del altar y al auxilio del pueblo cristiano, es inesplicable el ardoroso celo que le devoraba por ejercitarse en uno y en otro. ¿Quién podrá comprender los sentimientos de humildad, gratitud y amor, los fervientes deseos y la vivisima fe con que se presentó Hernando á ofrecer en las sagradas aras la adorable víctima del Cordero immaculado? Jamás este primer fervor se disminuyó lo mas mínimo durante el curso de su apostólica vida, no hallando los historiadores frase mas propia para explicar el gran fervor de nuestro sacerdote en la celebracion del incruento sacrificio, que decir: *Parecia siempre que decia Misa nueva*. Por grandes ocupaciones que tuviese, jamás omitia la celebracion diaria, con tan ardiente devocion y ternura, que corporales y sahanillas quedaban empapados con sus lágrimas. Este fervor y reverencia no podia menos de escitar á los circunstantes al amor divino, pudiendo aplicarse á Hernando lo que despues se dijo del pasmo de la penitencia San Pedro Alcántara, á saber: «Que mas fruto producía una Misa suya, que todos los sermones de la provincia en que moraba.» Devotísimo y pausado en la accion de gracias, jamás las omitia ni aceleraba, por mas que el mundo entero llamase

su atencion; y solo el cumplimiento de otros deberes podia apartarle de su dulce Dueño Sacramentado.

Revistiéndose del espíritu de la Iglesia santa, desahogaba con Dios el amor de su corazón por medio de las Horas canónicas, deseando que el mundo todo se uniese á él para alabar al Todopoderoso; rezando con tal reverencia y fervor, que afirma un testigo ocular (1): «que en su vida vió hombre que en esto lo igualase. Rezaba en pié, juntas y elevadas las manos, bastando solamente su vista para infundir devoción en los mas tibios: esta forma de orar enseñaba despues á sus clérigos, siendo Arzobispo, como si el rezo del Oficio divino fuese su esclusiva ocupacion. Rezaba con tal reverencia y pausa, que solo en Maitines invertia á veces tres y cuatro horas; no por adolecer de escrúpulos, sino por no poder resolverse á pasar adelante, hallando en alguna parte del Oficio cosa que no entendiese, revolviendo por lo mismo sus libros hasta hallar autor que le ilustrase; admirándose mucho de que hubiese eclesiásticos que rezasen sin saber lo que se decian, ni lo que hablaban con Dios. Su reverencia y pausa en el Oficio divino fué igual en todo el curso de su vida. Abrumado con multitud de negocios del reino y del arzobispado, rezaba con tal sosiego como pudiera el

(1) Gerónimo de Madrid.

clérigo mas desocupado; y considerando que por el Señor de cielo y tierra ha de postergarse todo respeto humano, jamás aceleraba su oracion, aun sabiendo que muchas veces le esperaban distinguidos personajes para asuntos graves del reino.

Impaciente por estar represado el fogoso incendio de caridad atesorado en su pecho, solo anhelaba por dilatarse para comunicar sus llamas al mundo todo, dedicándose al efecto á la predicacion evangélica, medio eficazísimo de conseguir su piadoso objeto. Salamanca, primer teatro de sus triunfos, le vió poco despues de su promocion al presbiterado presentarse en el púlpito, cual un nuevo Elias, revestido de un celo tan prudente como ilustrado y caritativo, pero incapaz de transijir con el error, haciendo resonar su elocuente voz en el seno de una sociedad corrompida. Recibiendo con avidez el pueblo fiel aquella divina semilla, brotaron en su seno copiosos frutos de virtud. Vióse con asombro abandonar muchos pecadores la senda criminal, entrando en el camino de la salvacion; detestar sus errores los incrédulos, buscando anhelantes las fuentes de la verdad; jóvenes libertinos y mujeres perdidas llorar sus extravíos y abrazarse con la penitencia: tales fueron los primeros triunfos de este hombre lleno del Espíritu de Dios. Sus prendas naturales y adquiridas, sobre todo su intachable conducta, no podian menos de producir tan felices resul-

tados. Era nuestro joven orador afuente sin afectacion, oportuno y sublime en los pensamientos, erudito en todas las ciencias eclesiásticas, dulce y suave persuadiendo la virtud, vehemente y eficaz impugnando el vicio: uniéndose á tan bellas dotes su voz clara y sonora, y su semblante, aunque joven, magestuoso, apacible y grave. Su relevante mérito le atrajo las simpatias de los buenos, que admiraban en él un verdadero apóstol, exclusivamente consagrado á ganar almas para Dios, esterminando el vicio y haciendo triunfar la virtud. «Pero si, como dice un historiador (1), los hombres doctos y de buena intencion tras él iban desalados por oírle, los malos y necios le aborrecian, y murmuraban de sus sermones. Pero los que mas ódio le tenian eran los clérigos relajados y los estudiantes traviesos (como á San Gerónimo en Roma) por predicar contra sus vicios, porque sentia la grave pérdida y daño que resulta á toda la sociedad si los estudiantes no se crian bien y los clérigos viven mal.»

Mas ninguna fuerza podian tener las malas pasiones en presencia de este varon apostólico, puesto que al propio tiempo que impugnaba la ambicion, desprendiase de su pan para alimentar al pobre; tronaba contra la lascivia, cuando en su intachable conducta veian todos

(1) Sigüenza.

un clarísimo espejo de pureza: tampoco transijia con el orgullo, quien estremadamente humilde, jamás dió entrada en su alma á la vanidad; y anatematizaba la dureza con los necesitados, pues que era el mas bello tipo de paternal ternura hácia sus prójimos; en una palabra, cuando enseñaba un deber, precedia siempre con el poderoso estímulo del buen ejemplo.

Quien tan digna y admirablemente se conducia en el ministerio de la palabra evangélica, con no inferior celo y aplauso desempeñaba el sacramento de la reconciliacion. Perenne é infatigable siempre en el confesonario, recibia un sinnúmero de penitentes, contándose entre ellos personas de alto rango, acojiendo benigno á todos, de cualquier clase y condicion que fuesen. ¡Cuán brillantes conquistas y admirables triunfos no reportó á Hernando el desempeño de esta mision sublime! ¡A cuántos pecadores estrajo del fango cenagoso del vicio! ¡Cuántos justos fueron encaminados por él á la mas alta perfeccion! Notorios eran los prodijios de virtud que obraba en las almas el prudente, virtuoso á ilustrado sacerdote de Talavera, cuando de quince y veinte leguas, anhelantes acudian las gentes, no solo á confiarle la direccion de sus conciencias, sino tambien la paz y tranquilidad de las familias, pues gozaba tan alto ascendiente sobre todos que, con presentarse él, terminaban las discordias públicas y privadas.

Persuadido de que para desempeñar digna-

mente los grandes deberes que el sacerdocio impone, es efficacísimo medio el retiro espiritual, pasaba Hernando los días festivos en algún monasterio de la ciudad; y para celebrar las grandes solemnidades de la Iglesia, se retiraba por quince días al monasterio de San Leonardo de Alba de Tormes, de la Orden de San Gerónimo, distante cuatro leguas de Salamanca, cuando los deberes de su estado lo permitían. En aquel santo retiro trataba seriamente con Dios el importante negocio de la salvación, examinándose acerca del cumplimiento de sus sagrados deberes, renovando las resoluciones formadas diariamente en la oración, y preparándose para el terrible trance de la muerte.

«Esta fué la vida de nuestro Hernando en el siglo, dice Sigüenza, camino llano, lleno de pureza, desde niño santo, y santo siendo estudiante. Pedagogo discreto y cuidadoso, buen clérigo y ejemplo de los sacerdotes de su tiempo; catedrático sin vanidad, altivez ni envidia; predicador apostólico, en todos los estados bueno para imitarse, fin y principal intento de esta historia, que cuanto mas allegada á lo natural y tratable, mas provechosa y segura. Veámosle ahora en el estado religioso.»

CAPITULO IV.

Ingreso de Hernando en la Orden de San Gerónimo. Su noviciado ejemplar y profesion religiosa.

Vocacion especial es indispensable para servir á Dios en el estado religioso. Nuestro fervoroso sacerdote tuvo la dicha inefable de ser llamado por Dios; mas temiendo ser fascinado por un fervor pasajero, trató de consultarlo con el Padre de las luces, por medio de la oracion; y el Señor, que veia su corazon, dió nuevas voces á su espíritu y mas virtudes á su alma. Con tan santas disposiciones presentóse Don Hernando á pedir el santo hábito al prior del monasterio de San Leonardo de Alba de Tormes, donde con tal regularidad reinaba la vida monástica, que pasaba por una de las casas mas observantes de la Orden (1). A este asilo de la virtud y de la inocencia determinó acogerse contra la corrupcion y el libertinaje, cual otro Elías en el Carmelo, y como Bernardo en Claraval, deseando finar sus dias en la oscuridad del cláustro; sin que nada fuese capaz de re-

(1) Gerónimo de Madrid dice de esta Orden, que estaba muy recogida, y en fama de las mejores Ordenes y mejor rejida de España.

traer de su propósito á este gran corazon, para quien las glorias terrenas solo merecian el mas alto desprecio. Inclination especial habia tenido siempre á la Orden de San Gerónimo, por dedicarse principalmente al celestial ejercicio de las divinas alabanzas en la soledad y en el retiro, promoviendo el culto del Señor con tanta devocion como magnificencia, juzgándole por lo mismo muy adecuado á su inclinacion y carácter. Aunque habia abrazado el estado eclesiástico, parecia peligroso por vivir en el siglo, donde todo respira la infeccion de la culpa; y como pretendia mas alta perfeccion, solo suspiraba por la soledad. No merecia el mundo poseer este tesoro, y el Señor se apresuró á arrebatársele, para que no fuese contaminada su inteligencia: complacido de las bellas disposiciones de esta grande alma, la condujo al retiro del claustro, para disponerla á llenar un dia los altos designios que sobre ella tenia.

Lejos de haber dificultad en su admision, fue altamente satisfactorio para el monasterio el dia que supo la pretension de tan recomendable sacerdote; pues si la fama de su virtud y saber tenia prevenidos los ánimos en favor suyo, con mucha mas razon los de los monjes, á quienes tanto edificaba en los dias de retiro que con frecuencia tenia en el monasterio. Si esta accion de Hernando tuviera lugar en la época de la muerte del Señor Alvarez de Toledo, quizá la calificará el mundo de arranque de especulacion

ó despacho, fascinado por la creencia de hallar en el claústro medio eficaz de aliviar la situación penosa en que le dejara la falta de su protector; mas siendo ya su posición ventajosa, nadie pudo poner en duda la sinceridad de su vocación.

Porque su ingreso en la casa de Dios se verificase en día señalado, eligió el que la Iglesia dedica á la Asunción gloriosa de María á los cielos, misterio de su especial devoción; y para mas solemnizar el acto, acordó aquella respetable Comunidad recibiese el hábito en la Misa conventual de dicha fiesta, y predicase en ella. Sometiéndose gustoso á todo, regresó el docilísimo Hernando á Salamanca, inundado de júbilo, viendo tan próximo el cumplimiento de sus deseos. Sin comunicar á nadie tan piadoso designio, partió de la ciudad para la villa de Alba el día 14 de agosto, y llegando al monasterio, alborozados acudieron los monjes á recibirlo, encaminándose al punto todos con él á la iglesia, donde solemnemente cantaron el *Te Deum laudamus*, rindiendo las debidas gracias al Todopoderoso que tan liberal se ostentaba con su Orden, enriqueciéndola con tan inapreciable sugeto. Debieron por cierto hacerlo así, dice Gerónimo de Madrid, que dudo haya habido en su religión (aunque en verdad santa, de mucha devoción, concierto y recogimiento) un individuo de tanta santidad y de tan eminente ciencia como este santo varón, y por eso ella fué dichosa en reci-

birle, como quiera que él no libró mal, porque aunque era bueno, la religion le hizo mucho mejor. En efecto, por muy altas que fuesen las esperanzas de los monjes, no pudieron imaginar jamás los dias de gloria que habia de dar á su Orden el ejemplar sacerdote de Talavera de la Reina.

Segun lo acordado, celebróse con gran solemnidad la Misa al dia siguiente, y ocupando la sagrada cátedra, pronunció nuestro héroe un brillante discurso sobre la vida activa y contemplativa, tomando por tema las palabras del Salvador en elogio de la amante Magdalena, que canta la Iglesia en el Evangelio de la Misa en tan solemne dia: *Maria optimam partem elegit, quæ non auferetur ab ea*. El concurso era inmenso, contandose entre otros altos personajes á la Señora Duquesa de Alba, tan afecta al siervo de Dios, que jamás faltaba á sus sermones, por el aprovechamiento espiritual que experimentaba en ellos. Desde el púlpito pasó Hernando al presbiterio, donde, con indecible júbilo de su alma, á honra y gloria de Dios y de la esclarecida Orden geronimiana, recibió el santo hábito el dia 15 de agosto de 1458, celebrándose con lágrimas tan tierno espectáculo, conmovidos los circunstantes á vista de la humildad y modestia con que lo recibiera, y tambien por verle hollar con generoso desprecio el brillante porvenir que le ofrecia el mundo.

Para formar idea de los progresos en la vida monástica, baste decir que si en medio de los

peligros del siglo fue Hernando tan fiel á la divina gracia, constituido en un estado mucho mas á propósito, cual es el del cláustro, necesariamente habia de remontarse á una eminente altura en la senda de la perfeccion. Los modelos que, además de su santo Padre, se propuso imitar, fueron los Santos Pablo y Antonio, Benito, Bernardo y demás héroes de la vida monástica, que tantos dias de gloria dieron á la Iglesia, asombrando al mundo con sus pasmosas acciones.

«Era de ver á nuestro catedrático y predicador de fama, dice Sigüenza, acometer con un fervor y goce increíble cuanto habia de humilde y despreciado en el convento: barria, servia enfermos, cojia basuras, hacia las camas, vaciaba los servicios, besaba los piés á los enfermos, comia en el suelo, postrábase en tierra, y otros cien ensayos de penitencias que él ejercitaba. Sobre todo esto, pareciéndole poco ó nada cuanto hacia, quisiera acometer muchas mas cosas aunque fueran del todo imposibles á la carne, porque todo les es posible á estos hombres de grande fe y de grande amor, hechos ya como unos dioses por participacion de tan altas virtudes. Maravillábase mucho cómo se juntaban en este nuevo estado las dos hermanas Marta y Maria, y cómo no se quejaba una de otra; y todas aquellas haciendas de fuera eran como camino, y daban la mano al reposo de las de adentro, entendiendo que lo que Maria escu-

chaba atenta á los piés de Cristo, era lo mismo que se practicaba fuera: el menosprecio de si mismo, el amor del prójimo, la solicitud de adquirir el reino eterno, el olvido de cuanto engaña á los ojos, que no habla Cristo otra cosa con los que de veras se ponen á sus piés.»

Aproximándose á su término el noviciado de Hernando, aunque todo él habia sido una disposicion continua para el sacrificio de los tres votos religiosos, preparóse con mucha oracion y penitencia, ardiendo en deseos de consagrarse sin reserva al amor y servicio de su Dios y Señor. Así dispuesta y adornada tan preciosa víctima, hizo su solemne profesion con la sinceridad de espíritu y fervor de voluntad que podia esperarse de un varon que fuera siempre de su Dios, y que jamás anheló otra cosa que unirse á Él con perfecto holocausto de cuanto era y poseia. Lejos de estinguirse ó amortiguarse, como á veces sucede, la devocion y fervor con que se consagró á Dios, fué acrecentándose de dia en dia con el diligente y continuo estudio de la oracion y penitencia, y con el santo anhelo de copiar en si mismo la vida de Jesucristo. Procuró grabar profundamente en su corazon las obligaciones que acababa de contraer para observarlas con exactitud, sin dispensarse jamás de ellas. Ningun compañero le aventajó en la observancia regular; y persuadiéndose de que cuanto habia practicado hasta allí era solo un ensayo de lo que debia hacer siendo profeso, empezó, no á

correr sino á volar por la senda de la perfeccion. «Despues de profeso, dice el mismo Sigüenza, comenzó á darse mas de veras á las asperezas de penitencia, mortificar sus sentidos, castigar la carne para que se enseñe á obedecer al espíritu. El maestro de novicios, conociendo el gran talento de este varon, y cuán codicioso andaba en adquirir bienes espirituales, ayudábale con mucha prudencia, ofreciéndole ocasiones para lo que deseaba: reprendíale aun por las cosas bien hechas, y las culpas de los otros muchas veces se las cargaba á él, penitenciándolo por lo que nunca hizo: lo que habia de mandar á dos ó cuatro encargábaselo á él solo, aunque fuese lo mas despreciado y humilde. Acudia á todo esto Fr. Hernando con alegre semblante, cumplia con todo, sufría con rostro alegre todas estas cosas, y decia para sí: Hernando, la humildad y la obediencia no se aprenden disputando sobre ellas, sino con el ejercicio, que así las aprendió Jesucristo, aunque era la sabiduría del Padre. Acostumbróse tan bien á estos oficios humildes, que, aun despues, siendo Prior, como veremos luego, hurtaba las veces al que tenia cargo de limpiar los lugares inmundos, y por bien que el otro madrugase, ya lo tenia hecho y aderezado todo. Corrió con esta manera de vida todo el tiempo que en esta Religion se llaman *los monjes nuevos*, que de ordinario son siete años: en ellos habia cobrado ya fama de gran varon en toda la Orden.»

CAPITULO V.

Priorato de Fray Hernando de Talavera en el monasterio de Prado de Valladolid.

La autoridad de los Santos Padres, la luz de la razon y la propia esperiencia, claramente demuestran que de la exactitud, espedicion y fidelidad de los superiores en el desempeño de su delicado puesto, pende la paz, felicidad y buen orden de los monasterios; bastando para comprobarlo el ver lo que en el capítulo II de su admirable regla prescribe el famoso restaurador del monacato en Occidente, San Benito, acerca de las cualidades que deben adornar al prelado del monasterio.

Siendo tan relevante al mérito de Fr. Hernando de Talavera, bien pronto quiso su Orden utilizarlo, pues tratándose de dar Prior á los monasterios de San Leonardo de Alba y de Nuestra Señora de Prado de Valladolid, fué nombrado al efecto en ambas casas, á pesar de los pocos años de profesion. Estaban persuadidos los monjes de que su virtud, saber y prudencia le hacian idóneo, no solo para rejir un monasterio, sino tambien toda la Orden. Necesariamente habia de ocasionar litigio el indisputable mérito del candidato: mas, elevado al Pa-

dre General de la Orden decidió á favor del segundo, no solo por haberlo nombrado algunos momentos antes, sino por no querer ocultar mas tiempo tan refulgente astro en la soledad de Alba. Por inhabil que se creyese para el desempeño de tan espinoso cargo, vióse Fr. Hernado precisado á obedecer, rindiéndose á una eleccion universalmente aplaudida, mas no sin manifestarse con evidencia lo mucho que le costaba este sacrificio. Puede inferirse mas no explicarse el profundo dolor de los monjes de Alba, al verse desposeidos del mas precioso ornamento de su casa, y el júbilo de los de Valladolid recibéndole en la suya, sabiendo bien el inestimable tesoro que adquirian.

Luego que pisó los umbrales del monasterio de Nuestra Señora de Prado, fué el primer paso del nuevo Prior, implorar en el santo templo la proteccion del cielo para sobrellevar dignamente la formidable carga que desde aquel momento pesaba sobre él. Al saludar á la escelsa Patrona del monasterio, recordaria sin duda con emocion tierna aquella otra imágen querida, cuyo dulce nombre invocan los talabricenses, como por instinto, en el primer momento de la calamidad y del dolor. Acreditó luego la esperiencia lo acertado de la eleccion, desempeñando dignamente la prelación, que escedió ventajosamente las esperanzas de todos. Bien pronto su amabilidad, dulzura é invencible paciencia le hicieron dueño de los corazones de sus monjes, sin perder

nada de la gravedad y decoro que debe tener un Prelado para hacerse respetable. Jamás se le oía palabra imperiosa, ni necesitó valerse de su autoridad para ser prontamente obedecido. Su caridad no tenía límites, como tampoco los conocía su mortificación. «Siendo Prior, dice un biógrafo suyo (1), era como otro San Hilarion en el desierto: su celda mas parecia sepultura que morada de vivo, cuyas paredes estaban llenas de sangre de la gran disciplina que tomaba; la cama muy pobre; llevaba cilicio, ayunaba casi todo el año, además de los dias que manda la Iglesia; hacia los oficios humildes, como fregar los platos, limpiar lugares inmundos, etc.» Véasele finalmente hecho una víctima de sí mismo, ó mejor dicho del amor divino, que era el alma de todos sus actos, el móvil de todas sus palabras, el objeto de todos su pensamientos, y el término de todas sus aspiraciones. Todo cuanto se veía en el Prior era instruccion y enseñanza: su modestia, sus palabras y aun su mismo silencio, inspiraban amor á la virtud. Con tan mudas como elocuentes lecciones, bien pronto cambió su faz el monasterio de la Virgen de Prado, viéndose trasformado en un ameno Paraiso, donde brotaban sazonados frutos de santidad; resucitando bajo la vigilancia y esmerado cultivo de este

(1) El autor del Carro de las Donas, en la vida de Fr. Hernando de Talavera.

varon insigne, el primitivo fervor de los antiguos Padres del yermo. Sus modales gratos, dulces y corteses, acompañados de una prudente indulgencia, y sobre todo de sus admirables ejemplos, fueron los medios con que superó las dificultades que necesariamente habian de presentarse, pretendiendo la reforma del monasterio en lo espiritual y temporal.

Viendo al monasterio adeudado y pobre quiso desempeñarlo, enriqueciendo á sus monjes con ricos tesoros de humildad y paciencia por medio del trabajo manual, tan recomendado por la regla de San Benito y por el gran P. San Agustín (1). Despidió, pues, á cuantos mozos de servicio mantenía la casa, aun los que parecían indispensables, disponiendo desempeñasen los monjes todos los oficios de ella, sin escluir los de carpintería, costura, albañilería, etc.; sometiéndose gustosos á todo viendo á su Prelado reservar para sí lo mas penoso y abatido; porque, como dice San Bernardo: «Es hermosísimo y utilísimo orden llevar primero la carga que quiere

(1) No fué este santo Doctor el único Padre de la Iglesia que prescribía á los monjes el trabajo manual. San Gregorio Nacianceno y San Basilio, en sus constituciones monásticas; San Juan Crisóstomo, en muchos pasajes de sus homilias; San Gerónimo, San Efren, el concilio de Autun, San Bernardo y otros, establecieron la importancia de las labores manuales para los cenobitas. En efecto, ¿qué medio mas poderoso para domar el cuerpo y someterle á la ley moral?

imponerse á los demás.» Asistia con todos á **Maitines**, que son en la Orden á las doce de la noche, y llamando despues á los monjes que le inspiraban mas confianza, íbase con ellos á la panadería del monasterio, donde se ocupaban en cerner la harina y amasar el pan, reservándose siempre el Prior el cuidado del horno, conduciendo sobre sus hombros la leña poseido de celestial regocijo, sin perder por esto su recogimiento espiritual. Todo servia á Fr. Hernando de oratorio. Ocupado en tan humildes oficios, remontábase su espíritu á las celestes moradas, mostrando con la palabra y el ejemplo que en todas partes puede hallarse á Dios Nuestro Señor. Mientras duraban estas faenas, comunmente rezaba los Salmos penitenciales, el Oficio de difuntos ó cosa semejante; y si alguna palabra proferian sus lábios, era para comunicar á los demás el fuego del divino amor que su pecho atesoraba. Para encaminarlos á la perfeccion que su estado reclamaba, dirijia frecuentemente á sus monjes fervorosas pláticas.

Descubriales las asechanzas del implacable enemigo del linaje humano, dándoles saludables documentos para librarse de ellas: deciales repetidas veces que la divina Escritura era el mas eficaz medio de vencerle, teniendo presentes sus sentencias y doctrina, pues siendo palabra de Dios, consigo lleva la virtud; advirtiéndoles además, que de estas armas se valió el divino Redentor cuan-

do fué tentado en el desierto, pues no hay otras mas agudas para herirle, ni mas fuertes para no temerle.

Como el Prior era por naturaleza aseado y limpio, segun queda dicho, procuraba que en toda la casa, con especialidad en la sacristía é iglesia, brillase la limpieza; y no solo las barria muchas veces y adornaba los altares, sino que diariamente cuidaba de la lámpara del Santísimo Sacramento, por su acendrado amor á tan alto misterio. Porque saliesen menos de casa quitó el uso de mulas á los monjes, sustituyéndolas con asnos, y aun intentó otras grandes reformas, que la Orden impidió realizar, las que pudieran establecerse poseyendo todo el fervoroso espíritu, que para superiores austeridades animaba al Prior de Prado.

Lejos de buscar en el claustro la ociosidad, tan malamente atribuida á las almas retiradas del mundo, supo nuestro héroe armonizar muy bien el retiro de la vida ascética con la actividad del apostolado, consagrándose todo al amor de sus semejantes. Su tierno amor á Dios producía en él tan grande amor á sus prójimos, que ansiaba como el Apóstol hacerse todo para todos á fin de ganarlos para Jesucristo. Celoso de la salvacion de las almas, consagraba el tiempo que le permitian los deberes de su oficio á la predicacion evangélica, con tan general aplauso, que fué nombrado único en toda España, segun afirma uno de sus antiguos biógra-

fos (1). Recorria los pueblos comarcanos, instruyendo al ignorante, corrigiendo al pecador, animando al justo, reformando los abusos, promoviendo la piedad, y procurando por todos los medios posibles fomentar en todas las clases el respeto á nuestra sacrosanta religion y el cumplimiento de sus respectivos deberes. Las disposiciones del orador no podian menos de atraer las bendiciones del cielo sobre sus sermones. «Antes de predicar, dice un historiador (2), celebraba Misa, y pedia con muchas lágrimas á Nuestro Señor la salud espiritual de sus oyentes, y que le pluguiese abrirles los oidos del alma para que tocase en ellos su santa palabra, y la recibiesen con el amor y reverencia debida, sin que fuese parte á estorbar el fruto la malicia ó el descuido del ministro. Hizo con esto grandes servicios á Nuestro Señor, convirtiendo infinidad de gente desgarrada á penitencia y á llorar sus pecados; reconcilió muchos rencores antiguos; compuso enemistades y ánimos muy encontrados; restituyéronse honras y haciendas, y se siguió otra multitud de bienes, que resultarian de otros sermones si se hiciesen con el celo y prendas de nuestro Prior de Prado. Salia nuestro Santo á predicar á pié muchas veces, y así se volvia sin desayunarse en ninguna parte; otras veces, si se sentia cansado, iba en un asnillo. Agregábase á todo esto

(1) Gerónimo de Madrid.

(2) Sigüenza.

el ejemplo de su vida, que es el mas eficaz sermón, no predicando jamás virtud que él no practicase. Decia de sí que nunca predicaba sin salir aprovechado, por causarle notable confusión predicar una cosa y hacer otra, citando al efecto aquellas palabras de la divina Escritura: *Quia compulit eum os suum.*

Con no inferior constancia que á la penosa tarea del púlpito dedicóse Fray Hernando á la no menos pesada del confesonario, dispuesto á recibir á todas horas el crecido número de penitentes, que acudian presurosos á buscar los tesoros de gracia en aquel santo tribunal. Hombres y mujeres, ricos y pobres acudian con frecuencia al monasterio de la Virgen de Prado para ser dirigidos por el digno Prior en la senda de salvacion, por el concepto general que habia de su virtud y saber.

Tan simpático era Fray Hernando de Talavera, que no solamente para asuntos espirituales, sino tambien deseando gozar de su amable y dulce trato, era visitado con frecuencia por los mas altos personajes de la comarca, y aun á veces quedaban á comer con los monjes, prefiriendo la modesta comida de estos á la espléndida de su propia casa. «No sé en qué consiste, dijo una vez cierto convidado, que el frugal sustento que aquí tomo me sabe mejor que los mas esquisitos manjares de mi casa, y creo suceda igualmente á todos estos señores;» los cuales, en efecto, afirmaron lo mismo. Pareciéndo-

les cosa estraña y milagrosa, andaba entre ellos esta conversacion, hasta que advertida por el Prior, les satisfizo con un chiste, que todos celebraron mucho. «Yo diré la causa, contestó, que no es milagro alguno. Cuando nuestro hermano cocinero enciende la lumbre, pone la olla y hace cuanto se necesita, jamás está sin rezar el Padre nuestro, Ave Maria y Salmos; y al decir *Deus in adjutorium meum intende* santigua la comida al santiguarse á sí mismo, y con tantas cruces y oraciones no puede menos de tener nuestra comida el sabor de especias del cielo. Los cocineros de fuera á veces acompañan cada cosa con un reniego y un voto; suenan mas diablos que almireces; con tal impaciencia todo va maldito y dado á estos enemigos, y así por mas salsas que inventen ha de saber la comida á humos de infierno.» Durante esta, que por lo comun era la misma que diariamente se servia á la comunidad, jamás toleraba la menor murmuracion, ni cosa impropia de mesa de religiosos; antes bien, tomando ocasion de cualquier cosa que se hablase, dirijia alguna plática espiritual.

Ya que se ha referido esta feliz ocurrencia de Fr. Hernando, debe consignarse aquí otra, pues que tuvo lugar en la época de su priorato. Invitado en una ocasion á comer por el Obispo de Segovia, quiso este señor presidiese la mesa nuestro Prior de Prado, por el respeto debido á su gran santidad: mas como ningun honor de la tierra alteró jamás su modestia, antes bien

se abatía cuando lo ensalzaban, rehusó humilde tan distinguido honor. No pudiendo vencerle, «Padre Prior, dijo el Obispo, obedezca, y pues vuestra paternidad quiere ser obedecido de sus súbditos, acceda á mi deseo, hoy que se halla en mi casa. Señor, contestó el Prior, los superiores procuramos moderarnos mucho en lo que mandamos á los súbditos, y no siempre les compelemos á obedecer con la autoridad que podemos, porque alguna vez no se atrevan á decirnos que no quieren: así V. S. mande lo que es lícito y será justo obedecer, porque no tenga yo ocasion de decir que no quiero.» Abrazándole tiernamente, «Padre Prior, dijo el Obispo, no podemos venceros ni por humildad, ni por razon, ni por cortesanía.»

Concluiremos el capítulo diciendo con Gerónimo de Madrid, que vivió Fr. Hernando en la Religion é hizo vivir á sus religiosos con tanta perfeccion, que cuando venian visitadores al monasterio le censuraban de austero y penitente, diciendo que estrechaba mucho la religion. Esto no obstante, tan querido fue siempre de sus monjes, que no solo daban á Dios las mas rendidas gracias, por haberles concedido tal Prelado, sino que nunca quisieron otro, reeli-giéndole cada trienio; de suerte que uno tras otro fue Prior veinte años: notable argumento de su gran santidad y acertado gobierno.

CAPITULO VI.

*Los Reyes Católicos Don Fernando y Doña Isabel elijen
 or su confesor á Fr. Hernando de Talavera. Es nom-
 brado visitador general de la Orden.*

A la serie de males y desventuras que ha-
 ian afligido á España desde la invasion sarra-
 ena á principios del siglo octavo, hasta las
 desagradables escenas ocurridas en los reinados
 de Don Juan II y Don Enrique IV, sucedió al-
 fin, con la elevacion de los augustos príncipes
 Don Fernando y Doña Isabel al trono de Castilla,
 el período mas brillante y próspero que ofrece
 la historia española. Reunidas en una las coronas
 de Aragon y Castilla por el enlace de estos dos
 príncipes; vencidos completamente y espulsados
 de la península bajo su dominio los ejércitos
 morabes; ensanchados los limites de la monarquía
 con el descubrimiento del nuevo mundo, y
 asegurada la posesion del reino de Nápoles con
 sus victorias de Gonzalo de Córdoba, pudo pre-
 sentarse entonces España como la mas rica y
 prouiente de las naciones de su siglo.

Tiempo habia que la gran virtud, sabiduría
 y prudencia de Fr. Hernando de Talavera, y
 noticia de las conversiones á la fe católica que
 su elocuente voz y edificante conducta habian
 conseguido, eran objeto de la atencion univer-

sal. Sin otro pensamiento que no fuese encaminado á la mayor gloria de Dios y al bien de sus prójimos, venia siendo modelo de superiores por su justo y acertado gobierno, como lo habia sido de súbdito por su ciega y exacta obediencia; mas era preciso fuese colocada en lugar eminente esta brillante antorcha, á fin de que iluminase con sus rayos á toda España. Como la Corte residia á la sazón en Valladolid, no tardó en llegar su fama al régio alcázar. Buscaba en aquella época la reina un Director espiritual adornado de virtud, talento y prudencia, no solo para el aprovechamiento de su alma, sino para que la auxiliase con sus consejos á salir del intrincado laberinto en que se hallaba, gobernando un reino malparado en demasia; y noticiosa del relevante mérito del Prior de Prado, trató de utilizarlo, puesto que todos se le proponian como el sujeto mas idóneo que al efecto podia desearse. Dificil asunto era conseguir del humilde Prior la aceptacion de tan honroso y delicado cargo; solo un medio se presentaba: el precepto de su prelado. Comprendiéndolo así todos, previnose la Reina con un escrito del Padre General de la Orden de San Gerónimo, prescribiendo á Fray Hernando de Talavera, que bajo obediencia aceptase un honor capaz de envanecer al mas distinguido individuo del clero, pero que para el Prior de Prado era el mas repugnante sacrificio.

Llamado por la Reina se presentó en palá-

cio Fr. Hernando, siendo recibido con las mayores demostraciones de veneracion y respeto. Ocultando el motivo principal que la impulsara á llamarlo, consultó con él la Reina algunos importantes asuntos del estado, y recibida la solucion mas satisfactoria, reconoció superior su mérito á los elogios que se le prodigaban. Sin demora manifestó el designio de confiarle la direccion de su conciencia, añadiendo estaba persuadida de que la eleccion redundaria en servicio de Dios y felicidad de la monarquía. Puede inferirse cuán sobresaltada quedaria su modestia á vista de tan distinguido honor; de la manera mas terminante y enérgica se negó á complacer á la Reina, persuadiéndole su humildad distaba él mucho de poseer las altas dotes que deben adornar á un confesor régio; además de que su amor á la abstraccion y retiro le impedian resolverse á tomar sobre si un cargo que necesariamente habia de tenerle con frecuencia fuera del cláustro: mas en vista del precepto de Padre General que le mostraba la Reina, vióse precisado á obedecer. Solamente la virtud de la obediencia pudo sacar al humilde Fr. Hernando del amado rincon de su celda, é introducirle en el palacio de los Reyes Católicos, de quienes habia de ser el consejero mas íntimo, el mas querido confidente, y el alma, por decirlo así, de todos los negocios de la corona. Nada mas merecido y justificado, y nada mas honroso para la Reina Isabel que la eleccion

del virtuoso y prudente Talavera al confesonario régio, al obispado de Avila y al arzobispado de Granada. Nada tampoco mas noble y sublime que la conducta de la Reina y de su confesor la primera vez que este ejerció tan delicado ministerio (1). «Era costumbre de los reyes estar arrodillados confesor y penitente en el tribunal de la confesion, separados por un sitial, y llegando, Fr. Hernando sentóse en él.—Padre, dijo la Reina, ambos hemos de estar de rodillas.—No, Señora, respondió con libertad cristiana el nuevo confesor, yo debo estar sentado y V. A. de rodillas, pues este es el tribunal de Dios, y yo hago aquí sus veces. Obedeciendo calló y se confesó la humilde y devota Señora, pero salió del oratorio diciendo: Este es el confesor que yo buscaba.» Grande se mostró en este acto la Reina Isabel, y bien merecia tan digno Sacerdote sentarse el primero en la silla arzobispal de la última ciudad que se ganó á los moros. Impulsado por los elogios que de Fr. Hernando hacia la Reina, tambien el Rey le escojió por su confesor. Muy al principio del reinado de Doña Isabel debió ser esto, no solamente por ser ya confesor suyo Fr. Hernando, segun Pulgar (2), el año de 1478, habiendo sido jurada la Reina en Segovia el 13 de diciembre de 1474, sino por la carta que escribiera nues-

(1) D. Modesto Lafuente, Historia general de España.

(2) Crónica, p. 2, c. 78.

tro Prior (Prado al Rey Don Fernando, al heredar este con su esposa los reinos de Castilla por fallecimiento del Rey Don Enrique; y en nuestro concepto no hablaria en los términos que lo hace á no ser ya confesor suyo. Dice así (1): •Muy alto y muy poderoso católico Rey: Con la humildad y acatamiento que debo, despues de dar á V. A. en Dios nuestro Señor la salud verdadera, diré que no os daré yo el parabien desta tan gran promocion, como se acostumbra en semejantes cossas, sino avisar, suplicar y aconsejar que no se alegre porque tiene ya V. A. á las cuestras la carga que aspiraba, ca en verdad mas es de temer y de llorar, que no de querer y alegrar; pues es cierto que la administracion de cualquier dignidad eclesiástica ó seglar, y mucho mas la real, es muy peligrosa para el ánima, y aun muy penosa para el cuerpo, si bien se a de administrar; y muy estrecha la cuenta, que al cavo se a de dar lella. Bien es posible que espere por ello grande gloria en el cielo, si lo hizo como debió, y le lo menos bien hecho obo grande arrepentimiento, y satisfizo como pudo. Agora mire nuestra real prudencia, qué seso de vicario el nio, que así lo suelen decir, que en mi consciencia, que derramé lágrimas de compasion ante nuestro Señor de mucha compasion viendo la carga que se nos acrecienta. Mire

(1) Consta por un Ms. de la Bibliot. Nacional. E. 462.

vuestra real señoría que agora, y de aqui adelante cada dia mas, a de ser otro príncipe, y muy mas cumplido en toda escelencia de ercicas virtudes, y de real nobleza; y tocando algunas, de muchas, especialmente muy mas humilde dentro el corazon y en el pensamiento, y muy mas autorizado y mas pomposo de todas las obras de fuera; muy mas devoto y mas obediente á nuestro Señor y á la santa Iglesia y á los ministros y cosas della; muy mas solícito en la ejecucion de la justicia civil y criminal; mucho mas llegado al consejo; mucho mas en el amor y acatamiento que á la escelente y muy digna compañera es debido; mucho mas constante y mas cierto y verdadero en toda contratacion y promesa; mucho mas proveido y circunspecto en dar cualquiera palabra y en firmar cualquiera carta; mucho mas benigno y mas agradescido á los servidores y criados viejos y nuevos, pues abrá mas de que lo ser; mas clemente en pugnir los culpados y delinquentes, y mas mansueto contra los adversarios cristianos; mas animoso y esforzado contra todos los infieles; muy tentado y muy medido en todos los deportes y pasatiempos, y muy quito de todos juegos; muy acompañado de continuo de barones muy aprovados y muy buenos: en todas profesiones ancianos muy prudentes y muy sabios, muy ordenados en spender muy provechosamente en todos tiempos, que en esta manera los bienes serán luengos: siempre servido

muy buenos criados y oficiales en todos los reinos, asi de vuestro palacio y corte, como de los reinos, que sean fieles, prudentes y diligentes, y no pobres, mas ricos y muy bien pagados, y de competentes raciones y quitaciones, ayudadas de costas y salarios, mirando siempre como seays amado y temido, tambien los mayores como de los menores, y aun ososo contra los atrevidos ó negligentes servidores.

•A esta escelencia de virtudes, y en verdad la mayor, y muy mayor de quanto se puede recibir, os obliga, serenísimo señor, la escelencia de la dignidad y la magestad del estado representado, ca las dignidades y estados quietos dignos los hombres á ellos destinados, y como vuestra y el vuestro entre todos tenga la cumbre y lo muy mas alto, es muy gran razon que vuestra real persona sea así dignamente de todas escelencias cumplida. Es vuestra serenísima persona á esta perfeccion y escelencias mas digno que principe de cuantos hoy son, no tanto por la escelencia del estado, que no puede ser mayor, y aun de ninguno tamaño, quanto por las habilidades y gracias naturales usas que nuestro Señor vos dió, que sin duda son muy grandes, y por consiguiente obligan mucho á que sean empleadas en aquellos oficios de insignes virtudes para que son y son dadas; y es cierto que fuera muy mejor, que muy menor mal es no recibillas, que

tenellas, y no usar muy bien dellas, pues antes faltaria el cielo y la tierra, que falta el santo Evangelio, que dice que demandarán mas al que mas dieron.

Tambien obligan mucho á V. A. á poner luego por obra este crecimiento de perfeccion averlo así propuesto en su muy ilustre corazon, y muchas veces publicado y á muchas personas, y es cierto que en esta esperanza se cubrirá y sufrirá algo de lo pasado. Y sin duda es así, que si luego se hace esta muy digna mudanza, todo aquello será enmendado, perdonado y olvidado. Y es mucho menester que luego, agora, al comienzo floxo sería muy grave despues apretarlot. Las cosas subidas y apretadas de suyo abaxan y afloxan, mas las baxas y floxas nunca se suben ni aprietan sin gran fuerza: ni piense V. A. que esto le será grave de hacer si quiere poner la voluntad en ello; porque aunque otros estorbadores ay, nunca falta un ángel bueno, grande y no pequeño, y á vos es agora nuevamente añadido al que primero vos era dado para que guie, alumbre y esfuerce vuestra serenísima persona en todo lo que bueno y de verdad fuere; y tambien es de creer que proveerá luego Lucifer de otro demonio tentador que procure todo mal, y estorveos todo bien; pero es cierto que puede mas el ángel bueno para ayudar, que el malo para estorvar. Por ende, ilustrísimo señor, crezca agora vuestra magnanimidad, y en cada cosa y por cada cosa mire como luzga y

plandezga vuestra perfeccion y excelencia, que todos los que lo vieren glorificarán al Padre vuestro que es en los cielos; y digo vuestro, porque lo dice así el sancto Evangelio, que aunque sea nuestro de todos por creación, por Redentor y por general gobernacion, vuestro especialmente por la gran comision de gran confianza que a hecho en vos. Pues puede agora, y podamos decir todos en el sancto Rey David: *Hæc mutatio dexteræ Excelsi*. Otórnoslo aquel soberano Rey que tan excelente vos es, y tan prepotente, y tenga por bien que yo para ser muy señalado servidor suyo. Amen.»

Mas no solamente le confiaron los reyes la conciencia de sus conciencias, sino que le consultaban en cuantas dudas les ocurrian en las riendas del Estado, sin que asunto alguna importancia se atreviesen a resolver sin oír antes su dictámen; llegando á poner la omnímoda confianza de ambos esposos, en su mas respetuosa veneracion. «El cargo de asesor de los reyes, dice un historiador (1), dió necesariamente gran influencia en todos los actos del gobierno; y ciertamente, que si

1) William H. Prescott, Hist. del reinado de los reyes Cat., part. 2, cap. 6. En el cap. 7 de la primera parte dice estas notables palabras: *Fortuna hubiera sido para el país que la conciencia de la Reina hubiera estado dirigida siempre á la direccion de personas de tan ejemplo de piedad como Talavera.*

la conciencia de los reyes podia encomendarse con toda seguridad á alguno, era sin duda á este digno Prelado, igualmente distinguido por su saber que por su bondad y piedad intachable. La natural bondad de su corazon hacia notable contraste con el espiritu dominante de la época. Con toda esta privanza, en cuanto hizo Hernando de Talavera jamás hubo otras miras que el acierto de los monarcas y la felicidad del pais, como lo prueban todos los actos de la vida de nuestro héroe, y cuantos escritos suyos dirigidos á los reyes existen, entre los cuales merece insertarse el siguiente memoria para la Reina, acerca del orden que debia tener en el despacho de los negocios, por ser un comprobacion de nuestro aserto. Dice así (1).

•Serenisima Señora nuestra: Aunque nuestro glorioso Padre Sant Gerónimo dice que la habla tiene mas fuerza que la escriptura, y asi verdad que imprime y mueve mas, y aún mas lo que se ve que lo que se oye; pero porque la habla pasa y la escriptura permanece dura, pensé presentar á V. A. por escrito mi pobre parecer de la orden y manera que podia tener en el despacho de los negocios, para que

(1) El original está en el archivo de Simancas, Estado legajo núm. 1, y se halla impreso en la coleccion de documentos auténticos para la historia de España, por los Sres. Marqueses de Pidal y de Miraflores y D. Miguel Salvá, tomo 36.

su muy excelente alma viviese leda y descansada, y su serenísima conciencia descargada, y su real persona aliviada y espedida para tomar las recreaciones y pasatiempos necesarios á la vida humana, y aun para mas libremente vacar á las árduas ocupaciones que de necesidad vuestra muy alta inteligencia y real mano han muchas veces de espedir. Pues hablando con la humildad y reverencia debida á vuestra real magestad, me parece que para lo susodicho aprovecharian cuatro cosas: distribuir y encomendar los negocios á personas idóneas; mandarles que se desvelen en la espedicion de ellos; fiar osadamente dellas; y que tenga V. A. constancia insuperable como la tiene en otras cosas (bendito el que se la dió), en guardar las pocas y breves horas que para echar el sello á todo V. A. ha de ocupar cada semana: dígolo mas particularmente.

Mandar á los del Consejo de Justicia que despachen libremente y sin consultar las cosas que no fueren á rduas, ó por V. A. para que con ella se consulten reservadas, y estas debrian ser muy pocas.—Mandar al Comendador mayor que dé libre audiencia á lo menos martes y viernes, etc.—Mandar que él y el doctor de Villalon y Hernan Dalvarez, se junten lunes y miércoles y sábado á las tres horas á despachar peticiones.—Mandar á los fiscales que juntamente vean las pesquisas y hagan la relacion, y persigan lo que se hallare que ha menester

enmienda y castigo.—Oír las consultas del Consejo, martes á las cuatro.—Oír las consultas del Contador mayor el miércoles á esa hora.—Oír las consultas de los memoriales el jueves á la hora.—Oír al Prior de Prado el lunes á la hora.—Oír á los fiscales el viernes á la hora.—Firmar martes y jueves y sábado una hora.—Ver cada noche la manga y distribuir las cartas y peticiones, las de Roma, las del Andalucía, las de Navarra y de Galicia, á Hernan Dalvarez. Las de la Inquisicion é las de limosnas y mercedes, á Alonso Dávila. Otras á Diego de Santander. Otras al Doctor. Haya cada uno dellos lugar de consultar una palabra cada que fuere necesario.»

Por muchas que fuesen sus ocupaciones en la corte, hacia tiempo Fr. Hernando para retirarse á su amado monasterio, donde se miraba como en su centro, no pudiendo disimular su alegría en los momentos en que el servicio de los reyes le permitia morar en él. Aunque en la corte era sin duda la persona mas autorizada é influyente, y con tanta frecuencia moraba en los régios salones, ocupábase en su monasterio en los oficios mas humildes y abatidos. Cuidaba á los enfermos dándoles de comer, haciéndoles las camas, barriendo las celdas, y aun vertiendo los vasos inmundos. Nunca faltaba á Maitines, á pesar de rezarse á media noche, ni á las demás horas de coro, admirándose todos viendo á un hombre abrumado de negocios estar en la Misa,

eracion y demás actos de comunidad con el so-
iego y reposo que pudiera el mas desocupado
le la casa.

Siguiendo la corte era siempre el mismo en
onde quiera se trasladase esta, representando
erca del trono los intereses y necesidades del
ueblo, aconsejando lo que convenia hacer, los
bajos que debian evitarse, las economías que
eclamaba el erario para no gravar con impues-
os al pueblo, y cuanto estaba en relacion con el
ienestar de la monarquía. Jamás explotó su
la privanza. ni para sí ni en favor de su pá-
ria, de su Orden, ni aun de la propia familia,
pesar de su humilde fortuna, antes bien se opuso
biertamente al empeño de la Reina de dotar á
as sobrinas María y Constanza, para casarlas
on grandes caballeros de Castilla, que las de-
aban por esposas. Si alguna vez utilizó su in-
uencia fué siempre en favor de sus semejantes,
in atender mas que á la justicia, como paten-
zan sus cartas, calificando de obligacion en
as reyes el ser agradecidos á quien les sirve
ien: deber que inculca igualmente en la que
amos á insertar, dirigida á la Reina en favor de
a canónigo de Valladolid, quien á pesar de los
servicios prestados y de las esperanzas que se
e dieran, se hallaba en la mayor indignancia.
a carta es como sigue (1).

(1) Existe copia de ella en la Biblioteca nacional,
ms. E. 162. Se deja tambien su ortografía.

•Muy alta y muy poderosa Señora: Pedro de Cigales, Canónigo que fué algunos años de esta iglesia, portador de la presente, me ha hecho relacion de muchos servicios que a hecho á V. A. yendo y viniendo al Arzobispo de Toledo, por vuestro mandado y por vuestro servicio, con gran peligro y trabajo de su persona, y del gran daño y mucha pérdida que por ello le vino, y de las remuneraciones generales y especiales que V. A. entonces le prometió, señaladamente de eclesiásticos beneficios, y de cómo nada se a con él cumplido, aunque algunas ocasiones se avian para ello ofrescido, y él aya algunas veces requerido, y de la extrema pobreza que padesce, y de cómo moriria de hambre y de frio si algunas personas, por solo amor de Dios, y por conoscer su onestidad y grandísima necesidad, no le socorriesen. Rogándome mucho, y encargándome la conciencia, como arriba apunté á V. A. escribiese acerca dello, por lo qual, pareciéndome inhumanidad no hacello, suplico muy humildemente á V. A. quiera en ello bien ver y bien proveer, acordándose que es gran manera de desagradecimiento, y á nuestro Señor muy desapacible, que en tiempo de vuestros menesteres rogásedes y os traxesedes á las personas que vos sirviesen, y por vuestro servicio se perdiesen, prometiendoles muchas y grandes mercedes, y que venido el tiempo de la prosperidad no se mire ni se retribuya lo que entonces fué servido y bien

erescido. Querella es esta que tienen muchos grandes y pequeños, y con mucha razón, si así es, lo qual al pensamiento de muchos a causado el disturbio pasado, y plega á Nuestro Señor que no arme y descargue otro nublado; y desto no se trata, sino que del dicho portador podrá V. A. ser recordada de todo el caso por menudo.

•La Chancillería se deshace y las iglesias llaman por la paga de la plata: es mucho á su cargo, porque sabe V. A. que fui el primero que se firmó que podrian prestarlo, y aun de cuya forma mucho todos creyeron. El monasterio de San Leonardo está muy pobre y adeudado: pensaban que les daría V. A. cinco mil maravedís de juro en remuneracion de su rico Misal; mas yo querria que juros se diesen, ni creo que se seria pagado, y por eso me parece que le daría V. A. embiar cient castellanos ó su valor en una bolsa ó sellador. De los otros cargos no digo agora por lo que escribí con Navarrés, hasta que vea cómo se hacen estos descargos.

•Vuestro preñado es acá muy certificado, y vemos por ello bendecido y alabado á Nuestro Señor, al qual cada dia suplicamos que lo saque á luz para su mayor servicio y para vuestra gran consolacion, y de todos estos reinos. Men. = De vuestro monasterio de Prado á 15 de Diciembre. •

Estas y otras reclamaciones de Fr. Hernando de Talavera en favor de personas honradas, dieron lugar á lo que dice Hernando de Pulg

en su crónica, cap. 96. «Asimesmo mandó librar la Reina á aquel Maestro Prior de Prado, su confesor, cierta suma de maravedises para descargar su conciencia, é satisfacer á las personas que fallase que en su deservicio habian gastado algunos maravedises, ó habian perdido caballos, ú otros bienes en las guerras pasadas; é para proveer á las mujeres é hijos de algunos que eran muertos en su servicio. Y este Maestro, su confesor, la administraba por su mandado con gran diligencia.»

Celebrando Capítulo general la Orden de San Gerónimo fué nombrado Visitador general de ella nuestro Prior de Prado, y á pesar de su notoria aversion á los honores y dignidades no repugnó el cargo, por tener ocasion de emanciparse de la corte. «Como quien huye de un gran peligro salió de ella, no con el tren de confesor y privado de los reyes, sino como modesto monje, en mula con gualdrapa parda, estribos de madera, y un mozo con capotillo pardo.» Hizo la visita mejorando los monasterios en lo espiritual y temporal, consolando con su doctrina y ejemplo á los monjes, exhortando á todos á la puntual observancia de la regla y constituciones, y á quererse mútuamente con el mas estrecho vínculo de caridad evangélica. Durante la visita ocupábase en los monasterios en tan humildes oficios, que nadie, sin saberlo, le juzgara Juez ni Visitador, ni mucho menos confesor y privado de los reyes.

En inquietud suma tenia á la Reina Católica la prolongada ausencia de *su santo*, como ella llamaba á su virtuoso confesor. Escribíale repetidas veces, no solo consultando asuntos de conciencia y de gobierno del Estado, sino pidiendo encarecidamente el regreso: mas hallándose bien aquel lejos de la Corte, daba largas al negocio, respondiendo de paso á la consulta. No satisfecha con esto, manifestábale Doña Isabel la dificultad de evacuar satisfactoriamente por cartas asuntos de tan alta importancia: mas como nada consiguió, vióse precisada á suplicar al General de la Orden, intimase á Fr. Hernando el pronto regreso, por la utilidad inmensa que á la nacion resultaba de su residencia en la Corte. Accediendo benignamente aquel á los deseos de la Reina, vióse el Prior precisado á obedecer, no pudiendo disimular cuán costoso le era abrazar este sacrificio.

CAPITULO VII.

Envian los Reyes Católicos á Fray Hernando de Talavera por Embajador al Rey de Portugal. Asiste á la profesion de la Infanta Doña Juana.

Los problemáticos derechos de la Infanta Doña Juana, llamada en Castilla la *Beltraneja* y en Portugal la *escelente Señora*, á la sucesion

del Rey Don Enrique IV, y su desposorio con el Rey de Portugal Alfonso V, su tío, motivaron la guerra sostenida por los Reyes Católicos con Portugal á principios de su reinado, para cuya empresa franqueó la Iglesia sus tesoros, procurando vencer la repugnancia que causaba á la misma Reina, con argumentos y oportunas autoridades de la sagrada Escritura; en lo que tuvo considerable parte Fr. Hernando de Talavera, como indica la última carta del capítulo anterior.

En la paz ajustada el año 1479 fue una de las condiciones que en el término de seis meses eligiese Doña Juana, ó abandonar para siempre á Portugal, ó permanecer allí á condicion de casarse con el príncipe Don Juan, hijo de Fernando é Isabel, nacido el año anterior, tan luego como llegase á edad proporcionada, ó tomar hábito religioso en uno de cinco monasterios que se la designaron. Disgustada de un mundo, en que solo habia visto grandezas ilusorias y desdichas positivas, y en que habia sido causa inocente de la desgracia de tantos otros, adoptó el segundo extremo del tratado, tomando el hábito religioso en Santa Clara de Coimbra, donde profesó al año siguiente.

Para presenciar la ceremonia, y cerciorarse de esta parte del convenio, enviaron los Reyes Católicos por embajadores suyos á dos hijos de Talavera de la Reina, el Prior de Prado Fray Hernando, y el Doctor Rodrigo Maldo-

nado (1), siendo recibidos por el Rey de Portugal y por el Príncipe su hijo con evidentes demostraciones de veneracion y aprecio, felicitándoles el primero por la paz celebrada en estos términos.

«Muchas saludes, muy alto Rey é Príncipe esclarecido, é muy cordiales encomiendas vos embian los muy altos é muy poderosos Rey é Reina de Castilla, é de Leon, é de Aragon, é de Sicilia, nuestros soberanos señores, con aquel amor é voluntad que á tan claro Rey é Príncipe, tan conjuntos en debdo, tan confederados é aliados en verdadera paz é amistad son debidas. Quisieron sus altezas que fuésemos sus embajadores é portadores dellas, como quier que muy pequeños en su muy alto consejo, pero no menos que otros familiares, é aceptos á su servicio: porque algunas cosas que á vuestra Alteza é Serenidad nos mandaron esponer é comunicar, son de tal calidad é misterio, que requieren ministros de semejante profesion. E aun por corresponder á la manera que vuestra muy excelente prudencia tovo en las novísimas embajadas é mensagerías que á sus Escelencias giró en estos dias: primeramente con el sabido Licenciado de Figueroa, de vuestro muy alto consejo, é despues mas familiarmente con el devoto religioso Padre Fray Antonio, vuestro confesor.

(1) Zurita, Hist. del Rey D. Hernando.

Manera por cierto prudentísima é muy provechosa, porque por esta via, mas que por otra, serán confirmadas é perpetradas vuestras bienaventuradas paces é muy dignas amistades en aquestos tiempos dignamente reformados. Ca por esta via mas que por otra, se podian certificar vuestras muy buenas voluntades é las suyas: refiriéndoles á aquellos que las conocen, como Dios, cuyo es proprio asentar los corazones, que segun el Profeta son dificiles de conocer, é por cosa deste mundo no dirán sino verdades. Manera otrosí decente é muy dina de sus reales escelencias é vuestras: porque claramente demuestra que no solamente sois príncipes científicos é Reyes animosos, é muy proveidos en los ejercicios belicosos é actos militares, como á todos es notorio, mas muy católicos ó sublimados en todo linage de heróicas é perfectas virtudes, quando así vos place elejir é destinar tales nuncios é mensajeros. Porque es regla general tambien en lo natural como en lo moral, é tambien en las cosas divinas como en las humanas, que los medios participan é han de participar en alguna manera la condicion de los extremos. Exemplo es muy suficiente, que Jesucristo nuestro Redentor, para ser entre Dios y los homés perfecto medianero, ovo de ser Dios é home verdadero. E porque nos comenzamos á testificar lo que de cierto sabemos, crea vuestra Serenidad, que la voluntad de nuestros soberanos Príncipes, Rey é Reina,

nuestros señores, que por eso la decimos voluntad é no voluntades, porque en esto y en todo bien son conformes, é tienen un querer é no querer, como muy esclarecidos conyugados en todo é por todo lo deben tener, es muy determinada, muy entera, muy constante en la perfecta conservacion de las dichas paces, y en el cumplimiento de todo lo por ellas capitulado, segun que de las vuestras son certificados, especialmente por el dicho devoto Padre, á quien sus Altezas dan mucha fe por las razones ya dichas. E no sin causa vuestras muy ilustres voluntades é la suya, en esto son é deben ser conformes: como esta bienaventurada paz é concordia sea á Nuestro Señor Dios muy apacible, que toda buena paz ama é aprueba, como aquel que es dicho della (1). El qual por facer paz verdadera é perpétua con el linage humanal, é paz entre sus santos ángeles y los homes, é paz entre los homes de diversas condiciones, en la persona del Fijo se vistió de nuestra humanidad, y en ella recibió muerte é pasion, porque pudiésemos conseguir la paz del cielo, que es nuestra bienaventuranza, que sin la paz del suelo no se alcanza. E por eso quiso ser llamado Principe de Paz, é quiso nacer en tiempo de paz, é que sus ángeles la anunciasen en su santa natividad.

(1) Parece que alude al epíteto que da San Pablo á Dios llamándole Dios de paz. (Ad Philip. 4, v. 9.)

é la dexó por herencia á sus muy amados discípulos en su testamento é postrimera voluntad, é con ella les mandó saludar la casa en que entrasen, é con ella les saludó él mesmo despues de la gloriosa resurreccion; dando á entender que esta es verdadera salutacion, y el mayor bien que se puede desear. E así la mandó dar en el Testamento viejo por bendicion principal á su pueblo. Es otrosí la paz á vuestras serenísimas personas é á las suyas, causa de mucho descanso é consolacion, porque da oportunidad para toda buena gobernacion: como por el contrario, la guerra é la discordia son causa de mucha fatiga, y enojo é turbacion. Y es la paz necesaria é muy provechosa á todos los estados de sus reinos é de los vuestros, cuyo bien todo principe con muy mucho estudio debe procurar, é anteponer al suyo; é aun oportuna é conferente á toda la religion cristiana, y especialmente en estos tiempos peligrosos: y es mucho dañosa, é por consiguiente molesta é odiosa á los enemigos de la santa fe católica, propínquos é remotos. E porque desto é de otras cosas que requieren audiencia mas familiar é secreta diré á vuestra Real Magestad é muy ilustre Señoria, agora facemos fin muy humildemente, suplicando perdon en lo que menos debidamente es dicho, é remitiendo al Doctor, dino colega en esta nuestra legacion, que como varon docto é prudente supla lo que mi simpleza ha fallecido.»

La contestacion fué manifestar el rey «que

su intencio era de permanecer en la paz asentada, cons rando el fruto loable que de ella se seguia. • Conferenciando privadamente despues los embajadores castellanos con el Rey sobre asuntos importantes, confirmáronse luego las paces á satisfaccion de todos.

Despedidos del Rey y Príncipe, pasaron los embajadores castellanos á la ciudad de Coimbra, á presenciar la profesion religiosa de Doña Juana, á quien antes de la imponente ceremonia habló Fr. Hernando de Talavera en estos términos: •Somos aquí venidos, muy ilustre é muy devota señora, por mandado de los muy altos é muy poderosos Rey é Reina de Castilla é de Leon, nuestros soberanos señores: porque sus Altezas han sabido que es vuestra deliberada voluntad de facer profesion en esta religion de la bienaventurada Santa Clara, cuyo hábito elejisteis, é vos plogo tomar. Es por cierto, muy noble Señora, el que vos quisisteis é quereis el mejor de los estados, é por tal habido é aprobado en el santo Evangelio, en el qual Nuestro Señor Jesucristo, alabando la contemplacion, á la qual es dedicada esta religiosa vida, dice, que Maria Magdalena, por la qual aquella es figurada, escogió la muy mejor parte. Esta es la mas perfecta de las vidas, porque mas que ninguna es dispuesta é ordenada para mas cumplidamente amar á Nuestro Señor; lo qual es todo el bien é perfeccion que en esta miserable carne, viviendo se puede alcanzar. Conocida

cosa es, que el amor; libre de las riquezas temporales, é libre otrosí, é apartado de los deleites carnales, é de los cargos é actos conyugales, é sometido en todo é por todo á cumplir é obedecer la voluntad de Nuestro Señor, la qual en cada cosa é causa nos declara y enseña el Perlado ó Perlada, que entre nos é sobre nos tienen sus veces, es mas dispuesto que ninguno para perfectamente amar á Nuestro Señor. Porque como nuestro corazon no puede carecer de amor, que es de su propia operacion, es forzado que desamando ó no amando las cosas baxas, quiera é ame las altas; é que despreciando las cosas criadas que no hinchen su capacidad é medida, precie, quiera é ame al Hacedor é goberñador dellas, que tiene, é da perfeccion cumplida. A esta causa é no á otra los santos por Nuestro Señor inspirados é alumbrados, notaron é ordenaron que votásemos aquellos tres votos principales de pobreza, castidad é de obediencia, que son necesarios é sustanciales en toda religion perfecta é aprobada: por las quales son escluidas y desechadas aquellas tres cosas que facen á los homes indinos de participar y entrar al combite de las bodas celestiales. Las quales tres cosas en el santo Evangelio son figuradas y entendidas por la villa, que significa el señorío é honra temporal; é por la mujer, que significa el casamiento é todo deleite carnal; é por las yugadas de bueyes, que significan las riquezas que facen de terrenal esta

perfeccion de amores. Esta es aquella preciosa para la qual haber el santo Evangelio dice: que habemos de vender todo lo que tenemos; este es el tesoro abscondido en el campo, por el qual, como ese mesmo Evangelio dice, todo haber con mucho gozo debe ser dado. Esta es la cruz muy preciosa con que Nuestro Señor quiere que crucificados le sigamos. Este es el su yugo suave é carga liviana, que nos face verdaderos discipulos suyos, amigos, fijos y hermanos. Y esta nos face dinos, como ese mesmo Evangelio dice, que en el juicio universal, en sillas muy altas, seamos con él asentados á juzgar. Esta es la vida inocente é pura, alegre é jocunda, pacifica é segura, é mas apta que ninguna para hacer complida penitencia de qualesquier pecados é yerros, por nosotros ó á nuestra causa cometidos é fechos; pobreza muy rica, que quanto mas quiere tanto mas tiene é nada le falta, porque muy poco le basta. Castidad muy fecunda, llena é abastada de generacion ó deleite espiritual. Subjecion llena de libertad; mas libertad verdadera, é finalmente mas angélica que humana, é mas del cielo que de la tierra. É por eso la aconseja el Apostol Sant Pablo á todas las personas que aún no están atadas ni cargadas de casamiento. Por eso la escogieron Santa Inés, Santa Caterina, Santa Cecilia, Santa Lucia, é vuestra madre Santa Clara, é otras muchas doncellas de claros linajes, é desecharon esposos muy generosos, é las bodas tempo-

rales. Pues considerando, muy ilustre Señora, la bondad, perfeccion é mejoría que vos plogo de elejir, é place de continuar, no sería buen pariente, ni buen amigo, ni buen consejero, quien de cosa tan buena vos cuidase apartar. Mayormente que por maravilla es visto, antes nunca, que personas de vuestro linaje despues que en el monasterio entrasen, hayan tornado atrás, ni dexasen el hábito de la sagrada religion, y el santo propósito con que el primer dia comenzaron, agora entrasen por sola virtud é solo amor de Nuestro Señor, é deseo verdadero de su segura salvacion, agora impelidas é movidas por evadir qualquier necesidad ó tribulacion. La qual en tal caso llaman los santos felicidad, porque compele á tomar estado de tanta escelencia é de tanta virtud é bondad. Quanto mas que, bien considerando la deliberacion con que vos plogo de tomar este estado, y el tiempo que para deliberarlo vos fué dado, é la intencion con que lo tomastes, que fué, no de probar, mas de siempre en él perseverar, el primer dia fuistes profesa quanto á Dios, é quanto á la obligacion de vuestra conciencia; aunque no interviniere la solemnidad acostumbrada en la profesion espresa, que agora quereis facer en faz de la Iglesia. E aun yo sería mal fraile, é muy mal siervo de Dios, si tal caida é tal apartamiento de su verdadero amor vos aconsejase. Mas porque podria ser, que teniendo vos alguna duda ó recelo, que los dichos Rey é Reina nues-

señores no toviesen voluntad de complir lo con el muy ilustre Rey vuestro tio, al tiempo de las paces capitularon cerca de vuestro miento con el serenísimo Príncipe nuestro or, vos oviese movido á querer elejir é to- aqueste santo é bienaventurado é mejor esta- por esto vos facen saber, antes que mas vos i, aunque segun lo dicho, quanto á Dios ianto á vos, é quanto á la Iglesia, ya sois a, que su voluntad fué y es, é será de com- enteramente. E á mí dan por testigo, que como Dios, é por cosa deste mundo no diré verdad. Porque así vista, veais bien lo que s, é si de aquello dudais, perdais toda dub- Alumbre Nuestro Señor y esfuerce vuestro noble espíritu, para que aquello conozca é ra, que á él es mas apacible. Amen (1).»

Juego que hubo hablado Fr. Hernando de vera, contestó Doña Juana: «Que al principio a concordia, en su ánimo habia elejido mas a de la religion que la del casamiento, por- muchas veces Dios le habia mostrado los los reales é otras qualesquier prosperidades danas ser transitorias, é que el apartamien- el mundo era causa de se apartar la criatura ecar, é la poner en amor de Dios, que es lo permanece. Por ende que ella, sin ninguna ia, salvo de su propia voluntad, queria vivir

Tanto este como el anterior discurso, se hallan crónica de Hernando de Pulgar, cap. 92.

en religion, é facer profesion, é fenecer en servicio de Dios é de la Virgen bienrada Santa María, su Madre, pospuestas otras cosas.» Pronunció despues Doña J. irrevocables votos que debian separar el mundo, en presencia del Príncipe D. J. Obispo de Coria, de los Embajadores de Portugal, de la Abadesa y Comunidad de aquel monasterio, de los principales caballeros de Portugal y multitud de fieles, recibiendo el velo de la Orden del Provincial de San Francisco, Fr. I. Abrantes.

Terminada esta ceremonia regresaron los Embajadores castellanos á la corte de Portugal, donde esperaba á Fr. Hernando una recepción difícil y arriesgada en demasía.

Las donaciones de ciudades y villas, mercedes por juro de heredad con que tan copiosamente habian enriquecido los anteriores reyes á los hijos-dalgo y ricos-hombres, habian empobrecido y esquilmo la nacion, hasta el punto de indispensable la imposicion de tributos, restituian al estado que habian tenido en el tiempo. La anulacion de estas mercedes, volucion á la corona de los pingües bienes, era una indiscreta prodigalidad ó la codicia de los reyes, segun el consejo de Fr. Hernando (1) era una medida, aunque jus-

(1) Pulgar, cap. 95.

sensible para los interesados, que por lo tanto podía pulso, entereza y resolución. Al efecto celebraron los reyes cortes en Toledo el año de 1480, convocándose á ellas al clero y á la nobleza, para que tan grave asunto se resolviese con su conocimiento y anuencia. Reunidas las cortes, consintieron unánimemente la propuesta revocacion de mercedes, medida que se creyó de absoluta necesidad. Como los derechos de los acreedores estribaban en fundamentos de muy diversas especies, fué preciso adoptar una base prudencial, á fin de hacer la revocacion del modo mas equitativo. Encomendóse el plan al Cardenal D. Pedro Gonzalez de Mendoza, y su ejecucion y final arreglo á Fr. Hernando de Talavera, cuya acrisolada integridad era bien conocida. Mandó presentar este á todos los agraciados las escrituras de donacion, y examinadas las causas que hubo para cada una de ellas, anuló mucha parte de estas mercedes, ó redujo sus rentas á una porcion menor de los derechos en que consistian, respetando aquellas que creyó bien concedidas. Las mercedes así revocadas, y las rentas que en su virtud fueron devueltas á la corona, ascendieron á tan enorme suma, que equivalia á las tres cuartas partes de la renta que disfrutara al advenimiento de Doña Isabel.

Tan sensible medida no podia menos de ocasionar á Fr. Hernando de Talavera notables sinsabores, por juzgársele principal autor de ella. Estrellándose contra él muchos de los des-

poseidos, le injuriaron de mil maneras. Váyase á rezar el fraile, decían unos, y no ande metido en tantos negocios seculares. Murmuraban otros de que dijese Misa diariamente, pareciéndoles imposible pudiese celebrarla con la reverencia debida, ocupado en tantos negocios. Oigamos sobre esto á un gran siervo de Dios (1). «Del santo Fr. Hernando de Talavera, primer Arzobispo de Granada, se cuenta que estando en la corte ocupado en muchos y muy graves negocios del reino, como sus émulos, que eran muchos, no hallasen otra cosa en que poderle acusar, murmuraban algunos porque decía cada día Misa, maravillándose de él, que teniendo tantos y tan árduos negocios sobre sí, se hallaba tan dispuesto y con ánimo reposado y quieto para celebrar cada día, como si estuviera en el monasterio. Y como el Cardenal de España y Arzobispo de Toledo, D. Pedro Gonzalez de Mendoza, un día familiarmente le contase lo que se decía, respondió el siervo de Dios:—Así es, señor, que porque sus altezas me han puesto en cosas tan árduas, y encomendado carga que es sobre todas mis fuerzas, no tengo otro refugio, para no dar con la carga en el suelo, sino llegarme cada día al Santo Sacramento; para que con eso pueda tener fuerzas para salir al cabo, y dar buena cuenta de lo que sus al-

(1) V. P. Alonso Rodriguez, Ejercicio de perfeccion, trat. 8, cap. 16.

is me han encomendado.» Poco satisfechos
 os con murmurar, llevaron el encono hasta
 ar contra su preciosa existencia; y le pri-
 an de ella si Dios no le reservára para su-
 iores empresas. Nada le inmutó la noticia de
 inícuo proyecto, ni cuidó de la seguridad de
 persona, ni se quejó á los reyes, antes bien
 con resolucion heróica: «Que si tan alta
 ancia sacase de sus desvelos, que mereciese
 muerto por favorecer á la razon y á la jus-
 a, se tendria por bienaventurado.» Sabiendo
 persecucion que su confesor padecia, dijo la
 na estas memorables palabras.—«Esto era lo
 le faltaba á mi santo.» No podia causarla
 añez alguna, sabiendo que el Doctor de las
 tes dice: «Que todos los que quieren vivir
 dosamente en Jesucristo, padecerán persecu-
 n.»

«Habíase movido á esto el siervo de Dios
 altos fines, dice Sigüenza, y púsose los Dios
 el alma, y él los pasó de la suya á la de los
 es. Como los vió libres ya de las guerras de
 tugal, y los negocios de la sucesion del rei-
 acabados felizmente, Doña Juana puesta ya
 el monasterio á que él mismo la habia llevado,
 sentadas las paces con el portugués, de que
 él mucha parte, como refieren los historia-
 es; los grandes del reino quietos casi todos,
 educidos al servicio de los Reyes Católicos;
 siderando el ánimo de tan grandes príncipes,
 pareció que serian poderosos para acabar de

echar los moros de España, y conquistar el reino de Granada si convirtiesen allí todos sus intentos. Persuadidos por el santo, los Reyes comenzaron la guerra (1): faltábales á cada paso dinero, por estar el patrimonio real como hemos dicho. Erales forzoso pedir cada día á los vasallos y á las iglesias socorro, y todo no bastaba para tan costosa y larga empresa. Aconsejóles que recobrasen su hacienda y pusiesen en razon sus juros y rentas, y no habria necesidad de tantos pedidos y empréstitos, y los que tenian usurpado lo que no podian sin peligro de sus almas, quedarian con mas seguras conciencias, y se acabaria una cosa tan deseada, y de tanta gloria y fruto, como era la conquista de aquel reino tan florido, y se quitaria una afrenta é ignominia de España, que tantos siglos la tenia en afrenta y peligro. Todas estas razones, y motivos tan santos y justos, le pusieron en el trabajo que toda España sabe de cuánto fruto ha sido, aunque á los desposeidos costase tan caro.»

(1) Nadie estrañará que Sigüenza, Pedraza y otros den tanta parte á nuestro héroe en la conquista de Granada, habiendo dicho terminantemente Pedro Martir de Angleria, escritor coetáneo: «Hernando de Talavera, por quien se recuperó del poder de los moros el reino granadino.» (Carta de pésame al Conde de Tendilla por la muerte del Arzobispo.)

CAPITULO VIII.

rey Hernando de Talavera es nombrado Obispo de vila. Visita su diócesis, introduciendo saludables reformas. Por obediencia al Sumo Pontífice regresa á la Corte.

Ya era tiempo que esta luminosa antorcha, de tanta claridad venia difundiendo en el recinto del claustro y en el bullicio de la Corte, fuese colocada en la cumbre del santuario, para sparcir desde allí nuevos fulgores en toda la glesia española. El obispado de Salamanca acababa de vacar por muerte de su pastor, y ray Hernando de Talavera fue designado por los Reyes para ocupar aquella silla. Puede inferirse la turbacion y sobresalto que produciria la eleccion en el humilde Prior. Desde luego hizo todos los esfuerzos imaginables para evadir un pesada carga, rogando á los principes le dejasen en su monasterio, pues preferia su estado cenobítico á todas las grandezas de la terra. Vencidos por sus reiteradas súplicas resistieron aquellos, apreciándole mucho mas á vista de tan relevante muestra de abnegacion vangélica; pero por mas que aplaudiesen su virtud no podian menos de sentir la resistencia, siendo el movíl principal de los Reyes el deseo de sacarle del monasterio, donde se retiraba

siempre que podia hacerlo.»—¿Es posible, padre, le decia con frecuencia la Reina, que no me habeis de obedecer una sola vez cuando tantas os obedezco yo? Respondió el Santo con mucha reverencia y gracia:—Señora, no tengo que ser Obispo hasta que lo sea de Granada;» pretendiendo con esto despertarle la memoria para que continuase la guerra, pues aunque el Santo entendia era negocio largo y difícil, y que él se moriria primero que lo viese, con todo eso le parecia siempre que estos Reyes habian de acabar tan gloriosa empresa; por eso les animaba y despertaba muchas veces á ella, especialmente cuando les veia mas rodeados de dificultades (1).

Pero como Dios nuestro Señor destinaba á Fray Hernando de Talavera para norma de prelados, dispuso que habiendo vacado la silla episcopal de Avila, le nombrasen los Reyes para ocupar la cátedra del apostólico San Segundo. Siendo tan notoria su profunda humildad, tuvo muy presente la renuncia. Para obviar el inconveniente obtuvo la Reina del Sumo Pontífice Sixto IV, además de las bulas acostumbradas, otra en la que se mandaba á Fray Hernando aceptar el nombramiento sin dilacion ni escusa (2). Precisado á resignarse al esplicito man-

(1) P. Sigüenza.

(2) El autor del Carro de las Donas, y el P. Florez en la obra titulada *Reinas católicas*.

dato del ϵ premo gerarca de la Iglesia, fue tal su afliccion y desconsuelo, cual si pesara sobre él la mayor desgracia de la tierra. Recordaba, sin duda, entre otras la terrible sentencia de San Juan Crisóstomo: «Que de los sacerdotes son pocos los que se salvan; pero muchos menos de los prelados y Obispos.» Tambien los monjes de Nuestra Señora de Prado quedaron sumidos en profundo dolor á vista de la ausencia de su querido padre, pudiendo mitigar solamente el sentimiento, la consideracion del mayor bien que iba á resultar á la Santa Iglesia.

Preparado con algunos dias de retiro para la augusta ceremonia en que habia de recibir la plenitud del sacerdocio, partió Fray Hernando del monasterio para la ciudad de Palencia, donde se celebró su consagracion en presencia de un concurso inmenso, rindiendo todos las debidas gracias al Todopoderoso por el digno Prelado que concedia á su Iglesia. El nuevo carácter dió nuevo esplendor á su virtud, sirviendo solamente para hacer mas visible su humildad y su mortificacion.

Hallándose oprimido con el formidable peso de la dignidad episcopal, cuyos graves deberes comprendia, solo pensó en llenarlos dignamente. Quiso lo primero visitar sin demora su obispado, y viendo oposicion en los Reyes, «Señores, dijo, ya que me echásteis la carga á cuestras, dejádmela llevar; dadme licencia para ir á conocer mis ovejas, y ellas conozcan mi

voz.» Vencidos por la justicia de la súplica accedieron aquellos, con no pequeño sentimiento, encargándole mucho el pronto regreso.

Recibiórle en Avila con toda la veneracion que merecia tan digno Prelado, granjeándose desde luego las simpatías del clero, de la nobleza y del pueblo. «La primera vez que entré en Avila nombrado Obispo, dice un escritor (1); hizo en el cabildo una plática muy maravillosa, y de mucha doctrina santa, y entre otras palabras que dijo fueron estas: «Hermanos en Jesucristo, bien sé que á algunos os ha pesado porque los Reyes Católicos me hicieron Obispo de Avila, creyendo que yo habia de hacer muchas cosas en la reformation de esta santa Iglesia: yo espero en Dios que vosotros os alzareis en virtud y en perfeccion, y yo me abajaré para el servicio de Dios y vuestro, porque yo soy el que os tengo de servir; y tengo por cierto que sois personas tan virtuosas, que me ayudareis con vuestras santas oraciones, para que yo pueda servir á Dios y á esta santa Iglesia. Estas palabras y otras de mucha santidad dijo en aquella plática y primer cabildo que tuvo. Lloraban todos con mucha devocion, y respondieron que ellos eran súbditos y verdaderos hijos; que su señoría mandase, y ellos obedecerian. Así sa-

(1) El autor del Carro de las Donas, vida de Fr. Hernando de Talavera.

eron muy contentos, acompañándole á la casa bispal.»

Colocado cual hermosa ciudad sobre el en-
 umbrado monte de la Iglesia, por la legi-
 ma vocacion de Dios, correspondió nuestro
 Obispo con la santidad de su vida á la esce-
 ncia del ministerio, sabiendo armonizar con
 todas las virtudes episcopales, las que eran
 propias de la profesion de monje. Nada alteró
 la conducta la nueva dignidad, contra la espec-
 tacion comun, pues nadie esperaba se humillase
 en hora del modo que solia. Jamás dejó el hábito
 religioso, ni mucho menos el espíritu de monje.
 El mismo fué en el obispado que en el convento:
 siempre mortificado, siempre humilde, siem-
 pre caritativo, siempre padre. Su cama, su
 mesa, su vestido y todo su tren eran como de
 un pobre monje. Cotejando las reglas dadas
 por Jesucristo nuestro Salvador á los prela-
 tos, reyes y demás superiores, con las que
 seia practicar á algunos de su tiempo, exclamaba
 nuestro Obispo con notable sentimiento: «No
 tienen bien unas con otras: si no vierá canoni-
 zados por la Iglesia muchos Obispos y reyes,
 pensára que ninguno se salvaba. Cristo nues-
 tro Señor manda á sus apóstoles espresamente,
 que el que fuere mayor entre ellos sea
 el menor, y el que estuviera en lugar mas alto,
 se humille y sirva á los otros; y hacer otra cosa
 no es escuela de cristianos, sino de gentiles.
 Los que tienen por fin el señorear á los menores,

ser temidos, servidos y regalados, cuando sus pobres ovejas desnudas y hambrientas. Cuando esto decía derramaba muchas lágrimas nuestro santo Obispo, y elevando los ojos al cielo exclamaba.—Señor, ¿he de vivir así? ¿Viene bien esto en los prelados que vuestras veces, y han de representar a una persona en la tierra? ¿Vivisteis así Vos? así San Pedro ó alguno de los Apóstoles? ¿ventura, ¿habeis, Señor, mudado las cosas al hecho nueva forma de Iglesia? Las personas esto oían, bien por consolarlo ó por reprimirlo; así, decían:—Señor, aquello fue necesario en los primeros tiempos de la Iglesia para establecerla, mas ahora que la fe está tan arraigada y consolidada, es necesario en los prelados una autoridad, para que los respeten los fieles y se menosprecie la dignidad, viendo á un prelado pobre y humillado. Y á San Pedro y San Pablo decía nuestro Obispo, ¿faltóles autoridad delante el respeto los fieles? Y sin ir tan lejos, ¿á San Basilio, San Ambrosio, San Martin y tantos otros, no los estimaba y respetaba el mundo? ¿No hacían temblar á los emperadores? ¿No eran pobres? ¿No eran sencillos? ¿No eran ejemplo de virtud? ¿Tenían riquezas, literas, vajilla de plata, casas de lujo, ni estruendo de criados? No puso Dios mal recaudo su Iglesia, ni la tiene tan oprimida, si los prelados de ella siguiesen sus deberes y guardasen sus reglas, les faltase autor

respeto en los súbditos; antes creceria lo uno y otro (1).»

Altamente persuadido de que nada contribuye tanto á la reforma de las costumbres del pueblo como la edificante conducta de los eclesiásticos, aplicó con especialidad á la reforma del clero. Tomando el ejemplo del prelado la mas eficaz leccion, tuvo el consuelo de que produjese muy prodigiosos frutos su laborioso celo. Socorria liberalmente á todos los necesitados, predicaba con frecuencia, visitaba las iglesias y hospitales, visitando en estos á los enfermos mas repugnantes. Asistia con frecuencia en la catedral á las Horas canónicas, moviendo con su ejemplo á la modestia y compostura, que mejor parecia en los austeros monjes que de personas seculares. Mudáronse las costumbres públicas, destruyéndose multitud de inveterados abusos. La religión, la piedad, el esplendor del culto divino brillaron en la diócesis de Avila por el instigable celo del nuevo prelado. Mas cuando ya ella tributaba regocijada las debidas gracias al Sér Supremo por haberla dado tal pastor, mereciendo haber venido á visitarla algun angel del cielo, acudió la Reina á Roma, pidiendo al mismo Pontífice un Breve para hacer volver á Don Fray Hernando á la Corte; pues aunque no se hallaba sin él, su delicada conciencia no la

(1) Sigüenza y otros.

permitia tenerle fuera de la diócesis sin autorización competente: además de que por experiencia sabia era este el único recurso para conseguirlo. • Andaba á la sazón; dice un historiador (1), viva la guerra de Granada, y como todo se gobernaba por su parecer, hacia gran falta su persona, por faltar quien llenase el vacío, no solo en las cosas de gobierno, pero en las de la guerra, donde tenia tan buen consejo como en la que hace al espíritu la carne y así es cosa cierta que hizo mas guerra á los moros este soldado de Cristo con sus consejos oraciones y disciplinas, que todos los españoles juntos con las armas. • Hallándose en la visita de la diócesis llegó el breve de Su Santidad en manos del Obispo, y obediente salió de ella dejando á todos tristísimos con su ausencia.

Vuelto á la Corte encomendáronle los reyes notable parte de los principales negocios de la nación. Encargado una vez de tomar cuentas á unos tesoreros, y habiendo empleado una tarde y parte de la noche en esto, sin ver las cuentas claras, pidióles con su habitual bondad nuevas explicaciones. Como procedian de mala fe negáronse á ello, enojándose además uno de ellos en tales términos, que dando una fuerte palmada en la mesa derribó al suelo el candelero y vela que les alumbraba, y echó á andar pa-

(1) Bermudez de Pedraza, antigüed. de Granada.

la calle. Sin turbacion alguna levantó el Obispo el candelero y vela, y salió presuroso á alumbrar al tesorero, diciendo: «Esperad, hermano mio, no caigais en la escalera.» Asombrado y altamente conmovido á vista de tanta bondad, exclamó el tesorero: «¿Vuestra señoría ha de alumbrar á un hombre tan descomedido y errado como yo?—Hermano mio, contestó el Obispo con notable gracia, oficio de prelados es alumbrar á los que yerran.» Arrodillado le pidió perdon el tesorero, y tomándole el candelero le besó la mano, y aun lo hiciera con los pies, á no impedirlo el Obispo. Reunidos de nuevo continuaron el exámen de las cuentas en la mejor armonía, terminándose á satisfaccion de todos.

En medio de sus ocupaciones en la Corte no se olvidaba el vigilante pastor de su amada grey, haciendo en su obsequio cuanto estaba de su parte. Deploraba continuamente su ausencia, contestando á los que pretendian consolarle con la necesidad de su presencia al lado de los reyes: «Si hago ó no algun bien en la Corte, no lo sé; lo que sé bien es que hago falta á mis ovejas, y si soy bueno para esto, pongan allá otro Obispo, pues hay tantos que lo harán mejor que yo (1).»

«Estas fueron las primeras muestras que dió de Obispo nuestro Fray Hernando, dice Sigüen-

(1) P. Sigüenza.

za, pues aunque cuando monje fue gran monje, y cuando Prior gran Prior, en el estado episcopal hizo conocidas ventajas, y, á mi parecer, lo podemos poner con los santos que en este ministerio tan alto fueron de mayor perfeccion, como lo mostraremos en el discurso de sus cosas.»

CAPITULO IX.

Conquistán los Reyes la ciudad de Granada. Elijen por su primer Arzobispo á Don Fray Hernando de Talavera. Enarbola éste la santa Cruz sobre el palacio de la Alhambra.

Llegó la feliz época decretada por la divina Providencia para el término de la dominacion de los hijos de Mahoma en la nacion española. Conquistadas Alhama, Loja, Velez, Málaga, Baza, Almería y Guadix; rendidos el principe Cidi Yahye, el rey de Abdallah y los principales caudillos del pueblo sarraceno, aún restaban Granada y sus montañas. «Alegrábase con esto nuestro Santo, dice Sigüenza, por ser cosa de él muy deseada; y aunque al principio le pareció como imposible, viendo el fin casi en las manos, no cabia de gozo, por haber sido como el movedor ó despertador, que tocaba siempre en el pecho de estos valerosos Reyes para que acabasen cosa de tanta gloria: con esto se le hacian

aves todos los trabajos. No siendo mi propósito tratar de la conquista de Granada, me ocuparé únicamente de la entrega de la ciudad y época de la elección de Fray Hernando de Talavera para su primer metropolitano, en cuyo acto tan brillante papel desempeñara.

A la aurora del día 2 de enero de 1492 resonaron tres cañonazos disparados desde los aluartes de la Alhambra. Era la señal convenida para que el ejército cristiano partiera de las reales de Santa Fe, á tomar posesion de Granada. Por público pregon habíase anunciado la noche anterior la noticia de la entrega, prohibiendo bajo pena de muerte que soldado alguno abandonase las filas para entrar en Granada, y reviniendo que los capitanes, caballeros, pajes, escuderos y soldados del ejército cristiano se presentasen de rigurosa gala. Las mismas personas reales vistieron de gran ceremonia, dejando el traje de luto que llevaban por muerte del principe don Alfonso de Portugal, esposo de la infanta de Castilla Doña Isabel; presentando todo el campamento cristiano en la mañana de tan suspirado día la escena de mas bulliciosa animacion que puede imaginarse.

Envióse delante al gran Cardenal de España, D. Pedro Gonzalez de Mendoza, acompañado de su sobrino el Arzobispo de Sevilla, D. Diego Hurtado de Mendoza, de nuestro Obispo de Avila, D. Fr. Hernando de Talavera, el Duque de Cadiz, Conde de Tendilla, del

Comendador mayor de Leon, D. Gutierre Cadenas, y de otros caballeros é hidalgos, escoltos por tres mil infantes y alguna caballería. ponesse en marcha la hueste hablaron los Reyes á su confesor en estos términos: «Padre, pues llegó el tiempo de nosotros y de vos deseado, comenzad desde luego á ejercer vuestro oficio de Arzobispo de Granada, pues esto ya no podeis escusaros; llevad delante bandera de la cruz, pues ella ha dado tan insigne victoria, y sea suyo todo el triunfo. Viendo Fr. Hernando puesto en aquella alta dignidad que como imposible, ó como que no habia de llegar, mostró desearla, parecióle que Nuestro Señor le llamaba á que le sirviese en ella y emplease allí todas sus fuerzas, trasluciéndosele las grandes ocasiones que habia de tener para ganar mucho delante del Señor (1).» La contestacion de D. Fr. Hernando fué decir con San Martin: *Domine, si adhuc populo tuo sum necessarius, non recusso laborem; fiat voluntas tua* Señor, si aún soy necesario á tu pueblo, no rehúso el trabajo; hágase tu voluntad. Tomando despues la santa cruz, fué delante de todos con singular alegría y devocion.»

Atravesando la corriente del Genil, subió la hueste por la cuesta de los Molinos y carril de los Mártires á la esplanada de este nombre, llamada entonces del Abaul, al tiempo que el jó-

(1) P. Sigüenza.

El rey moro Boabdil, saliendo por la puerta
 de Siete Suelos con cincuenta caballeros de su
 corte y servidumbre, se presentó al gran Car-
 dinal. Al verle apeóse este del caballo, y sa-
 ludóle al encuentro, le recibió con respeto y
 reverencia. Saludáronse cortesmente, y des-
 pués de conversar un breve rato, dijo con triste
 rostro el príncipe musulmán: «Id, Señor, en
 esta hora, y ocupad esos mis alcázares en
 nombre de los poderosos Reyes á quienes Dios,
 por todo lo puede, ha querido entregarlos por
 grandes merecimientos, y por los pecados
 de los moros.» Despidióse del prelado, y segui-
 de su comitiva bajó por el mismo camino al
 interior del rey D. Fernando. Esperaba este,
 rodeado de sus cortesanos, á la orilla del Genil,
 ir á una pequeña mezquita árabe, consagra-
 da despues como ermita con la advocacion de
 San Sebastian. La Reina Isabel habia quedado
 en el pueblo de Armilla, distante media
 legua de Granada. Al llegar á la presencia del
 D. Fernando, hizo demostracion el príncipe
 musulmán de querer apearse, mas se apresuró
 á impedirselo el monarca vencedor, y aun re-
 cibió darle á besar la mano, como pretendia
 Boabdil en señal de homenaje. Aproximándose
 presentó el moro las llaves de la Alhambra,
 diciendo con abatido semblante: «Tuyos somos,
 poderoso y ensalzado: estas son, señor, las
 llaves de este paraíso; esta ciudad y reino te
 regalamos, porque así lo quiere Allah, y con-

fiamos que usarás de tu triunfo con generosidad y con clemencia.» Abrazándole el monarca cristiano trató de consolarle diciendo: que en su amistad ganaria lo que la adversa suerte de las armas le habia quitado. Preguntando despues Boabdil por el caballero á quien los reyes encargaban el gobierno de la ciudad, presentósse D. Íñigo Lopez de Mendoza, Conde de Tendilla, y sacando el infortunado príncipe de su dedo un anillo de oro con una piedra preciosa, se lo presentó al Conde diciendo: «Con este sello se ha gobernado Granada: tomadle para que la gobernéis, y Dios os haga mas venturoso que á mí.» Despidióse luego el desolado príncipe con su familia, dejando á todos profundamente afectados.

Continuó Boabdil en direccion á Santa Fe con toda su servidumbre, siguiéndole despues su esposa, su madre y sus hermanos. En las inmediaciones de Armilla se presentó la triste comitiva á la reina Doña Isabel, quien además de recibirla benigna y afable, mitigó el pesar que acibaraba á los desgraciados príncipes, devolviéndoles su inocente hijo, que estaba en rehenes desde octubre anterior, para seguridad de las capitulaciones. Prosiguiendo la infortunada familia por el camino de las Alpujarras, llegó á una eminencia desde la cual por última vez se descubria Granada; y deteniendo en ella Boabdil su caballo para dirigir la última mirada á aquel teatro de su antigua grandeza, se

ntristó su corazón, y mezclando con lágrimas un suspiro: ¡O grande y poderoso Dios! llámó.

—Llora, le dijo su esforzada madre, llora mo mujer, ya que no has sabido defenderte mo hombre.

—¡Ah! replicó el triste príncipe, ¿qué desigualaron jamás á las mias?

La colina donde esto ocurriera, se llamó de entonces el *último suspiro del moro*.

Siguiendo entre tanto su marcha el gran rdenal con toda la comitiva, penetraron en Alhambra, cuyas puertas franqueó el Alcaide en Comixa, encargado de la entrega, y suando á la torre llamada hoy de la Vela, coloen ella D. Fr. Hernando de Talavera la gran iz de plata que el rey D. Fernando llevaba en campañas (1). «Parece conforme á la razon, e un historiador (2), que exaltase primero la iz en Granada el que habia de predicar en a á Cristo Crucificado: además de que el cho trabajo corporal y espiritual que le cosa esta victoria, y la mucha afición que los res le tenian, le hacian digno de este honor.»

1) Lucio Marineo, *de rebus Hispan. memorab.*, lib. 20. scas, 2 part., lib. 6, cap. 20. Garibay, lib. 14, cap. 20. leño, cap. 10. Sigüenza, Mariana y otros. *Quien esta contrario á Hernando de Pulzar, ignora que solo ribió éste hasta el año 90. Véase el prólogo que precede edición de Valencia hecha en 1700.*

2) Bermudez de Pedraza.

Al lado derecho tremoló el Conde de Tendilla, que ya estaba presente, el estandarte real; y Don Gutierrez de Cárdenas enarboló al izquierdo el pendon de Santiago, gritando al propio tiempo los reyes de armas: «Granada, Granada por los ínclitos Reyes D. Fernando y Doña Isabel,» á cuyas voces respondió el ejército con vivas y salvas, que resonaron por toda la vega.

Los Católicos Reyes, que atentos esperaban esta señal, apenas vieron sobre la torre la insignia de la cruz, hincáronse de rodillas, rindiendo gracias al Todopoderoso por tan señalado triunfo, repitiendo muchas veces: *Non nobis, Domine, non nobis, sed nomini tuo da gloriam.* A tan glorioso espectáculo entonaron los preladados, sacerdotes y cantores de la Real Capilla el *Te Deum laudamus*, pocas veces cantado con mas devocion y fervor, ni en acto mas grande y solemne para la nacion española. Penetrado de profunda emocion postróse tambien de rodillas el ejército entero, adorando al Dios de las victorias, por haberle concedido la completa satisfaccion de sus deseos con este glorioso triunfo. Acto continuo besaron la mano á los Soberanos rindiéndoles homenaje como á Reyes de Granada, primero su hijo el príncipe D. Juan, que contaba á la sazón catorce años, y á su imitacion los grandes señores del reino; pasando despues á posesionarse de la Alhambra, á cuyas puertas salieron á recibirles el Arzobispo electo Fr. Hernando de Talavera, el Cardenal Men-

doza, el Comendador Cárdenas y el Alcaide **Aben Comixa.**

La solemne entrada en la ciudad se verificó el día 6 de enero, fiesta de la Epifanía, con la magnificencia digna de tan fausto acontecimiento. Pusieronse en marcha los Soberanos con numerosa comitiva de prelados, damas, grandes y señores. Seiscientos cristianos arrancados á la esclavitud y estraidos de las mazmorras iban delante, llevando en sus manos los hierros con que habian sido encadenados, y cantando Letanías y alegres himnos. Seguía una brillante escolta de caballeros cubiertos de bruñidos arneses, y montados en soberbios caballos. Iba despues el principe D. Juan vestido de toda gala, á cuyo lado cabalgaban en mulas el gran Cardenal revestido de púrpura, y nuestro Arzobispo electo D. Fray Hernando de Talavera, con su manto y muceta pardos. Venian en pos, la Reina con sus damas y dueñas, adornadas con sus mas ricas galas, y el Rey en un soberbio caballo, rodeado de la flor de la nobleza castellana y andaluza, cerrando la marcha el grueso del ejército, al compás de cajas, pífanos y trompetas, con banderas desplegadas. Entró la comitiva por la puerta de Elvira, y subiendo á la calle llamada hoy de San Juan de los Reyes, llegó á una mezquita que los moros llamaron Taybin, que significa de los convertidos, y habia sido bendita para el acto, con la advocacion de San Juan de los Reyes, por D. Fr. Hernando de Talavera, á

cuyo glorioso apóstol y evangelista profesa nuestro Arzobispo y la Reina particularísima vocion. Habiendo orado en este templo, da gracias de nuevo al Todopoderoso por tan señalada victoria, encamináronse todos al palacio de la Alhambra, y tomando asiento en el trono de Comares, en el trono preparado efecto, dieron los Reyes á besar sus manos á los caballeros de su corte, y á los magnates muchos que quisieron rendir homenaje á los nuevos señores beranos.

Tal fué el feliz desenlace de la prolongada lucha de mas de siete siglos entre español y sarracenos, entre el Evangelio y el Koran. La rendicion del reino de Granada acabó e católica España el imperio de Mahoma. «Muy sirvió á los Reyes nuestro Fr. Hernando ante la conquista, porque muchas veces querían dejarla, viéndose cercados de dificultades por falta de gente, dinero y bastimentos, y el prelado les alentaba á proseguir la guerra socorros consignados en la divina Providencia finca la mas segura para los fieles que de toda razon se fian de ella (1).» Siendo como un resú del asunto que tratamos la inscripcion latina colocada en la catedral de Granada sobre la puerta del Perdon, en medio de las virtudes Fe y Fortaleza, acabaremos con ella el capítulo,

(1) Bermudez de Pedraza.

diendo su traducción por Bermudez de Pedraza
en su Historia de Granada:

*Post septingentos mauris dominantibus annos
Catholicis dedimus populos hos regibus ambæ;
Corpora condidimus hoc templo, animasque locamus
In cælis, quia justitiam coluere, fidemque.
Pontificem dedimus Ferdinandum nomine primum,
Doctrinæ, morum, vitæque exemplar honestæ.*

Después que señorear los moros vimos
Por setecientos años este suelo,
Ambas por su gran fe, justicia y celo,
A los Reyes Católicos lo dimos.

Sus cuerpos encerramos y pusimos
En este templo; y con glorioso vuelo
A los eternos tálamos del cielo
Las almas colocamos y pusimos.

Dímosle á Don Fernando Talavera
Primero de este nombre por prelado,
Digno Arzobispo en dignidad cual esta,
Columna firme de virtud entera,
Y varon ejemplar y aventajado
En costumbres, virtud y vida honesta.

CAPITULO X.

*Ereccion de la Iglesia Metropolitana de Granada
Fray Hernando de Talavera confirmado Arzobispo
cibe el palio. Distribucion de sus rentas. Ejemplar
de vida que establece en su casa.*

Libre del yugo sarraceno la ciudad de Granada, víctima por tantos siglos de esclavitud, elegido D. Fr. Hernando de Talavera para regenerar aquella desgraciada grey, contamiada con los perniciosos ejemplos de los sectarios Koran, quisieron los Reyes Católicos condecorar cuanto fuese posible, una iglesia que recolectó por fundador y padre á San Cecilio, uno de los siete varones apostólicos enviados á España por San Pedro, resolviendo al efecto elevarla á categoría de Metropolitana, dándola por sufragáneas las iglesias de Guadix y Almería, y añadiéndole la de Málaga, á no constar lo contrario de Sevilla en tiempo de los Godos (1).

Muerto el Papa Inocencio VIII el año mismo de la conquista de Granada, acudieron los Reyes á Alejandro VI su sucesor, pidiendo autorización competente para erigir iglesias catedrales

(1) Hoy son sufragáneas de la iglesia de Granada de Almería, Cartagena ó Murcia, Guadix, Jaen y Málaga.

legiatas y parroquias en el reino de Granada. cediendo benignamente á todo, cometió Su ntidad las bulas al Cardenal Mendoza, «con- nando además por primer pastor de ganado i perdido al que nació para ser gobernador, que supo reunir en sí virtud y letras, al ispo de Avila D. Fr. Hernando de Talavera, delo de Obispos de la primitiva Iglesia (1).» palio vino dirigido al Obispo de Jaen Don is Osorio, de cuya mano lo recibió solemne- nte nuestro Arzobispo, con asistencia del ispo de Málaga D. Luis de Toledo, y del Guadix D. Fr. García de Quijada.

Conociendo bien la estension inmensa del vo cargo, no pudo menos de estremecerse rmando á vista de la tremenda responsabili- l que sobre sí pesaba: mas una vez aceptado ministerio pastoral, solo pensó en llenar sus eres, dedicándose esclusivamente á crear i nueva iglesia sobre las ruinas que en pos si dejara la dominacion musulmana. Es pro- dad de las almas grandes y virtuosas descon- siempre de sus propias fuerzas, y por lo mo fué la primera ocupacion del nuevo me- politano elevar fervientes súplicas al cielo, andando auxilio para el desempeño de tan o cargo. «Hecho Arzobispo, estuvo retirado un aposento muchos dias, rogando á Dios stro Señor con mucha oracion, ayunos y lá-

) B. de Pedraza.

grimas, le diese gracia y sabiduría pa regir aquel arzobispado, que por su l misericordia habia devuelto á los c Tornóse en el retiro un nuevo hombre Dios le iluminó con su gracia para e Iglesia espiritual con su predicacion y luego la material (1).» Aunque para cion de iglesias vinieron cometidas las Cardenal Mendoza, delegó este la comis nuevo Arzobispo de Granada, «cuya y prudencia merecian gobernar el mur ro (2),» dándole amplias facultades pa nerlo todo á su arbitrio, altamente pe de que aprobarian los Reyes cuanto h digno prelado.

Con título de Santa María de la Enc erigióse provisionalmente la iglesia ca el alcazar de la Alhambra, colocándose simo Sacramento en la primera Misa, con gran solemnidad por D. Fr. Her Talavera, asistiendo los Soberanos y gr ñores del reino. Satisfecha la devocion vo Arzobispo á la Madre de Dios, co dola su iglesia catedral, purificó una árabe convirtiéndola en iglesia parro dedicó al escelso Patriarca San José, era devotísimo. Edificó además otras

(1) Carro de las Donas. -

(2) B. de Pedraza.

monasterios de ambos sexos; creó dignidades, canongías, raciones y beneficios, asignando moderada renta, precediendo su ejemplo, pues la que asignara para sí era muy inferior á la de Avila, conducta siniestramente interpretada por muchos. «Los que mejor sentian, lo atribuian á celo de Arzobispo cristiano de conservar al clero en virtuosa honestidad con la parsimonia de las prebendas, asignando á sus prebendados congrua sustentacion, y cercenando la superfluidad de rentas, que mas provocan á delitos que á virtud (1).» Tres distribuciones hizo de la suya el Arzobispo, destinando la primera al sustento de su casa y familia, la segunda al socorro de pobres vergonzantes, y la tercera á la ereccion de templos, compra de ornamentos y alhajas para iglesias necesitadas, vestidos para pobres, lactancia y educacion de niños expósitos: dispuesto con tal economía, que nada faltase ni sobrara al fin del año, por evitar le sorprendiese la muerte poseyendo lo ageno, ó dejando en el mundo propiedad alguna fuera del poder de los pobres.

Persuadido con el Apóstol (2), de que quien no sabe regir su casa, aún será mas incapaz de gobernar la Iglesia de Dios, se aplicó el Arzobispo á establecer tal orden en la suya, que pudiera ser el tipo de todas las familias cristia-

(1) R. de Pedraza.

(2) Epist. ad Philip. cap. 3.

nas. Mientras se edificaba la nueva catedral su residencia junto á la erijida provisionalmente en la Alhambra, disponiendo la casa en de monasterio; y reuniendo en ella á sus bendados, entabló con ellos una vida admirable. « Vivian todos juntos no con menos clausura fueran religiosos, comiendo siempre el Aposento con ellos como en refectorio de monjes esto, teniéndolos á la vista, se miraban con respeto y reverencia, se trataban y se conocían de aquí el que se cobrasen amor y aprendieran buenas costumbres. Consejo acertado, siendo de tan diferentes tierras y condiciones difícilmente se avinieran: además de que poco tuvieron en aquellos principios para hacer asiento, y con la libertad se aprendieron malos resabios, que tarde ó nunca se olvidan los que vienen despues los aprenden de nuevo. Durante la comida jamás faltaba lección, y en ella solia moverse alguna cuestion, y siempre habia en la mesa letrados canónicos y teólogos. Sucedia á veces dilatarse tanto la comida, que tocaban á Vesperas y aún no estaba acabado esta fruta de postre, sabrosa y saludable. El santo Arzobispo, y mas para los que gozaban de muchas cosas que allí decia con tanta erudición y gracia, que iban á oírle estas pláticas como si fueran sermones (1). »

(1) Sigüenza.

Aunque se rezaban á media noche, asistia con todos á Maitines, siendo el mismo Arzobispo su despertador. Con linterna en mano iba por los aposentos, diciendo á la puerta de cada uno: «*Deo gratias*; hermano, ya es hora de ir á Maitines; vamos á alabar á Dios;» y todos cual ovejas seguian dóciles á su vigilante pastor. Si prestando indisposicion contestaba alguno que no podia ir, dejábale descansar, y á la mañana siguiente decia al mayordomo:—Don Fulano no ha estado bueno esta noche, por lo tanto estará hoy á dieta; pasas ó acelgas le pondreis solamente en la mesa. Al terminar la comida decia al paciente con amabilidad: «Hermano, la noche anterior no fuisteis á Maitines, diciendo estábais enfermo: si así fué, os convenia hoy la dieta; y si no, sea el ayuno penitencia de vuestra pereza.» Con tal discrecion y gracia sazónaba el Arzobispo las reprehensiones y castigos, cuando se veia precisado á ello, que no podian menos de producir felices resultados.

Trascurrido el tiempo que juzgó conveniente para que sus prebendados se conociesen y amasen, trasladóse el Arzobispo á una casa situada en el Realejo Alto, interin terminaban las obras de la catedral y palacio. Para la direccion del coro dejó en su lugar dos monjes gerónimos, pues presente él, no habia necesidad de maestro, por serlo aventajadisimo, sin desdeñarse de ser Arzobispo y cantor, como David rey y músico divino; detestando altamente

la vanidad de los que creen degradars pándose en este y otros oficios de la Dios.

Mejor que palacio arzobispal, dicen toriadores, debe llamarse la casa de es prelado, «escuela de virtud, colegio de hospital santo y hospicio de pobres.» D los cincuenta hombres llegaron á reur ella, de los cuales apenas le servia al poquísimos los que le ayudaban á llevar pastoral. Todos los demás eran la mayor p jos de hombres honrados y pobres, y au balleros principales, que venian á aprende cion unos, ciencia otros, y todos santidad tambien muchos niños de familias nece pues cuantos veia pobrecitos y desam en las calles, al punto los llevaba c porque nunca andaba sino abrigando ijiendo pobres (1),» poniendo especial en su educacion y aprovechamiento. A habia en su casa personas virtuosas y sin mas cargo que cuidarlos é instruí para cuidar de los jóvenes tenia anciano rados y pobres: de suerte que con habe gente en la casa, apenas se servia de el die estaba ocioso, ni dejaba en cierto m ser pobre. Cincuenta de las principales

(1) Sigüenza. El autor del Carro de las Dor llegó el Arzobispo á reunir en su casa dosci cuatrocientos niños.

nas de la () comian á su mesa, además de los huéspedes, y pocas veces faltaban, pues cuantos clérigos del arzobispado iban á Granada se hospedaban en su casa, como también los religiosos que venían á consultar con él. La comida siempre era abundante, mas no regalada, pues carne de vaca ó carnero y frutas, eran los mas esquisitos manjares de su mesa. «Admirábanse muchos cómo podía el Arzobispo, con dos cuentos de maravedís, tener tan franca mesa, hacer plato á tantos pobres, y dar tan grandes limosnas: pero hace Dios en casa de los limosneros cada dia el milagro del monte, multiplicando con su bendición las viandas (1).»

Para evitar el desorden consiguiente á las grandes reuniones dispuso un sábio reglamento, comunicando por escrito sus deberes á cada uno, desde el provisor hasta el último sirviente, á fin de que no pudiesen alegar ignorancia. Procuraba resplandeciese en todos sus domésticos el temor santo de Dios, no consintiendo jamás en su casa persona dominada por vicio alguno. Reprendía amorosamente la falta, penitenciaba si no había enmienda, y si por último no bastaba esto, espelia al incorregible. Diariamente oían Misa todos; cada mes, ó por lo menos en las fiestas principales, recibían los santos Sacramentos de la Penitencia y Eucaris-

(1) B. de Pedraza.

tía. Comían distribuidos en secciones, sin t nunca lectura espiritual durante la con Congregaba á todos una vez á la semana, jiéndoles fervorosas pláticas con tan exilo, que afirma un historiador (1), «era domésticos del Arzobispo tan santos y tan disciplinados, que parecían ángeles de Di su casa, dice otro (2), era mas religiosa qu mas estrecho monasterio de España.»

En mayo del año mismo de la conquist Granada partieron los Reyes para Barcel dejando el gobierno de la ciudad á un trir rato, compuesto de Fr. Hernando de Talav su Arzobispo, del Conde de Tendilla D. l Lopez de Mendoza, Capitan General de Gran y de D. Fernando de Zafra, secretario del t sejo real; facultándoles para declarar y de las dudas que se suscitasen acerca de las caj laciones. Mas por gran favor que gozasen dos últimos, con especialidad el Conde, m festado en las importantes comisiones que sempeñara, la principal confianza descans en el Arzobispo, como se deduce de las ca de la Reina á éste, que insertaremos en capítulos siguientes, demostrándolo Don, D Clemencin en la nota 23 á la carta de la mi Señora, que irá en el capítulo 12, á que re

(1) El autor del Carro de las Donas.

(2) Sigüenza.

mos al lector por ser de notable interés. Al pedirse de los Reyes les suplicó el Arzobispo dejasen pacíficamente en aquel nuevo reino a dedicarse al ejercicio de su ministerio pastoral, pues tanto había que trabajar para establecer la religion católica, plantear aquella iglesia, lucir á nuestra santa fe á tan crecido número moros y judíos, y otras mil cosas de grande interés. A pesar de lo mucho que le amaban y la necesidad que tenían de tan hábil confesor y consejero, no pudieron negarse á tan justa demanda; mas no puede decirse le dejasen completamente, pues con frecuencia le escribían consultándole todas sus empresas. «La retirada

Arzobispo, dice un biógrafo suyo (1), fué querida en mucho; porque apartarse de la corte el fervor de su privanza (que pocos lo hacen), en dejar mas renta y otros favores y provechos humanos, bien dió á entender la inclinacion santa que le movia. Y así fué que jamás ruegos ni promesas algunas pudieron los principes acabar con él que siguiese mas la corte, ni entendiése en otra cosa sino en lo que se aplicia á la salvacion de las almas de sus súbditos, á la conversion de los infieles, á la edificacion y reparacion de sus iglesias, y al buen gobierno de ella.»

Libre de los cuidados de la corte, convirtióó

1) Alonso Fernandez de Madrid.

el Arzobispo toda su atencion á plantear a nueva iglesia, empezando desde luego á con todas las virtudes propias del santo : terio que se le habia confiado. Grandes p exigia aquel espinoso cargo en tan critica porque ¿cuál seria el estado de la ciudad ñola por mas tiempo dominada de los i centro por consiguiente de todos los erro Mahoma? ¡Cuánto no habria que reform una sociedad acostumbrada á vivir sin el de la religion, privada de pastores que mentasen con la palabra evangélica, y e tacto con los enemigos de su fe! Allí fue nuestro Arzobispo dió las mas relevantes bas, tanto del celo que le devoraba por la de Dios, como de prudencia y tino especiu que no se malograsen los frutos de tan empresa. Como sobre él pesaba la princip ponsabilidad de la diócesis, no perdonó para dar nueva direccion á las viciadas c bres de la sociedad. No era de poca cons cion este asunto, pues para conseguir u resultado era indispensable gran prevision estar al alcance de los inconvenientes q dian presentarse; notable pulso para n virtuar con un celo indiscreto los salu efectos de la semilla evangélica; mucha gacion para sufrir los sinsabores consigu á tan comprometida empresa, cual es cambiar la faz de un pueblo, haciéndole tar una marcha totalmente opuesta á la c

evado por muchos años; no poca constancia
 ira superar las dificultades que ofrecen las
 siones profundamente arraigadas, cuando se
 ata de sujetarlas al yugo de la razon. Tenia,
 i fin, que crear una nueva sociedad, fundando
 xde los cimientos el edificio público sobre las
 as sólidas bases. Cuán bien llenara su mision
 on Fr. Hernando de Talavera, habrá oca-
 on de patentizarlo. Indelebles serán siempre
 i la memoria de los granadinos los eminentes
 rvicios que prestara en aquella época á la re-
 gion y á la pátria su primer metropolitano,
 endo bajo todos conceptos el que mas trabajó
 or restituir á aquella su antiguo esplendor, y
 rramar en esta los beneficios de una sólida
 astracion, haciendo servir ambas para la reje-
 racion del pueblo español.

Como propio del asunto de que se trata,
 rminaré con el soneto compuesto en elogio
 el venerable Arzobispo por el Doctor Hernan-
 o de Villareal, impreso en Granada con la
 da del mismo prelado el año de 1564.

O santo y buen perlado, que fundaste
 La iglesia muy insigne de Granada,
 Y fué con tu doctrina apascentada
 Hasta que reformada la dejaste.

O diestro labrador, tú desmontaste
 Los bosques desta tierra no labrada,
 Y quedó por tu mano bien plantada,
 Y con doctrina sancta la regaste.

Dejástela plantada, buen perlado,
 Con tanta sanctidad que hoy resplandece
 El fruto, y ya las plantas han crecido
 Que plantaron tus manos con cuidado,
 Y tu semilla sancta reverdece:
 Mas ya, como sembraste habrás cojido.

CAPITULO XI.

Los Reyes Católicos en Aragon. Tentativa de asesinato contra la persona del Rey. Carta de la Reina á Don Fray Hernando de Talavera con este motivo.

Salieron de Granada los Reyes en mayo de 1492, como queda dicho, y se encaminaron al reino de Aragon, siendo su principal propósito, además del arreglo del gobierno interior de este reino, terminar las negociaciones con Carlos VIII rey de Francia, á fin de que les entregase los condados de Rosellon y Cerdaña, cuyas provincias empeñara á aquella nacion Don Juan II, padre de D. Fernando, y que por espacio de treinta años habian sido fecundo orijen de negociaciones é intrigas diplomáticas, que amenazaron en diferentes ocasiones terminar en abierto rompimiento. Acompañados del príncipe D. Juan, de las infantas y de una brillante comitiva, llegaron los Reyes á Aragon el 8 de agosto del mismo año, y con grandes fiestas

on recibidos el 15 en Zaragoza, deteniéndose
lla algunos meses, ocupados en reformar los
utos de la Santa Hermandad para la perse-
on de malhechores, en asuntos del reino de
rra, y agregar gente de armas á la que lle-
n de Castilla, á fin de imponer al Rey de
cia si rehusaba entregar los condados,
a lo convenido. Trasladándose la corte á
ña, entró en la capital el 18 de octubre.
endo recibido en el tránsito inequívocas
bas del amor de los pueblos, entusiasmados
ta de sus ilustres reyes, cuya heroica cons-
a acababa de librar á España del ominoso
ario sarraceno.

En fatal acontecimiento, que puso en inmi-
e peligro la vida del Rey, y en consterna-
y alarma á la nacion entera, tuvo lugar
nte su residencia en Barcelona. Siendo anti-
costumbre en el principado, á la sazón des-
a, presidir sus monarcas los tribunales de
cia una vez por lo menos en semana, dió
encia el Rey Don Fernando en la casa de
lacion el dia 7 de diciembre, víspera de la
culada Concepcion de la Madre de Dios.
minados los negocios al medio dia, y cuando
ey marchaba conversando despacio con al-
s oficiales del consejo, vióse furiosamente
etido por un asesino, que, saliendo de im-
iso con espada desnuda, le hirió en la parte
rior del cuello, con tal fuerza que á no
llarse el arma con una cadena ó collar de

oro que llevaba el Rey, fuera maravilla n darle la cabeza.—¡Virgen María, ampar ¡traicion! ¡traicion! exclamó el Rey sintió herido. Los que le acompañaban, lanzó sobre el asesino le hirieron con sus dagas acabaran con él á no impedirlo el Rey, á averiguar los cómplices del crimen. Tratado el agosto herido á un aposento del cio, fue puesto inmediatamente en cura. (celeridad propia de las malas nuevas dióse luego por la poblacion la noticia del tado, haciéndose diversas conjeturas, y ten conspiraciones, cual acontece en tales Un labrador de los llamados de *remen*. unos sesenta años de edad, era el aut crimen, resultando de cuantas pruebas se ron estar demente. Desmayada cayó la á la nueva del suceso, y al reanimar órdenes para que estuviese pronta una galeras del puerto á fin de embarcar á sus recelando alguna conspiracion, nacida de de los catalanes á su esposo, y temiendo s biesen propuesto los conspiradores dirij golpes contra otras víctimas. Vuelta despues damas, seguidme, dijo, que á pié quiero palacio.—Amigos, preguntaba á cuantos el Rey mi señor, ¿es vivo ó muerto? y c tándola que vivo, reanimóse mucho su a espíritu. Escusado es decir que tan luego la fue permitido ver al Rey, pues por de l se creyó prudente impedirlo, le dió la

iernas pruebas de solicitud y amor conyugal, allándose constantemente á su lado dia y noche, dándole por su mano las medicinas.

Aunque no hubiera otro argumento del afectuoso respeto que profesaba la Reina Doña Isabel nuestro Arzobispo de Granada, bastaria á robarlo su conducta en la presente ocasion, en cuyo motivo le escribió la augusta señora cuatro cartas, por lo menos, las tres primeras durante la enfermedad del Rey, y la cuarta en la época de su restablecimiento, única que he visto, y es la siguiente.

«Muy reverendo y devoto padre (1): Pues vemos que los Reyes pueden morir de cualquier desastre como los otros, razon es de parejar á bien morir. Y dígoles así, porque aunque yo esto nunca dudé, antes como cosa muy sin duda la pensaba muchas veces, y la grandeza y prosperidad me lo hacia mas pensar temer, hay muy gran diferencia de créerlo y de pensarlo á gustarlo. Y aunque el Rey mi señor se vió cerca, y yo la gusté mas veces y mas gravemente que si de otra causa yo muriera, ni puede mi alma tanto sentir al salir del cuerpo. No se puede decir ni encarecer lo que

(1) Estas cartas fueron publicadas por D. Diego Clemeñin en el Elogio de Doña Isabel la Católica, que se halla en el tomo 6.º de las Memorias de la Real Academia de la Historia. De él mismo se extractan las notas mas precisas para la inteligencia del testo, las cuales van al final las letras *a.* para indicar su procedencia.

sentia: y por si esto (1) antes que otra vez la muerte, que plegue á Dios nunca sea p causa, querria que fuese en otra dispo qu'estaba agora, en especial en la paga d deudas. Y por esto os ruego y encargo p por nuestro Señor, si cosa habeys de hazer mí, á buelta de quantas y quan grand habeys hecho por mí, que querais ocupar sacar todas mis deudas, así de empr como de servicios y daños de las guerras das, y de los juros viejos que se tomaron do princesa. y de la casa de moneda de A de todas las cosas que á vos pareciere qu que restituir y satisfacer en qualquiera n que sea en cargo; y me lo embyeis en ur morial, porque me será el mayor descans mundo tenerlo; y viéndolo y sabiéndolc trabajaré por pagarlo; y esto os ruego qu gays por mí, y muy presto, en tanto que qu que á mí dure este destierro. Dios sabe qu quexara yo ahora si vos no viniéredes, sin lo que toca á esa ciudad (2), que la ten mas que vida, y por eso pospongo todo l me toca. Y quando supe este caso, lue tuve cuydado ni memoria de mí, ni de mis questaban delante, y túvela de esa ciud que os (3) escribiesen luego esas carta

(1) El original diria *por cierto*. (Cl.)

(2) Alude á la ciudad de Granada.

(3) Parecc errata por *enviasen*. (Cl.)

cribí: y por eso ahora no ahinco mas vuestra nida, hasta que placiendo á Dios estemos us cerca della (1). Y como entonces á mí no ; dixerón mas de lo que escrebí, y no avia to al Rey, mi señor, que yo estaba en el pa- cio donde posávamos, y el Rey en este donde el so acaeciò; y antes que acá viniese escribió (2), rque su señoría no queria que viniese yo en to que se confesaba; y por esto no pude dezir us de lo que me decian: y aun para ay no a mas menester, que aun agora no querria e supiesen cuánto fué. Y ansi me parece que les debe siempre deshazer: mas para con vos, rque deys gracias á Dios, quiero que sepays que fué: que fue la herida tan grande, segun ce el doctor de Guadalupe (que yo no tuve razon para verla), tan larga y tan honda, que honda entrava quatro dedos, y de larga sa (3) que me tiembla el corazon en decirlo, e en quien quiera espantara su grandeza, anto mas en quien era. Mas hizolo Dios con ta misericordia, que parece que se midió el

1) *Dallá ó de allá* diria la carta. (Cl.)

2) Quizá *escribí yo*, y así debió decir sin duda el ori- al. (Cl.)

3) Cosa debe ser doce ú otro número. (Cl.)

La herida tenia *un jeme ó mas de luenga*, segun dice nzalo Fernando de Oviedo en el Diálogo de Mosen rriol, citado por el mismo Clemencin, *que era de un jeme mas de luenga é bien honda*, de modo que venia á ser i larga como profunda, y quizá deba leerse: *Que de nda entrava quatro dedos, y de larga, cosa que me mbra el corazon en decirlo.*

lugar por donde podia ser sin peligro, y salí todas las cuerdas y el hueso de la nuca, y to lo peligroso, de manera que luego se vió q no era peligrosa. Mas despues la calentura y temor de la sangre nos puso en peligro: y seteno dia estuvo tan bien, que os escreví yo sin congoxa con un correo, mas creo que m desatinada de no dormir. Y despues al salir seteno dia vino tal accidente de calentura, y manera que esta fué la mayor afrenta de lo las que pasamos: y esto duró un dia y 1 noche, de que no diré yo lo que dixo S Gregorio en el officio del Sábado Sancto, 1 que fué noche del infierno; que creed, pad que nunca tal fué visto en toda la gente, ni todos estos dias; que ni los oficiales hazian officios, ni persona hablava una con otra, to en romerías y procesiones y limosnas, y 1 priesa de confesar que nunca fue en Sem: Sancta: y todo esto sin amonestacion de nay Las iglesias y monasterios de continuo sin ce de noche y de dia diez y doce clerigos y fray rezando: no se puede decir lo que pasaba. Qu Dios por su bondad aver misericordia de tod de manera que cuando Herrera partió, c llevaba otra carta mia, ya su señoría est muy bueno, como él abrá dicho: y despues 1 lo está siempre (muchas gracias y loores nuestro Señor), de manera que ya él se leva y anda acá afuera, y mañana, placiendo á Di cabalgará por la ciudad á otra casa donde 1

mudamos. A sido tanto el placer de verle levantado, quanta fue la tristeza, de manera que á todos nos a resucitado. No sé cómo sirvamos á Dios esta tan gran merced, que no bastarian otros de mucha virtud á servir esto: ¿que haré yo que no tengo ninguna? Y esta era una de las penas que yo sintia, ver al Rey padecer lo que yo merecia, no mereciéndolo él, que pagaba por mí; esto me mataba de todo. Plega á Dios que le sirva de aquí adelante como devo; y vuestras oraciones y consejos ayuden para esto como siempre aveys hecho, mas agora mas en especial en esto que tanto os he encargado, y quanto mas presto pudiéredes (1). Y por mi descanso he escrito todo esto; no sé si os dará pena tanta largura: si la diere, avreviaré mas de aquí adelante. Una cosa quiero dezir, porque me dicen que se piensa allá otra cosa: que lo cierto es verdaderamente, que hechas quantas diligencias en tal caso se debian hacer, y quantas en el mundo se pudieron pensar, no se halló indicio ni sospecha, ni cosa que otro supiese ni supiese dello mas de aquel solo que lo hizo: y aquel nunca salió de aquellos desvaríos, quel Espiritu Santo se lo mandó hazer, y que no se confesase, y que muchos años habia questá (2) con estos dos buenos propósitos; y que si le

(1) Es la memoria de las deudas de que habló antes. (d.)

(2) Que está.

dexasen, cada vez que pudiese la haria, que no se avia de arrepentir dello; que lo avia hecho por mandado de Dios, porque él avia de ser Rey, y no por otra enemiga que tuviese al Rey; y nunca destos desvarios salió ni se mudó. Y sabia que avia de morir, y no queria en manera del mundo confesarse: y era tanta la enemiga que todos le tenian, que nayde lo queria procurar ni traer confessor, antes decian todos que perdiese el ánima y el cuerpo todo junto; hasta que yo mandé que fuesen á él unos frailes, y le traxesen á que se confessase, y con mucho trabajo lo traxeron á ello (1). Y en determinando de confesarse, antes que se confessase, luego conoció que era mal hecho lo que avia hecho, y que le parecia que despertaba de un sueño, que no avia estado en sí; y así lo dixo siempre despues al confesor, y que le pidiese perdón al Rey y á mí: y á la muerte dixo esto mesmo. Descanso en que lo sepais todo, y porque miradas todas estas cosas parece mas cosa hecha de Dios, que nos quiso castigar con mas piedad que yo merezco. Plega el que sea para su servicio: y acabo encomendándome en vuestras oraciones.—En Barcelona á treinta de diciembre.—*Yo la Reina.*

»Oy vino el gallego, y porque avia tanto escrito, no escribo mas sino que é recibido todas

(1) La Reina prohibió se cumpliera la sentencia de atenerlo vivo.

stras cartas, las cuales truxo el del theso-
 ro, y otras que me dieron un dia de los de la
 custodia: y con toda mi indisposicion, que no
 a fuerzas para nada, la ley toda, y tuve
 solacion con ella. Y despues otra con el de
 nando de Zafra, y agora las del gallego y del
 a (1) que vino tras él ó juntos. A todos
 ponderé placiendo á Dios: y agora á lo de
 stra venida, que me alegro oyrlo quanto no
 ria dezir: y así confiaba yo que no falta-
 les en tal tiempo, así lo tenia por fee, mas
 o y e por bien lo que hazeys agora por lo
 cumple á esa ciudad, que creo fuera per-
 a si os viniérades (2). Y por esto recibo el
 ecimiento para en estando allá mas cerca,
 para agora y entonces lo estimo yo en mu-
 : y encomiéndome otra y muchas veces en
 stras oraciones.—Hecha el mismo dia.

•Despues de esto me dixo Fernando Alvarez
 tenia el memorial de las deudas, y no me
 mostrado. Si mas queda de lo que yo aquí
 ando, de otra qualquier cosa que á vos pa-
 a, ruégoos que me lo embieis como lo e
 ido: y enviándomelo (3) á mí. Y muero
 responder á vuestra carta segun que ella

Diria probablemente *y del otro bien*, etc. (Cl.)

Sin duda el V. Talavera habia pensado ir á ver
 Reyes con este motivo, como fueron muchos á visi-
 tas á Barcelona. (Cl.)

En el original diria quizá *enviádmelo*. (Cl.)

es, que aunque otra cosa no os deviese, es las otras bastaban para deveros mas que á mí. Mas teño daros mucha pena con tanta larg y tan desconcertada, sino de que sé que vu virtud lo sufre todo, me atrevo á escribir. Ruégoos que sea para vos solo, que con propuesto se hace. Plega á Dios que luego veamos sin daño de lo de allá y de lo de quanto Dios fuere servido.

»Al reverendo y devoto padre el Obispo Avila, mi confesor (1).»

CAPITULO XII.

*Restitucion de los condados de Rosellon y Cerdeña
Reyes Católicos. Carta del Arzobispo á la Reina co
motivo. Contestacion de Doña Isabel.*

El motivo principal de la espedicion de Reyes á Cataluña y Aragon fué, como se para concluir de asentar la concordia empe con Carlos VIII rey de Francia, que con tivo de sus pretensiones al reino de Nápo como heredero del duque de Anjou, y de qu prepararse á ellas quedando en paz con Es

(1) Esto indica que no habian venido todavi Bulas para el arzobispado de Granada. (cl.)

había ofrecido al monarca aragonés devolver los condados de Rosellon y Cerdeña. Retardáronse las negociaciones por la herida del Rey: al paso que la cura progresaba, la concordia con el monarca francés había adelantado, de suerte que en enero de 1493 quedó firmada la jurada la paz por los representantes de ambos reinos en Tours y en Barcelona, con mas complacencia de España que de Francia, puesto que esta era la perjudicada y aquella favorecida en el contrato. Tan mal recibida fué en Francia la noticia del convenio, y se murmuró tanto de los ministros, suponiéndolos sobornados por el Rey de España, que trató de eludir de Francia el cumplimiento de la concordia, excitándose tantas dificultades para la entrega de Perpiñan y de los condados, que repetidas veces estuvo á punto de ser causa de guerra. Firmado como ajuste de paz, por mas que los medios pacíficos armonizasen mas con la política del Rey de España.

Resolviéndose al fin el monarca francés á hacer formal entrega de aquellos estados, cesaron Fernando é Isabel á tomar posesion solemnemente de ellos, regresando despues á Barcelona. La realizacion de este tratado fué altamente satisfactoria para España, por considerarse la mayor importancia el Rosellon, no precisamente por los vastos recursos que proporcionaba, sino porque su situacion topográfica le hacia, digámoslo así, la llave de Cataluña..... «La na-

cion, dice Zurita (1), juzgó su rescate de importancia poco inferior á la conquista de Granada. Desde Perpiñan escribió la Reina á D. Fr. Hernando de Talavera la noticia de la restitucion de los condados, y al contestar felicitándola por tan fausto acontecimiento, recibió otra de la misma Señora, participándole, entre otras cosas los festejos de palacio en obsequio de los embajadores franceses. La contestacion del Arzobispo á las dos cartas fué la siguiente.

«JESUS.—Serenísima Señora nuestra: Mucha razon tiene V. A. de se gozar, y de que todos vuestros súbditos y naturales nos agradezcan desta restitucion de vuestros condados hecha con tanta liberalidad y con tanta demostracion de excelente virtud y muy buena voluntad: porque no solamente se gana en aquel honorio grande ó pequeño, mas gánase mucho saneamiento de vuestro honor y reputacion, que no es dubda que no toviere á esta causa alguna quiebra ó asedamiento. Escúsase la guerra, que por justa que sea, especialmente contra cristianos, tiene daños sin cuento; quedaes libres para dotar (3) vuestros reinos de cumplido regimiento, ó para ganar otros al Rey y Señor de todos los reinos, que pierde, á manera de hablar, todo lo que le ofende, y gana todo

(1) Hist. del Rey Hernando.

(2) Los de Cerdeña y Rosellon, segun queda dicho.

(3) Parece errata, por *dotar*. (Cl.)

lo que le sirve, y quiere que lo uno y lo otro venga por manos de hombres, malos lo primero, y lo segundo de buenos. Refirmanse vuestras amistades y alianzas con el amigo viejo (1), que segun el consejo de la sagrada Escritura no se ha de trocar por el nuevo; la cual cosa es de mucho precio, y de las mayores ó la mayor en las que son de fuera de nos, porque no diga exteriores, aunque mas propiamente se cuenta entre las buenas que son en nos; pues la amistad, ó es virtud, ó efecto y compañera della, lo cual se entiende y verifica de la buena, y que es entre los buenos. Gánase mas; y lo que á mi ver no es en menos de tener, que aquel tan poderoso Rey, seyendo en edad tan tierno (2), haya hecho obra tan heróica y de virtud tan señalada, que debe dar esperanza que andando adelante crecerá la virtud y el bien obrar con el sexo y con la edad. Gánase mas, si yo bien lo adivino, el cordon de tres hilos (3),

(1) Alude á la amistad que mantuvieron constantemente con la casa real de Francia los Reyes de Castilla de la raza de D. Enrique II, desde que este, con el auxilio de los franceses, echó del trono á D. Pedro el Cruel, sostenido por los ingleses. (C.)

(2) Habla de Carlos VIII, Rey de Francia, que á la sazón solo tenia 23 años de edad. (C.)

(3) Alude á la amistad de los tres Reyes, D. Fernando de España, Carlos de Francia, y Maximiliano Emperador de Romanos. El *deudo* era el matrimonio que se trataba ya de D. Juan de Castilla y Doña Juana con los hijos de Maximiliano, Doña Margarita y D. Felipe. (C.)

que pienso se tejirá del debdo con el rey de romanos por tres maneras, que no pued ser ni mas provechoso en todas maneras ó provecho; y gánase que resultará dende paz y amigo y aliado y mucha tranquilidad, y por consiguiente á toda la cristiandad. Son tantos tales los beneficios y bienes que resultan desta restitucion, que pienso que yerra mi torpe pluma en ponerles nombre ni cuento, mayorment para quien lo siente todo muy mucho mejor si comparacion. Asi con mucha razon es de habergozo y alegría, y de dar y hacer muchas gracias á Nuestro Señor, dador de todos los bienes de cuya poderosa mano es venido este tan grande y tan honrado, que él confirme y lleve adelante. Amen. *Sed quid retribuētis et retribuētur Domino pro hoc et pro aliis, non parvis neque paucis beneficiis, donis et muneribus quæ retribuit vobis et nobis? Cur nobis? Ac etiam sin vobis aut cum vobis? Omnia enim quæ communi rari bona sunt nostra quia vestra, et nostra etiam si non essent vestra. Bona namque subditorum existunt divitiæ et honores principum suorum, pax et tranquillitas eorum, fœderis amicitia principum aliorum. Sed bona nostra etiam si non essent vestra, egregiæ atque eximia virtutes quorumcumque christianorum, pax etiam et concordia catholicorum imperatorum. Efficit enim mea communia charitas, quæ necit et compaginat totum corpus Ecclesiæ, hoc est, universum cælum christianorum. Bona igitur*

commemorata vestra sunt, et ideo nostra, et nostra sunt etiamsi non essent vestra (1). ¿Pues qué servicio hacéis y haremos al soberano Señor que los dió y acumuló á los dados? Mas lo queria oír que decir, y aprender que enseñar: mas pues vuestra profunda humildad lo manda, diré mi parecer: *Diligite et diligamus Dominum Deum nostrum ex toto corde, ex tota mente, ex tota anima et ex omnibus viribus, et proximos nostros sicut nosmetipsos. Quid autem importent illa verba ex toto corde et cætera, plene novit aut debuit nosse celsitudo vestra. Quod si adhuc ignorat aut non satis novit, audiat non me, sed beatum Augustinum illa exponentem atque dicentem, quod nihil sit in nobis quod in Deum non ordinetur: quidquid cogitaverimus, quidquid dixerimus, quidquid fecerimus, in gloriam Dei illud cogitemus, dicamus et efficiamus.* Y que todo lo que querriamos que los ombres hiziesen ó no hiziesen á nos, aquello les hagamos y dexemos de hacer. ¡O suma de la ley y de los prophetas, y de cuanto en el santo Evangelio y en todo el Testamento nuevo es escripto!

Mas diria quien quisiera: Y ¿esto no nos

(1) No se estrañe que el Arzobispo escribiera á la Reina en latin, pues Doña Isabel lo poseia bien, habiéndolo aprendido de la célebre Doña Beatriz Galindo, á quien por esto se llamó *la Latina*, título que dió al hospital que fundó, y aún subsiste en Madrid.

es mandado sin esto y con esto? ¿No somos obligados á lo guardar y cumplir assí? Confieso que sí: mas como crecen los dones, crecen y renuévase la obligation de acrecentar diligencia en la guarda y cumplimiento de aquello, lo cual nunca pueda ser tanto que no pueda ser mas. Y porque vuestra muy escelente prudentia no se contentará desta generalidad, diré yo aquí en especial lo que quizá no queríades que dixese, y aun lo que ya yo estó cansado de decir; mas pues no cansa ni cesa la obra, ni canse ni cese la palabra.

Díceme V. A. en la letra que me escribió desde Perpiñan (1) al fin de setiembre, por la cual beso mil veces sus reales manos, que con mucho cansancio de espíritu y de cuerpo entendió y participó de las fiestas que mandaste hacer y hecistes á los embajadores (2), y créok yo assí: lo primero porque no hay buen espíritu que no canse y que no reciba desabrimiento y descontentamiento con lo que no es bueno, ca al paladar sano no puede ser suave lo amargo ni aun lo acedo. Pues como el vuestro sea tal *in rei veritate* (bendito sea aquel Dador de todo bien que tal vos le dió), ¿cómo no habia de

(1) El Arzobispo recibió la carta de la Reina á lo que llevaba escrita la mitad de la suya que principió, segun dice él mismo, en 28 de setiembre.

(2) Parte de estas fiestas describió Gonzalo de Oviedo en sus Quinquagenas.

ir y tomar desabrimiento en lo que *in rei*
ute no es bueno ni honesto, mas lleno de
 a liviandad y ajeno de todo buen seso, de
 madurez y virtuosa gravedad? Lo segundo
 e fué tanto, segun lo que acá yo ví por
 a letra de allá, que por bueno que fuese
 de dar hastío. Dulce es la miel, mas dice
 bio que daña y aun amarga, demasiada-
 e tomada. No reprendo las dádivas y mer-
 , aunque tambien aquellas para ser buenas
 ritorias deben ser moderadas; no las honras
 ar y hacer collacion á vuestra mesa y
 VV. ÁA.; no la alegría de los ejercicios
 res; no el gasto de las ropas y nuevas
 luras, aunque no carezca de culpa lo que
 lo ovo demasiado. Mas lo que á mi ver
 lió á Dios *multiphariam multisque modis*,
 is danzas, especialmente de quien no debia
 ir; las cuales por maravilla se pueden ha-
 in que en ellas intervengan pecados; y más
 encia de mezclar los caballeros franceses
 las damas castellanas en la cena, y que
 uno llevase á la que quisiesse de rienda.
ephas et non fas! ¡O llicentia tan illícita!
 mezcla y soltura no cathólica ni honesta,
 entilica y disoluta! ¡Oh quán edificados irán
 anceses de la honestidad y gravedad cas-
 a! ¡Oh quán enseñados para reprimir en su
 t toda liviandad, toda inepta leticia, toda
 tion, quanto quier que parezca humana!
 si yo lo entiendo quanto pierde mi Reina y

mi soberana señora en ello ante los ombres, digo que ante Dios no dubdo nada! ¡O Reina Vasti, quán injustamente privada del reino, porque tu gravedad y honestidad no se conformó con la liviandad y embriaguez del Rey Asuero! ¡O Reina de Sabba, quán agenas tus fiestas de aquesto! ¡O bendita Elisabeth, hija del Rey de Ungría y duquesa de Lorena: quánta quita y apartada de todo ello! ¡O Reina de los ángeles, porque no andemos por las ramas, por qué sofris á vuestra dama, á vuestra sierva, que quiera y sufra cosa de vuestra soberana excelencia y de vuestra perfectísima honestidad tan agena! ¡O cabeza tan majada y no castigada ni escarmentada, visto en qué pararon ayer las de Sevilla! (1) ¿Hay osadía para pasar un dedo ni un pelo el pié de la mano? ¡O (sí lo osaré decir), ó memoria ó desmemoramiento de gallo, que canta una y otras veces porque no se acuerda si ha cantado! Pues ¿qué diré de los toros, que sin disputa son espectáculo condenado? Lleven doctrina los franceses para procurar que se use en su reino; lleven doctrina de cómo

(1) Refiere Pulgar en su Crónica, al año 1490, las solemnísimas fiestas que se hicieron en Sevilla con motivo del casamiento de la Infanta Doña Isabel, hija mayor de los Reyes Católicos, con Don Alonso, heredero del reino de Portugal. Poco tiempo despues murió el Príncipe de una caída de caballo, en 1491. A esto alude como cosa ocurrida poco antes. (Cl.)

jugamos con las bestias; lleven doctrina de cómo sin provecho ninguno de alma ni de cuerpo, de honra ni de hacienda, se ponen allí los ombres á peligro; lleven muestra de nuestra cruexa que assí se embraveze y se deleita en hacer mal, y agarrochar y matar tan crudamente á quien no le tiene culpa; lleven testimonio de cómo traspasan los castellanos los derechos de los padres santos, que defendieron contender ó pelear con las bestias en la arena. ¡Oh qué diria si todo lo cupiese la carta! Pero baste lo dicho, porque creo yo bien que se hizo y hace todo con cansantio de espíritu. Mas esto no callaré, que a mesma circunstancia del cansantio agrava el pecado. Perdon lleva la embriaguez que se causó de mucha sed, y el furto que se cometió con gran menester, y aun el homicidio cometido con demasiada ira: mas lo que escede sin appeto y sin deleite, ¿qué excusacion tiene? Perdóelo todo Nuestro Señor, amen; no le dé la pena que merece, amen; y á mí perdone lo que escedo en decir esto, mas lo que fallezco en no decir assí cumplido, como debo.

»Por Dios y por su passion mírese agora con mucha diligencia, que hay que enmendar en todas cosas que pueden recibir enmienda; que hay que añadir de bien y de diligencia en las que concierren á las personas, las familias y los reinos y señoríos, los consejos del estado, de la justicia y de la hacienda, con todos los otros ministerios y oficios, y aun las nominaciones á los beneficios,

por vigor de los indultos (1). Mírese quan posible fuere en la paga de lo que se debe; q sin dubda es mucho, y tómesese por espuela aguijon para todo: *Quod cum augmentur donationes etiam crescunt donorum.*

»Vuestra venida sea mucho enhorabuena. Sal Nuestro Señor quán abiertos tengo los ojos pa ver el suelo que vuestros chapines huellan, poner allí muchos ratos, ya que no puede s todavía mis pollutos lábios: pero aquí en es honrada Alhambra, en aquellos ricos y lind pavimentos y tan limpiamente losados, cún plalo nuestro Señor. Amen.

»Porque V. A. es avarienta de las escrituras que le presento ó comunico, y no l muestra quizá con mucha prudencia y no men caridad, si no son tales que se deban mo trar, por eso, y porque va en latin, envío Doctor de Talavera (2), para que si le parecio bien, la presente á vuestra Serenidad la mi escelente victoria y digna de inmortal memori que Nuestro Señor dió al Rey D. Alonso X vuestro cuarto abuelo, cerca del rio del Salad contra el Rey de Marruecos y de Bellam

(1) Habla del indulto y Bula apostólica de 27 julio de 1493, en que el Papa Alejandro VI acababa conceder á los Reyes Católicos el derecho de pres tacion para ciertas canongías y beneficios. (cl.)

(2) Era el nombre que se daba comunmente Doctor Rodrigo Maldonado, Ministro del Cons Real. (cl.)

a, etc., etc., la cual puse en latin, acompañada algunas sentencias de la santa Escritura, para que las leyésemos por lecciones á los Maiores de aquella fiesta, que acá comenzamos año á celebrar con mucha solemnidad (1), como es razon; porque por unas lecciones que vi en un breviario toledano me parecieron breves, no tales como yo quisiera; y así verá vuestra Magestad alguna de las ocupaciones que estragan el tiempo, y si es razon dexarme vacar: pues ó si viese vuestra muy escelente devolion el oficio de vuestra deditio de Granada, que no publico ni comunico hasta que lo vea, ni je envío porque no le debe ver sin que yo sea presente, para le dar razon de cada cosa y cosa contenida en él (2).

De la ida del Rey moro para allende (3), dígame á lo que Hernando de Zafra ha escrito y escribe, que lo ha muy bien trabajado *de et corpore*: no sé cómo le será remer-

) La Memoria de la jornada de Tarifa ó batalla de Salado. Las lecciones de esta festividad se imprimieron en el Breviario Toledano impreso en Venecia el año 1483. (Cl.)

Debe advertirse que entonces y en todo el siglo siguiente, los Obispos arreglaban la liturgia de su diócesis á su arbitrio, hasta despues del Concilio de Trento, en la época se reservó á la Santa Sede.

) Hubo de presentar despues este oficio á la Reina, como que existe escrito todo de letra de Fr. Hernando de Simancas. (Cl.)

b) Véanse las notas 1.ª y 2.ª de la pág. 151.

ceado (1), que él nunca cansa de servir en maneras y muy provechosas.

»Una honrada procesion hicimos dando gracias á Nuestro Señor de la reformation ó valiazion de vuestras alianzas con Francia, etc., etc., con un honrado sermon.

»El Obispo de Málaga (2) vino aquí por dar el pálio arzobispal, y comunicar con muchas cosas del regimiento de su iglesia y de su casa, y porque le ayudase á se libra la apostema que le nació, y que tenia de continuo con aquel su hijo, que aunque habido menos culpa que otros, no dexaba de infam deshonestar como los otros. Dimos orden todo, y partióse enhorabuena libre y conser de mucha pena que tenia de le ver.

»Juan de Ayala (3), vuestro aposentador mayor, es aquí venido por ver esta tan honcibdad, y por se holgar conmigo: y ni perdidas las mientes para servir, ni los dias como yo, aunque mal pagado y peor remunerado de lo mucho que segun su manera ha sido, segun ví por un memorial que me me como en el tiempo que era aquel mi of Verdad es que para suplicar á VV. AA.

(1) Agradecido, pagado en mercedes.

(2) Don Pedro de Toledo, limosnero mayor que sido de los Reyes Católicos, primer Obispo de Málaga

(3) Juan de Ayala, llamado el Vejo, porque le su en el cargo de aposentador mayor. su hijo Diego I de Ayala. (cl.)

carguen sus reales conscientias, y sean muy decididas á quien bien y aun á quien comunmente les ha servido y sirve, por mucho que se apartado y absente, estaré siempre con el espíritu y con la pluma junto ó acerca y presente, y aun para instar sobre ello *opportune et fortune*, si fuere menester, mas que nunca: que nunca tovieron mas obligación ni mas prejo que en este bienaventurado, victorioso y pacífico tiempo. ¡Oh! que si lo de las Indias es cierto, de que ni una palabra me ha escrito V. A., ni yo, si bien me acuerdo, otra sino (1).

Acuérdesse vuestra real magnificencia de mi Gomez de Solís en la nominación de los altos, creyéndome que no hay cosa que su verdad no merezca, y aun de Don Rodrigo, hijo de Garci Hernandez Manrique, que está aquí conmigo: bachiller es y bien acondicionado, y es emendado de algun siniestro que habia padecido. Pues de mi secretario, si así lo puedo afirmar, no digo nada, porque en verdad sus continuos servicios (á vuestra Alteza digo) en

(1) Alude á las noticias relativas al viaje de Colón, que acababa de llegar á Barcelona de su primera expedición. El Arzobispo estraña que la Reina se olvidára de darle de un asunto en que él habia tenido gran parte, y era el que habia librado la mayor parte de las dificultades con que logró Colón equipar su escuadrilla, como se vea en esta nota, con documentos que existían en el archivo de Simancas.

cosas que se ofrecen, hablan y deben l por él. Tambien se acuerde del licenciado mano de vuestro thesorero Rui Lopez, q verdad tiene buen merecimiento y cada di

•Allá tiene Hernand Alvarez algunas : naciones por despachar (ni sé si es negli suya ó pereza de vuestra alteza), que no b ellas que dubdar, y las iglesias tienen fa servicio y yo carga de costa, que tengo al esperándolas, y tal ha que ocho meses y 1

•Del licenciado de Villaescusa (1), no do para dean desta santa iglesia, son allá l siniestras informaciones en vuestro co diciendo que perturba vuestra jurisdiction y á quanto yo puedo alcanzar, mui agenas verdad. Vi una scédula que vuestras altezas ello escribieron al R. Obispo de Jahen, d mucho me maravillé, porque le condenal le oir. Bien sé que su virtud no pierde antes gana con la patientia, y que le será pena, porque le dará gloria y alegría el timonio de su conscientia: mas pésame 1 porque se alterará el buen concepto que v alteza con mucha razon tenia de su bon virtud; y perderse ha que no sea emplea lo que podria mucho servir á nuestro Sei

(1) Don Diego Ramirez de Villaescusa, Dean d nada y despues Obispo de Astorga, Málaga y C hombre de gran integridad, y fundador del Colegio llamado de Cuenca, en la Universidad de Salamanc

perderé yo la buena ayuda que me habia de hacer en la plantation y regimiento desta sancta iglesia; que tales ortolanos y obreros habia y menester. De qual está ella y todas las otras, remíttome á los que no les tienen la affection que yo: es cierto que razonables, mas aún no quales yo querria, y quales espero en nuestro Señor que lo estarán, si vivo, algun dia con el favor de vuestras Magestades, que vivan *in perpetuum*. Amen.

• Agora perdone vuestra mui excellente prudentia mi prolixidad, y séale pena de su demandarla; que aunque con ella huelgo de razonar como con los ángeles, y me alargo mas que con nadie, pero no me estenderia tanto si aquello no me diese atrevimiento.

• Pensé que habia acabado por este rato, y olvidábaseme esta conmemoracion: que plega á vuestra muy excelente retribution y agradecimiento haber memoria de cómo han servido el escribano de racion y Francisco Pinelo, y como tovieron ojo, y les dimos *in nomine vestro* esperanza dello, que en esta cibdad recibirian mercedes (1).

(1) En el finiquito de las cuentas de Luis de Santangel y Francisco Pinelo, Tesoreros de la Hermandad, desde el año de 1491 hasta el de 1493, núm. 134, se lee esta partida: «Vos fueron recibidos é pasados en cuentas un cuento é ciento é cuarenta mil maravedís que dísteis por nuestro mandado al Obispo de Avila, que agora es Arzobispo de Granada, para el despacho del Almirante Don Cristobal Colon.» (Cl.)

»Tambien disque sirvió el padre deste Herrera, y él no se ha quedado en la posada, mas ha quedado sin hacienda. Despues acordé que no fuese este el mensajero.

»Quiero ya poner la hecha y cerrar; si no, nunca acabaré. La verdad es que se comenó á escrebir vispera de San Miguel, quando vuestra Alteza por su real nobleza me quiso escribir en Perpiñan, y sobrevinieron las fiestas y mis tercianas, y aquellas pasadas, se vino á acabar hoi vispera de todos los Santos. Assí que obra de un mes no sin causa debe ser larga. *Adjiciat Dominus suam largam benedictionem super vos et super filios vestros. Amen. Amen.*

»Aún faltaba esta contera: que por Dios se acuerde vuestra real magnificencia, y tenga por bien de nos hacer regidor desta cibdad (ya no sé (1) qué me digo) al vuestro bachiller de Guadalupe, bachiller en el título y doctor en el merecimiento (2), que sin dubda calla callando en seso y en virtud: es ombre para todo, y parezca por obra su buena dicha en esto, que

Se puso *ojo*, esto es, llamada favorable de atencion á sus solicitudes, y que se les ofrecieron mercedes en Granada. (*cl.*)

(1) Alude á una palabra anterior que está borrada, por haberse equivocado al escribirla. (*cl.*)

(2) Fué provisto de una plaza de Regidor cuando se formó el Ayuntamiento de Granada en 1500. Duda Clemencin que fuese hijo del Dr. Guadalupe, Médico de los Reyes arriba citado.

quod ultimo dicitur aut scribitur, melius memorie commendetur. Iterum supplico. Amen.

Contestacion de la Reina.

• Muy reverendo y devoto padre. Tales son nuestras cartas, que os osaría responder á ellas, porque ni basto ni sé leerlas como es razon: mas sé cierto que me dan la vida, y que no me dudo dezir ni encarezer, como muchas veces he dicho, quanto me aprovechan; tanto que no es razon de cansar (1) ni dexarlas, sino escrebir en quantos acá vinieren. Y querria yo que á las cartas las estendiédeses, y mas particularmente en cada cosa, y de todas las cosas que hubiere de negocios, y de las cosas que ay que acá pasar, así como en lo que estamos agora con el Rey de Portugal sobre lo que toca á aquellas cosas que allá Colon (2), y sobre ellas mismas, me dezís que nunca os escrebí, y sobre lo que me escrebis de los casamientos de nuestros hijos, me es lo que os pareceria mejor. Aunque de la Reyna no es de hazer cuenta, porqu'está determinada de no casar, y el Rey mi señor desde un año le aseguró de no mandárselo, y yo desde antes estaba en no mudar su buena vo-

(1) Cansar es lo mismo que *cansarse*, y en esta significacion se usa en otros parajes de estas cartas. (Cl.)

(2) Entiéndese de las contestaciones que hubo con el Rey D. Juan II de Portugal, sobre los límites que habian de fijarse á los nuevos descubrimientos de Indias.

luntad (1). Y no solo en estos negocios son los mayores, mas en todos los de nuestros reynos y de la buena gobernacion dellos que que particularmente me escribiédes en vuestro parecer. Y ya a muchos dias que deseo escrebiros esto, y dexábalo porque parecia que os escusábades de todo: y agora dió ocasion lo que dezís que nunca os es de las Indias, de que tomé que no os pesa que os escriba así aquellas cosas; y dello otras muchas hubiera escrito y pescudara supiera esto. Y algo ha estorbado a esto el espacio que tengo para escribir, y que es pena en ello desta manera que querria, dezir, y teniendo tan poco espacio, confuso el entendimiento de manera, que sé muy poco de lo que sabia con mas espacio, y dexo de muchas de las que querria, y de lo que me quedo muy desconcertado, que si tuviese espacio no ay pasatiempo en que yo mas huega. Y aun así como es, será descanso para mí, pienso que vos sufrís sin pena mis cartas, que vayan tan desconcertadas (2); y alavez mas en ellas, y en lo que yo no pudier

(1) La Princesa Doña Isabel, que despues de fausta y temprana muerte de su marido D. Alon Portugal, de que se habló en las notas á la carta rior, se habia retirado del mundo, negándose á n enlaces. (Cl.)

(2) ¡Qué espresiones mas modestas, mas dulces delicadas en boca de una Reina! (Cl.)

ni adelante, de mano de Fernan Dalvarez os sé saber todas las cosas principales, para que os demos en ellas vuestro parecer. Y esto os digo yo mucho, que no os escuseys de escrever vuestro parecer en todo, en tanto que nos oremos, ni os escuseys con que no estays en las cosas, y que estoy ausente, porque bien sé yo que ausente será mejor el consejo que de otro presente. Y no hubo nadie, presentes ni ausentes, que assi como vos en ausencia supiesen decir y loar la paz (1) por tantas y tales razones, ni así decir ni enseñar las gracias que hemos de hazer á Dios por ella y las otras mercedes recibidas (qual plega á Dios por su salud que hagamos, y vos podeys mucho ayudar de allá con esto que digo, en tanto que no mereys ayudar de acá); ni quien así tan bien reprehendiese de lo que se debia reprehender en la demasia de las fiestas, ques todo lo mejor del mundo y muy conforme mi voluntad en ello; ni quien en todo lo otro así hablase aconsejase como vos en vuestras cartas. Y por esto vuelvo todavía á rogar y encargar que querays hacer como lo pido, que no puedo escribir en cosa mas contentamiento: y recibo lo que (2) lo que he dicho que reprehenden-

) La ajustada entre los Reyes de Aragon y Francia.
(Cl.)

) Parece errata por *en*. (Cl.)

deys y es tan sanctamente dicho, que no q
ria parecer que me desculpo. Mas porque
parece que dixeron mas de lo que fué, di
que pasó, para saber en qué hubo yerro,
que dezís que danzó quien no debia: pien
dixeron allá que danzé yo, y no fué, ni
por pensamiento, ni puede ser cosa mas
dada de mí. Los trajes nuebos no hubo i
mí ni en mis damas, ni aun vestidos nu
que todo lo que yo allí vestí, avia vestido
que estamos en Aragon, y aquello mesm
abian visto los otros franceses (1), solo un
tido hize de seda y con tres marcos de o
mas llano que pude: esta fue toda mi fies
las fiestas. El llevar las damas de rienda,
que vi vuestra carta, nunca supe quién las
ni ahora sé sino quien azertó por ay,
suelen cada vez que salen. El cenar los fr
ses á las mesas es cosa muy usada, y que
muy de continuo usan (que no llevarán de
exemplo dello), y que acá cada vez que los
cipales comen con los Reyes, comen los
en las mesas de la sala de las damas y cal
ros, que assi son siempre, que allí nunca

(1) Alude á los que vinieron antes en la cor
de la Princesa de Viana Doña Magdalena, tia de
Carlos VIII de Francia y madre de la Reina
Catalina de Navarra, que vino á Zaragoza por
de 1492, á ver á los Reyes Católicos á su paso para
luña. (Cl.)

de damas solas. Y esto se hizo con los borgoñones quando el Bastardo, y con los ingleses y portugueses (1), y antes siempre en semejantes convites; que no sea mas por mal y con mal respecto que de los que vos combidais á vuestra mesa. Dígoos esto porque no se hizo cosa nueva, ni en que pensásemos que avia yerro, y para saber si lo hay, aunque sea tan usado; qué si ello es malo, el uso no lo hará bueno, y será mejor desusarlo quando tal caso viniese, y por esto lo pescudo (2). Los vestidos de los hombres, que fueron muy costosos, no lo mandé, mas estorbélo quanto pude, y amonesté que no se hiziese (3). De los toros sentí lo que vos dezís, aunque no alcancé tanto; mas luego allí propuse con toda determinacion de nunca veerlos en toda mi vida, ni ser en que se corran: y no digo defenderlos, por questo no era para mí á solas (4). Todo esto he dicho, porque sabiendo vos la verdad de lo que pasó podays determinar lo que es malo, para que se dexé si

(1) La venida del Bastardo de Borgoña á Castilla fué en el año 1488. (cl.)

(2) Palabra anticuada: significa *inquirir, preguntar*. (cl.)

(3) Cotejando las fechas, no es inverosímil, que de resultas de esta correspondencia, y del poco fruto de las amonestaciones de la Reina á sus cortesanos, se espudiese la pragmática de trajes, que fué en setiembre del año inmediato de 1494.

(4) Quiere decir, que á pesar de su opinion y gusto no podia defender ó prohibir las corridas de toros por sí sola, y sin la concurrencia del Rey su marido. (cl.)

en otras fiestas nos vemos; que mi voluntad no solamente está cansada en las demasías, mas en todas fiestas, por muy justas que ellas sean; como ya os escribí en la carta larga, que nunca e enviado ni oso enviar hasta saber de todo si abeys de venir, quando Dios quisiere que vamos á Castilla. Y en esto no oso mucho apretar, posponiendo lo que nos toca por lo que vos quereys; porque mi condicion es, en lo que me toca, en no apretar á nadie, quanto mas de (1) quien bien quiero, y quanto mas á vos. De las escripturas que dezis que no nuestro, cierto he estado en agonía, que veo que yo en mostrarlas (2) segun ellas son, y por lo que dezís de mí no las nuestro; mas mostrarlas he aunque yo reciba afrenta en oyr de mí lo que no ay. Y vi una carta que escrevis al cardenal de Cartagena (3), que nunca ví mejor como mas habeys de perdonar una gran osadía que hize en tocar en ella, que borré donde dezíades de la hipocresía, porque me parecia que para Roma no era de tachar, porque plugiese á Dios que hubiese allá alguna. Y destas cosas di

(1) Parece errata por *á*. (Cl.)

(2) Sin duda debe decir: *en no mostrarlas*. (Cl.)

(3) El Cardenal de Cartajena era D. Bernardino de Carvajal, Obispo de Cartajena y Embajador de los Reys en Roma, á quien el Papa Alejandro VI acababa de hacer Cardenal en setiembre de 1493, con el título de San Marcelino y San Pedro, que dejó despues por el de Santa Cruz en Jerusalén. (Cl.)

Roma os ruego mucho que me escribays lo que os parece, y si es cosa en que algo podamos hazer, y qué; y esto es lo principal que os abia de escribir, y va aora aquí porque vino acaso.

De la yda del Rey moro habemos habido mucho plazer, y de la yda del infantico su hijo mucho pesar (1). Si yo supiera lo que vuestra carta dize, mas diligencia hiziera por detenerle. Paréceme que allá donde está lo debemos siempre cebar, visitándole con color de visitar su padre y enviándole algo: para eso enviad acá á Baeza el de Martin de Alarcon, que él será bueno para enviar (2).

El oficio de Granada (3) os ruego que me embieys como quiera questé, para que yo le vea; y si fuese posible, antes del tiempo (4), queste otro que visto es tal, que me ha engolosinado

(1) El hijo de Boabdil, último Rey de Granada, ya habia estado mucho tiempo en rehenes desde que su padre fué preso por el Conde de Cabra. Clemencin conjetura con fundamento, que mientras habia estado detenido en poder de Martin de Alarcon, que le tenia en rehenes, habia cobrado afición al cristianismo, por lo que quisiera Doña Isabel retenerle en España.

(2) Conjetura Clemencin que fuera D. Hernando de Baeza, autor de una crónica de los Reyes de Granada conservada en el Escorial.

(3) Parece que se habla del oficio de la victoria del Salado, que, como dice abajo la Reina, la habia engolosinado mas para ver el de Granada. (C.)

(4) Quiere decir antes del 2 de enero inmediato, en que cumplian años de la redencion de Granada, y en que por lo tanto debia celebrarse la fiesta. La Reina escribia esto en 4 de diciembre. (C.)

mas por ver esotro. Y tambien os ruego mucho que todas las cosas que hiciéredes me embieys, que no hay cosa con que mas huelgue: y mandé á Logroño que no alze la mano del Cartujano, así con su romanze y el latin juntamente, como yo le dixé, hasta acabarlo: y aun querrá que en tanto me embiase lo que tiene hecho (1).

»Lo de Juan de Ayala quedará para Castilla, que aora yo no sé cómo se despache, ni sé por qué está por despachar, ni lo que es; aunque querria, y es razon, que se despache bien lo que le tocare: y por él y por los otros todos que á vos pareciere, he yo mucho plazer que ableys, que siempre es el oficio vuestro.

»Lo del indulto se hará lo mejor que pudiéremos, y se abrá mejoría de los que dezís, que son tantos que no puede caber mucha parte á nadie; mas cumpliremos con los mas suficientes (2).

(1) Clemencin supone con razon que Logroño era, no el traductor sino el amanuense de la traduccion de la obra de Cartujano ó Carthusiano, llamada *Vita Christi*, pero no acierta qué traduccion pudiera ser esta, aunque conjetura fuese la que imprimió D. Hernando tres años despues en Granada con este título: *Primer volumen de Vita Xpi. de Fr. Francisco Jimenez, corregido y añadido por el Arzobispo de Granada.*

Fr. Francisco Jimenez, religioso franciscano, escribió esta obra en limosin, pues se conjetura era catalán ó valenciano.

(2) Alude á las recomendaciones que le habia hecho el Arzobispo.

• Las nominaciones no se an firmado, porque me parece questaban llenas muchas dellas, y no querria nombrar dos veces: y no he tenido espacio de ver los memoriales, mas aora los veré y los despacharemos.

• Empezé y acabo esta carta con tanto desasosiego, digo, porque estando escribiendo me llegan con tantas ablas y demandas, que apenas sé lo que digo, y nunca la acabara sino questube en la cama oy todo el dia, aunque estoy sana, solo porque me dexasen, y aun ahora no me dexan.

• La de Fernando de Zafra es razon que recibia merced, pues tan bien lo haze en todo: y para ahora nos plaze hazelle merced de la heredad que dezís que llaman hueste: no sé si acierte el nombre, mas vos lo entendereys que me lo escribistes; y sea por su vida hasta que mas veamos en ello. Y la contaduria de quantas de Alonso de Quintanilla abremos con suplicamiento por Fernando de Zafra: estése por aora. Lo que mas os pareciere, vos lo escribireys para adelante, y abremos placer de todo lo que se pudiere hacer por él. Este llevará la merced de la heredad, sino porque no se quiere detener para escrebir esto, y le han tenido casi preso (1).

• Y porque nos vernia muy bien dar los Velez por cosa nuestra propia en que ganaríamos, y

(1) Quedó Zafra en Granada para auxiliar al Conde de Tendilla y al Arzobispo en los asuntos de aquella ciudad, en donde reunió un cuantioso patrimonio, y fué provisto

no los podríamos dar por lo que está capitulado con ellos y jurado: querriamos que Hernando de Zafra tubiese manera con el alguacil con quien él mejor viere, para que lo hubiesen por bien, y diesen su consentimiento, de manera que pudiésemos ser libres (1). Ruégoos que desta ó de otra manera, como os pareciere, entendays en como se pueda hazer: y él y vos nos embiad, que nadie lo sepa, un memorial de las cosas que se puedan dar de las Alpujarras, y de lo que dexaron los moros, que no sean cosas principales ni de mucho perjuicio para dar.

Tambien nos parece que seria bien doctar desde luego los moriscos, porque agora se podrá mejor hacer antes que se acabe de repartir, y aprovecharles a para las obras en tanto que no podemos ayudarles. Ruégoos que me embicis vuestro parecer en todo lo que os parece que debemos dar á cada uno muy por menudo, en qué y cuánto: y en tanto hazed que no se metan en lo del nublo el conde ni otro (2).

en una plaza de Regidor, de las primeras que se dieron en el año de 1500. Alonso Quintanilla. Contador mayor, era natural de Oviedo: su muerte se puede fijar por este documento en 1593. Sirvió bien á los Reyes Católicos al principio de su reinado. (cl.)

(1) Descaba la Reina recobrar para la corona la ciudad y puerto de Cartajena, de que era señor Don Juan Chacon. Al cabo lo consiguió, permutando en 1503 con esto por el estado de los Velez y dándole el título de Marqués. (cl.)

(2) El Conde es el de Tendilla, -y esto muestra, que aunque era grande el favor que gozaba el gobernador,

« Acabo por no cansaros, que aún yo no cansaba, mas ruégoos questa mi carta y todas las otras que os e escripto, ó las quemeyns ó las tengays en un cofre debaxo de vuestra llave, que persona nunca las vea, para volvérmelas á mí quando plugiera á Dios que os vea: y encomiéndome en vuestras oraciones. De mi mano, en Zaragoza á quatro de diziembre, y de canino para Castilla, que ya no hay, plaziendo á Dios, por que detenernos, que las cortes de aquí á ocho dias tienen de plazo, y mejor sería que no se acabasen, porque no se quitase la Hermandad con que se hace justicia, y sin ella nunca se hace aquí (1).—*Yo la Reina.*—Ruégoos que á todo esto me respondays luego.

« Al muy reverendo y devoto padre el Arzobispo de Granada mi confesor. »

manifestado en esta y otras importantes comisiones, la principal confianza de la Reina descansaba en el Arzobispo. (C.)

(1) Con efecto, en las cortes de Zaragoza de 1493 se trató sobre la continuacion de la Hermandad, cuyo establecimiento sufrió desde el principio muchas contradicciones en Aragon, y se prorogó con ciertas limitaciones en el modo de proceder. Los Reyes pasaron en Zaragoza lo restante del mes de diciembre, y despues de celebrar la fiesta del año nuevo partieron, empujando el de 1494, para Valladolid, donde se hallaban el 3 de enero, segun el memorial ó registro de Lorenzo Malindez de Carvajal.

CAPITULO XIII.

Viva fe y firme esperanza de Don Fray Hernando Talavera.

Siendo esta alta virtud, cuando está animada por la caridad, como la semilla de donde brota todo el mérito de las buenas obras, y fundamento firmísimo sobre que estriba todo edificio de las virtudes; enriqueciendo tantos tan relevantes á nuestro Arzobispo, necesariamente habia de poseer una fe viva y en su grado. En efecto, cual oro purísimo, sin mezcla de escoria de perpejidad ó duda, brilló siempre en su alma la antorcha de tan divina virtud.

El inflamado celo por la honra y gloria de Dios, la adhesion á los preceptos y consejos de nuestra adorable religion, y repugnancia á la doctrina opuesta ó poco conforme al sagrado texto, altamente acreditan la eminente fe de este gran siervo de Dios. Hallándose con Reyes en Sevilla el año de 1480, empezó circular, con gran daño de las almas, un error virulento plagado de herejías. Sabido por Fray Hernando de Talavera se ocupó luego en refutarlo, escribiendo un tratado con título de *pugnacion católica*, cuya obra fué tan bien recibida, que desapareció el funesto parto de

herejía, atajándose el fuego que empezaba á producir.

Solicitó vivamente el Arzobispo durante su apostólica vida anunciar el tesoro de la fe cristiana á los mas obstinados infieles, logrando convertir á multitud de ellos en el reino de Granada. Oigamos á Gerónimo de Madrid, familiar del venerable prelado. «Fué este perfecto varon de muy escelente fe. ¡Oh con cuánto fervor predicaba los santos misterios de ella! ¡Cuántos sermones predicó y dejó escritos ensalzándola! Jamás predicó sermon en que no tocase cosas maravillosas de la fe. Y sabia bien lo que hacia: pues como le oian siempre muchos nuevamente convertidos de moros y judíos, era así necesario, especialmente para los judíos, á los cuales daba á entender muy claramente cómo su ley era figura y sombra de la santa fe católica, probándoselo por la sagrada Escritura, que él tenia *præ manibus*, y aunque estuviesen ellos endurecidos, los ablandaba. Y así es verdad, que dudo haber tales cristianos de esta nacion en todo el reino. Tenia destos particular cuidado, y procuraba su salvacion con toda vigilancia y diligencia, predicándoles aparte en la iglesia ó en su casa delante de muchos católicos de otro linaje, favoreciéndoles y dándoles limosnas con tanto amor y sed de su salvacion, que murmuraban dél, diciendo que tenia á esta nacion mas aficion que á otra, y que con estos hacia mas que con otros, y diciendo otras cosas muy aje-

nas de la verdad, porque él nunca tuvo cion de personas, *neque apud eum fuit dicitio judæi et græci*: mas allí mostraba mas donde habia mas necesidad, para que sus ditos consiguiesen el fin que él deseaba para lo que fueron criados.»

Habiendo sacado el Arzobispo innumeras almas de las tinieblas del error á la luz santa fe católica, y del fango del vicio á la claridad de la gracia, juró vengarse el día de las derrotas que sufriera. «Pidió licer Dios para tocarle, no en la hacienda, ni en otros bienes de fortuna natural, ni aun en la misma persona, pero entendió la poca mella que podía hacerle esto, sino en la misma alma, esto es, la vida de ella, en el principio y raíz de su fe que es la fe (1).» Esta venganza de Satanás persecucion suscitada contra el Arzobispo por la muerte de la Reina Doña Isabel, vió amenazado de la prision y del oprobio, y de la infame calumnia que le imputaran de faulador de judíos y apóstatas. Mas como de tan escandaloso acontecimiento, como lo llaman los historicos, se tratará detenidamente en otra parte se pondrán aquí las palabras del siervo de Dios al saber la calumnia, por ser propias del asunto de que se trata, y patentizan bien cuán enloquecido le tocó el demonio en esta persecucion.

(1) Sigüenza.

s el camino de la verdadera santidad, exclamó:
 sta es la verdadera senda que nos abrió aquel
 eñor que nos dejó por herencia sus persecucio-
 nes y trabajos. Ahora, alegraos conmigo. los
 ue bien me quereis: padecer hambre, sed,
 obreza, muerte de padres, parientes, amigos,
 érdida de salud y hacienda, no son propia-
 ente trabajos, ni merecen nombre de perse-
 ciones, pues unas son cosas naturales, y otras
 enen por lijeros accidentes, cosas comunes á
 uchos ó á todos; mas ser así abatido y des-
 orrado, puesto en sospecha de hereje quien
 ato se estimaba por católico, y ensalzaba tanto
 fe con palabras y obras, esta es merced de
 os concedida á pocos, y encuentro donde se
 eece mucho interés y ganancia, y como tal
 be recibirse; y pues el Señor me ofrece la
 asion en las manos, no es razon dejarla pasar
 to asirla, aprovecharse de ella, y darle infi-
 las gracias. Por lo que á su persona afectaba
 ngun sentimiento tuvo, afligiéndole únicamen-
 el temor de que se resintiese la fe de los
 evos convertidos, al ver infamado á quien les
 edicaba é instruía, y á quien consideraban
 mo padre y pastor.

Así plantada en medio de su corazon la vir-
 d de la fe cual fecundo arbol, no podia menos
 dar, como primer fruto, la esperanza, que se
 nda en la creencia de lo que un Dios infinita-
 mente bueno y fiel promete á los que de veras
 aman.

Patentiza su gran esperanza en Dios, y su firmeza que mostró en las adversidades, habiendo con especialidad en la citada persecución sufrida en los últimos años de su vida. Pero de su parte el favor de los personajes influyentes del reino, jamás se valió de testando á cuantos le importunaban sobre «que era negocio de Dios, y particular misión suya; que en Él confiaba, y que sin ni favor humano le sacaría felizmente de todo en que sus enemigos le habían puesto

Eminente se ostentó también la firmeza de su confianza en Dios, emprendiendo notables tareas en servicio suyo, para lo que pronto tuvo que superar grandes dificultades con especialidad para la conversión de tanto gentes y judíos, y de multitud de mujeres perdidas que sacaba del vicio; acometiendo intrépidamente el camino árdido y peligroso, á fin de que el Señor fuese servido y glorificado.

No acredita menos su esperanza la generosidad de sus limosnas. Aunque mantenía en su casa sobre doscientas cincuenta personas, casi todas pobres, jamás dejó de contribuir ó reparar templos, proveyéndolos de muebles y alhajas; ni de socorrer á los necesitados veía, por temor de que les faltasen los suyos; llegando á tal grado su confianza en la Divina Providencia, que en tiempo de gran carestía, dijo predicando al pueblo: «desconfieis, hermanos, que no ha de fal-

misericordia de Dios: todos los que tuviéreis necesidad, acudid á mi casa, donde os proveeré todo lo necesario.»

El cúmulo de virtudes que poseía nuestro arzobispo no le disipaba aquel temor santo con que procuran los justos su salud espiritual, según el consejo del Apóstol; y conociendo la desproporcion del mérito de que son capaces las criaturas con los premios de la bienaventuranza, confiaba de sí mismo, poniendo toda su esperanza en la bondad y misericordia de Dios nuestro Señor.

CAPITULO XIV.

Verdad del Arzobispo Don Fray Hernando para con Dios.

Aunque para formar idea acabada de la capacidad de nuestro Arzobispo para con Dios, era indispensable conocer toda la influencia del Espíritu Santo sobre su alma, y la fiel cooperacion de su siervo á tan divinas luces, tenemos, sin embargo, en la tierra, según la expresion del discípulo amado, una señal infalible, que da bien á conocer si amamos á Dios; esta es la constante observancia de su santa ley. Exactísimo fué siempre el Arzobispo en el cumplimiento de cuantas obligaciones nos impone: íntimamente unido á

Dios, encaminaba todas sus acciones á eterna, principio de toda justicia; sien vida un continuado sacrificio de los hor placeres del mundo, y de todos sus afec mas ardiente de sus deseos era que el fuese cada vez mas conocido y ensalza sus criaturas: cuanto hacia y hablaba era pre encaminado á comunicar á todo el mu divino amor en que su pecho se abrasaba que tiernamente ama jamás pierde de v objeto amado, que está siempre fijo en su nacion, ¡cuán vehemente seria el amor de nando á su Dios y Señor, que ninguna c cion era capaz de apartarle de su me. A El se dirijian de continuo sus pensami y las divinas grandezas eran el tema oró de sus conversaciones: en los libros que es en sus sermones, poesías y cartas, mu palpablemente el tierno amor de su coraza

No patentiza menos el amor divino de zobispo su cordial devocion al Santísimo bre de Jesus. Recibiendo como venidas de para él las palabras del Apóstol: *in nomine omne genuflectatur, etc.*, arrodillábase si que lo pronunciaba ó lo oia á otros; con indulgencias á los que hiciesen lo mis principiasen sus cartas con tan sacro nombre.

El celo por el esplendor del culto divi un gran argumento que acredita el herois la nobilísima virtud de la caridad para con

él dió relevantes pruebas nuestro Arzobispo, fin de que el Señor fuese adorado en esta y verdad por todas las criaturas. Edificó las iglesias y monasterios, proveyéndolasalhajas y ornamentos, á cuyo piadoso fin haba considerable parte de sus rentas; desdándose además por que en todas las iglesias, de las mas pobres y pequeñas aldeas, se rasen los divinos Oficios con la magnificencia de, puesto que, como él decia, al mismo se adora en los templos de las aldeas que os de las grandes poblaciones. Incansable n esto el Arzobispo hasta el fin de su vida, apalmente en las fiestas solemnes. Oigamos familiar Alonso Fernandez de Madrid. «La a de Navidad decia Misa rezada por la na, y despues predicaba en el cabildo á la ía. Oficiaba por la tarde las Vísperas de fical, con tal solemnidad que duraban la noche; y despues de una pequeña coo, asistia aquella noche á Maitines, los cua e decian muy despacio, y jamás él dejaba de r; y tras esto decia la Misa de pontifical, icando en ella, para declarar los misterios de lla noche. Amanecia cuando esta Misa se iba; y sin desnudarse, con solo sentarse en illa, procedia á cantar la segunda Misa. Aca esta se desnudaba de los ornamentos pontis, y vestido con sus ropas reposaba sobre scaño una hora ó poco mas, ha que se nzaban las Horas en el coro. Luego se vestia

con tan buen aliento para decir la Misa mayor de pontifical con toda solemnidad, y predicar en ella, como si toda la noche hubiese dormido; de manera que en poco mas de veinticuatro horas decia una Misa rezada, tres cantadas, predicaba tres veces, asistia á Vísperas y Maitines, y aún le quedaban fuerzas para ir despues de comer á las segundas Vísperas.

»No era menor sino mayor su trabajo en la Semana Santa. El Domingo de Ramos, como si toda la Cuaresma hubiera estado ocioso, hacia la bendicion de los ramos, é iba vestido de pontifical en la procesion, predicaba y cantaba la Misa, estando en pie, y aun sin arrimarse al altar, mientras se cantaba la pasion. El miércoles asistia al oficio de Tinieblas, que se decian muy devota y reposadamente. El jueves de mañana hacia el oficio del crisma, que es de gran solemnidad y tardanza, y predicaba, dando á entender lo que allí se celebraba. Encerrado el Señor en el monumento, quedaba el Arzobispo allí con otros muchos del cabildo gran rato acompañando. Venia despues de comer á hacer el Mandato, vestido de pontifical, donde lavaba los pies á los pobres, puesto de rodillas ante ellos, limpiándoselos y besándolos, y despues les daba colacion, sirviéndoles por sí mismo á la mesa; y lo mismo hacia aquel dia á todas las personas eclesiásticas de su iglesia, á quien despues del Mandato suministraba tambien colacion, y él y las principales dignidades servian

latos con tanta humildad, acatamiento y respeto al rostro, como si cada uno de aquellos á quienes se servia fuera el mismo Cristo nuestro Señor, á quien en todas sus obras deseaba imitar. De allí venian luego al oficio de Tinieblas, despues el Arzobispo se quedaba parte de la noche ante el Monumento. El viernes celebraba el oficio de Tinieblas, y estaba en pie mientras se cantaba el oficio de Tinieblas, y muchos años hizo el oficio de Tinieblas en los pies descalzos; predicaba el sermón de Tinieblas, y si no, le oia. Él y todos los de su familia ayunaban aquel dia á pan y agua. Asistia la tarde á las Tinieblas, y el sábado por la mañana bendecia solemnemente la pila, y acababa tambien hacer en la misma mañana órdenes sacerdotales. Asistia á los Maitines de Resurrección, y despues de dormir un breve rato, se levantaba á solemnizar la Misa mayor de pontifical, predicar en ella, y dar la comunión á su familia, y á otros muchos, con tan buen aliento y placer como si toda la semana hubiera estado descansando; por lo cual ya no nos maravillamos de que tuviese tan sujeta la carne y el alma á su cuerpo, que hacia de él lo que queria: que si nos maravillamos mucho cómo sus clérigos, y los que habian de administrar, lo podian hacer; y á la verdad no todos lo sufrían, pues algunos descansaban, mas el Arzobispo lo llevaba hasta el fin.

Ya que viene á propósito, continua el Sr. D. José, diré un donaire, que en un caso destes

pasó. Un señor deste reino, mancebo y hart galan, queria mucho al Arzobispo, y así era tambien muy amado de él. Pues como viniese el Arzobispo algo fatigado de una procesion que habia dicho Misa y predicado, hablaban otros del gran trabajo que tomaba en aquellos dias, dijo aquel señor al Arzobispo como buscando:—Señor, no sé yo qué trabajos tan grandes son estos vuestros, que en verdad mas paso yo en calzarme este borceguí, que vos cuanto haceis. Respondióle el Arzobispo riéndose: créolo por cierto, que tambien hay más tires del diablo. Y en verdad que es así, pero mas trabajan los hombres por servir al mundo que á Dios, y menos dificultad tiene en obrar virtud el que se ejercita en ella, que el mas vicioso en obrar el vicio.»

No satisfecho su inflamado amor desvelándose por el esplendor del culto divino, personalmente desempeñaba muchas veces los más humildes oficios de la casa de Dios. Oigamos citado biógrafo. «En la iglesia era el Arzobispo el primero que echaba mano á cualquier cosa de trabajo, aunque fuese sacudir los paños esteras, componer los altares, poner y quitar bancos, y otros semejantes servicios. Muchas veces le vimos, cuando al día siguiente habia alguna solemnidad, dejar comiendo toda su familia, y él solo con otro compañero irse proveer la iglesia, el altar y coro, hasta en las lámparas, todo lo que era necesario, con aqu

lla humildad que lo hiciera el menor de sus sacristanes. En ninguna cosa queria ser ni parecer mayor ó señor que los otros, sino en los actos pontificales, predicacion, celebracion, etc., en los cuales era tan grande su autoridad, que solo verle ponía en los ánimos un religioso temor y acatamiento: así que de ninguna manera parecia él aquel con quien todos familiarmente conversábamos: de donde vino que algunos solian decir, que el Arzobispo de Granada era dos hombres, uno en el altar y púlpito, y otro en su casa y conversacion.»

El acendrado amor del Arzobispo al Todopoderoso no sufría profanacion en el santo templo, inflamando su celo la menor irreverencia, sin sosegar hasta ver desterrados los frecuentes abusos de hincar una sola rodilla en tierra, hablar en la iglesia, y los trajes impropios de tan santo lugar. Para conocer cuán rígido fuera en esto citaré un solo caso, entre otros que pudiera, alguno de los cuales reservo para cuando hable de su profunda humildad.

Presentándose en la iglesia las jóvenes de Granada con trajes impropios de tan sagrado lugar, ostentando además, con la cabeza totalmente descubierta, un artificioso peinado, no podía menos de sentirlo el piadoso Arzobispo, tanto por decir San Pablo que «oren las mujeres en traje decente, ataviadas con recato y modestia, y no con los cabellos rizados, ni con oro ó con perlas, ó costosos vestidos,» como por parecerle se tras-

formaba en provocacion de liviandad el lugar exclusivamente construido para la adoracion y culto del Sér Supremo. Aunque repetidas veces reprendia desde el púlpito tan abominable abuso no lograba desterrarlo completamente; y por lo mismo amenazó con la espulsion pública á quien volviere de aquel modo. Temiendo ser afrentadas dejaron de presentarse así en la iglesia menos una poco honesta, que con cierto género de menosprecio continuaba del mismo modo á pesar de las repetidas amonestaciones de prelado. Advertido desde el púlpito dos ó tres dias, parece, dijo, que aprovecha poco nuestra diligencia, pues aún vienen las mujeres indecientemente ataviadas; pues las aviso, sea quien fueren, que si vuelven otra vez con tal atavío las haré salir de la iglesia, pues se ve claramente que mas vienen por agradar al diablo que por servir á Dios. A pesar de esto volvió presentarse la misma mujer, no solo con la cabeza descubierta sino mas indecientemente ataviada que nunca; y vista por el Arzobispo desde el púlpito la espulsó del templo antes de empezar el sermon, ejemplar que bastó para que ninguna se presentase mas sino cubierta la cabeza, y con modesto traje, cual correspondía á tan sagrado lugar.

Tan celoso era el venerable Arzobispo de que en el templo de Dios se evitase aun la menor sombra de maldad, que no solamente procuraba evitar toda irreverencia, sino que

ampoco consentia estuviesen juntos hombres y mujeres, destinando para estas lugar separado; ni que las iglesias tuviesen escondrijos ni capillas apartadas, sino que constasen de una nave, o mas espaciosa posible, de suerte que pudiera verse el altar mayor desde cualquier punto de ella, escusándose así mejor las conversaciones, aseos y corrillos en tan sagrado lugar.

CAPITULO XV.

cordial devocion del Arzobispo al Santisimo Sacramento, á la Inmaculada Virgen Maria, á San José y á otros santos.

Aun en sus primeros años fué tan alto Sacramento el dulce objeto que mas cautivaba el corazón de Hernando de Talavera, teniendo todo su recreo en pasar largas horas adorando profundamente á aquel Dios cuyas delicias, dice, son estar con los hijos de los hombres. Recibida la sublime potestad de ofrecer á Dios por sus propias manos la adorable víctima del Cordero sin mancilla, jamás dejó de gustar las inefables dulzuras de este manantial de gracias, celebrando por lo mismo los divinos Oficios en la Semana Santa, sin que sus incesantes ocupaciones cuando seguia á la corte, enfermedades ni murmuraciones pudiesen impedirlo. «Esto de cele-

brar todos los dias, dice su familiar Alonso Fernandez de Madrid, tenia tan de costumbre, así en la religion como andando en la corte, y despues de ser prelado, que muchas veces, aun estando enfermo, si la enfermedad no era grande, se levantaba de mañana á decir Misa, y tomaba despues las medicinas que ordenaba el médico. Solia decir que no tenia por buen sacerdote al que se cansaba de celebrar y no de negociar; y por esto procuraba que sus clérigos dijese Misa continuamente, diciendo que ningun servicio ni sacrificio se hacia á Dios que fuese mas acepto; y que merecia mucha pena el sacerdote que, en cuanto en sí era, privaba á Dios de tal servicio.» Aunque agua y fuego son opuestos en el orden natural, lo contrario sucede en el sobrenatural, dimanando uno de otro: y así, al paso que el corazon del Arzobispo se inflamaba en amorosos incendios de caridad, hasta el extremo de verse salir grandes llamas por su boca, subiéndole sobre la cabeza en ocasion de estar predicando (1), destilaban sus ojos tan copiosos raudales de lágrimas mientras celebraba el incruento sacrificio de la Misa, que empapaba corporales y sabanillas, como se dijo en otra parte.

Con notable celo y diligencia procuraba fuese rico y suntuoso, ó por lo menos aseado y limpio, cuanto perteneciese al culto de tan ado-

(1) Gerónimo de Madrid, Sigüenza, Pedraza y otros.

rable Sacramento. «Una cosa encomiendo mucho, dice en su tratado sobre las ceremonias de la Misa, que pues tan santo es el altar con sus vestiduras, y no menos las del sacerdote, todos tengamos estudio en proveer que lo uno y lo otro sea cual corresponde, y eso mismo de las demás cosas, como son caliz, vinajeras, corporales, etc., pues mal parece caliz de plomo, candeleros de hierro ó de madera, y sabanilla rota ó sucia en la mesa de Dios, y todo esto de oro, plata y lienzo limpio y precioso en la de los hombres. Tambien se debe tener harina esojida y el mejor vino posible para la consagración del Santísimo Sacramento.» Por su ferviente amor á tan alto misterio hizo especial estudio de las sagradas rúbricas, siendo siempre exactísimo en su observancia, y cuidaba mucho de que los demás lo fuesen. Tambien procuró siempre ayudasen las Misas acólitos modestos, devotos, bien impuestos en las ceremonias, y revestidos con sotana y sobrepelliz ó roquete, no consintiendo nunca en las iglesias otro género de acólitos. Tan angélico ministerio desempeñábanlo comunmente en las de la ciudad los niños que tenia en su casa el Arzobispo, y los del colegio eclesiástico, de cuya fundacion se tratará mas adelante.

No acredita menos el acendrado amor de este gran Prelado al Santísimo Sacramento, la solicitud con que procuraba se celebrase en todas sus iglesias con la magnificencia posible

la festividad y octava de tan alto misterio bajando incansable por desterrar los abusos, desgraciadamente se cometen en una fiesta siendo toda espiritual, la convierten los hombres en vanidad,» como dice el V. P. Fr. Luis de Granada. Un acontecimiento prodigioso tuvo un año en la solemne procesion de esta gran en la ciudad, referido por el autor del Canto de las Donas en estos términos. «Contóme D. Juan de Luna, el cual lo vió con sus propios ojos que en esta festividad del Corpus, salió de la iglesia mayor de Granada el Santísimo Sacramento, se le cayó la custodia suerte que parecia se iba á caer; y el arzobispo la tomó en sus manos y la llevó por toda la ciudad, tan alzados los brazos como si fuera de la custodia iba sobre la cabeza del voto Arzobispo, aunque la custodia era de mucho peso, cual debia ser para una ciudad con tanta gente. Querian el diácono y el subdiácono tomarle los brazos, pero jamás lo consintieron, dándose el Conde de Tendilla, gobernador de la ciudad, y otros caballeros, tan maravillosa muestra del grande peso de la custodia, que no pudieron moverla. Anduvieron toda la ciudad, y en la iglesia mayor lo tuvieron todos por gran milagro, pues tenia los brazos como si fueran de mucho peso tuviese en ellos, llevando el mayor valor y precio de nuestra redencion. Muchas cosas habia que decir de este tesorero de Dios, pero se dejarán por evitar prolijidad.»

Siendo tan tierno amante de Jesucristo, necesariamente habia de estender en justa proporcion el Arzobispo su cordial afecto á la divina madre. Es la devocion á esta celestial Señora, segun el Doctor Angélico, una pronta voluntad de cumplir generosamente cuanto mira á su sagrado culto, y puede contribuir á su exaltacion y gloria. Devocion tan autorizada por la Iglesia sobresalió en Hernando de Talavera desde los primeros albores de su existencia, pues como se vió al principio, siendo muy niño visitaba con frecuencia á la soberana Reina en su antiquísima y veneranda imágen del Prado, Patrona de la patria. Por su cordial afecto al triunfante misterio de la Asuncion á los cielos, eligió esta festividad para vestir el hábito de S. Gerónimo: comensó el oficio para la solemnidad de la Especion, vulgarmente llamada de la O, y dedicó la Señora varios templos, además de la catedral de Granada.

Veneraba en su aposento una bella pintura en tabla, representando á María en el inefable misterio de la Anunciacion, imágen que recibiera de los monjes de Prado, con otra del nacimiento de Jesus (1), á su promocion al obispado de Avila. En imitacion del mensajero celeste, saludábala el

(1) Ambas fueron devueltas al monasterio despues de muerte del Arzobispo, por haberlo así ordenado en su testamento.

Arzobispo frecuentemente con el Ave María con los pomposos títulos con que la ensalza Iglesia; pudiendo inferirse la correspondencia de aquella Madre sin par en amabilidad y ternura. Promovió cuanto pudo su veneración y culto, inculcándolo á todos cual medio eficaz de obtener el favor del cielo; pero la devoción sólida y verdadera, que segun el mérito de Bernardo consiste principalmente en la imitación de sus admirables virtudes.

Profesando tan tierna devoción á la Emperatriz de los cielos, no podía menos el Arzobispo de honrar también mucho al afortunado Esposo de esta gran Señora, el santísimo Patriarca José. Queda dicho cómo, dedicada la catedral á la Madre del Salvador, erigió en ella una iglesia con la advocación de este incomparable santo, la primera que sepamos habersele dedicado en toda la Iglesia latina; disponiendo, por lo tanto, de este templo, que el día de San Marcos se encaminase á él la procesión de las vírgenes mayores. Compuso el oficio para la fiesta del esclarecido Patriarca, que celebraba solemnemente, propagando además con gran celo devoción y culto entre los fieles, práctica y desgracia harta desatendida en aquella época y despues con tan feliz éxito acrecentada, á lo que contribuyó extraordinariamente la célebre Santa Teresa de Jesus.

Conforme con el espíritu de la santa Iglesia que en la fiesta del gloriosísimo Apóstol

vangelista San Juan canta: *Valde honorandus & beatus Joannes, qui supra pectus Domini in una recubuit*, veneró cordialmente á tan gran santo, llamado con razon «el primogénito de los hijos adoptivos de Maria.» Dedicó en Granada un templo á su advocacion, como queda dicho; y es probable fuese derivado de nuestro Arzobispo el cordial afecto que profesara al santo Evangelista. La Reina Doña Isabel, en cuyo obsequio edificó en Toledo el suntuoso convento de San Juan de los Reyes. A petición de la Reina escribió un tratado de Alabanzas de este gran Santo, cuyo titulo es: «Breve tratado de loores del Bienaventurado San Juan Evangelista, amado discípulo de nuestro Redentor, Señor y Maestro Jesucristo, y singular patron y abogado de la serenísima señora nuestra y muy escelente reina Doña Isabel, compuesto á su petición y mandado por su muy humilde orador el licenciado Fray Hernando de Talavera, indigno Prior de Santa María del Prado, de la Orden del glorioso Doctor de la Iglesia San Gerónimo.» Como buen hijo veneraba al Doctor Máximo de la Iglesia San Gerónimo, y en su honor construyó en Granada un monasterio de su orden profesó tambien particular devocion á los santos Apóstoles Pedro y Pablo, y al ínclito español Santo Domingo de Guzman. Su entrañable afecto á San Francisco de Asís bien lo acredita la fundacion de tres conventos de su instituto, dos de varones en Talavera y Granada, y

otro de religiosas en Loja. Para fundar el de patria pidió á su amigo el Arzobispo de Toledo D. Pedro Gonzalez de Mendoza, la iglesia parroquial de Santa Leocadia, que por la buena situacion topográfica favorecia sus piadosos signios. Accediendo benignamente, otorgó gran Cardenal su licencia en Guadalajara á 9 octubre de 1492, disponiendo se trasladase la parroquia, que contaba setenta vecinos, á la mediata de Santa Eugenia (1), que solo tenia cinco ó seis, debiendo titularse en adelante la advocacion de las dos Santas Mártires. Obtenida la iglesia procedióse luego á la construccion del convento, cuya obra se acabó en 1498; y por el visto de imágenes, ornamentos, alhajas y demas cosas necesarias por D. Fr. Hernando de Talavera, tomaron posesion de él los religiosos de San Francisco llamados de la observancia.

Respecto al convento de Clarisas que fundóse en Loja, son de notar las disposiciones siguientes. «Quiero haya tantas religiosas cuantas pudieren ser sustentadas, pero que no pue-

(1) Arruinada esta en la invasion francesa, trasladóse la parroquia á la reducida ermita de Santa Lucia. En 1835, claustrados los regulares en Talavera el 5 de octubre de 1835, pasó la parroquia á la espaciosa iglesia de S. Francisco en el año siguiente, ocupando su primitivo local despues de 344 años de ausencia. En 1842 se incorporó á ella la feligresía de San Pedro, siendo hoy la parroquia de Santa Leocadia la mejor situada, reuniendo además un vecindario mas florido de Talavera.

er mas de cincuenta, porque á mi pobre parecer pocas veces se g da muy perfectamente a santa religion donde nay gran número de religiosas; y queremos que en las que han de ser recibidas no se mire diferencia de linajes ni de otra condicion alguna, mas así sea recibida la pobre como la rica, la villana como la noble, la cristiana nueva como la vieja. Si acaeciese que dos ó mas acudieren á pedir el hábito, aquella sea preferida que sea mas pobre..... Y queremos que las religiosas coristas sepan tanta gramática cuanta es necesaria para entender el Oficio divino, porque mejor se pueda cumplir lo que la regla de San Agustin dice: *Psalms et ignis cum oratis Deum, hoc versetur in corde mod profertur in ore.* (Cap. 3, n. 2.) Cuando orais ó alabais á Dios con salmos y con himnos, piense el corazon lo que pronuncia la boca.»

CAPITULO XVI.

Cavidad de Don Fray Hernando para con el prójimo en quanto á lo espiritual. Ardoroso celo por la reforma del clero.

De poca utilidad fueran las apostólicas fatigas de nuestro Arzobispo, sin procurar la reforma del clero, como principal medio de procurar la salvacion de las almas. Tan predilecta

clase, la principal de la grey del Señor, reclamó siempre sus atenciones, especialmente en la época del pastoral ministerio, valiéndose de cuantos medios le dictaba su ardoroso celo para que fuese el clero un tipo de buenas obras, según el consejo del Apóstol á su discípulo Timoteo: en la ciencia, en la integridad de costumbres y en la gravedad de su conducta. *Contemplum bonorum operum in doctrina, in integritate, in gravitate.* (Ep. ad Tim. c. 1.)

Persuadido de que el mas eficaz medio de poseer un clero edificante é ilustrado consistía en la educacion desde los primeros años, fundó el Arzobispo el famoso colegio de San Cecilia de Granada, en cuyo elogio baste decir, «que fué propuesto por modelo en el santo Concilio de Trento para ereccion de seminarios en toda la Iglesia Católica.» Comprendiendo el venerable prelado, que un colegio de esta clase es un ameno vergel donde germinan y crecen nuevas plantas, que puedan trasplantarse un dia al místico campo de la Iglesia, puso gran cuidado en la eleccion de rector y profesores, cargos que encomendó á sacerdotes eminentes por su virtud y saber; y dispuso sábias constituciones llenas de piedad y prudencia, introduciendo con las buenas costumbres la frecuencia de los santos Sacramentos. Bajo la vijilancia y esmerado cultivo de este varon insigne, era de observantes monjes la vida de sus colegiales: vestían manto pardo y beca leonada; comían

reunidos, con lectura espiritual durante la comida, siendo su ocupacion asistir con sobrepelliz á las Horas canónicas del coro catedral, cantar los versos, entonar los órganos, llevar los ciriales, incensarios, portapaces, y ayudar las Misas rezadas; obligaciones que tenian muy bien concertadas entre sí para no faltar en ministerio alguno. Empleábase el tiempo restante en el estudio de gramática latina, filosofía, cánones, teología y música, todo con tan feliz resultado, que salieron eclesiásticos muy hábiles en todos los deberes de su sagrado ministerio.

Cumplida la edad competente, conferia á sus colegiales las sagradas órdenes, celebrándose con gran solemnidad la primera Misa, para la que convidaba á las personas mas condecoradas, tanto eclesiásticas como seglares. Comunmente desempeñaba el Arzobispo en ella las funciones de padrino y predicador: besaba con toda humildad la mano al nuevo sacerdote, haciéndole su correspondiente ofrenda, que consistia en un vestido completo de buen paño, y confiriéndole en el acto, si lo merecia, algun beneficio eclesiástico. Podia hacerlo muy bien, puesto que todos los beneficios de la ciudad y reino de Granada eran del patronato de los Reyes. Tanta confianza tenian en el Arzobispo, que le enviaban los nombramientos firmados y sellados, dejando en blanco el nombre de la persona é iglesia para que nombrase á quien quisiese; y él lo hacia tan bien, que ninguno esperaba ser

allí escrito sin mucho merecimiento; y aun es mas, que ni por ruegos de los reyes ni de otras personas dió nunca beneficio sino á sujetos muy dignos (1).»

Jamás promovió á las sagradas órdenes á quien no hubiera dado pruebas de verdadera vocacion, y de reunir las dotes necesarias para desempeñar tan alto ministerio. Por informarse personalmente presidia el sinodo de los aspirantes, examinando no solo la ciencia, sino la vida, costumbres y carácter; siendo escusada toda recomendacion para conferir las órdenes al que no viese idóneo en todo esto, arrojando todo respeto humano, aunque mediasen las personas mas condecoradas. Con notable solemnidad celebraba las sagradas órdenes; y para mejor disponerlos, dirijia á los ordenandos fervorosas pláticas acerca del orden que iban á recibir, y el modo de ejercerlo dignamente: deteniéndose tanto por esto, que á veces acababa á las cuatro de la tarde. Por si se presentaba necesidad, á ninguno conferia orden que no supiese ya ejercer; de aquí es que el que se ordenaba de presbítero el sábado, podia celebrar y confesar el domingo. Tampoco ordenaba de subdiácono á quien no supiere rezar el Oficio divino, pues habiendo ya obligacion de rezarlo, no queria dejar ocasion de pecar por ignoran-

(1) Alonso Fernandez de Madrid.

cia. «Jamás consintió llevar dinero alguno por cosa de las órdenes, ni por título, sello ni registro, porque él ponía á su costa pergamino y cera, y por el trabajo asalariaba muy bien á los notarios, por dar de gracia lo que graciosamente habia recibido. Pues llevar derechos de visita él ni los suyos, fuera para él cosa muy escandalosa, porque no solamente hacia la visita á su costa, yendo acompañado de sacerdotes, canónigos y dignidades de su iglesia, que administraban los sacramentos á todos los fieles, sino que tambien tenia prevenido, que al irse de la iglesia se diese siempre alguna limosna para la fábrica. Entre otras cosas tenian por instruccion sus visitadores, que no recibiesen procuracion ni otros derechos, antes bien que echasen alguna cantidad de dinero en el cepillo, para animar al pueblo á hacer otro tanto; y para que supiesen que visitaban los ministros del prelado, y no disipaban las iglesias. Tan lejos estaba este buen prelado de tomar á las iglesias y clérigos de sus haciendas, que aun les dejaba la suya propia, y dejaba de llevar lo que otros por derecho ó costumbre suelen recibir (1).»

Para mejor acierto en el gobierno del arzobispado, informarse de las costumbres de su clero y proveer las necesidades de las iglesias, dispuso el infatigable Arzobispo que el primer

(1) Alonso Fernandez de Madrid.

viernes de cada mes hubiese en su iglesia una reunion clerical á manera de sínodo, donde, bajo su presidencia, asistia el cabildo catedral, y de cada parroquia de Granada y pueblos del arzobispado, el cura propio y algun otro eclesiástico, dispuesto de suerte que no quedasen entretanto abandonadas las iglesias. En tan respetable asamblea tratábase del servicio de las iglesias, administracion de Sacramentos, conducta de los clérigos, cuidado de los hospitales, y fabrica de iglesias; corregianse los abusos, y se estimulaba á los que desempeñaban dignamente su sagrado ministerio. Predicábales el Arzobispo, sirviéndole á veces de tema el verso del salmo 118, que dice: *Bonitatem et disciplinam et scientiam doce me*; en cuyas palabras comprendia incluidos los deberes del sacerdote: entendiendo por *bonitatem* la bondad de vida ó costumbres, el temor y amor de Dios y del prójimo; por *disciplinam* la obediencia á los superiores, el modesto traje clerical, las ceremonias del altar y coro y otros ejercicios eclesiásticos; y por *scientiam* todo lo que el eclesiástico debe saber para el buen desempeño de su sagrado ministerio. Encargábales mucho nivelasen su conducta conforme á la doctrina de San Pablo á sus santos discipulos Tito y Timoteo sobre los deberes de los obispos y sacerdotes, para servir de edificacion al pueblo; que celebrasen diariamente el santo sacrificio de la Misa, observando con puntualidad las sagradas rúbricas; y que

fuesen muy castos y honestos en todas sus acciones, por ser mas fea y abominable en el clero cualquier falta contra la angélica virtud de la pureza, puesto que él es el espejo donde los fieles se miran. Presentaban los párrocos una memoria de todos los objetos pertenecientes al culto de que carecian sus iglesias, cuidando el celoso prelado de proveerlas de todo, pues que al efecto habia en su casa gran copia de cálices, aras, vinajeras, misales, atriles, candeleros, corporales, sabanillas y ornamentos, todo consagrado y bendito por él; haciendo de este modo duplicada limosna, una á las iglesias, y otra á las viudas pobres empleadas en coser todo esto (1). Cuantos formaban tan respetable asamblea comian aquel dia con el Arzobispo, en cuya casa se hospedaban los eclesiásticos forasteros; pues no solo á estos sino tambien á los sacristanes tenia prohibido se presentasen en Granada sin su permiso, el que no concedia sin urgente necesidad; y concedido habian de hospedarse en el palacio arzobispal, proveyéndoles de lo necesario; y cesando el motivo del viaje enviábalos al punto á sus iglesias, siendo muy reprendidos si despues eran vistos en la ciu-

(1) Es indudable que, tanto para estas cosas como para las limosnas tan copiosas que daba y construccion de iglesias, seria el Arzobispo ayudado por los Reyes y otras personas piadosas, pues de lo contrario, sin un milagro continuo, no pudiera cubrir tan crecidos gastos.

dad. Tampoco permitia anduviesen por ahí clérigos ó religiosos de otras diócesis, sin saber él quiénes eran y el objeto de su venida.

Conociendo los incalculables daños que el mal ejemplo de un eclesiástico ocasiona á las almas, nada afligia mas al Arzobispo que la conducta relajada de alguno de ellos. Lágrimas, exhortaciones, ejercicios espirituales, de todo le valia para corregirlo; usando solamente de rigor por mas que lo repugnase su corazón bondadoso, cuando no bastaban tan suaves medios. Pero jamás castigó con pena pecuniaria, por grave que fuese el delito, sino con ayuno á pan y agua, ó reclusion en algun convento, siendo el mayor castigo destierro voluntario: pero si el delito habia producido escándalo, daba al eclesiástico algun beneficio ó capellania en poblacion distante. Extraordinarios eran á veces los medios que empleaba este gran prelado para corregir, como se ve en el caso siguiente (1).

Tratando criminalmente con una mujer casada un rico prebendado de la catedral, en vano le exhortó repetidas veces el Arzobispo á variar de conducta, causa por la que rehusaba cuanto podia la presencia de su vigilante pastor. Como no perdonaba éste fatiga alguna para volver al redil toda oveja descarriada, enca-

(1) Refiérenlo el autor del Carro de las Donas, y Villegas en su *Flos Sanctorum*.

inóse un dia, despues de comer, á casa del
 elesiástico, acompañado de un paje, á quien
 ejó á la puerta, muy ignorante del òbjeto de
 quella visita. Viendo en su casa al prelado,
 qué manda su señoría? exclamó el clérigo con-
 turbado y atónito. Quiéroos á solas, respondió
 quel; y con esto internáronse en la casa; y es-
 ndo solos en un retirado aposento, desnudóse
 medio cuerpo arriba el Arzobispo, y sacando
 na disciplina empezó á maltratarse cruelmente,
 iciendo: «Ya que la oveja no quiere enmendar-
 », el pastor debe ser corregido y castigado.»
 vista de tan sorprendente espectáculo, dijo el
 elesiástico muy incomodado: «Si vuestra seño-
 a queria hacer ese sacrificio, pudiera encerrar-
 : en su casa.—Allá lo hago por mis pecados,
 ontestó el Arzobispo, mas aquí vengo á hacerlo
 or los vuestros; que pues no bastan mis pala-
 ras y ruegos para que os enmendeis, quiero
 or si basta mi sangre, la cual yo derramaré de
 ena gana por vos, que temo no nos castigue
 ios á los dos, á vos por lo que haceis, y á mí
 porque no pongo remedio en ello. Ruégoos, hijo,
 e os dolais de mí, ya que de vos no os doleis,
 no seais causa de que viva tan desconsolado
 mo vivo. Mientras así hablaba, seguia descar-
 ndo sobre sí una lluvia de azotes, hasta que com-
 anjido arrojóse á sus pies el culpado deshecho
 a lágrimas, rogándole dejase para él tan desa-
 iadados golpes, pues mas merecidos los tenia;
 rciendo además enmendarse en adelante, y

hacer penitencia por lo pasado. Y principió en el acto, pues apoderándose de la disciplina del Arzobispo, empezó á azotarse tan crudamente, que compadecido el bondadoso prelado, para que lo suspendiese hubo de suplicársele de rodillas. Abrazándole con inesplicable ternura le dirigió despues una tierna plática, y arrodillado le besó las manos el penitente eclesiástico pidiendo además el auxilio de sus oraciones. Prometiéndolo hacerle despidióse el Arzobispo disimulando lo ocurrido, que jamás se supiera á no revelarlo el mismo clérigo, que sobrevivió muchos años al venerable prelado, siendo gran siervo de Dios desde entonces, y afirmaba haber vuelto á sentir tentacion impura, gracia que atribuía á la intercesion de aquel que le librara de su inminente ruina. Tan pura y honestos queria el Arzobispo á sus clérigos, que no sosegaba por quitarles aun la menor ocasion de tropiezo. Entre las causas por las que no toleraba mujeres en el templo con cabeza descubierta, segun se dijo, era por aquellas palabras de San Pablo: *Debet mulier potestatem habere supra caput, propter Angelos* (Ep. 1 ad Cor., cap. 11. v. 10); entendiéndose por la palabra *Angelos* los sacerdotes; y por esto dispuso que cuando hubiese de oír sermón el cabildo desde las gradas del presbiterio, se corriese un velo de lienzo entre ellos y las mujeres, puesto de suerte que, viendo cómodamente al orador, no viesen á los demás del templo.

El paternal amor del Arzobispo á su clero escitábale á tener siempre buen provisor y carcer de fiscal. Oigamos á su familiar Gerónimo de Madrid. «Tenia siempre provisos muy doctos, personas buenas, asi en letras como en costumbres y honestidad de vida, y teníalos muy bien pagados, para que por necesidad no hiciesen cohechos ni recibiesen presentes, que suelen cegar los entendimientos de los jueces para no administrar justicia. Osaré tambien á afirmar que en mas de doce años nunca oí nombrar fiscal, ni supe quién lo era, sino que cuando se cometia algun delito grave en que hubiese necesidad de acusador, entonces creaba uno que tuviese aquel cargo. Pienso que lo ordenaba asi aquel buen varon, porque tales oficiales perpétuos ejercen á veces alguna tiranía en el clero. No quiero decir que el oficio de estos sea dañoso en la Iglesia de Dios, mas diré que hay casos en que la cosa que de suyo podia ser buena, la pervierten en daño y destruccion de la fama, honra y hacienda de aquellos cuyos defectos, á lo menos por caridad cristiana y honor del estado, se deberian cubrir. Tan enemigo era este siervo de Dios de tales vejaciones y estorsiones, que no solamente no las consentia ni holgaba de oír semejantes acusaciones, sino que ni creia accion mala de clérigo si no fuese muy cierta y probada, ni consentia jamás que en su presencia se hablase mal de ninguno; y si algo decian, lo escusaba cuanto podia, ó

lo echaba á la mejor parte. Aborrecia en manera los pleitos, y siempre amonestaba jueces los cortasen y dejasen cuanto antes, á lo menos desde el principio de Cua hasta despues de la octava de Pascua.»

Las vigalias de las principales festividades instruía despues de Vísperas, á todos el coro catedral, acerca del modo de celebrar la del dia siguiente, encargándoles mucha asistencia á Maitines, que se cantaban á noche, á los que asistiria él, añadiendo por conclusion estas palabras: «No se celebran las fiestas sino con muy limpios corazones esto todos los sacerdotes deben celebrar mañana, y á los que no lo son convido participar de mi mesa si antes han participado de la del Señor:» bastando con esto para prepararlos á la sagrada Comunion. Comian típidamente, el dia de la fiesta con el Arzobispo cuantos habian comulgado en ella; convidado aceptable por el honor de comer con tal modo, pues como dicen sus antiguos biógrafos aun teniendo en su mesa distinguidos platos, carne de vaca ó carnero y frutas, e incluso mas delicados manjares que se servían.

Con tanta solicitud en disponer desde entonces á los que habian de trabajar un dia en la culta heredad que el cielo le confiara, y en admitir al sacerdocio sino á los que juzgaba de tan alto ministerio, tuvo nuestro Arzobispo gran consuelo de poseer tan dignos eclesiásticos

le los historiadores los comparan á los discipulos de San Martin y San Isidoro. Mas no solo oveyó de dignos ministros las iglesias de su obispado, sino tambien de prelados á muchas ócesis de España; pues solamente de entre s educandos en su casa salieron los diez bispos siguientes:

1.º Don Juan Rodriguez de Fonseca, Obispo de Badajoz, Palencia, Burgos, Córdoba, y Arzobispo de Rosano.

2.º Don Gutierre de Toledo, Obispo de la ócesis de Plasencia.

3.º Don Fray García de Quijada, de la de Madrid.

4.º Don Diego Ramirez de Villaescusa, de la de Málaga y Cuenca.

5.º Don Gomez de Toledo, de la de Plasencia.

6.º Don Pedro de Rivera, de la de Lugo.

7.º Don Pedro de Toledo, de la de Málaga.

8.º Don Juan de Ortega, de la de Almería.

9.º Don Fray Pedro de Alba, Arzobispo de Granada.

10. Don Gaspar de Avalos, Obispo de Guadix, y Arzobispo de Granada.

«¿No es milagro, esclama con razon Sigüentini, que de la casa de un prelado, que no tenia mas cuentos de renta, salieran diez Obispos, y que se vieron allí todos juntos bajo una misma disciplina? ¿De quién se ha leído en la Iglesia de Dios cosa semejante? Pues otros muchos se omiten

que, aunque no fueron Obispos, tuvieron muchas dignidades, y mas fué merecerlas alcanzarlas.»

CAPITULO XVII.

Caridad del Arzobispo para con el prójimo en á lo espiritual. Celo por la salvacion de los fglares.

No debe limitarse la caridad con el p á procurar su felicidad terrena, como s suaden muchos, sino á conseguir principi te la celestial y eterna. ¿Qué es la vida h tan breve, tan incierta, tan llena de mis dolores, comparada con la inmortal que l ra Dios para los que le sirven fielmente?

Altamente persuadido de tan imp verdad comprendió siempre el Arzobispo salvacion de las almas debia reclamar t atencion de un ministro evangélico, poster á este fin la salud, el reposo y la priva los principes, abrazándose con una vida riosa y pobre en demasía. El celo por la cion de sus ovejas le movia á visitar anua te su arzobispado, viajando á veces á pie ; los últimos años de su vida, sin detenerle gores del calor ni del frio, solo por enseñ camino del cielo, y sacar cuantas pudiese pecaminoso estado, restituyéndolas á Jesu

Desde su promocion á las sagradas órdenes incansable en la predicacion evangélica, orado por el celo de la salvacion de las almas. Siendo Arzobispo predicaba todos los domingos y dias de fiesta, y en Cuaresma cinco dias en semana, las tres solo el domingo, pues permanecer predicaba en las Comendadoras de Santiago, despues en la Misa mayor de la Catedral, y luego por la tarde en otra iglesia, es decir ayunas hasta despues del último que á veces acababa al anochecer; y aun hubo Cuarentena que casi diariamente predicaba por las calles y plazas desde el amanecer hasta el mediodía. •Ibase en este santo tiempo donde se ven los jornaleros á esperar trabajo, y allí les enseñaba cómo habian de pasar la Cuaresma, pensamientos habian de tener en tan santo tiempo, cuándo y cómo habian de ayunar, y lo que estaban obligados á hacer para ganar el pan; y que cuando fuesen á las viñas ó á otras cosas fuesen rezando y encomendándose á Dios, é hiciesen lo mismo mientras cavasen ó labrasen, pues podia hacerse todo. Para enseñarles prácticamente tomaba la azada ú otro instrumento, y hacia como que cavaba ó podaba, y rezaba el Padre nuestro y Ave Maria.

Su familiar Alonso de Madrid dice, que •sabia e. b. en todas las cosas tanto ó mas que en una sola. de tener en mucho que sabia tanto en las artes mecánicas y de los principios de ellas, como si las hubiera aprendido y profesado.»

De allí se iba donde estaban los mercaderes, sastres, zapateros y otros artesanos de la ciudad, les hacía amonestaciones santísimas, con tanto espíritu que parecía hablaba Dios por su boca. Para que estos y los trabajadores del campo oyesen Misa diariamente, mandó hacer tres capillas donde al amanecer se celebraba el santo sacrificio (1).»

No hay que extrañar tales fatigas en quien tanto sentía ver ofendida la Majestad Divina, y que lloraba como propias las culpas ajenas, ni abrigar otro deseo que sacar almas de la senda del infierno. Como reunía copioso caudal de santidad y doctrina, daba con aquella eficacia á la ciencia, y acomodaba esta á la capacidad del auditorio. Prefiriendo con San Agustín ser comprendido por los gramáticos á que dejasen de entenderle los rústicos é ignorantes, no se valía de frases estudiadas ni de voces escojidas: la gracia había sido derramada en sus lábios, y así con un estilo vulgar, acomodado á todos, llevábase tras sí los corazones. «Sus sermones, dice Alonso de Madrid, no eran para fausto ó pompa de mostrarse letrado, aunque lo era, ni gastaba tiempo en escudriñar secretos de naturaleza, ni en teología escolástica; todo era tratar de virtudes y vicios, de la caridad cristiana, de los oficios y ceremonias de la Iglesia, declarando

(1) Sigüenza.

lo los Evangelios y epístolas de aquellos la razón por que se decían, y cómo lo le entender, y después seguir y obrar. algunos que esto no era predicar sino aconsejar, mas el provecho, que suele dar á las cosas, manifestaba claramente mas fruto hacían aquellas consejas por boca del prelado, y con el fervor que era, que muchos sermones sutiles y muy doctos de otros. Mas las personas doctas y del bien de las almas no juzgaban ellos sermones, antes se admiraban ciertos misterios estaban ocultos debajo de sus pláticas sencillas, y parábolas, que para prueba del gran fruto que resultaba, vino á ver que en las fiestas de Navidad, agésima, Corpus Christi, Asunción de la Señora, Todos los Santos y otras del año había tanta prisa para confesar y comulgar los fieles en las iglesias de Granada y su obispado, cuantas suele haber en otras partes. Este celo de Resurrección, lo cual aun desde su muerte el Arzobispo quedó por loable ejemplo.»

Usando de exhortaciones, indulgencias y otros medios sugeridos por su industrioso prelado procuraba el Arzobispo atraer á los fieles al templo, para que asistiesen á los divinos oficios y oyesen la divina palabra. Estableció Maitines á media noche, disponiendo de música y villancicos en las grandes fes-

tividades; y en obsequio de los que ignoraban la lengua latina, queria fuesen las letrillas la duccion de las lecciones ó responsorios. En todas composicion suya, y tradujo además verso muchos himnos del Oficio divino; todo qual afirma Sigüenza haber visto, añadiendo «era de lo mejor de aquel tiempo.» Tan resultado dieron los apostólicos desvelos nuestro Arzobispo, «que en ninguna poblacion de España habia de continuo tanta gente en iglesia como en Granada; y mayor concurso hombres y mujeres habia en los Maitines, muchos á media noche, que en otras partes á la mañana mayor; asistiendo todos con gran devocion y silencio, rezando con sus candelas en las manos que era para dar gracias á Dios (1). Hallábase presente á todo el venerable prelado, cuyo fervoroso ejemplo llevaba á todos en posesion bastando su vista para escitar á devocion: grande amor le profesaban, que solo por ver iban muchos á Maitines. Su ardiente celo que en las funciones eclesiásticas brillaba con piedad y devocion y saliesen aprovechados fieles, escitábale á tomar sobre sí increíbles fatigas dentro y fuera del templo. Cuando en procesiones por necesidad ó devocion reunía el clero y pueblo, arreglaba el Arzobispo las cosas y á pesar de su avanzada edad, y de los o

(1) Alonso de Madrid.

s, muy pesados á veces, recorria con frecuencia la carrera, exhortando á la devocion y piedad. En procesion separada colocaba á algunos de los sacerdotes á alguna distancia de los hombres, formando en ella cruz, y algunos sacerdotes que iban con ellas el Rosario, Letanias ú otras devociones que pudiesen entender.

En la época del cumplimiento pascual cuidaba mucho el vigilante pastor de que todas sus parroquias recibiesen los santos Sacramentos de la Penitencia y Eucaristía. Conminaba con censuras y amenazas á los contumaces el domingo de Cuasimodo, ordenándoles con la declaracion nominal y pública de escomulgados, y que como tales serian privados de la comunión del templo: mas usando despues de esta declaracion de excomulgacion se esperaba otro domingo, y de esta manera amenazando y no hiriendo, conseguia que obedeciesen todos con el precepto eclesiástico. No se usaba así con los militares que estaban de guardia en el palacio de la Alhambra. Cuando no bastaban censuras ni amenazas á reducirlos al cumplimiento del precepto, llamó el vigilante al alcaide á los que tenian el cargo de pagarles, y les prohibió dar un maravedí al soldado que no se presentase las cédulas de confesion y comunión. No se necesitó mas para ver las iglesias inundadas de soldados, que no bastaban los confesores ordinarios, viéronse precisados á ayudarles por mas de ocho dias los confesores auxiliares, canónigos y aun dignidades de la catedral. Muchos años necesitó valerse el Arzo-

bispo de este ardid. Y fue muy bien hecho dice el citado biógrafo, como de persona á quien dolia la pérdida de cualquier oveja suya. Y alguno dijere que esto era hacerlos buenos por fuerza, contestaré que siempre es bueno lo que dice San Pablo: *quia sive per occasionem, sive per veritatem annuntietur Christus*. Y á la verdad, conforme al proverbio vulgar, mas vale bueno por fuerza que malo de voluntad.»

No eximian al Arzobispo de administrar el Sacramento de la Penitencia la multitud de ocupaciones inherentes al gobierno eclesiástico y civil de Granada que pesaba sobre él: oigamos al mismo biógrafo, familiar suyo. «Desde el principio de Cuaresma hasta la Pascua de Pentecostá en Adviento, domingos y fiestas del año, y en otros dias podia desocuparse, tenia la costumbre ponerse en el confesonario público, desde que acababa de comer hasta la noche, con sobrepelliz y estola, á oír las confesiones de cuantos querian ir con él. Era este un gran bien para los que tenian escrúpulos de conciencia, ó impedimentos del matrimonio, ó estaban enredados en negocios perplejos donde habia restituciones semejantes congojas, porque como el Arzobispo era gran letrado y piadoso, ninguno salia de allí sino muy consolado; porque el consejo del prelado en tales cosas se debe tener por oráculo casi divino. Mas sobre todo se hacia aqui un gran socorro á personas honradas, pobres, vecongonzantes, que allí descubrian confiadamente

esidad. Como la intencion del santo varon
 aprovechar á sus fieles, así espiritual como
 corporalmente, remediaba lo primero con bue-
 tos consejos, consuelos, amonestaciones, y con
 absolucion sacramental; y lo segundo libran-
 do al uno el paño para vestirse, al otro trigo
 para comer, al otro dinero para casar su hija,
 al otro tomaba el hijo para mantenérsele en
 casa ó en su colegio. Por otros intercedia y
 pagaba á sus acreedores, fiando ó pagando su
 deudas: de manera que cuantos con él se con-
 taban iban consolados de alma y cuerpo.»

Aunque el apostolado de este gran siervo de
 Dios fue una continua guerra contra el pecado,
 prevaleciéndose por esterminarlo de su grey, per-
 curó con especialidad el de la impureza, alta-
 mente persuadido de que solo este tiene mas
 penas en el infierno que todos los demás vicios.
 Procuraba al efecto reducir á la senda de la
 continencia aquellas mujeres perdidas, que son
 un infeliz anzuelo donde prenden infinidad de
 pecadoras para precipitarse en los abismos. En
 una de sus casas de monasterio tenia el Arzobispo una casa
 fuera de la ciudad, y valiéndose de súplicas y
 amenazas, y aun de la fuerza si era necesario,
 reunia en ella en tiempo de Cuaresma cuantas
 pecadoras mujeres habia en Granada, poniéndolas
 bajo la direccion de virtuosas personas de su
 cortejo, sin permitirles hablar con nadie de fuera
 de la casa, de cuyas puertas, siempre cerradas,
 llevaba las llaves el Arzobispo en la correa que

le ceñía el santo hábito de su orden. Iba
mente á decir la Misa en el oratorio que
y sentado despues al lado del altar en pi
de aquellas desgraciadas criaturas, pred
tales sermones para que abandonasen
lúbrica, que afirmaban los familiares que
se erizaba el cabello de terror. «Traía
memoria el abominable vicio en que est
la hermosura de las almas que ensuciab
cías que el demonio se valia de ellas c
acémilas en que llevaba las almas al i
y acordábalas el cargo que tenian de
por su causa perdieran la gloria, la d
que en esta vida adquirian, y la pena
que en la otra les esperaba (1).» Estas
laciones, acompañadas de lágrimas y s
síntomas de lo mucho que le dolía la p
de sus almas, no podian menos de hace
funda impresion en ellas, moviéndose
á mudar de vida. Llegada la Pascua
maridos á las solteras, dotándolas para
reconciliaba con los suyos á las casadas,
dese del alto ascendiente que sobre los
nes gozaba; y recojia en monasterios de
pentidas á las que aspiraban á mas
vida, dotándolas al efecto. ¡Oh cuánto ne
á nuestro Arzobispo bajo este concepto
gion y la moral pública! ¡Cuántos trit

(1) Sigüenza.

é de ilustres conquistas no hizo para Jesu-
sto! Alonso F. de Madrid asegura, haber co-
cido á muchas de estas mujeres ser despues
y buenas y honestas casadas, y á otras vivir
resto de sus dias en los rigores de la peni-
cia. Si obstinada pretendia alguna volver á
mala vida á pesar de los caritativos esfuer-
s del prelado, trataba este con la potestad
il que impidiesen su entrada en la ciudad, á
menos hasta despues de la octava de Pascua,
se cumplia puntualmente, por haber orden
minante de los Reyes, de que fuese obedecido
Arzobispo como sus propias personas. «Nun-
oí decir, afirma su familiar Gerónimo de
dríd, que en su tiempo se atravesase dife-
cia alguna con la justicia seglar ni con otra
sona, por donde hubiese entredicho ó cesa-
n de Horas en su iglesia y arzobispado, y aun
comuniones muy pocas, porque este buen
tor no pensaba que habia tomado el minis-
io pastoral para dispersar las ovejas, sino
a juntarlas y curarlas.»

Persuadido de la alta influencia que en la
rupcion de costumbres ejerce la ignorancia,
mentó el Arzobispo el estudio de las divinas y
manas ciencias. «El santo Arzobispo de Gra-
la Don Hernando de Talavera, en quien fue
al la ciencia y la sabiduría, segun la hermo-
espresion de Marineo, promotor y constante
oyo de todo lo bueno, obró como principal
vil en la empresa de establecer el estudio de

las humanidades entre los cortesanos (1). Además del colegio eclesiástico, estableció escuelas á su costa en varias iglesias de Granada y arzobispado, donde se enseñaba á los niños leer, escribir y contar, gramática latina, música, doctrina cristiana y modo de ayudar á Misa y aun para los mayores habia cátedra de cánones y teología moral. Encargaba mucho á los padres de familia enviasen sus hijos á las escuelas, y no satisfecho con el aviso mandaba los pobres de su casa r cojer y llevar á ellos cuantos niños viesen vagando por las calles. Para estímulo de maestros y discípulos visitaba con frecuencia las escuelas, dándoles saludables documentos para vivir cristianamente. Preguntaba á los niños las lecciones, miraba las planas que escribían, y no contento con esto, regaba la barria y aun sacaba la basura de las escuelas para enseñarlos, segun decia, á ser humildes desde la corta edad. •Era muy amante de los niños, y por parecer este santo pastor á su di vino Maestro en la ternura y amor, alegr bale mucho cuando veia los que le presentaban para ser confirmados, y bendec alos con paternal entrañas, porque se regocijaba su alma purísima

(1) D. Diego Clemencin, tom. 6 de las Memorias de la Academia de la Hist. ilustrada. 16.—Talavera, cuya casa estaba siempre abierta para los hombres dedicados al estudio, llegándose á hacer en ella una verdadera academia, cuyas rentas se empleaban generalmente en la protección de los sabios, etc. (Prescott, Hist. del reinado de los Reyes Católicos, cap. 19.)

ma con la semejanza de aquellas almitas inocentes. No queria trajesen ofrendas, pues él ponía las vendas y candelas de su casa (1).•

El celo por el bien espiritual de las almas le movió á escribir diferentes tratados religiosos, imprimiéndolos á su costa y distribuyéndolos gratuitamente para el aprovechamiento de los fieles, único fin que se proponía. En elogio de estos escritos se ha dicho que «son todos oro, y por tales han sido apreciados de los sábios.» Segun Nicolás Antonio en su Biblioteca, y la mayor parte de los historiadores de Don Fray Hernando de Talavera, escribió las obras siguientes.

•Impugnacion católica, contra un libro anónimo plagado de herejias, que apareció en Sevilla el año 1480.

•Provechosa doctrina de lo que debe saber todo fiel cristiano.

•Libro de confesion, harto discreto, en que muestra cómo se han de conocer y confesar los pecados, con sus diferencias y circunstancias.

•Tratado de restitucion y satisfaccion.

•Id. sobre la murmuracion.

•Id. contra el esceso de comer, beber y vestir.

•Id. de la sagrada Comunion.

•Memoria de nuestra redencion en los santísimos misterios de la Misa.

(1) P. Sigüenza.

»Ceremonial para las Misas cantadas y rezadas.

»Un singular tratado de cómo se ha de gastar santamente el tiempo.

»Modo de visitar las iglesias y conventos de monjas, en que ordenó los Oficios de los visitadores, curas, clérigos y sacristanes.

»Ceremonial de todos los Oficios divinos, en latin y castellano.

»Instrucción para las monjas de un monasterio de Avila.

»Compuso varios Oficios para algunas festividades, entre otros uno en acción de gracias por la toma de Granada, otro para la dedicación de su santa iglesia, el de la fiesta de la Espectación llamada de la O, y el de la del glorioso Patriarca San José.

»Enmendó y puso en mejor forma la obra titulada *Vita Christi*, de Fr. Francisco Jimenez.

»También escribió muchos sermones, cartas y poesías religiosas.

»Milagro parece, dice un historiador (1), que un prelado que tuvo toda la vida ocupada en el gobierno de su orden, en el político del reino y en el eclesiástico de su arzobispado, tuviese tiempo para estudiar y escribir tantos libros como imprimió. Era enemigo capital de la ociosidad, y jamás perdió tiempo, pues el

(1) B. de Pedraza.

■ corto que le quedaba libre lo dedicaba al estudio y á la pluma, cercenando del sueño las horas menos pesadas de la noche.»

CAPITULO XVIII.

¶ *Celo infatigable para la conversion de moros y judios.
Motin del Albaycin apaciguado por el Arzobispo.*

¶ Sin salir de la heredad que el gran Padre de familias le encomendara, ofreciase dilatado campo á su caridad y laborioso celo, puesto que de moros, judíos y cristianos de solo nombre constaba la mayor parte de su grey. ¡Oh cuán buen consejo tomaron aquellos reyes cristianísimos, esclama Alonso Fernandez de Madrid, en cometer aquel nuevo ganado, desusado del yugo de Dios, á pastor tan antiguo y tan ejercitado en su ley, para que por su medio viniese á su rebaño! ¡Feliz triunfo, dichosa victoria la que en sus dias otorgó el Señor á sus cristianos! Bien pudiera adquirirse el reino de Granada en otro tiempo para los príncipes cristianos, mas por ventura no se adquiriera así para Jesucristo, como se hizo por la buena diligencia, trabajos, ayunos, predicacion y ejemplo de santa vida y conversacion de este buen prelado. Porque estas obras tuyas (con la gracia del Señor) así ocuparon los ánimos de los infieles moros, que nin-

guna cosa mas venerable, ni mas estimada, ni mas amada era en sus ojos y oidos que el nombre y persona del Arzobispo, á quien ellos llamaban Alfakí mayor de los cristianos. Tambien fué muy util y necesario en aquella tierra este católico y buen prelado para los cristianos viejos; pues como al principio estaba poblada aquella ciudad y reino la mayor parte de gente de guerra, advenedizos y vagabundos, que suelen ser las heces de las otras poblaciones, habia tantos mal instruidos en la fe y buenas costumbres, que todo el trabajo y diligencia del pastor fué bien menester.»

Al partir de Granada los reyes despues de la conquista, quedó la ciudad, como se dijo, bajo los auspicios de tres personajes ilustres por su integridad y prudencia: nuestro Arzobispo, el Conde de Tendilla, y el secretario Zafra. Siguiendo los impulsos de su corazon benéfico, y en cumplimiento de una capitulacion, dejaban estos vivir á los moriscos en el libre goce de sus antiguas leyes; reprimian los excesos de los que, á fuer de vencedores, pretendian inquietarlos; granjeándose de este modo la veneracion y simpatias de los musulmanes: no siendo poco mérito tener en paz una poblacion compuesta de tan distintos y aun opuestos elementos, en que necesariamente habian de ofrecerse con frecuencia motivos de discordia.

Mas no por eso dejaba el celoso Arzobispo de trabajar en la conversion de los moros, cuya

ceguedad espiritual miraba con sentimientos de amor, antes bien ocupábase en ello asiduamente, empleando los medios dulces y suaves á que su benigno corazón le inclinaba, persuadido de que el buen trato doméstico, la enseñanza de la fe católica, la caridad y buen ejemplo serian mas eficaces para conseguir su objeto, que el rigor y la violencia. Aunque de edad avanzada, puso á estudiar el árabe para hablar á los moros en su propio idioma, y mandó al clero de su diócesis, y aun á los sacristanes, hacer lo mismo. «Era de ver un Arzobispo anciano, ocupado en tantas cosas, ir á la leccion, aprender los nominativos y conjugaciones arábigas, solo por aprovechar aquellas almas, de cuya salvacion tenia una sed insaciable (1). Tal era su deseo de aprender, dice Gerónimo de Madrid, que le oí decir muchas veces, que de buena gana diera un ojo por saber bien esta lengua, para la conversion de esta gente.» Al celo y proteccion de este gran prelado se deben la gramática y diccionario árabe de Fr. Pedro de Alcalá, publicado en Granada, y recomendado por los orientalistas europeos como el primer ensayo de este género desde el descubrimiento de la imprenta. No contento con esto hizo escribir en el propio idioma un catecismo, y traducir al mismo la liturgia, con trozos de los Evangelios,

(1) Sigüenza.

proponiéndose hacerlo mas adelante con sagrada Escritura. Abriéndoles de estos los divinos oráculos, que hasta entonces habian llegado á su noticia, presentábales daderas fuentes de la doctrina cristiana; curando hacer su conversion por medio tendimiento, en vez de hablar solo á la nacion, debia esperar fuera aquella si permanente.

Mas el progreso de la conversion naturalmente habia de ser trabajoso y lentó en blo educado desde la cuna en el odio al cristiano: pero las sábias y benévolas y del digno prelado, fortalecidas con la ma plar pureza de vida, diéronle grande at entre los moros, los cuales, juzgando de dad de la doctrina por los frutos que pi se inclinaban á adoptarla, bautizándose mente en gran número. «Hacia lo que caba, y predicó lo que hizo, dice Oviedo así fué muy provechoso y util en aquella para la conversion de los moros.»

No perdonó desvelo ni fatiga, ni huboficio costoso que no arrostrase el caritatzobispo por la conversion de estas almas cielo le confiara. «Honrálalos cuanto dice Sigüenza, no consintiendo que nahiciese mal de palabra ni de obra, y

(1) Quincuagenas, MS. dial. Talav.

resen cargados con nuevas imposiciones ni tri-
 utos, aborreciendo la mala costumbre de tra-
 ir peor á los que se convierten de estas sectas
 ue antes de que se conviertan, porque apenas
 es saben decir su propio nombre, de donde se
 igue que rehusan muchos recibir una fe que
 n los que la profesan se ve tan poca caridad y
 into descomedimiento. Decia el Santo, que
 abian de ser tratados como niños tiernos, con
 blandura y con regalo, dándoles leche y man-
 ares fáciles, como dice el Apostol, y no corte-
 as de trabajos ni acibar de tribulaciones.
 onia gran estudio en la conversion de los
 rincipales de ellos, porque creyendo estos,
 ácilmente atraerian á los otros, por el gran res-
 eto que tienen á sus mayores. Vinieron todos
 i cobrarle gran amor, y á tenerle en lugar de
 padre, porque el amor, á las bestias vence. Lla-
 nábanle santo, y no se hartaban de hablar bien
 le él. Andando una vez visitando su arzobispa-
 lo, llegó á un lugar de las Alpujarras, y estan-
 lo predicando, vió uno de los moros mas prin-
 ipales que salia de la boca del Santo una llama
 an grande que le pasaba de la cabeza; y duró
 esto todo el tiempo que el sermon, como señas
 del fuego de la caridad que tenia dentro: así
 lecia este moro á los otros, que aquel Arzobis-
 po era santo. Luego que se convirtieron, acos-
 umbraba á convidar á los principales de ellos,
 orque comiendo á su mesa aprendiesen las
 ostumbres de los cristianos, así en la manera

de sentarse (comen ellos recostados, como de todo el Oriente y aun de los romanos se ve en sus triclinios), como en la de jares. Vistió muchos de ellos con el traje, dándoles capuces, que entonces se usaban en España, y sayo: y á las mujeres les dio sayas, porque dejasen sus almalafas y les dio tambien mesas, manteles y baldas porque no comiesen en el suelo ni en las paredes y procuraba cuanto podia olvidasen sus ritos, les fuesen parecidos los de los cristianos, y así abraza. Cuando iba á visitar esta gente llevaba libros de papel, y dábales á unos y á otros señalábalos con cuánta reverencia las habian de tener; y por ser punto tan vedado en el koran tener imágenes, deciales cuántas debian tener en aquello, y qué consideracion debian tener en esta adoracion, mostrándoles que no hay en esto idolatria, pues son para despertar el corazon y despertar la memoria de lo que representan, y adorar en ellas lo representado, que es Dios, su Madre y sus santos. Les tambien calderillas de agua bendita, y ramos de los que la Iglesia bendice, y cosas que eran cosas de que el demonio se avergonzaba porque como esta gente era inclinada á supersticiones é invocaciones de los demonios, les apartaba de su mala costumbre. A veces llevaba sargas de cuentas para

í rezasen las oraciones de la Iglesia, que les
 cia aprender con sumo cuidado en nuestra
 agua. Y porque se pega mejor en los niños
 e en la gente madura, hacia que ellos las su-
 xesen muy bien, para que las repitiesen mu-
 as veces con sus padres. Con tantas diligen-
 as y con tanto cuidado como en esto ponía,
 zo al fin mucho efecto y fruto. El mayor vicio
 e este santo reprendía en estos hijos de Agar,
 tre mil costumbres buenas, era la ociosidad.
 señábales á ocuparse bien, hacíaes traer es-
 rto é hiciesen tomiza, pleita, sogas ú otras
 ras de manos para ganar el pan, y que no
 aviesen en cuclillas arrimados á las paredes
 no mujeres. Cuando veía moriscas ociosas,
 ciales comprar rucas y husos, y que hilasen
 hano y lino, y de esta suerte los hacia polí-
 os, tratables y gente de razon.»

En el estio de 1499 regresaron los Reyes
 tólicos á Granada, y complacidos admiraron
 felices efectos del infatigable celo de su pri-
 er Arzobispo, aprobando su templada política,
 pesar de verla vituperada en la corte por mu-
 os que les proponian medidas mas enérgicas
 ra compeler á los moros á recibir el bautis-
 o, ó lanzarles de la tierra conquistada. Al
 rtir para Sevilla, en noviembre del mismo
 o, dejaron en Granada los Reyes al Arzobispo
 Toledo D. Fr. Francisco Ximenez de Cisne-
 s, para ayudar á nuestro Hernando de Tala-
 ra en la conversion de los mor «Coi era

este un hombre de gran sabiduría y de piedad ejemplar, y tenia además un espíritu dulce, paciente, caritativo, sin ambicion ni emulacion; no llevó á mal que el Arzobispo de Toledo trabajase con la misma autoridad que él en su diócesis. Concertaron uniformes los medios de convertir estos infieles, y concluyeron que el mas seguro y útil era ganar los Alfaquies (así se llaman los maestros y doctores de su secta); creyeron que su ejemplo haria mucha impresion en el espíritu de los pueblos; que convenia tratarlos con benignidad, disputar con ellos de la Religion sin aspereza ni arrebataimiento, y convencerles con testimonios de amistad y fuerza de razon (1).» Dedicáronse con energia á esta sublime empresa estas dos brillantes antorchas del episcopado, promoviendo conferencias entre los Alfakies; y convertidos algunos, presentáronse familias enteras á su imitacion á recibir el bautismo. Aunque no todas sinceras, hicieron tan profunda sensacion en los musulmanes estas conversiones, con especialidad la de Zegrí Azator, rico y altivo moro, que se resolvieron á seguir su ejemplo aun muchos de los pertinaces. Aprovechando el Arzobispo de Toledo esta especie de consternacion, redobló su actividad no solamente contra los infieles, sino contra los libros mahometanos, recojiendo de

(1) Flechier, Obispo de Nimes, hist. de Cisneros, lib. 4

En las bibliotecas públicas y de las librerías particulares cuantas obras escritas en árabe pudo hallar, que según Marmol ascendió á 1.025.000 volúmenes, los cuales hizo quemar en la plaza de Vivarrambla, reservando únicamente unos 10 que trataban de medicina y botánica, para biblioteca de su Universidad de Alcalá.

El rigor del Cardenal Cisneros iba ya irriando á los moros granadinos, creyéndose humillados en demasía, y proclamaban que se infringían las cláusulas más solemnes de las capitulaciones; creciendo tanto el disgusto que presentaba síntomas de estallar en rebelión, y no tardó en ocurrir un incidente que la hizo ventar. Salcedo, familiar de Cisneros, y el guacil Barrionuevo, fueron un día al Alaycin, barrio exclusivamente habitado por moros y circuido de murallas, que lo separaban de la población. Por la actividad desplegada en cumplir las órdenes de su Señor, eran aquellos sujetos en extremo odiosos á los moros, y habiéndose originado una disputa entre ellos y algunos vecinos del barrio, atrajeron un grupo de moros que, frenéticos y armados de puñales, resultaron á los familiares del Cardenal; creciendo tanto el furor de la plebe, que Barrionuevo murió aplastado bajo una enorme losa que desplomáran desde una ventana, y Salcedo, más afortunado, libróse de la muerte ocultándole una morisca bajo su cama.

Fué la reyerta como la señal de insurrec-

cion. Haciéndose dueños de las puertas (ron á las armas los vecinos de aquel barrio reuniendo las muchas que tenían ocultas, ciendo otras de las rejas de los arados y azadas, hallóse en rebelion todo el Alba las pocas horas. Un grupo de sediciosos caminó á la casa de Cisneros, situada en cazaba, con el inicuo fin de asesinarle: m fortuna su palacio era fuerte, y le aux numerosos dependientes bien armados, q valor se defendieron toda una noche. Pres la mañana siguiente el Conde de Tendil cabeza de sus guardias, y consiguiendo d sar á los sublevados, salvó al Cardenal ros. Mas no fué posible reducir al or aquella plebe amotinada, antes bien aj ésta al escudero que enviara el Conde co posiciones de paz: organizáronse los re nombrando jefes, y adoptaron cuantos med defensa pudieron, resueltos á morir ó defe se hasta el último trance. Diez dias tr rian ya en tan tumultuoso estado; y cuar vacilaba sobre los medios de sofocar la : reccion, cosa difícil por la escasez de trop habia en la ciudad, tomó el Arzobispo de nada una resolucion comprometida y he Fiado en su influencia personal, que tan g habia sido hasta entonces con los moros, i vió visitar el barrio rebelde á pesar de la carecidas súplicas que en contrario le h todos.

Acompañado solamente de un capellan, y otras armas que una cruz, presentose con névolo rostro en medio de los sublevados. más se vió de un modo mas palpable el máximo efecto del ascendiente de un hombre virtuoso y benéfico. A vista del semblante apacible dulce del Prelado, que ya conocian, y al recuerdo de los beneficios de que le eran deudores, solo se aplacaron los sublevados, sino que agolparon al rededor del *santo Alfakí* de los cristianos, y aun los mas discolos se apresuraron á arrodillarse como para implorar su benediction, besándole tambien la ropa como á santo, y acostumbraban siempre que lo veian. Con habitual dulzura empezó el venerable prelado exhortarles á fin de que se aquietasen y rindiesen las armas, prometiendo alcanzarles el perdón de los Reyes, para que ningun castigo friesen por la rebelion pasada: con esto se aseguraron completamente. Sabiendo lo que ocurría presentose tambien en el Albaycin el conde de Tendilla con unos pocos soldados, y confirmó las promesas del Arzobispo, dejando á rehenes á la Condesa su esposa y á sus hijos pequeños en una casa inmediata á la mezquita principal, en prenda del perdon ofrecido. Así se atajó un fuego que, si tomára incremento, hubiesiera en grave conflicto á la nacion entera: viéndose con evidencia en este lance cuán fundadamente dijo la Reina en la carta inserta en el capitulo once, escrita seis años antes, que si

no fuera por D. Fr. Hernando de Talavera, volviera á perderse la ciudad de Granada.

Siendo crecidísimo el número de los moros convertidos, no podia nuestro Arzobispo mantenerlos ya á su costa en las casas de la doctrina, como hiciera con los primeros convertidos para que no vacilase su fe tratando con los rebeldes. Para que proveyesen del modo posible, escribió entre otras á los reyes la carta siguiente (1).

•JESUS.—Serenísimos señores nuestros: El jueves pasado, con mensajero propio dirigido á mi secretario, y despues el sábado con el Coadjutor fray Juan de Hynestrosa, escribí largo á vuestras altezas, señaladamente de la confesion y daño que ternia en estos nuevamente convertidos de la comunicacion de los moros, si aquí oviesen de entrar y comunicar con ellos como primero, y ellos acá ni allá, y cómo queria yo y pensaba que se estorvasse hasta que vuestras altezas, qual pareciesse mas conveniente á servicio de Dios y vuestro. Lo que despues ha sucedido es, que son muchos convertidos, assí de las alquerias como de los que estavan aquí en la cibdad; entiendo que en estos tres dias mas de cien almas, y assí esperamos que lo harán cada dia, no tanto por el verdadero

(1) El original escrito de la propia mano del Arzobispo existe en la biblioteca de la Real Academia de la Historia. Salazar, A. 11, fol. 253.

conocimiento que tienen de la verdad, cuanto por gozar de libertad entera para estar y comunicar. Suplico muy humildemente que luego quieran proveer en ello, mirando mucho cómo os convertidos reciban provecho en ser atraídos á la santa fe católica. No hay quien de aquí pueda arrancar al pequeñi ni al mayor. Verdad es que el pequeñi ha estado enfermo tambien en el cuerpo como en el alma, y aquel mayor me dió palabra de partir hoy. Acá, los que me havian de ayudar estorban, no con mala intencion, sino porque les parece que aciertan. A vuestras altezas primero, y despues á ellos y á mí alumbre nuestro Señor, para que siempre acertemos en lo mejor, y vos señaladamente en nos dar muy diligente correjidor. Amen. Hoy lunes XXX de marzo de MD.

»A los muy altos y muy cathólicos Príncipes, y por eso muy poderosos y virtuosos, el Rey y la Reina de España y de Sicilia, nuestros soberanos señores.»

No fueron inferiores los buenos oficios de este caritativo prelado para con los muchos judios que hubo en Granada hasta la época de su espulsion, verificada poco despues de su conquista, y con los que abrazaban nuestra santa fe, que los practicados con los moros. «Mostrábalos, dice Sigüenza, cómo su ley no era sino una sombra de la claridad de la nuestra y de la felicidad de este tiempo del Evangelio, lleno de gracia y caridad de Dios. Como los veia mas necesitados

y que tenían mayor dureza que otros, balos mas amor, y hacia con ellos mas diligencias, honrándolos, y h largas limosnas á sus pobres. Como n tanta ánsia por la salvacion de estas al gente maliciosa y de torcidas intencione que les tenia mas aficion que á otras, y mas por ellas, y otras cosas ajenas del santo celo del prelado, que sin aceptacion sonas, en aquellas mostraba mas diligencia por mas necesitadas y estaban en maligro, deseando remediarlas: porque no e manera de curar exasperarlos y tratarle crueles enemigos cuando desean reducirse apenas oigan su nombre, sino el de perrejes, judíos y otros tales, que son ca endurecer ó empeorar á los mas deseoso salvacion.»

A vista del ardoroso celo de nuestro bispo por la salvacion de las almas, c de tan brillante éxito con la adquisicion numerables para el cielo, no podemos m concluir esclamando con el santo Pontífano en elogio de la virgen Cecilia, por perfectamente sus palabras al héroe de e toria: *Cæcilia famula tua, Domine, qu tibi argumentosa deservit, nam sponsum quasi leonem ferocem accepit, ad te quasi mansuetissimum destinavit.* Señor, vuestro Hernando de Talavera, cual ingeniosos sirve, pues habiendo recibido un reh

roces lobos, os los devuelve trasformados en mansisimos corderos.

CAPITULO XIX.

Caridad del Arzobispo para con el prójimo en quanto á lo temporal.

Imponderable fué tambien bajo este concepto la caridad de Hernando de Talavera. Aunque por lo dicho hasta aquí puede formarse idea de ella, restando mucho mas, lo circunscribiremos en este lugar segun el orden trazado por el Divino Maestro en las palabras con que anunció el salvador las obras de misericordia, al tenor de las cuales ha de juzgar al mundo.

Tuve hambre, y me disteis de comer, tuve sed, me disteis de beber.

«¡Oh cuánta caridad para con los pobres! es fama Gerónimo de Madrid. Pienso y tengo por certísimo que ningun santo antiguo ni moderno hizo ventaja en dar quanto tenia á los pobres. ¡Oh cuántas veces le oí decir que plugiese á nuestro Señor pudiese dar su sangre, y que si diesen aprovechaba, él la sacaria: y que viesen tambien si darian algo por él, que de buena gana se venderia por darse á los pobres, pues aunque viejo, podria servir en alguna cosa á quien le comprase, escribiendo, leyendo, y

aun haciendo obra de manos. » Mas de doscientas personas comian diariamente en su casa, pobres la mayor parte, y aun puede decirse toda, pues como afirma otro familiar suyo (1), «no daba el Arzobispo de comer, ni salarios, sino á personas que, considerados algunos respetos, era claramente limosna dárselos. » Tan comun era su mesa á todos, que cualquiera podia muy bien servirse de ella; distribuyendo además tantas raciones diariamente á la puerta de su casa, que no podian menos de asombrarse cuantos lo veian, pareciéndoles superaban las limosnas á los recursos del caritativo prelado. En la calle daba tambien á cuantos pobres le pedian; y si alguna vez faltaba dinero, dábalos el roquete, anillo, sombrero ó libro que llevase, diciendo con notable gracia lo que San Pedro al paralítico: *No tengo oro ni plata, pero te doy lo que tengo* (Act. Ap. cap. 3, v. 6); añadiendo despues: Si mis pajes vienen por ello, no se lo deis como no os lo paguen bien.

Pero entre todos los necesitados, una clase, la mas digna de consideracion sin duda, llevaba con preferencia sus atenciones: los pobres vergonzantes. ¿Cómo era posible que nuestro Arzobispo, cuyo bondadoso corazon simpatizaba con todos los infortunios, no mirase con especial preferencia tan infortunada clase? *Quod*

(1) Alonso Fernandez de Madrid.

cuán copiosamente socorria las necesidades se le manifestaban en el tribunal de la conciencia, desvelándose tambien fuera de él saberlas y remediarlas todas; mas siendo pobres sus recursos á estas, acordó pedir liberalmente limosna en las casas los dias de (1), y los festivos á una de las puertas de Madrid ó dentro de ella. Oigamos á Alonso de Madrid. «Todos los domingos y de fiesta, acabando de predicar el Arzobispo andaba por la iglesia ó se ponía á la puerta á pedir con una taza para los pobres necesitados; y todos, ó los mas, movidos por el amor ó contemplacion de quien lo pedia, iban allí sus limosnas. Cuando el Rey don Alonso el Católico estaba en Granada, mandaba echar dos ducados cada vez en la taza que se hallaba en la iglesia; y así los caballeros y cortesanos, siguiendo el ejemplo de su prelado, lo hacian liberalmente; de manera que esta diligencia se mantenía toda aquella gente en sus casas. Era tanto el buen ejemplo del Arzobispo, que á ninguno era importuno en esta demanda, mas pedían con tan buena gracia, que en qualquiera casa era empacho de no dársela; y junto con esto tenia tal discrecion, que en lo que cada uno daba conocia poco mas ó menos si le mo-

sigüenza y otros.

via gana de complacer al Arzobispo; y cuando veía que alguno echaba en la taza mas del que á su parecer echára siendo otro el que le pidiera, volvíale algo diciendo: no quiero que por respeto mio deis mas que daríais si otro le pidiera. Solia decir muchas veces que no quería que al cabo del año le sobrase un maravedí de su renta; pero era tan grande el ánimo que tenia y la esperanza de que no le habia de fallar, que sin ninguna duda ni desconfianza osaba decir desde el púlpito en un año de carestía: no desconfieis, hermanos, que no os ha de faltar la misericordia de Cristo; todos los que tuviéreis necesidad id á mi casa, que allí se os proveerá. Vino la cosa á tal estado que, siendo gastadas todas las provisiones y dinero que habia, tuvo necesidad, para cumplir con los pobres, de hacer almoneda pública de todos sus bienes muebles, y se vendió cuanto habia en la casa, no quedando sino las mesas de comer los libros y camas; y si alguna colcha ó silla buena habia despues, luego se vendia, y el precio se daba á los pobres. Esta misma diligencia hizo á los dos ó tres años, cuando le parecia habia algo en casa que se pudiese vender. Una cosa noté en esto que no será razon callarla, es que tenia el Arzobispo su atavío de capilla para decir Misa, no muy rico, que era un cáliz y vinajeras, un portapaz y una campanilla de plata, que otra plata no habia en su casa, y esta se tasó en la almoneda en veinte mil maravedíes.

lo cual compró el Sr. Conde de Tendilla, Marqués de Mondejar, y llevando dicha plata á su casa, enviósela al día siguiente al Arzobispo, y tambien el precio de ella. Pasados algunos dias hubo necesidad de dinero para las limosnas, y volvió á vender la plata de la capilla, y tambien se la compró el Sr. Conde, y con la misma liberalidad se la tornó á enviar. Agradeciendo su generosidad dijo estas palabras el Arzobispo: ¿Piensa el Sr. Conde que ha de poder mas que yo? Dos veces ha comprado la plata de mi capilla, y tantas me la ha tornado; pues sepa su señoría, que si cien veces me la compra tantas se la tornaré á vender, que en tiempo de necesidad no ha de estar ociosa la plata en mi casa. »

Era peregrino, y me hospedásteis. Con mas razon que palacio, dicen los historiadores, podia llamarse la casa de este gran prelado hospicio de pobres. Acogia en ella á cuantos jóvenes ó ancianos veia inhábiles para ganar el sustento, y á todos los niños pobrecitos que veia desamparados, cuidando además de su educacion y alimento, cual pudiera hacerlo el mas tierno y cariñoso padre. Hospedábanse tambien, como se dijo, cuantos eclesiásticos y sacristanes del arzobispado iban á Granada; hospedaje de superior mérito por ceder en beneficio de las almas, alejándose de este modo todo peligro de disipacion.

Estando desnudo me cubrísteis. No solamente

poseia el Arzobispo copiosa provision de ornamentos y alhajas para el culto del Señor, ~~sin~~ tambien grandes piezas de paño, lienzo y otras cosas para vestir á los necesitados, además de los que tenia en su casa. Entre los casos que se cuentan sobre el asunto de que se trata, merece especial mencion el siguiente. «Visitando el Arzobispo la Alpujarra llegó á pedirle limosna una pobre morisca casi desnuda, y considerando el Prelado que aun dándola dinero no remediaba la necesidad presente, entróse en una casa, y desnudándose una túnica suya, se la dió á la mujer, practicando el consejo de Tobias á su hijo: *con tus vestidos cubre á los desnudos.* (Tob. cap. 4, v. 17.) No era por cierto muy rica la túnica, pues era de friseta blanca, pero bastó para amparar la desnudez y pobreza de aquella mujer (1).

Estaba enfermo y me visitásteis. No era menos solicita la caridad del Arzobispo con la humanidad doliente. Residiendo en el monasterio, cuidaba con notable desvelo á los monjes enfermos, asistiéndoles con singular ternura; y aun siendo Prior suministrábales personalmente todo lo necesario, humillándose hasta verter los vasos inmundos; lo que hizo tambien muchas veces con los enfermos que visitaba despues de sublimado el ministerio pastoral.

(1) Alonso Fernandez de Madrid.

«Siendo Arzobispo, dice Alonso F. de Madrid, visitaba frecuentemente los hospitales, y sin ningun asco ni empacho llegaba á las camas de los pobres, aunque fuesen llagados, y les preguntaba por su salud, y en especial de la de su alma, y tenia gran cuidado en que fuesen bien proveidos de lo uno y de lo otro. Tomábales el pulso, les hacia mostrar la lengua cuando tenian calentura, y si era menester se la limpiaba, y les componia é igualaba la ropa de las camas. Pero lo que hacia con los enfermos en sus propias casas era una cosa de mas caridad, pues no solamente los visitaba, servia y consolaba, sino que les proveia secretamente, poniéndoles dinero debajo de las almohadas para su curacion y sustento. Decia que poco aprovecha visitar al enfermo, si no se le ayuda de alguna manera á pasar su enfermedad y pobreza.»

Hallábame encarcelado, y vintsteis á verme.
Tampoco olvidaba el bondadoso corazon del Arzobispo aquellas afrentosas moradas donde se reunen todas las calamidades, y cuyo triste silencio no se interrumpe sino al ruido de las cadenas. Compadeciase de unos séres que á la oscuridad de sus encierros, al peso de sus cadenas, á la amargura de su soledad, añaden los crueles remordimientos de su agitada conciencia, viviendo despedazados en el interior, amenazados en el exterior, confundidos por lo pasado, y sobresaltados por el porvenir. ¡Cuánto aflijía el tierno corazon de este gran Prelado situacion

tan lastimosa! Visitábalos frecuentemente, exhortándoles á la resignacion y paciencia; les consolaba y socorria con gran generosidad, y valiéndose de su alta influencia con la potestad civil, procuraba la pronta sustanciacion de las causas.

Mas no se crea fomentase el ócio la munitencia del Arzobispo, pues quizá no conocia la vagancia mayor enemigo que él. No consentia pedir limosna á pobres hábiles para el trabajo, obligándoles á ganar jornal en las obras que se construian; mas si alguno se negaba prestando enfermedad, hacia que un médico le reconociese: si era cierto, enviábale al hospital; y si no lo era y se resistia á trabajar, espulsábalo de la ciudad. «Decia muchas veces, que le daba gran pena ver que los ciegos no podian trabajar, y que era forzoso dejarlos andar pidiendo por las puertas, cuya holganza aborrecia mucho. Tratando de esto, dijo un dia con tan placer como si hubiera hallado un tesoro: ¡La verdad que estoy el mas contento del mundo pues pensando esta noche en qué se puede ocupar los ciegos para que no se anden de aqui para allí, me ha ocurrido que pueden muy bien soplar los fuelles de los herreros, pues para esto no son menester ojos, sino manos. Publiqué luego un bando diciendo que cualquier ciego sano de los demás miembros, que anduviera pidiendo por las calles, fuese llevado á casa de un herrero, calderero ú otro oficial que tuviera

ra, donde trabajase; y el que no quisiese ro, saliese de la ciudad so pena de ser gado. Así se cumplió, y no se volvió á ver iego pidiendo en las calles. Tanto aborrea ociosidad, que á nadie podia ver holgar. do venian moriscos á negociar con él, por mientras esperaban audiencia estaban sentados en el suelo, como acostumbran, mandaba es esparto para que allí hiciesen tomiza y estuviesen ociosos, y si no, que volviesen á trabajar. A las mujeres daba ruecas y lino para que estuviesen ocupadas mientras esperasen. y para que hilaban llevábanselo á sus casas: y para que los clérigos tenia libros en la sala, para que no se aburriesen el tiempo mientras podian hablar al Rey (1).»

ii los varones de familias vergonzantes á quienes socorria, ni los pobres ancianos recojidos en su casa estaban ociosos, pudiendo desempeñar algun oficio. Cuidaban unos los muchachos que mantenía el Arzobispo; visitaban diariamente las iglesias, examinando si estaban aseadas, adornados los altares, bien servidos y limpios los ornamentos, encendidas las lámparas. si los sacerdotes celebraban Misa y demás funciones sagradas con debida reverencia, y los sacristanes y acólitos desempeñaban bien sus obligaciones: cui-

dando tambien de que nadie hablase ni se con una sola rodilla en el suelo cometiese ninguna otra irreverencia en santo. Empleábanse algunos en pasear ciudad, á fin de ver las mejoras que poderse en ella, observar si andaban cl frailes forasteros sin noticia del Arzobis los de la poblacion perdian el tiempo en y tertulias; impidiendo tambien que anc pobres vagabundos, obligándoles á tr salir de la ciudad. Era el cargo de otros los niños espósitos y llevarlos al estable to fundado por el venerable prelado, á las escuelas los que anduviesen por la é impedir que apedreasen ó hiciesen o vesuras en las horas de juego.

Fuera no acabar si hubieran de todos los rasgos de la eminente caridad gran siervo de Dios. El era el padre de los fanos, el amparo de las viudas, y el universal de todos los atribulados. Adel: á las necesidades, animaba en los tra alentaba en las dificultades. Sus palak consejos, y aun las reprensiones mismas ban impreso el sello de la caridad. Re: virtud en una condicion tan apacible que jamás dió pesadumbre á persona ni le halló nadie disgustado ni desat podia sufrir ver á su prójimo desconso aplicarse por todos los medios imaginal consuelo y alivio. Haciale esto tan ai

todos, que acudían á él innumerables gentes con diferentes aflicciones, y con tan entrañable amor se aplicaba á su remedio, que admiraba á cuantos lo observaban. Por evitar todo motivo de disgusto no sorprendía á nadie en mentira, ni aun en otra falta aunque pudiese: y si por razon de prelado se veía en la precision de reprehender á sus súbditos, era indecible su sentimiento, «porque de la afrenta ajena la recibía él mayor.» Nunca daba oídos á murmuraciones malignas, impugnando en toda ocasion tan detestable vicio: un tratado que escribiera contra él, es testimonio muy auténtico del horror con que le miraba. Ni aun de sus propios contrarios consentía se hablase mal en su presencia, procurando defenderlos: no me perseguirán, decia, por mal, sino con buen celo. «Jamás se le oyó palabra colérica; y ni á los muchachos ó pajesillos se las dijo, aunque errasen cien veces: reprendialos mansa y gravemente; avisábalos para que tuviesen cuidado; y con esto quedaban tan corregidos, que ningunos azotes hicieran tal efecto en ellos (1).»

Mas esta dulzura de carácter, que le hacia dueño de todos los corazones, no fué adquirida á poca costa. Dotado de una singular viveza y de un temperamento sanguíneo, propenso á la impaciencia, puso Hernando desde muy jóven

(1) Sigüenza.

todo su conato en vencerse, sin abandonar empresa hasta conseguir el perfecto dominio los movimientos interiores de su alma, logrando que obedeciesen al imperio de la fe y de la razón, la cual enseña cuán necesaria es, particular á los ministros del santuario, aquella importante lección del amabilísimo Redentor Maestro del linaje humano: *Aprended de que soy manso y humilde de corazón.* (cap. XI, v. 29.)

CAPITULO XX.

Humildad profundísima de D. Fr. Hernando de Talavera

Formar capítulo separado de la humildad de Hernando de Talavera, equivale á hacer el elogio de su vida, pues parece constituye virtud su especial carácter. Habiendo llegado un alto grado de perfección en la práctica de todas las virtudes, era consiguiente fuese su humildad proporcionada. ¡Cuán heroicas y brillantes pruebas daría de esta virtud, para tener ocasión al sabio escritor (1) de decir: «que en género de humillarse no se halló ninguno que le igualara. Jóven todavía, aunque de noble estirpe, am

(1) Sigüenza.

aplaudido por lo recomendable de sus dotes personales y por el mérito de todas sus acciones, jamás eclipsó su virtud el menor hábito de vanidad, tan comun en los jóvenes que se ven aplaudidos y ensalzados, antes bien se mostraba tan modesto, humilde y afable, que bastara su dulce trato para conciliarle el aprecio universal.

Superiores fueron los progresos en tan alta virtud al hollar varonilmente las grandezas humanas, prefiriendo la vida oculta y humillada en la casa del Señor, á la morada en los fastuosos palacios de los pecadores. Siendo así que en la corte era sin duda la persona mas autorizada é influyente, y con tanta frecuencia habitaba en los régios salones, con todo comia en el monasterio muchas veces sentado en el suelo; fregaba, barria, amasaba el pan, cargaba con la leña para el horno, limpiaba los lugares inmundos, servia á los enfermos dándoles el alimento, haciéndoles las camas y besándoles los piés: reflejándose en su semblante el consuelo interior que sentia su alma, pues aunque escogia horas intempestivas para muchas de estas cosas, no pudo evitar ser sorprendido en diferentes ocasiones. Siendo Arzobispo se remontó su humildad prodigiosamente. Sacudia, segun queda dicho, las esteras y alfombras de la iglesia, adornaba los altares, ponía y quitaba los bancos, limpiaba las lámparas, cantaba con los músicos en el coro, servia á los enfermos de los

hospitales, y barria las escuelas de niños. «En de barrer, dice Alonso Fernan... de Madrid, como lo aprendió en el monasterio, haciao él con tan buena gracia, que en su misma sala y cámara, viendo á algun paje que no barria bien, le tomaba la escoba y le mostraba cómo habia de hacerlo; y este oficio bajo hacia él con aquella autoridad y gravedad como si predicára. «En su casa, dice Sigüenza, servia muchas veces á la mesa, imitando á su Señor y Maestro Jesucristo; y como tenia forma de convento, y se echaban los oficios por tabla como en nuestros refectorios, queria él le echasen el oficio que le tocaba por turno, y ocurría alguna vez tocarle las necesarias, y él las barria y limpiaba con la misma humildad que cuando era novicio en San Leonardo de Alba, cosa que parece increíble en un Arzobispo y en su casa. Decía muchas veces, que para ser uno cumplidamente humilde se habia de tener por la mas ínfima criatura y mayor pecador que otro alguno; y aunque viese claramente cometer á otro algun pecado grave habia de juzgarse peor él; pues no sabia la violencia que tuvo el otro para caer, y de sí mismo tenia bien entendido con cuán ligeras causas habia ofendido muchas veces á Dios.»

«En ninguna cosa brillaba mas la bondad de este prelado, dice Alonso Fernandez de Madrid, que en la humildad de sus palabras y obras y en el desprecio de su misma persona, anto que en su vestido y apariencia exterior, el

que no le conociese, no haria diferencia de él á cualquier otro fraile ó clérigo el mas pobre de toda la tierra..... Era cosa de ver la igualdad y comunicacion que con todos tenia, y cuán sin altivez ni esquivéz era su conversacion. Iba muchas veces los domingos de mañana á pié por la ciudad con dos ó tres capellanes á visitar alguna iglesia, monasterio ó personas enfermas, mientras era hora de predicar en su iglesia, porque esto no lo dejaba por ninguna ocupacion. Acaecia ver por la calle alguna mujer ó niño que llevaba cosa de comer para su casa, y tan familiarmente se ponía á hablar con ellos, preguntando qué llevaban, cuánto les costaba, cuántos eran en casa á comer y otras menudencias, como las preguntára á otro igual á él; y esto no era por curiosidad ni sin propósito, que siempre sacaba algun provecho, pues á veces reprendia el exceso de los que superfluamente gastaban, otras alababa á Dios en ver cómo algunos estaban contentos pasando la vida con poco, y lo mas cierto y mas continuo era que, sabiendo por este medio las necesidades de muchos, los proveia de lo que necesitaban.*

Entre los actos de humildad que el gran Pontífice Benedicto XIV enumera en los siervos de Dios, cuéntase el no admitir las dignidades sino impelidos por la obediencia ó autoridad de los superiores, y rehusar las honras y aplausos tributados á su persona. Que los cargos de prior, confesor régio y Obispo aceptó Hernando

de Talavera por obediencia á los sup queda dicho en su lugar. Respecto á sus propios loores, diremos que no solan profirió jamás espresion que redundaba en alabanza, sino que ni aun podia sufrirla ajena. Cuando ensalzaban sus virtudes le base profundamente, dando toda la gloria diciendo: «No á nosotros, Señor, no á n sino á tu nombre da toda la gloria (Sal v. 9); ó bien: Somos siervos inútiles; no hecho mas que lo que debíamos (Luc. c v. 10). Si supiérais, añadia, lo que es s po, no os maravillaríais de lo que hago lo que dejo de hacer.» Diciéndole en t sion un monje de su Orden, que era m prelados y de todas las Ordenes religio borizóse estremadamente al oirlo, con con gravedad aquellas palabras del Ev *Cuida de que la luz que hay en ti no se blas* (Luc. 11, v. 35). Así rechazaba autoridad de los libros santos cuantos ponian en riesgo su profunda humildad. dole un extranjero dijole entre otras co volaba su fama por todo el mundo: sinti cho contestando con Boecio: *Fama, fan auribus vana*. No solamente los niños, s los ancianos acudian con frecuencia á la mano, tanto por razon de prelado y como por reverencia á su gran santidad; tantándose besábales á ellos las suyas, ¡ que lo resistiesen.

Relevantes pruebas dió tambien el Arzobispo de humildad profunda en los últimos momentos de su vida, como contaré despues mas circunstanciadamente. Preguntándosele, segun costumbre, al recibir el sagrado Viático, si queria confesarse, respondió el humilde prelado: no me he confesado desde el lunes que lije Misa; si contase ahora las culpas que tengo cometidas, seria nunca acabar, mas por la bondad de Dios muchas veces las he confesado. etc., etc. Tratándose del lugar de su sepulcro. poned, hermanos míos, dijo á los circunstantes. este cuerpecillo donde quisiéreis, en la tierra, en el estiercol..... no le pondreis en tan mal lugar como merece. Tan vilmente sentia de sí aquel que en vida y despues de ella ha sido aclamado varon de vida inocentísima, santo y santísimo (1).

Tiènense muchos por grandes pecadores confesándolo con sinceridad, y aun pretenden persuadir á todos de ello; mas rarísimos sufren ser tratados segun dicen que merecen, por ser mas fácil tolerarse á sí mismos que recibir golpes de ajena mano, principalmente hiriendo en lo vivo la reputacion y honra: de aquí es que cuando la humildad es verdadera, con paciencia sufre los menosprecios de los demás. Cuán

(1) Santísimo viro, nunquam
tolerata. (Don Gaspar de A
Cler. en el princ

laude la ... rdi ... á

escelente fuera tambien en esto la humildad nuestro Arzobispo, patentízalo bien su invencible paciencia en las adversidades, especialmente la terrible persecucion que sufriera en los últimos años de su vida, y en los casos que á referir, entresacados de los que cuentan historiadores.

Predicando en una ocasion á los nuevos convertidos, deciales entre otras cosas el Arzobispo que hincasen siempre ambas rodillas en santo templo, y tuviesen las manos juntas alzadas; y notando que un jóven de distinguida familia, no solo se reia de ello sino que se hallaba recostado é hincada una sola rodilla avisó secretamente el Arzobispo por medio un familiar, á fin de que tomase actitud mas devota, para no dar mal ejemplo á los nuevos fieles. «Decid al prelado que dé esos consejos los que está predicando, respondió enojado el jóven, y no á mí, que sé tan bien como é que tengo de hacer;» y dicho esto salió prontamente de la iglesia. Continuó con la misma tranquilidad su plática el Arzobispo, y no lejos de prender al jóven para castigar su arrogancia, como los demás querian, hizole ver su presencia, y le pidió humildemente perdón por el mal rato que le habia ocasionado.

Presentándose dos eclesiásticos á negociar con él separó al principal de ellos, rogando al otro esperase interin hablaba con el consero; y terminada la conferencia, «perdon

adre, por amor de Dios, dijo el Arzobispo al que le habia esperado; pues fué preciso detenernos un poquito.

—Vuestra señoría, como señor, hace lo que quiere, contestó muy enojado el clérigo, mas yo con otros grandes señores he tratado, y han echo mas cuenta de mí.

—Mirad, padre, dijo el Arzobispo con notable modestia: si se hubiera de guardar el estilo que hay de hablar con los que tienen estas grandes dignidades como la que yo indignamente ocupo, habiais de portaros de otro modo; mas porque no penseis que hice aquello por soberbia, quiero daros satisfaccion: y postrándose en tierra besó con singular afecto los pies del eclesiástico, dejándole corrido y confuso, aunque, tanto á él como al compañero, altamente edificados.

Pidiendo limosna un pobre al Arzobispo y no teniendo éste cosa que darle, manifestóelo con sentimiento, añadiendo que pues gozaba salud y fuerzas trabajase en las muchas obras que á la sazón habia en Granada. Sumamente irritado prorumpió el pobre en espresiones muy injuriosas contra el venerable prelado, de las que arrepentido fuese luego á confesar, mas el sacerdote no quiso absolverle ínterin no pudiese perdon al Arzobispo. Hallándose este en su confesonario, presentóse el pobre manifestando al confesarse con él lo mucho que habia murmurado solo por no haberle dado limosna,

pidiéndole al propio tiempo perdon de su sacato: lo que oido por el Arzobispo no absolvió, mas le dijo fuese á su casa en el mismo dia. Con la turbacion y sobresalto que puede inferirse obedeció el pobre, y al verlo, habló el humilde prelado de este modo: ¡mío, yo, como malo y mal despensero de pobres, no os di limosna cuando me la pedisteis, y cuando otra cosa no tuviera, os habia dar la sangre de mis venas, y sobre todo respondí como soberbio ásperamente, y para que os pueda absolver me habeis de vos la penitencia de ambas culpas: y tendidose luego en el suelo mandó al pobre le pitiese tres veces la boca. Confuso, tembloroso y lloroso obedeció derramando copioso llanto absolviéndole despues lo despidió el Arzobispo con una considerable limosna.

No es menos admirable el siguiente caso referido por Alonso Fernandez de Madrid, insertaré con sus mismas palabras. «Cada vez eran muchos los negocios que pendian del Arzobispo, así de la ciudad como de las iglesias de su misma casa y familia, tuvo en algun tiempo necesidad de portero, porque los negociantes se entrasen importunamente. Acaeció que un escudero vino con una carta de un señor de aquella tierra, y porque el Arzobispo estaba ocupado no pudo tener audiencia ni la primera vez que se presentó, ni la segunda ni aun la tercera, por lo cual el escudero se indignó mu-

esperando que el portero estuviese descuidado, sin decir cosa alguna se entró en la cámara, donde halló al Arzobispo solo leyendo sobre una mesa. Fué tanto el descomedimiento y mala crianza de aquel hombre, que ninguna salutación ni inclinacion hizo al Arzobispo, sino decir estas palabras: Os ha de pesar, porque tres veces he venido á vuestra puerta, y nunca me han dejado entrar esta carta que os traia; mas no creo en tal..... si vos la leeis; y diciendo esto hizo muchos pedazos la carta en presencia del Arzobispo, y sin decir mas se salió, sin que nadie le pudiese detener. El buen varon, teniendo ante los ojos á aquel Señor, *qui cum malediceretur non maledicebat*, cuya doctrina es no volver mal por mal, no se movió á ira, ni dió señal de indignacion, ni respondió palabra áspera, sino que cojiendo los pedazos de la carta hizo traer un poco de agua, y humedeció una parte de la mesa, y allí concertó los papelitos unos con otros. Como pudo leerla toda y saber cuya era, respondió luego sin hacer memoria de lo que el escudero habia hecho. Y como hubiese sabido por el portero todo el caso, mandóle que pues él le conocia, fuese por todas las posadas; y hallándole le diese su carta, y le rogase de su parte que le perdonase, que él no habia sabido la culpa que habia tenido el portero de no haberle abierto; y que junto con esto le proveyesen de todo lo necesario en la posada, y le pagasen todo lo que habia gastado allí. De esta

manera vengaba sus injurias aquel que tod honra vana habia despreciado.» «Con no llega esto, añade Sigüenza, á la humildad que el Señor ejercitó en sus criaturas, parecian ta exorbitantes estas humillaciones, que las temi el mundo por locuras: y así murmuraban del reian, y muchos lo interpretaban malament de donde vino tambien á tener émulos ó enemigos capitales que pretendieron deshonorarle d todo punto, permitiéndolo Dios para que no faltase en su siervo la corona ordinaria y de tanta estima en los santos, como es la paciencia, d que veremos admirables ejemplos cuando se trate de su persecucion.»

CAPITULO XXI.

Rigido tenor de vida del Arzobispo Don Fray Hernand

A una admirable inocencia de costumbre unió el Arzobispo de Granada un tenor de vida rijidísimo. Aunque tan sujetos tenia sus apetitos la ley del espíritu, jamás dejó de mortificarse par vivir tanto mas segun Dios, quanto menos vivie se segun la carne. Lo dicho hasta aquí demuestr su grande mortificacion, por lo ajustados qu tuvo sus sentidos y potencias á la voluntad divina, lo que nos dispensa de referir circunstanciadamente quanto practicó para la perfect

mortificacion de los sentidos por la virtud de la penitencia, que es aquel utilísimo odio de sí mismo, inculcado por el Salvador cuando dijo: *Quien aborrece su alma en este mundo, la guarda para la vida eterna.* Tan bello odio, celeste artífice de santos, brilló en el Arzobispo de un modo admirable. Duraban sus ayunos la mayor parte del año, y aun puede decirse ayunaba sin interrupcion; «pues solo comia lo preciso para poder vivir. En Adviento y Cuaresma, dice Sigüenza, no comia sino un par de sardinas pequeñas, y todo lo demás que le servian enviaba desde la mesa á personas necesitadas ó enfermas, por cuya causa se alegraba que le pusiesen diferentes potajes, para tener mas que enviar. En estos ayunos no comia hasta las dos ó las tres de la tarde, y decia que esta era la hora de Nona en que se manda comer en Cuaresma, y dichas Visperas; y puesto que el ayuno se ordenó para mortificar la carne, no se habia de comer hasta que el cuerpo sintiese penalidad con el ayuno.» Carne de vaca ó carnero y fruta en platos de barro, eran, como se dijo, los mas regalados manjares de su mesa, aun habiendo convidados; pues como afirma Alonso Fernandez de Madrid, estaba desterrado de la casa del Arzobispo cuanto perteneciese á repostería, dulce, azucar ó cualquier otro manjar delicado. De un solo plato comia el Arzobispo; y aunque le gustaba la fruta, rehusaba el comerla por mortificarse mas. Su bebida era agua en una

taza de barro, como todos los de su casa, añadiendo al tiempo de comer algunas gotas de vino en ella, cantidad incapaz de hacerla variar de color ni de sabor. Quería que la lima fuese inseparable compañera del ayuno. «Luego decir muchas veces, afirma el citado biógrafo que aprovechaba poco quitarse el mantenimiento con el ayuno, si no era para dar algo de al prójimo; y que era muy seco el ayuno que se humedecía con caridad y limosna. Señor, señores, tenemos disposición de ayunar, pero no de dar limosna; y respondía el Arzobispo: contad, señores, lo que habíais de gastar en cena, y dad á los pobres una parte de ello; así será perfecto el ayuno; mas si quereis ahorrar, y ahorrar lo que habíais de cenar, es estorpear la granjería y no abstinencia.»

Además de las que por uso y regla de su orden practicaban les monjes, seguían á sus hábitos otras crueles maceraciones. Un áspero cilicio afligía constantemente su cuerpo, discutiéndose además con tal rigor, que el pavimento y paredes de su celda quedaban rociados con su sangre (1). Superior fué su aspereza de cuando era Arzobispo, á pesar de sus apostólicas fatigas y avanzada edad; y si compadecidos por su granjería alguna vez sus familiares apoderaron los instrumentos de su mortificación, bien pi-

(1) Carro de las Donas.

an sustituirlos con otros. Casi continuas sus vigili-
 as, pues orando, escribiendo ó leyendo pasaba la mayor parte de la noche. No asistia á los Maitines de la catedral, eran á media noche, segun se dijo, rezaba él á las once, no acostándose despues hasta ser rendido por el sueño; siendo tan parco que por mucho que madrugasen los de la casa siempre lo hallaban levantado. Dos pobres señoras con dos mantas, sin sábanas, sobre las tablas, componian su cama. «Una cosa vi muchas veces, dice Alonso Fernandez de Madrigal, que hay algunos otros testigos, á quienes se debe dar mucho crédito, y es que tan bien he-
 y tan igualada se hallaba su cama á la mañana como la habian dejado á la noche; y esto por dos cosas: ó porque en levantándose la mañana ó componia, ó por ventura que las señoras dormia en un banco, y aun segun algunos dijeron, muchas veces en el suelo, y con esto no se deshacia la cama. Decia el Arzobispo de Toledo que el varon cristiano habia de ir aprovechando el dia ó cada mes, ó al menos cada año, en el ejercicio de las virtudes y aborrecimiento de los vicios, y habia de ir cercenando, no solamente los regalos y delicadezas, mas tambien de las cosas que parecen necesarias para vivir; y él lo practicaba tan perfectamente, que llegó á quitarse los guantes, las medias y sombrero, sin llevar nada en la cabeza en todo tiempo, aun en los últimos años de su vida.»

No brillaba menos en su traje exterior el espíritu de mortificación de este prelado. Mirándose cual peregrino en la tierra, ni aun en las cosas precisas ponía el menor afecto, como é viajero en las alhajas de una posada, por ser breve su mansion en ella. Desde que lo recibiera en Alba, jamás dejó el hábito de su Orden con manto y muceta pardos de poco precio cuando Obispo, é interiormente camisa de lana debajo de la que llevaba el cilicio dicho.

Su anillo y pectoral no eran de oro, plata ni pedrería, sino de latón (1). Tanto en el monasterio como siendo Arzobispo rehusaba ponerse vestido nuevo, viviéndose tanto del que vestía, que le duraba ocho y diez años; «de suerte, dice Alonso Fernandez de Madrid, que á vista de su hábito y apariencia exterior, nadie, sin conocerlo, hiciera diferencia dél á cualquier otro fraile, el mas pobre de toda la tierra.» Y Gerónimo de Madrid añade: «que en pobreza de su persona y en menosprecio de las cosas temporales, apenas se puede pensar grado mas supremo en que otros le hayan escedido.» «Las vestiduras decía el Arzobispo que no eran en sí malas ni buenas, sino el fin y ánimo con que se llevaban; y que las delicadas y costosas hacían á veces mas daño en el alma que provecho en el cuerpo, porque así como el que se ve mal vestido se humilla y esconde, y no quiere pare-

(1) Antolinez, Hist. Ms. de Granada.

er delante los otros, así el que lleva vestidos reciosos se ensoberbece, y rabia por mostrarse ponerse delante de los otros. Preguntándole que uál vestido ó ropa tenia por mala, respondia que que mas deleita al que la lleva y le pone mas fano, porque el siervo de Dios debe tener por sospechoso todo lo que le deleite en cosas del mundo (1).» La pobreza de su casa armonizaba perfectamente con su persona y mesa. «Su celda, aun siendo prior, mas parecia sepultura que morada le vivo (2),» segun se dijo en su lugar. Sublinado á la dignidad arzobispal, jamás se vieron en su palacio colgaduras, tapiceria ni mas muebles que los precisos, modestos en demasia. Nunca tuvo coche, ni en su caballeriza habia mas que una mula, de la que se servian cuantos de fuera y dentro de la casa la necesitaban. Escrupulizando mantenerla en un año de notable carestía quiso venderla, mas como por vieja nadie la comprase, la dió al primero que la quiso, distribuyendo luego á los pobres el precio de la cebada que tenia para ella. «Así, los años que vivió, dice Sigüenza, le fué forzoso irse á pié al visitar sus ovejas de los pueblos del arzobispado; y hacíalo con tan grande alegría y lindo denuedo como si fuera de treinta años: tanto puede alijerar el fervor los miembros cansados.»

Tambien patentiza el espíritu de mortifica-

(1) Alonso Fernandez de Madrid.

(2) Carro de las Donas.

cion de Hernando de Talavera la estrema economía para con su propia persona, siendo tan pródigo con todo el mundo. «Es muy de notar, dice Alonso Fernandez de Madrid, que siendo el Arzobispo tan liberal y gastador, era por otra parte enemigo de tener cosas superfluas, de malgastar ó desperdiciar algo; tanto que de un poco de papel que sobraba, lo aprovechaba y pedia cuenta dello; y en forma era así escam de papel, que á muchas cartas respondia á la vuelta ó en las márgenes. Como sabian esto muchos, quando le escribian hacian sus cartas por capitulos y dejaban buenas márgenes, y el Prelado ponía allí de su mano: esto se hará.... esto se remite á fulano..... no se puede hacer.... y con esto ahorraaba tiempo y papel. Pero no es mucho que en estas cosas fuese tan enemigo de desperdiciar, quien en su mismo mantenimiento lo era. Digo esto porque una vez, estando yo presente, pidió de beber estando comiendo, el paje le trajo mas vino del que era menester. Mandóle volver al aparador la mitad de ello, y lo que hizo el paje fué verter allí en el suelo lo que le pareció. Al dar la copa al Arzobispo, este le dijo: llévatela: lo que vaciaste es lo que yo habia de beber; y así se quedó aquel dia sin el vino que solia echar en el agua. Estas cosas cada uno las juzgaba á su gusto; pero bien se entendia, y bien nos daba á entender que quien se descuida en las cosas menores viene muchas veces á ofender en las mayores.

¿Y qué diré de la continua mortificacion
 e no permitirse solaz ni descanso á pesar
 e su ancianidad é incesantes fatigas? Quien
 nto odiaba el ócio en los demás, ¿cuál seria su
 aplicacion al trabajo? Oigamos al mismo bió-
 grafo. «Levantábase el Arzobispo muy de ma-
 ñana antes que saliese el sol, y rezaba sus Horas
 con gran devocion y atencion, en lo cual hizo
 sin duda, á mi parecer, ventaja á cuantos yo he
 conocido, porque para él era el Oficio divino
 estudio y contemplacion juntamente: tanto que
 muchas veces, para predicar no abria otros li-
 bros sino recorrer los salmos, lecciones y ofi-
 cios que rezaba, y aplicándolos á la solemnidad
 de aquel dia, hacia sermones escelentes. Aca-
 bando de rezar, si no habia otra ocupacion muy
 necesaria, sentábase á leer ó escribir hasta que
 hacia hora de decir Misa, la cual el jamás
 dejaba de celebrar en su capilla, ó en la iglesia
 mayor, ó en otra alguna iglesia ó monasterio.
 despues de Misa, si era domingo ó fiesta en que
 hubiese de predicar en su iglesia, los mas destos
 dias, en tanto que se decian las Horas á la ma-
 ñana, iba á alguna iglesia ó monasterio de mon-
 jas, y predicábales allí, y despues volvía á
 tiempo de hacer su sermon en la iglesia mayor.
 Si era dia en que no hubiese de predicar en
 su iglesia, los mas destos dias daba audiencia
 á los que tenian negocios, ó entendian en las
 cosas de sus iglesias y cura pontifical; lo mismo
 hacia despues de comer, si no era dia en que

hubiese de ir á Vísperas: de manera que una hora de tiempo no perdía, ni jamás le vimos ocioso ni ocupado en conversaciones inútiles, ni aun salir á pasear por la ciudad ó por el campo, como no fuese á visitar alguna iglesia, monasterio ó persona necesitada, ó á ver las obras y edificios que se hacían en la ciudad.» Un caso prodigioso tuvo lugar con motivo de una de estas visitas á iglesias, referido en los procesos formados en Granada sobre las virtudes y milagros de nuestro venerable Arzobispo. Efecto de un ataque de pestilencia habido en su juventud, hallábase gravemente enfermo de la pierna derecha Bartolomé Rosa, vecino de la misma ciudad. No pudiendo absolutamente sostenerse en pie, por habersele hinchado y abierto la pierna, vino precisado á rendirse á la cama, de la que sus brazos era sacado para hacérsela de nuevo acomodándole en tanto en una silla, y del propio modo era vuelto á la cama. Sin esperanza de salud, antes bien aguardándose su muerte de un día á otro, llevaba seis meses en tal postracion; y llegado el 17 de enero, fiesta de San Antonio Abad, determinó Catalina de Cifuentes mujer del enfermo, visitar la ermita del san anacoreta, estramuros de Granada, para pedir la salud de su marido. Pasado el puente de Genil vió Catalina al Arzobispo, que venía á la ermita con sus familiares, y arrodillándose para besarle la mano, hija, la dice con su habitual dulzura, ¿dónde vais?

—Señor, contesta, estoy muy acongojada por tener á Bartolomé á la muerte, y voy á rogar á San Antonio por su salud; y tambien suplico vuestra reverendísima señoría, que al llegar á la iglesia mayor receis una Ave María á la Santísima Virgen con igual objeto.

—Por cierto que no solo yo, contestó enterrecido, sino que lo encargaré á cuantos asistan al sermón que hoy he de predicar. Continuó Catalina su camino, contando al regreso á su marido lo que habia pasado con el Arzobispo.

—Espero en nuestro Señor, dice el enfermo levandole las manos, que me dará salud por intercesion de este santo Arzobispo. Quedóse luego dormido, y sintiéndose bueno cuando despertó al amanecer, saltó de la cama, y sin ser visto, salió de su casa y presentóse al Arzobispo. Al momento al notar la falta de su marido, muy enojada del suceso, le vió entrar Catalina en su casa sin ayuda de nadie.

—¡Jesus! ¡Válgame Dios! exclamó como fuera de sí por el asombro. ¿De dónde vienes?

—De besar la mano al Sr. Arzobispo por la fiesta del Ave María, respondió Bartolomé.

—Me va á tener por mentirosa, dijo Catalina, pues habiendo dicho ayer que estabas malo y á la muerte, ahora vas á su casa.

—Veis qué locura de mujer, contestó Bartolomé; y si Dios me ha dado la salud ¿qué habia de hacer? Sin volver á sentir tal dolencia continuó hasta su muerte, ocurrida años despues, persuadido

de que a la intercesion del Arzobispo debia la salud, lo mismo creyó siempre Catalina, segun zirtimo al hacerse las informaciones sobre las virtudes y milagros del venerable Prelado, en cuya epoca era difunto Bartolomé Rosa.

CAPITULO XXII.

En esta ocasion suscitada contra el Arzobispo. Prision de sus varrones y familiares. Admirable plática que le dirige en esta ocasion.

Fuera una especie de prodijio si virtud tan altamente como la del primer Arzobispo de Granada estuviese exenta del crisol de la persecucion. Bien lo comprendia la incomparable Reina Doña Isabel, pues, como queda dicho, al saber la pasada, muy inferior á esta de que voy a ocuparme, dijo aquellas memorables palabras: *esto era lo que le faltaba á mi santo*. ¿Quien creyera, esclama con razon Sigüenza, que el enemigo de la gloria de Dios y de sus siervos habia de hallar ocasion en la vida de este santo, para perseguirle, y ponerle en un trabajo, que otra paciencia menor que la suya no pudiera salir de él? Varon tan humilde, tan manso, tan desinteresado de quanto en el mundo hay, y que habia dado tan de mano al favor de los principes, y deshéchose de quanto en la

se aprecia y adora ¿quién pudiera que-
mal? Y es lo bueno que, preciándose el
entre todas sus virtudes (que no sé cuál es
la mayor) de celoso y ensalzador de la fe, le
sen aquí la nota y el defecto, porque le
se mas y le turbase mas fuertemente. No
) hallar otra razon de tan fuerte encuentro
la rabiosa envidia del demonio, que no
sufrir se levantase un hombre tal en la
, en que veia resucitado aquel primer
plo de los santos prelados de la Iglesia,
son los capitanes que pueden hacerle mas
y mas fuerte guerra, pues han de llevar
si tantas almas á la bienaventuranza, que
rdió por su soberbia. ¡Qué de moros y de
debió sacar este santo de las garras de Lu-
y de las fauces del infierno, y por sus traba-
santos ejemplos los llevó Dios á su gloria,
ndoles sacado primero de las tinieblas de sus
es á la luz de la fe! Quiso, pues, el san-
to enemigo que se las pagase en la misma
da. Pidió licencia á Dios para tocarle, no
) hacienda, pues no tenia, ni en otros bie-
le fortuna y de naturaleza, ni en la misma
na, porque entendió cuán poca mella ha-
e hacerle todo esto: sino en la misma alma,
cir, en la vida de ella, en el principio y
le su salud, que es la fe. Permióselo Dios
que viese cuán poco valian sus astucias, y
bien fundado estaba el edificio sobre la
a firme.» En efecto, el infierno, que ha

jurado vengarse de las derrotas sufridas, atiza el fuego de una terrible persecucion por todos los medios imaginables.

En los últimos años de su reinado, primeros ya del siglo XVI, gozaba la Reina Doña Isabel el copioso fruto de sus fatigas y desvelos; mas el fallecimiento de su hijo el príncipe Don Juan, el de la infanta Isabel, jurada ya heredera, y de su nieto el príncipe Don Miguel, junto con las estravagancias de la infanta Doña Juana y sus disturbios matrimoniales con el archiduque Don Felipe, fueron espadas que hirieron de muerte su tierno corazón. Los esfuerzos de su virtud, y la admirable constancia con que sufriera tan terribles golpes, no impidieron que se resintiese notablemente su salud, falleciendo finalmente en Medina del Campo el 26 de noviembre de 1504; y nuestro Arzobispo, su *Santo*, siente su muerte con tan acerbo dolor, que por mucho tiempo no puede conciliar el sueño, pues era inmensa la pérdida para la Religion y para el Estado. Mas ¿cómo no habia de sentir la muerte de aquella incomparable Reina, que segun el sabio Pedro Mártir de Anglería, testigo de su vida, reuniera, con todas las bellezas de su sexo, las grandes cualidades de un soberano y las eminentes virtudes de una santa? ¿Y á quién, despues de Dios, cabe mas gloria en las grandezas de Isabel que á Hernando de Talavera? Él habia sido la luz, la guia y el alma de sus consejos, debiéndosele en

n parte el principio y complemento de heroicas empresas. Las cartas que heertado de esta gran Reina patentizan esta dad..... «El eclipse que con la muerte de bel se siguió inmediatamente en la gloria España, manifestó bien á las claras quién era sol que la alumbraba. El venerable Arzobisde Granada, amenazado de la prision y del obio, etc. (1)» Con efecto, el aprecio y procion de la Reina pusieron á cubierto á su fesor de los tiros de la malignidad durante vida de aquella; pero quitado por su fallecimiento el obstáculo, obró contra él libremente espíritu de venganza.

El inquisidor de Córdoba Don Diego Roruez Luzero, hombre de carácter duro é irado, molestó á varias personas que maniban tolerancia con los cristianos nuevos; y cuando habia asestado sus tiros contra el obispo, no pudo llevar á efecto su persecuion por temor á la Reina. Muerta esta pudo rienda á su saña, complicando en nna causa re heregia, no solamente al venerable Prelado, o tambien á María Suarez, su hermana, á Franco de Herrera, Presbitero, á María y á Consa, hijos de aquella, y á varios familiares Arzobispo, personas notables todas por su ud. Desde que perdiera á Francisco de

D. Diego Clemencin, tom. 6 de las orias de cad. de la Hist.

Herrera, su esposo, residia con sus hijas en Granada la hermana del Arzobispo, viviendo con tan grande honestidad y recojimiento que apenas eran conocidas, pues tupidos velos cubrian sus rostros mientras estaban fuera de su casa, de la que únicamente salian para el templo santo. Las bellas dotes de alma y cuerpo que las adornaban, escitaron á ilustres personajes á querer por esposas las sobrinas del Arzobispo, y aun la misma Reina habló á este sobre ello, ofreciendo dotarlas competentemente; mas siguiendo el consejo de su tio, postergaron su ventajoso enlace por la vida humilde y mortificada, retirándose con su virtuosa madre al monasterio de Comendadoras de Santiago de Granada, despues de acrisolar Dios su virtud con mas de un año de prision y la muerte del Arzobispo. Notables elogios prodigan los escritores á estas señoras, con especialidad á Constantza, la que dicen era devotísima de la passion de Jesus, y que se arrobaba cada vez que oia cantar las palabras: *Mulier, ecce filius tuus*, por su particular afecto al triste lance en que el Salvador moribundo encomendára desde la cruz al amado discípulo el inestimable tesoro de su Santísima Madre. Aunque sin consideracion alguna quiso Lucero prender con los demás al venerable Arzobispo, no pudo realizarlo por carecer de autorizacion pontificia; y mientras la obtenia, mandó prender á la hermana, sobrinos y familiares, y llevarlos á la inquisicion de Cór-

ba, con gran sentimiento de los jueces del Santo Oficio y escándalo de la nacion entera.

• Vinieron á ejecutar la no bien considerada decision, dice un historiador (1), y reunidos en la sala los inculpables delinquentes, con otras muchas personas de virtud y letras, rompiendo el santo Arzobispo las lágrimas, ocasionadas por el gozo espiritual que de pusilánime tristura, pues la afliccion y desconuelo de sus cosas amadas le habia enternecido, lleno del espíritu Santo, que alentaba su voz, levantó primero los ojos á una imagen de Cristo Crucificado, y despues les habló de esta manera. Bien se conoce, hijos míos, que las lágrimas que vertéis son sangre de vuestros corazones heridos: no es maravilla haga naturaleza su dolor, mas si la carne está enferma, esté pronto el espíritu. Lo que mas se debe sentir es el escándalo que ocasiona á este numeroso y rico rebaño, que ha recibido la fe, y á otros que dan oídos á sus voces, yelo abrasador de los tiernos pimpollos, mas esto quede por cuenta de Dios. Cumplase su voluntad en nosotros, que el camino real del cielo es camino de cruz: este condujo Cristo, nuestro Bien y maestro, que desde que nació hasta que murió, su vida fué un continuo padecer; este siguió su Santísima madre, sus Apóstoles, sus discípulos y amigos;

(1) Cosme Gomez Tejada de los Reyes, en su historia de Talavera, biogr. del Arzobispo.

este nos enseñó con doctrina y ejemplo hasta llegar á la gloria prometida en gloria celestial. Si nosotros lo deseamos acertar, ¿será acertado seguir distinto camino del que Cristo nos enseñó? Si se llama real, es por lo que tiene de cierto y seguro, que como pocos le hallan es senda angosta, y ancho el de deleites y perdicion. Y porque caminemos con mas alegría y confianza, Él mismo nos dice que Él es camino, verdad y vida: luego si hemos de llegar al cielo, á su verdad suma y vida eterna, que todo en uno, ha de ser por Cristo, por cruz y padecer.

•No temamos que en tantas tinieblas ha de faltarnos luz, que Él mismo dice que lo es del mundo. Si es maestro, ¿negaremos su doctrina? Si padre, ¿culparemos su castigo? La vida humana es perpétua guerra; ¿quién se atreverá pedir corona de justicia y triunfo de sus enemigos en la celestial Jerusalén sin pelear valerosamente? ¿Qué méritos teneis conseguidos para alcanzar este premio infinito? Forzoso es respondais que con gracia y virtudes se alcanza. Bien, ¿y teneis estas virtudes? ¿Quién lo puede conocer verdaderamente en sí mismo, quién asegurarlo sin ejercitarlas? ¿Llamareis gran capitán al que hable bien de la guerra y nunca vió al enemigo, diestro piloto á quien no ha visto el mar, sabio médico al que no conoció dolencia? ¿Tendrá viva fe el que desmaya á la primera amenaza, firme esperanza el que aparta los ojos de la eterna felicidad, ardiente caridad.

el que no está dispuesto á dar la vida por su amigo, paciencia quien no se abraza con los trabajos, obediencia quien examina preceptos, humildad quien apetece mas que le es debido? Finalmente ¿quién puede asegurar hábitos de virtudes morales en el alma, si actos no adquieren, bien que Dios las suele infundir?

•Esto es lo que Cristo nuestro Señor pretende enviándonos trabajos y tribulaciones, que por ellas se adquieran y aseguren, se aumenten y afinen las virtudes, que son el precio de la bienaventuranza. Como el Eterno Padre amó á su Hijo, el Hijo nos ama: por ventura ¿no convino que padeciese y así entrase en su gloria? Entremos nosotros en la que no es nada, no siguiendo con la cruz que nos carga quien tan pesada la llevó, y en ella todas las culpas del linaje humano. Si la semejanza es causa del amor, Cristo está crucificado: si deseais su amor ¿huireis la cruz, por quien sois su imagen? Decís que padeceis sin culpa; ¿túvola aquel divino Maestro, que Él solo padeció por nosotros mas que todos los hombres juntos pueden padecer? Si fuéramos culpados, poco fuera entonces el mayor castigo, poco verter el corazon por los ojos disuelto en llanto, y con él exhalar los vitales espíritus. Pero direis que vuestro flaco natural no tiene fuerzas para sufrir constante un golpe tan grande en lo mas sensible del alma, acusada de traicion y herida en la honra contra la ley de Dios. Gravísima es la infamia, no se puede negar, terri-

ble la tribulacion; mas no escede vuestro valor, y á la divina gracia que le fortalece. Es Dios fiel, dice el Apóstol, y no permite á la tentacion mayores fuerzas que las que os comunica para que la venzais con prestos socorros, y ricos premios y despojos en la victoria. Comida y bebida de lágrimas tenia David, mas eran con medida, para que le hiciesen provecho.

»Aunque parece que nunca está Dios mas lejos que de los afligidos y atribulados, creedme, hijos, que nunca está mas cerca: pero no me creais á mí sino á la misma verdad, que os está animando con voces repelidas por los profetas en ese espacioso campo de las sagradas Escrituras. *Factus est Dominus refugium pauperi, adjutor in tribulatione;* es Dios refugio á los pobres que de El necesitan, y socorre en la tribulacion al tiempo que conviene. Y por ser materia tan grande y dificultosa no solo exhorte con palabras, sino persuade con ejemplos. Poned los ojos de la consideracion en el horno de Babilonia, y vereis en compañía de aquellos gallardos mancebos otro semejante al Hijo de Dios, que el lugar del suplicio convierte en deleitoso jardin, y las abrasadoras llamas en vientos apacibles. Mirad á José cercado de sus hermanos como de crueles enemigos, amenazándole con la muerte y vendido como esclavo, apisionado en una cárcel por el ódio mortal de su amante, y Dios le saca libre á la grandeza de vi rey de Egipto, y le pone en las manos el cuchillo

venganza contra la fraterna ira y amor tirano-nsiderad á Tobias un tiempo rico y estimado, cercado de tribulaciones y tinieblas, restido por aquel Señor, á quien temia y amaba, á ara, riquezas, descanso y nueva luz. ¿No s á la casta Susana en el inícuo tribunal, á la e acusa y condena la senil lujuria y amenaza pueblo con la muerte, que la socorre en su rema necesidad y tribulacion el divino Es-itu, articulando la voz de un mancebo que, uesto al raudal de la injusticia y popular pre-icio, convierte las piedras contra los malos viejos? Reparad en Daniel en medio de mbrientos leones, una y otra vez destinado á stento suyo, que ni descubren uñas, ni le es-ntan sus rugidos, ni le amenazan sus dientes, y nque parece que su vida pende de un cabello

Habacuc, ese previno de fuerza invencible divina Providencia. ¿Os traeré el ejemplo del eblo de Dios, guardado por Moisés y perseguido r Faraon, que al uno el mar dió libre paso, y al o sepultó en sus ondas? ¿Os renovaré la me-ria de los trabajos de Job y de su admira-: paciencia? ¿Referiré ejemplos innumerables invictos varones y mujeres en la ley de gra-? No son menester cuando teneis delante uno e vale por todos, y juntos los escede, que es isto crucificado; poco necesita darme oidos ien pone en Él los ojos. En su nombre os doy bendicion: tened firme confianza, que si imi-s las virtudes que en su pasion resplandecie-

ron, llegareis á gozar la gloria de su cion, de que no son condignas las p este mundo, y sereis dichosos por nidad.» Calló el santo prelado, dióle dicion, y retiróse. Ellos, siguiéndol ojos y el alma, fueron llevados á l Conforme á la grande opinion de su de toda su familia, fué el escándalo España. «Cuál fuese el origen de esta a contra una persona de tanta y tan reputacion de cristiandad y virtud, sábio escritor (1), es asunto por su m releza espinoso, y que para tratarse di exigiria acaso el exámen detenido de c sos anteriores. Como quiera, su acla ministraria datos muy provechosos pa y juzgar el espíritu de aquellos tiem ñalar las causas de novedades y aco tos importantes.»

Si no se tratara de un varon justo do en una época de gran corrupcion d bres, fuera dificil averiguar el orijen secucion tan estraña: á vista de u de lo mas benéfico que se viera n en vida aclamado *el Santo ó el bu bispo* en toda España (2), puede i causa, atendiendo á que, como dice

(1) Clemencin tom. 6 de Memorias de la Historia.

(2) Oviedo, Quincuag. ms. t. diabl. de Talav

gentes: *Todos los que quieran vivir piamente en Jesucristo, padecerán persecucion.* El profeta no persiguieron vuestros padecia el protomartir San Esteban á los vos judíos. Luego la virtud en todos tiempos sido perseguida, pues la malignidad del mano corazon no puede sufrir la inocencia stumbres, siendo el justo Abel la primera ta. ¿Podrá algun hombre virtuoso estar á rto de la envidia, no habiendo perdonado á o Jesucristo? Puede decirse que es la perion herencia de los buenos, y no es siema mas cruel la suscitada por los impios. storia de la incomparable Teresa de Jesus, s Santos Juan de la Cruz y Bautista de la pcion, José de Calasanz y otros mil héroes tistianismo, comprueban con evidencia el).

ue fueron efecto de maligna envidia las cuciones que sufriera nuestro Arzobispo de ida, espresamente lo afirman sus mas an: historiadores. Oigamos á su familiar so Fernandez de Madrid. «Porque siempre erdad lo que dice el Apóstol: *Omnes qui olunt vivere persecutionem patientur*, per- Nuestro Señor que al fin de sus dias fuese do este varon en el fuego de las tentacio- porque de aquel crisol saliese mas apurado; es que habiendo vivido como habemos , y dando de sí tan suaves olores de con- cion angélica ante Dios y los hombr

pero *propter bonum odorem, qui est a vitam, aliis ad mortem*, nunca le fi émulos envidiosos y contradictores que p versas maneras le inquietaron y mole infamando su vida, denigrando su fama siguiendo su persona, casa, deudos, ar familiares, por tan nuevas é injustas mar invenciones de maldad, que aun de esc yo me escandalizo. Solamente digo, que gustias en que le pusieron (no sé con que pero es cierto que con falsas informacion gun la salida del negocio demostró), á rrecer no fué menor la corona para él p sufrir con paciencia, que todo cuanto en l habia merecido.» Otro escritor coetáneo explica en estos términos: «Toda Castilla que este Arzobispo puede decir con v pasásteme, Señor Dios mio, por el agua el fuego, y trujísteme en refrigerio, que gloria eterna. Éste santo Arzobispo pasó p aguas de muchas tribulaciones, de much chos falsos que dijeron contra él los falsos manos: pasó por el fuego de la ira y envi los falsos testigos, y no se halló falsedad vida.» Finalmente, Sigüenza confirma tod diciendo: «Puso el demonio en el pecho guna gente desalmada y perdida tanta rí envidia de su santidad, que los provocó

(1) El autor del Carro de las Donas.

casasen al santo Arzobispo de que en la casa religiosa que el más estrecho monasterio de cuantos entonces había en España se hallaban personas que judaizaban y tenían aborrecido de la religión cristiana, guardaban los ritos de aquella ley antigua, en usarse usada aun para aquellos que no conocieron ni podían ser salvos sino por ella.

Efecto de venganza fueran algunas persecuciones de este gran siervo de Dios, acordándose de esto un Inquisidor, que me enseñó el silencio de los Inquisidores, como sea el caso tan grave y escandaloso, no reflexioné personas fueran las que con poca temerarios se atrevieran a levantar un cuerpo de delito, pretendiendo descubrir y apagar una luz tan clara de la Iglesia. Desempeñé el asunto cuando fuese posible, escribiendo al P. Fr. Juan de Toledo, General de la Orden de San Gerónimo; y habiendo comisionado al consultor del santo Oficio Fr. Miguel de Rector del monasterio de la Orden en Granada.

después de Santa Catalina de Talavera de la Reina, recibió contestación con fecha 22 de enero de 1649, en la que acerca del asunto dice lo siguiente: «He consultado á los noticiosos y anticuarios, y los archivos de esta Iglesia, y lo que he podido averiguar es que la

(1) Historia ms. de Talavera por Cosme Gomez Irida de los Reyes, biogr. del Arzob.

hermana, sobrino y sobrinas del Santo estuvieron en la Inquisición de Córdoba. De los jueces no hay mas noticia de que eran de aquellos á quienes el Santo habia quitado los bienes *enriqueños*, y vuéltolos á la corona de Castilla, etc., etc.»

Víctima de caridad osténtase el Arzobispo en esta persecucion, pues por aliviar al pueblo español de tributos, escitó á los Reyes á recobrar los bienes de la corona, dilapidados en los reinados anteriores; y desempeñada por él tan difícil comision en las Cortes de de Toledo, como queda dicho, adquirióse el odio de los desposados, que le hicieron sufrir increíbles sinsabores, y aun atentaron contra su preciosa existencia reservada por Dios para superiores empresas, suministrando pretexto para calumniarlo y perseguirlo el amor á los moros y judíos, que con el Apóstol le hacia todo para todos á fin de ganarnos para Jesucristo. Cuál fué la conducta del Arzobispo en la persecucion, y cómo triunfó de ella, será el asunto del capítulo siguiente.

CAPITULO XXIII.

admirable conducta del Arzobispo durante su persecucion. Feliz término de ella. Son puestos en libertad los parientes y familiares.

Si todo el discurso de su vida dió este gran relato relevantes pruebas de invicta paciencia, nunca hubo mejor ocasion de ver el alto grado a que poseia esta virtud, tan necesaria en es-resion del Apóstol, como en la ocasion presente. Aunque sabia muy bien que no solo se ataba de la prision de sus parientes y familiares, sino tambien de su propia persona, con tal serenidad de espíritu recibió la noticia como si nada le interesase: tan admirable era su mansedumbre y fortaleza, efecto de su caridad é íntima union con Dios. Póstrase al punto ante la imagen de Jesus crucificado, exclamando con increíble fervor: «Bendito seais, Señor, por siempre: por mí os alaben todas vuestras criaturas, y ahora conozco claramente que me amais y me llevais por camino seguro, pues me castigais como hijo. Ahora crece en mí la confianza: que tenga alguna parte en Vos, pues me mostrais en aquello que sabeis bien cuán inocente soy.» Dirijiéndose luego á los circunstantes: Como puedo tener turbación y aprieto, les

dice, viendo á mi Dios, mi Señor y Redentor puesto por mí en esa Cruz? Si así trataron por mis pecados á ese inocentísimo Cordero, ¿me afligiré yo porque digan de mí, siendo el que soy, lo que dicen? Digan esto y mucho mas, y hagan lo que quisieren, que no podrá igualar, aunque todo el mundo se conjure contra mí, á lo que dijeron é hicieron con este Señor, donde no pudo haber pecado, ni doblez, ni fraude hallado engaño en su boca. No ha de ser todo, hermanos míos, besarme las manos y los pies, y llamarme santo, señor y padre. Este es el camino de la verdadera santidad; esta es la verdadera senda que nos abrió aquel Señor que nos dejó por herencia sus persecuciones y trabajos. Ahora alegraos conmigo en que bien me quereis. Padecer hambre, sed, pobreza, muerte de padres, parientes, amigos, pérdida de salud y hacienda, no son propiamente trabajos, ni merecen nombre de persecuciones, pues unas son cosas naturales, y otras vienen por lijeros accidentes, cosas comunes á muchos ó á todos; mas ser así abatido y deshonrado, puesto en sospecha de hereje quien tanto se estimaba por católico, y tanto ensalzaba la fe con palabras y obras, esta es merced de Dios concedida á pocos, y encuentro donde se ofrece mucho interés y ganancia; y pues el Señor me presenta la ocasion en las manos, no es razón dejarla pasar, sino aprovecharse de ella, y hacerle infinitas gracias.»

La noticia de la persecucion del Arzobispo ué muy sensible para todo el reino: y convenidos de su inocencia, apénas hubo prelado ó personaje ilustre, incluso el Rey D. Fernando, que no le escribiese consolándole. Pero mientras deploran tantas las calumnias que forjára a envidia para detenerle en la carrera del apostolado, solo él permanece tranquilo diciendo á los que le compadecen lo que el Salvador á las hijas de Jerusalén: no lloreis por mí, que cifro en padecer mi gloria, sino llorad lo mucho que en esta persecucion es Dios ofendido, llorad por esos nuevos convertidos, pues siendo firme su fe, está espuesta á desaparecer oyendo esas cosas que se dicen de quien los instruye y predica, y á quien reconocen por pastor y padre.

Aunque naturalmente sintiese los padecimientos que por su causa sufrieran sus parientes y familiares, no por eso los creia dignos de compasion, sino muy dichosos por haberles dado á gustar el Señor alguna parte de su caliz; y conociendo que el corazon humano se mueve mas por los bienes presentes que por los futuros, los recuerda como queda dicho con el ejemplo de los jóvenes de Babilonia, de José, Tobías, Susana, Daniel, Job, y principalmente del divino Redentor; que tambien hay consuelos en esta vida para los atribulados, pues Dios Nuestro Señor no sufre largo tiempo el carácter de severidad, enviando pronto su gracia para

suavizar los golpes. «Una cosa de grande fortaleza se notó en él cuando le vino la persecucion, dice Alonso Fernandez de Madrid, que no solamente no se dejó vencer de las tribulaciones, sino que aun las sobrepujaba con mayor alegría, y por cierto que le dió el Señor en ello esfuerzo doblado; porque con mayor aliento y fervor predicaba y hacia los Oficios pontificales cuando los malos le acusaban de hereje, que cuando los buenos le alababan de santo: ni hubo en su persona mas mudanza ni alteracion que si no le tocára; antes veíamos claramente que crecian en él todas las virtudes, y especialmente la humildad y paciencia, humillándose aun á los oficios mas bajos que solia.

Crecieron las limosnas, si en ellas pudo haber crecimiento, crecieron los oficios laboriosos, tanto que parecia imposible poderse sufrir. Con todo esto le daba mucha pena y le dolia ver que por esta persecucion era forzoso se gastase en los caminos y mesones, con procuradores y letrados, el dinero con que los pobres se habian de sustentar; pero ni aun por eso se disminuian las limosnas, aunque lo quitase él de su boca.»

Testimonio auténtico de la heroica resignacion del Arzobispo son las cartas que escribiera en este tiempo, contestando á las que le dirijan consolándole: insertaré algunas de ellas. Escribiendo al Rey D. Fernando se expresa asi:

«JESUS.—Serenísimo Señor nuestro. No sería vuestra real persona la que es si no sintiese las cosas de tal servidor como dize y escribe y muestra que las siente: hago por ello muchas gracias á nuestro Señor, que dió y da la nobleza (ó mejor diré gracia) para lo sentir, y besor por ello muy humildemente vuestras reales manos, y tambien por la consolacion que me escribe. No es mucho que el Señor consuele al siervo, pues el ángel siervo consoló á su Dios y Señor al tiempo de su sagrada pasion, y quando mas fué menester. Hombre só y no mejor que otro, y siento como hombre muy poco lo que sentia aquel Dios y hombre: pero él me es testigo que en mi manera lo siento como Él. Sentia Él la pena y tormento de su agrado cuerpo y de su sagrada y muy delicada humanidad, y mas que jamás la sintió ninguno; pero mas sentia sin comparacion la ofensa infinita y mayor que ninguna, que en aquello recibia su infinita deidad. Siente este siervo suyo y nuestro, aunque el menor de cuantos son, la lengua y la deshonra, y no se goza dello, á lo menos como deve, por mucha falta de virtud: pero siente mas sin comparacion la grande ofensa que en ello recibe nuestro Señor, porque aunque sea posible que mis parientes tambien como los otros tengan culpa, tiene mi cecidad quassi por imposible que si ellos y qualquiera de los otros la tuviera, que no se abscondiera algun barrunto della á mí ó á qual-

quiera de cuantos buenos son en esta ciudad. Y tiene esa mesma mi necedad por cierto, que tenganla ó no la tengan, que se ha procedido y procede muy injustamente contra ellos: y tiene que se hace todo con enemiga capital que aquellos ministros tienen á esta generacion (1); y tiene que se hace todo ó mucho de lo de aquí por me infamar: y tiene finalmente que si no se da mas forma de la dada, aunque no se me aclara enteramente, que no se sabrá la verdad, y tiene que Dios no lo pasará sin pena de quien lo debe remediar, y él es testigo que esto me mucho duele, como dolia á aquel mi Dios y hombre verdadero la grande pena que por aquel grave pecado vernia sobre su pueblo. Estas cosas, serenísimo señor, dan á este siervo vuestro mucha pena, mucha fatiga y mucha afliccion. Y no le consuela ni satisface el sentimiento de vuestra alteza, porque no ve obra alguna que dé esperanza de remedio; que viene el Arzobispo (2), ni en tanto que vienen acá de proceder, ni de cerrar proceso ni enviar allá hechos como á Dios place: dado que venga, no se sabe la manera que de tener en proceder para saber la verdad, ha de ser muy mirada y muy acordada personas sábias y muy prudentes, y libre toda pasion de ódio contra esta gente, y de

(1) Alude quizá á los conversos de moros y jud

(2) El de Toledo, Ximenez de Cisneros.

cion á los jueces, y de todo interesse, y muy conforme á derecho, el qual á mi ver en gran parte no se guarda, y personas que quieren mas absolver que condenar, que en verdad hay pocos. Veyendo esta dilacion, y oyendo de lo que entre tanto acá se hace, y que segun mi pensamiento los presos padecen sin culpa, y que algunos confessan ó puede ser que confessen lo que no hicieron, viendo que para su liberacion no tienen otro medio, acordé enviar otra vez á vuestra alteza, sabe Dios que no sin mucha pena, porque ni quisiera que mi tiempo se gastára en esto, seyendo muy necessario para las cossas de mi officio, ni quisiera que se gastasse en las cortes y en los messones lo que avian de comer los pobres, y porque no basta carta para esplicar todo lo que quería, acordé que fuesen tales. Supplico muy humildemente sean oidos y creidos y brevemente despachados, y como el bien del negocio lo requiere, sobre lo qual encargo vuestra serenísima consciencia, que nuestro Señor alumbre y endereze para que en esto y en todo siempre acierte y provea y haga lo mejor, y lo que mas conviene. Amen. De Granada á XXIII de febrero. = Su muy humilde Capellan, *Granatensis*.

• Al muy alto y muy católico principe, y por esto muy poderoso y virtuoso, el Rey nuestro Señor (1). •

(1) El original existe en la Biblioteca de la Real Academia de la Historia.

que quisiera *me solum mitti in mare*, pues *inter me orta est tempestas; et quod in me deset gladius, et non in illas oves, quæ male fecerunt;* mas su divina Providencia mejor lo que hace. Rogadle, muy amado P que *me non patiatur tentare ultra id quod sum, sed quod faciat ut facere solet cum tione etiam proventum, ut ne unquam omniam in morte, nequando dicat inimicus* :

per omnia benedictus Deus, qui semper sit vobiscum. Amen. De Granada á VII de noviembre.

Nondum saturatis opprobriis, ut cogito, quamvis opprobrium factus abundantibus et despectio superbis.—*Vester, Granatensis* (1). »

Mas no se circunscribian á consolar al venerable Arzobispo las cartas recibidas en esta ocasion, sino tambien á escitarle á ocuparse de la propia defensa, y de la de sus parientes y familiares. «Dábanle prisa sobre esto particularmente los Obispos, á quienes parecia tocaba el negocio mas de veras, ofreciéndosele todos, y aun encargándole la conciencia, no tanto por su defensa, cuanto por el bien comun que habia de resultar. A todo esto se hizo sordo el siervo de Dios, ni le movieron punto sus importunaciones. Respondia á todos que este era negocio de Dios y particular permision suya; que en Él confiaba, y le sacaria de todo sin ayuda ni favor humano; que no le mandasen hacer ausencia de sus ovejas en tiempo tan peligroso; que el principal fin del enemigo en la herida del pastor no era mas que para derramarlas y perderlas, y que este era el tiempo de abrugarlas, recogerlas y proseguir con la doctrina y con el ejemplo, para que la santa fe que en ellas se iba plantando y criando no se secase por falta de riego; que tambien se desconcertaria su casa

(1) Sigüenza y otros.

y familia, cosa que le habia costado trabajo y diligencia ponerla en el estado e tenia. Fué tanta la importunacion y la piedad que le dieron con cartas, y la que los suyos le hacian en presencia, que afirma un capellanes que escribieron su vida (1), por la pena y el tormento que sobredieron que el negocio principal; porqueron palabras tan atrevidas y le escribieron tan indiscretas, que no hubiera que que las sufriera sino la suya, porque en esta parte probase aquel trabajo de sufrir á amigos tan impertinentes é impertinentes. Respondia á unos y á otros mostrando las causas por que sufría, callaba y se quieto, y traíale esto tan alcanzado de trabajo de reposo, que le atormentaba mucho. de esto visitaba sus iglesias y confirmaba todos los pueblos, como si no tuviera cuidado en que entender. Decíanle que dejase para otro tiempo, pues habia lugar, y para la defensa y averiguacion de su causa, para castigasen á los inventores de tan gran mal. Respondia el santo con un aviso del cielo: ¿tráste de qué anda el enemigo, sino por que yo esto y acuda á eso? Haciendo yo esto estoy obligado, Dios hará eso otro. Feble y de varon apostólico, seguro de que

(1) Gerónimo de Madrid.

abia de faltar el amparo de Aquel que no
 permite llegar la tentacion á mas de lo que fue-
 ra para nuestro aprovechamiento, si nosotros
 no desfallecemos en lo que estamos obligados.
 Cuantos á él se llegaban á preguntarle ó pe-
 dirle algo, respondia con rostro amoroso y lleno
 de alegría, sin notarse en todo el tiempo que
 sufría la persecucion, desabrimiento ni ceño en
 su semblante, cosa que puso admiracion á todos,
 siendo de natural colérico y de una viveza sin-
 gular. Con la virtud habia vencido tanto el ím-
 petu de este humor, que nunca le dejó salir de
 la raya que pedia la razon. Nunca se quejó de
 sus contrarios, ni se le oyó palabra que sonase
 enojo, ni en contra de los que tan mal le tra-
 ban, antes bien cuando le hablaban mal de
 ellos, mostraba en el semblante de cuán mala
 cosa lo oia; y muchas veces volvia por ellos, y
 se defendia ó escusaba como mejor podia, que
 no era menester poca habilidad para hacerlo (1).
 Esta la conducta del Arzobispo en su perse-
 cucion, volvamos á la causa formada contra él y
 contra sus parientes y familiares.

Como queda dicho, desde el principio de
 ella habian sido apresados como cómplices y
 llevados á la Inquisicion de Córdoba, la herma-
 na, sobrinos y algunos familiares del Arzobis-
 po, compeliéndose, segun espresó Pedro Martir

(1) Sigüenza.

de Angleria, con artificios y tormento testigos para que declarasen. Pidióse con Roma para proceder contra la persona venerable prelado, y esto hubo de ser con y consentimiento del Rey Católico, pues su embajador D. Fernando de Rojas fu recojió la comision despues de impetrad jiéndola al Rey en 13 de junio de 1501 refiere el Arzobispo en la siguiente carta firmándolo todo el contesto de ella.

•JESUS.—Serenísimo Señor nuestro. tra Alteza escribí pocos dias há con Fr. D de Mendoza, de la Orden de Santo Domingo. Despues recibí dos cartas de aquella, cuales me encarga que mire por el ser la Reina nuestra Señora y por el suyo. Pondí porque no fui requerido: ahora de assí quiera y ame nuestro Señor mi salud y tenga della cuidado, como yo quiero aquello, y tengo dello cuidado. Porque como lo tengo tan metido en los huesos, lo han tocado ni el agua ni el viento causado y levantado contra mí y contra y tales por negligencia de mi Rey y mi hijo y mi ángel el Rey D. Hernando: por negligencia, porque no puedo acabar migo que por malicia, ni contra ningun e ni menos contra mí, aunque cuantos boca dicen lo contrario; mas yo mas quieto tenido por necio y serlo, que creer y aquello. Es verdad que la negligencia :

pable que tienen razon de lo imputar á gran
 nion y á gran malicia. No sé qué satis-
 cion le da V. M. para con Dios, que tanto ha
 lo y es en ello ofendido, y á toda la gente
 desde la menor hasta la mayor, y desde el
 amigo hasta el amigo, todos están muy escan-
 zados, salvo los que copieron en ello, y tan
 andalizados, que es menester que V. A. haga
 raglos para que le amen y le quieran como
 mero, y como yo en mi conciencia tengo que
 ser querido, y como, aunque me mate, le
 o y le quiero. ¡O mi Rey y mi Señor! perdó-
 s Dios, amen, que tal mancilla consentisteis
 er en vuestra gloriosa reputacion, y en
 tra muy clara persona. ¡O incauto tan
 ñado y tan danificado por falta de buenos
 os (digo, por malos servidores, y por mala
 npañía), ó perezoso, y así aborrecido y des-
 ado por se remitir y creer á quien no debe,
 r no tomar trabajo de ver y examinar por sí
 smo todo aquello en que va algo, cuanto mas
 ello en que va tanto! Pero acá dicen lo re-
 dia V. A. suplicando que la inquisicion se
 neta al Arzobispo de Toledo: aplácase la
 te y reposa, porque le tienen por bueno. Re-
 diadlo, serenísimo Señor, por cualquier ma-
 a, que mucho cumple al descargo de vuestra
 ciencia acá y á do quiera. No vos asegureis
 ninguna prosperidad, mas entonces tened
 s temor; que mas es de temer la fortuna prós-
 a que la adversa. No vos alegréis por que

allá vos han recibido con tanto acatamiento, e tanto triunfo y con tanto servicio, mas sea mucho que se enardece este reino y lleva camino de ser abrasado, al cual debeis mayor amor y beneficio que á ninguno por muchas razones que para quien tan bien las sabe es demasiado contarlas. ¡Oh cuánta obligacion teneis de lo intermediar, de allá y de acá, presente y absente! Mucho diria si no temiese enojar, como en buen tiempo ni enojaba ni temia, y aun agora no temeria, si supiese que agora aprovechais como entonces lo sabia. Mas dejado esto, toca á lo que á mí toca. He sabido de vuestro embajador, el comendador Rojas, que á XIII de junio envió á V. A. la comision para que inquiriesse contra mí. Suplico que me mande escribir lo que hizo de ella, porque el Arzobispo de Sevilla dice que no la tiene, ni puede saber quién la tenga, como quier que dice que despues de esto está en Sevilla ha sido requerido que se procurase dicesse contra mí. Yo he menester saberlo para purgar mi inocencia y salir al lobo al encarnado como salió mi Redentor á los que vinieron á prender: de lo cual tengo por principal testigo y compurgador á vuestra real persona, digan lo que quisieren. Digan de vos en el cielo lo que yo desco que digan, y aun tambien en el suelo, que los principes menester han la buena reputacion del suelo para alcanzar la gloria del cielo. *Ad quam nos perducat*, etc. En Granada á XXIII de enero de DVII. = Su humilde capellan

Granatensis.—En el sobrescrito. — Al muy alto y muy católico príncipe, y por eso muy poderoso. el Rey de Aragon, mi Señor (1).»

Tanto en esta como en la carta anterior, dirigida al mismo, son de notar los afectos de fidelidad y de amor al Rey que conservaba nuestro Arzobispo, la santa libertad con que hablaba, la confianza que tenia en su inocencia, los recuerdos de su gratitud á la difunta Doña Isabel, y el modo sentido y tierno con que se queja de la diversa conducta de su esposo. Pero Dios nuestro Señor, que complacido miraba la heroica paciencia de su fidelísimo siervo, acude en su auxilio disponiendo la supresion de las letras pontificias en que se permitia la pesquisa contra él, y por último, sacándole triunfante de las maquinaciones de sus adversarios, como voy á referir.

Pedro Martir de Angleria, prior de la iglesia catedral de Granada, citado varias veces, seguia la corte del Rey Católico en el año 1506, manteniendo correspondencia epistolar con su prelado D. Fr. Hernando de Talavera y con el Capitan General Conde de Tendilla, escribiéndoles unas veces en carta comun á ambos, y otras separadamente. La primera vez que habló al Conde sobre la persecucion contra el Arzobispo

(1) Tom. 6 de las Mem. de la Acad. de la Hist. Ilust. XVIII.

fué desde Salamanca, á 3 de enero de dicho año, trece meses despues del fallecimiento de la Reina Católica, y en ella le dice que, segun habia oido, un Inquisidor de Córdoba, llamada Lucero, acusaba al Arzobispo y á toda su familia; y que teniendo por un lado el mas alto concepto de la santidad del prelado, y creyendo difícil por otro que hubiese calumniador tan atroz, queria saber su opinion acerca del asunto. Contestó el Conde diciendo, que el reino de Granada estaba persuadido de que todo era calumnia de enemigos del Arzobispo, y que así lo afirmase á los Señores del Consejo de la Inquisicion. Respondióle Martir que los habia hablado, y que tenian gran sentimiento por la prision de los parientes y familiares del prelado, y mucho mas de que hubiese pretendido Lucero (1) prender á aquel. Grandes novedades en el estado político del reino sobrevinieron poco despues de escritas estas cartas. A fines de abril aportaron desde Flandes á España los Reyes Don Felipe y Doña Juana; y el Rey Católico, no muy satisfecho de su yerno, dejó á Castilla trasladándose á Aragon, desde donde dispuso pasar á Italia. Falleció en Burgos el Rey D. Felipe en el inmediato mes de setiembre; y aunque recibió la noticia en Saona, continuó Don Fernando su viaje á Nápoles, donde permaneció

(1) El Inquisidor Lucero es uno de los hombres de reputacion mas equívoca en la historia de aquel tiempo.

hasta julio del siguiente año de 1507. De aquí **es** que al llegar á España las letras de comision, **hallaron** completamente mudado el teatro. El **20 de junio de 1506**, despues de la conferencia que **los dos Reyes suegro y yerno** tuvieron en Villafáfila, estaba pactado que el primero saliese de **los reinos de Castilla**, dejando al segundo libre y espedito su gobierno. En tal estado de cosas, el desafecto de Fernando era título de recomendacion para Felipe. Habia suspendido el nuevo **Rey de su oficio** al Inquisidor general D. Diego de Deza, poniendo en su lugar á D. Diego Ramirez de Guzman, Obispo de Catania, y mandado prender y traer á la corte al licenciado Lucero por varios escesos, siendo conducido despues al castillo de Burgos. Debieron influir estas causas en la supresion de las letras pontificias, puesto que aun despues de la muerte del Rey Felipe, restituido ya al oficio de Inquisidor general Don Diego de Deza, no llegaron á sus manos las letras, como manifiesta la carta última de nuestro Arzobispo.

Finalmente, informado el Papa Julio II de los escesos de Lucero, mandó llevar el proceso á Roma; y habiéndolo examinado personalmente Su Santidad en presencia del Obispo de Burgos D. Juan Pascual, habló despues éste en los siguientes términos: •Beatísimo Padre, yo conozco al Arzobispo de Granada, y le tengo por hombre cuerdo y buen cristiano, y á su acusacion por falsa. Los Inquisidores no debian ni podian

recibir acusacion contra un Arzobispo, no estando muy comprobada con mucho número de testigos la comunicacion y trato con el prelado, que verosimilmente se pudiese presumir tuvieron noticia de la culpa, ó que comunicó con ellos el pensamiento. Pero, Beatísimo Padre, ¿cómo podrá creerse que un hombre tan cuerdo y que hace obras tan santas, hiciese en presencia de estos hombres cosas tan malas, y se fiasse de tan viles testigos como han dicho contra él, para que estos pudiesen ser testigos de su mal ejemplo contra las obras y doctrina que enseña y predica públicamente?» (1) Movido de la fuerza de estas razones, mandó el Papa á su legado á *latere* y Nuncio en la corte de España averiguar la calidad de los testigos, y el trato que tenian con el Arzobispo de Granada; y habiéndole contestado que eran hombres ordinarios, sin comunicacion alguna con él, quedó el Sumo Pontífice satisfecho de la inocencia de D. Fray Hernando de Talavera, y de la de sus parientes y familiares, declarando al efecto calumniosas la acusacion, y mandando poner en libertad los presos sin dilacion alguna. «Salieron todos de la cárcel con mucha honra y solemnidad, dice Sigüenza, volviéndoles su reputacion y estima, dando por nulo y falso cuanto de tan santa y religiosa casa se habia maliciado; que fué dia

(1) B. de Pedraza, hist. ecleslast. de Granada.

muy alegre para todo el reino, que estaba lastimado por haberse puesto dolencia en cosa que tanto se estimaba, y todos tenían sobre sus ojos. Así pasó aquel nublado, que no vino para mas de que por él apareciese cuán claro era este sol, y con esta oscuridad resplandeciese mas la luz de sus virtudes en los ojos de los hombres. Dióle nuestro Señor en esta y en otras persecuciones consuelos grandes, como lo manifestó él mismo al que escribió su historia, uno de sus capellanes familiares (1). Descubrióle Dios tantos misterios y secretos, que afirmó muchas veces no habia tenido en su vida mas alegres dias. Su pensamiento continuo era en la sagrada Escritura y en los misterios de nuestra redencion. Abrióle nuestro Señor el entendimiento para que viese en ella cosas admirables, que jamás habia entendido, y dijo que vió el profundo misterio que se encierra en las lecciones de Job que canta la Iglesia en el Oficio de difuntos, y de otros muchos lugares de las divinas letras; y de esta manera recibió otros muchos favores en esta persecucion. •

(1) Gerónimo de Madrid

CAPITULO XXIV.

Ultima enfermedad y dichosa muerte de Don Fray Hernando de Talavera. Revelaciones de su gloria.

Mas de tres siglos y medio han trascurrido desde el fallecimiento del venerable Talavera, pero las admirables virtudes de tan ilustre prelado serán indelebles en los fastos de la Iglesia, española y de la historia de nuestra pátria, dispuesta ya hoy dia á mirarle con el cariño y respeto debidos á sus virtudes y grandes hechos.

Aunque contaba setenta y nueve años, hallábase exento el Arzobispo de los achaques inherentes á esta edad, habiendo gozado siempre perfecta salud. «Tuvo en gran perfeccion los cinco sentidos, dice Gerónimo de Madrid, y mejor usaba de la vista y de los otros sentidos siendo de sesenta y cinco años, que otros de treinta; y así fue de muy escelente complexion, y mas sano que nunca se vió de su edad en nuestros tiempos, y con mas fuerzas corporales. Solamente le faltaban los dientes y muelas, que mas de tres años estuvo con un solo diente, y proveyó nuestro Señor maravillosamente que para predicar y doctrinar no le hiciesen falta alguna.» A vista de esto cesará en parte el asombro que habrá causado el lector la

narracion de la aspereza de vida y apostólicas atigas de nuestro héroe: solo su gran fervor, yudado de tan privilegiada naturaleza, podia obrellevarlas.

Quince dias habian trascurrido desde la so-
 mne declaracion de la inocencia del Arzo-
 ispo, de sus parientes y familiares, cuando al
 vantarase en la mañana del 10 de mayo, lunes
 e las Letanias, notándose algo indispuesto,
 sintió que nuestro Señor le llamaba, y que el
 lazo de su peregrinacion se cumplia. Esfor-
 indose como pudo asistió á la procesion des-
 alzo y con la cabeza descubierta, segun acos-
 umbraba; de aquí es que el riego de las calles
 el ardor del sol, unido á la indisposicion
 icha, perjudicaron notablemente su salud. No
 nsintió retirarse, á pesar de esto, hasta haber
 ebrado Misa y ordenado de menores á unos
 ivenes, quedando altamente rendido. Aunque
 e presentó calentura, continuó sin hacer cama
 s dos dias siguientes, mas sin celebrar el santo
 sacrificio, circunstancia que indica cuán agrada-
 do debió sentirse, puesto que, como se dijo,
 unca lo omitia; pero el jueves, dia de la As-
 ension del Salvador á los cielos, no pudo ya
 vantarase, por habérsele presentado una seca
 landre (1), epidemia de aquella época. Propi-

(1) Tumor del tamaño de una bellota, que se forma
 n las partes glandulosas, e son el cuello, los sobacos
 las ingles.

nándole las oportunas medicinas, dijo el Arzobispo á los médicos, «que á su parecer la cura que en él hiciesen seria escusada, porque el fin de sus días estaba cerca (1).» Sin conciliar apenas el sueño pasó la noche con dolores en la ingle, empleando el insomnio en fervorosas oraciones y meditacion profunda; y á la mañana siguiente, sintiéndose agravado, pidió con instancia el sagrado Viático. Entre diez y once de la mañana del viernes se lo llevó el Arcipreste de la Catedral con la mayor solemnidad, pudiendo inferirse la devocion y ternura que escitaría en su alma la augusta presencia de su Amado. Al preguntarle, segun costumbre, si queria confesarse, «no me he confesado desde el lunes que dije Misa, contestó el humilde Prelado; si dijese ahora las culpas que tengo cometidas, sería nunca acabar, mas por la bondad de Dios, muchas veces las he confesado: lo que desde el lunes me acusa la conciencia lo confesaré aquí delante de todos. Lo primero he tenido en esta enfermedad poca devocion y no tanta paciencia como debiera, ni rezado ni oido rezar el Oficio divino; y á este tenor dijo otras faltas que era preciso adivinar si lo eran.» A las preguntas que en protestacion de la santa fe católica tiene dispuestas la Iglesia para este acto, «yo creo, respondió, lo que siempre creí desde que nací; todo lo que

(1) P. Sigüenza.

tiene y cree la santa Madre Iglesia; y tuve siempre mucha fe y particular devocion á este santo Sacramento, y creo y siempre creí que aquí está el verdadero cuerpo de mi Señor Jesucristo, que siendo Dios verdadero, por redimirme y salvarme tomó verdadero cuerpo humano, y siendo Dios, Hijo de Dios, padeció en este mismo cuerpo muerte y pasion, resucitó al tercero dia, y tal dia como ayer subió á los cielos; y creo tambien firmemente que despues de muerto en este santísimo cuerpo que aquí adoro, y está presente, le dieron una lanzada con que abrieron su costado, y de allí salió sangre y agua, para remediar con la sangre nuestros pecados, y con el agua lavarnos; símbolos eficaces y divinos, y precio verdadero de nuestro rescate, de donde, como de último cumplimiento y remate, reciben valor y fuerzas los santos Sacramentos de la Iglesia, instrumento de todos los bienes que el Señor obra en nuestras almas. figurado tambien en aquellas palabras que vos, Padre, entrásteis diciendo: *Vidi aquam egredientem de templo, etc.*»

Terminada tan piadosa y docta profesion de fe, continuó dando gracias al Todopoderoso por los señalados beneficios que de su liberal mano habia recibido desde que nació hasta aquel trance, discurriendo por todas las épocas de su vida, especialmente por haberle sacado del siglo y llevádole á la religion, y levantado despues á tan alta dignidad, estados que le pre-

cisaban á vivir con temor de la cuenta que habia de dar de ellos: y así bañado en lágrimas pidió perdon á Dios nuestro Señor de las faltas que en su concepto habia cometido. Dichas estas y otras muchas y edificantes palabras, que la tristeza y consternacion de los circunstantes no permitió advertir, recibió aquel sacratisimo Pan que da vida á los que dignamente lo reciben. y hallándose tan bien dispuesto, quedaria sin duda lleno de bienes celestiales y de copiosos dones de gracia, en prenda de la próxima posesion de aquella gloria que se abria ya sobre su cabeza para recibir su alma, la cual iba á terminar su peregrinacion sobre la tierra. Pidió perdon despues á todos de las faltas que crea haber cometido, y de los disgustos que temia haberles dado, y exhortóles con palabras verdaderamente apostólicas y paternales á conservar entre sí el amor y caridad que Jesucristo habia dejado por única y singular cláusula de su testamento, y que de su parte se lo rogaba mucho, pues en ninguna cosa mas se habia de advertir que eran sus discipulos que en aquella; y en ella misma deseaba que se conociese habian vivido en su compañía y casa. Ultimamente, les dijo que su intencion en el discurso de su arzobispado habia sido establecer aquella iglesia en las santas y apostólicas costumbres de la primitiva Iglesia, donde los mayores y mas altos en dignidad servian con mas humildad, y en esto habia trabajado cuanto habia podido, aunque

no tanto como quisiera; que les rogaba mucho, y encargaba en Jesucristo, procurasen sustentar y llevar adelante lo que quedaba enladrado, y mejorarlo, por ser tan en servicio de Dios nuestro Señor, y tan en provecho de aquellas almas recientes en el cristianismo; que el principal sermón y el medio más eficaz para convertir las era el buen ejemplo que los prelados, curas y demás personas eclesiásticas les daban. Acabado tan tierno razonamiento besáronle las manos los prelados de su iglesia y familiares de su casa, y el bondadoso prelado los iba bendiciendo á todos. Como verdadero hijo de la Iglesia Católica, protestó allí mismo que si en lo que había predicado, escrito ó hablado se hallaba alguna expresión que no fuese conforme á las infalibles verdades que la misma enseña, se retractaba de ella, sometiéndose humildemente en todo á su justa corrección y censura.

Con una serenidad y sosiego admirable mandó que ninguno se pusiera por él luto ni cosa parecida; que se celebrasen sus honras sin pompa alguna, esceptuando la parte relativa á sacrificios, oraciones y limosnas; que luego que espirase diesen sepultura á su cadáver; y para que el acto fuese sin ruido alguno, le sacasen á la iglesia por la puerta de su oratorio, que salía al altar mayor de la Catedral. No fue presunción vana temer que le honrasen, sino prudente recelo, fundado en la veneración y amor que todos le profesaban, con gran sentimiento suyo:

de aquí es que aun en muerte trató de huir las aclamaciones de los hombres como las había rechazado en vida. Preguntándole dónde quería enterrarse: «poned, hermanos míos, dijo, donde quisiéreis este cuerpecillo, pues como dijo la santa madre de S. Agustín, en la tierra, en el estiércol, donde quiera que le pongais, le resucitará mi Redentor Jesucristo: no le pondreis, aunque querais, en tan mal lugar como merece. Idos en paz, añadió, acompañando al Santísimo Sacramento, y de aquí á una hora traedme el de la Estremunacion;» tanta certeza tenia del tiempo que le restaba de vida. «Por no estar ni aun ahora ocioso, dice Sigüenza, mandó en limosna todo cuanto en su casa tenia, que todo era pobre. Habia hecho testamento tiempo habia, y mandado todo lo que se hallase al tiempo de su muerte al monasterio de Santa Clara, que habia edificado en Loja, y creo que no se halló cosa alguna, pretendiendo morir tan pobre, que nada suyo quedase sobre la tierra sino solo el cuerpo, como salió de las entrañas de su madre. A fin de que pasaran sus dias recogidas en una casa religiosa, dejó el Arzobispo á su hermana y sobrina pensiones vitalicias, debiendo poseerlas dicho monasterio al fallecimiento de estas señoras (1). Cumpliendo fiel-

(1) María Suarez, la hermana del Arzobispo, falleció el 10 de febrero de 1539.

segundo la voluntad del piadoso Prelado, eligieron el de Comendadoras de Santiago de Granada, donde fallecieron despues de una vida jemplarísima.

Luego que el moribundo Arzobispo mandó distribuir á los pobres lo que hubiese en su casa, cercóse á su pobre lecho Gerónimo de Madrid, apellan suyo á la sazón, é historiador despues, diciéndole: «que ya veia su Señoría Reverendísima cómo tenia en su casa muchos familiares pobres: ¿que si no disponia se les diese alguna cosa para el gasto del camino á la suya? A lo qual contestó el enfermo, que durante su vida no habia tenido en su casa por servir á Dios; y favorecerlos á ellos, y habia cuidado de su aprovechamiento: que tuviesen paciencia, pues veian que no habia cosa que darles.»

En afectuosos y dulces coloquios con Dios nuestro Señor pasó el Arzobispo el tiempo restante, recitando aquellos versos de los salmos relativos á penitencia; y si alguna suspension hacia, era para exhortar á los circunstantes á seguirlo por la gloria de Dios y salvacion de las almas, á permanecer unidos entre si con estrecho vínculo de caridad evangélica, y á pedirles sus oraciones: y como los veia traspassados de dolor por su muerte, procuraba consolarlos, recordándoles la suya propia.

Aunque tan próximo á la muerte, ninguna nuestra dió de turbacion ó sentimiento, antes brillaba en su rostro tan admirable serenidad

como si gozara completa salud. Nada tiene esto de extraño: quien con abnegacion tan heroica supo desprenderse de todas las cosas de la tierra por entregarse sin reserva al servicio de Dios; quien se miró siempre cual peregrino en ella, ni ambicionó cosa alguna, ni quiso poseer otros bienes, ni suspiró por otras riquezas que por las celestiales, ¿podía temer en tan terrible trance?

Sin perder nada de su admirable tranquilidad, pidió á toda prisa el Sacramento de la Estrema-uncion, apenas trascurrió la hora designada. «Recibió este último Sacramento con tanta entereza y compostura como si estuviera completamente sano; no pudiendo menos de causar admiracion en los presentes, porque no parecia era el quien moria, sino que hacia aquello para otra jornada de vivos. Turbándose algunas veces el sacerdote que le ungia, enmendábale el Arzobispo con tan buen semblante como pudierdos meses antes (1).»

Terminado tan imponente acto tomó el piadoso prelado con toda reverencia en una mano la consoladora imagen de Jesus Crucificado, y la misteriosa candela en la otra, y enmudeciendo aquella boca, órgano del Espiritu Santo así para entonar las divinas alabanzas como para instruir á sus semejantes con santísimos documentos, que-

(1) Sigüenza.

dó en profundo silencio, atendiendo solo á su alma y á Dios, que interior y amorosamente lo llamaba. Como si ya se fastidiara de ver tanto tiempo con ellos la tierra, cerró sus ojos destilando copiosos raudales de lágrimas, y aplicando luego sus labios á los pies del divino Crucificado, sin los horrores de la agonía espiró en Granada el gran Hernando de Talavera, á las doce del dia 14 de mayo de 1507, remontándose su alma, como piadosamente podemos creer, á las celestes moradas en medio de multitud de ángeles que salieran á su encuentro celebrando su triunfo, segun vieron tres religiosos de santa vida, uno en Francia, otro en Nápoles y otro en Sicilia, hallándose los tres en fervorosa oracion (1).

«A vista de la serenidad con que espiró, dice Alonso F. de Madrid, ninguno de los presentes pensaba que estaba muerto, porque á la verdad, de carne tan mortificada y flaca, sin mucha contradiccion se aparta el espíritu. No era razon trabajase en muerte quien tanto habia trabajado en vida por alcanzar el fin que consiguió, que fue tal, que mas pareció un sueño sabroso que muerte; y es de creer que, como

(1) El autor del Carro de las Donas, citado algunas veces, retirando estas revelaciones de la gloria del Azobispo, añade que noticioso de ellas el Papa Adriano VI, quiso hacer las debidas informaciones para comprobar su autenticidad, y remitir despues bulas gratulatorias al cabildo de Granada y Monasterio de Prado de Valladolid; pero que sobreviniendo poco despues la muerte del Papa, quedó sin realizar el proyecto.

dijo el Sábio, *placita erat Deo anima ejus; propterea properavit eripere eam de medio iniquitatis, et sic consummatus in brevi explevit tempora multa.*»

CAPITULO XXV.

Consternacion y sentimiento de la ciudad de Granada por la muerte del Arzobispo. Sus funerales. Prodigios que Dios obra en ellos por su intercesion.

Una de las mas singulares glorias con que se acreditan las virtudes de los justos, es aquella estimacion que infunde Dios en los hombres para que los veneren por sus siervos; y cuanto mas universal es el aprecio, mas claramente indica la grandeza de su gloria, pues es argumento de lo mucho que Dios estima al que quiere que todos reverencien. Cuán agradable fuere la vida de Don Fray Hernando de Talavera ante el divino acatamiento vióse con evidencia en su preciosa muerte, tanto por el sentimiento universal que causara esta, como por los prodigios con que quiso el Señor glorificarlo.

Con mas indicios de dormido que de difunto quedó el venerable cadáver: su semblante no se desfiguró ni aun levemente; la muerte no le comunicó horror ni fealdad. Asegurados los circunstantes de la muerte del Arzobispo, des-

pues de las esperiencias practicadas al efecto, anegáronse todos en amargo llanto, considerándose como rebaño sin pastor, no pudiendo mirar con ojos enjutos al que empleara su vida entera en beneficio de los desvalidos, y al que habia regido tan santamente la iglesia de Granada por espacio de cerca de 16 años. «Lo que los suyos sintieron la bienaventurada muerte de este prelado, dice Gerónimo de Madrid, ¿quién lo podrá referir, que no se le conmuevan las entrañas? Porque se vieron desamparados de todo el bien que en este mundo juntarse puede, pues en él tenían padre, señor, abrigo, consuelo espiritual y temporal. Ninguno fue á él desconsolado que no tornase consolado; nadie triste que no volviese alegre; jamás llegó á él hombre airado, que no volviese mas manso que oveja. A todos apiadaba, aconsejaba y consolaba como padre ó madre de todos, por lo cual fue mas sentida su muerte que nunca se sintió de hombre.»

Apenas el clamor de las campanas publicó la muerte del Arzobispo, consternóse la población entera como en una improvisa y pública calamidad, no oyén en toda ella mas que un gemido universal, sin que hubiese persona, incluso los moriscos (1), que no creyese haber perdido la cosa mejor del mundo. Todos lloraban su muerte como hijos, sin que renunciasesen

(1) Sigüenza y otros afirman que no lloraron menos los moriscos la pérdida del Arzobispo que la de Granada.

los hombres mas esforzados á demostraciones que, á no ser por tan grave causa, pudieran parecer exageradas. Fue un dia de luto general para Granada el que piadosamente podemos creer fué de gran gloria para Hernáudo, y festivo para el cielo. Con razon pudo llorar tan ilustre ciudad, y aun la nacion entera, la muerte de un prelado en quien la religion perdía una de sus mayores glorias, el estado al que ayudaba á regirla con sus acertados consejos, el clero secular y regular á su maestro, los nobles al que encaminaba sus pasos, los plebeyos, con especialidad los moriscos, al moderador de sus opresores, y todos los desvalidos al que era su amparo.

Revestido con sus ornamentos pontificales sobre el hábito de San Gerónimo, que fué su púrpura apetejada y su mas rico brocado, espésase el cadáver del Arzobispo en la catedral á vista de todos. Profundamente afectada acudió en tropel la poblacion entera, viéndose en el acto rodeado el féretro de gentes de todas clases y condiciones, que vertian tiernas y abundantes lágrimas por la muerte de su querido Arzobispo, sin el cual se consideraba cada uno abandonado y solo en la tierra. Con espontáneo y devoto impulso llegaban á la catedral oleadas de gente, que en confusa mezcla de clérigos, religiosos de todas Ordenes, autoridades, titulos, caballeros, hombres, mujeres y niños, volaban presurosos á venerarle, publicando á voces su gran santi-

dad. Nadie trataba sino de las alabanzas de tan insigne varon: quién ponderaba la pureza de su vida; quién su inagotable caridad; quién su asombrosa mortificacion; quién la ausencia de la corte en la mas alta privanza; quién su humildad profundísima; quién el celo por la gloria de Dios y salvacion de las almas; quién la eficacia de su palabra en tantas y tan singulares conversiones; y finalmente, todos hablaban, y con ser tantos, á nadie faltaba materia en tan adornado paraíso de virtudes como fué la vida de este apostólico varon.

Pero mientras los hombres tributaban tantos honores en la tierra al cuerpo del Arzobispo, quiso el Señor manifestar con prodigios la gloria que aquella grande alma gozaba en el cielo. No pudiendo cerrar la mano izquierda un zapatero, llamado Juan de Medina, por haber recibido una cuchillada en ella tres meses antes, causa por la que se pensaba despedirle de la Alhambra, donde habia trabajado, confiando en la intercesion del venerable difunto deseaba ir á pedirle su curacion, mas no acababa de resolverse, creyéndose indigno por no haber confesado aquel dia. Conferenciando sobre esto con varias personas que reunidas hablaban acerca de las alabanzas del ilustre prelado, de cuyo número era un sirviente del Conde de Tendilla, resolvióse, animado por este, á ir á la catedral. Viendo la suma dificultad de penetrar en ella, empezó á gritar diciendo: •Dadme por amor de

Dios lugar para acercarme á ese cuerpo sano con este brazo que tengo tullido, pues espero en nuestro Señor me sanará por los méritos de este santo varon. Conmovidos por sus clamores abriéronle todos camino, y aplicando la manoliada á los piés del difunto Arzobispo, sanó repentinamente, con asombro de los circunstantes (1).

Habiendo dispuesto el cabildo cantar aquella noche con toda solemnidad el Oficio de difuntos, asistieron todos los clérigos y religiosos de la poblacion; mas aunque se dió principio á cantarlo, fué preciso suspenderlo por no entenderse unos á otros, pues la concurrencia se acrecentaba por momentos, y los gritos de dolor eran tantos y tan estrepitosos, que parecia el templo hospital de heridos, como dice un escritor granadino (2). Además de esto, como nadie queria salir, y los que inundaban las calles inmediatas pugnaban por entrar, necesariamente habia de seguirse tal confusion y desorden, que con razon temieron las autoridades un grave conflicto. Nadie habia entre el inmenso concurso que no hiciera demostraciones inequivocas y entusiastas, ya del amor que le profesaban, ya de los grandes favores que le debian, ya de la fama de su heroica

(1) Consta en las informaciones sobre las virtudes y milagros del Arzobispo.

(2) B. de Pedraza.

santidad. Unos con lágrimas, otros con bendiciones, quiénes besando sus vestiduras y pies, quiénes tocando al cuerpo rosarios, medallas, libros devotos, y aun sus bonetes los clérigos (1). Todos le aclamaban santo, todos celebraban su vida ejemplarísima, todos consideraban una calamidad su muerte. Creciendo por instantes el entusiasmo y griterio de las gentes, no satisfechas con las demostraciones dichas, empezaron á cortar los cabellos del difunto prelado, y á hacer trizas sus vestiduras, llevando lo que podían como preciosa reliquia; sin que bastasen fuerzas humanas á contener tales arranques de piadosa devoción. Temiendo que el entusiasmo rompiese los diques del respeto, mutilándolo ó haciendo otras inconvenientes demostraciones, quiso el cabildo retirar el cadáver; y creyendo era para sepultarlo opusieron lenazmente las gentes, gritando estaba vivo: tan grande amor le profesaban, que ni aun muerto querían perderle de vista, pues estaba vivo en sus corazones. Pocas veces se habrá visto triunfo mas universal en medio de tanto dolor.

(1) La ilustre comunidad de Comendadoras de Santiago, fundada por nuestro Arzobispo y la Reina Católica, remitió todos sus rosarios y medallas para que se tocasen al venerable prelado. Estas religiosas, dice Pedraza, veneran algunas alhajas suyas, y son: una imájen de la Santísima Virgen en el altar mayor, un santo Cristo en el claustro, un breviario manuscrito, una mitra de damasco blanco, y una túnica de frisa.

Aunque era ya casi la media noche, no fué posible ver despejada la iglesia, por lo que subiendo al púlpito el Guardian de San Francisco, Fr. Juan de Quevedo, dió el mas sentido pésame á la ciudad por la pérdida de su querido pastor, suplicando además encarecidamente se retirasen todos á descansar, y á los atropelladores del cadáver, «que lo tratasen con aquella reverencia y acatamiento que á morada donde tanto habia posado el Espiritu divino debian tratar;» mas fueron vanos sus esfuerzos. En tal conflicto tomaron las autoridades las mas sérias providencias, logrando, aunque penosamente, retirar el venerable cadáver y cerrarlo en la sacristía, haciendo correr la voz de que se aplazaba el entierro para el dia siguiente. Como era tan avanzada la noche no fué difícil persuadirlo á la mayoría del concurso, con cuya creencia, ayudando la autoridad, empezó á despejarse la iglesia. Temiendo sin duda lo que iba á suceder, no faltaron muchas personas que se resistieron tenazmente á marcharse. Hallábase entre ellas Francisca Diaz, con una hija suya de trece años llamada Juan Perez, que largo tiempo habia estaba totalmente sorda, tanto que en la vecindad no era conocida por otro nombre que por el de Sordita; y preguntando á la madre el motivo de tan porfida resistencia, «hace ocho ó nueve años que tengo sorda á esta niña, contestó, y espero sequen de la sacristía al señor Arzobispo par

que aplique los oídos á sus manos, pues confío que oirá.» Viendo abierta ya la sepultura, arrojóse ante ella pidiendo al Señor la salud de su hija por la intercesion del venerable prelado. Rogó despues con gran instancia la permitiesen entrar en la sacristia para que su hija tocase al cadáver, lo que oido por Juan de Soria, uno de los que la impelian á salir del templo, «ya que tanta devocion teneis, la dijo, tomad esta parte de su escapulario, y aplicadlo á los oídos de la niña.» Practicando el consejo tomó Francisca la reliquia, y santiguó con ella tres veces á la niña diciendo: Jesucristo nació, Jesucristo murió, Jesucristo resucitó; y así como estas palabras son verdaderas, y este santo varon está en el paraíso, así nuestro Señor muestre este milagro que oiga esta muchacha; y sin mas diligencia, en el acto oyó perfectamente. Bastante despejada ya la iglesia, reunióse el clero en la sacristia, y revistiendo de nuevo el casi desnudo cadáver del Arzobispo, cantaron á continuacion el Oficio de sepultura, y abierta esta en la capilla mayor al lado del Evangelio, acordaron enterarlo, temiendo las pasadas escenas si se dejaba para el dia siguiente: y en efecto, así lo hicieron, reclamando el honor de llevarlo á la sepultura y colocarlo en ella sus desolados hermanos los monjes gerónimos, acompañando el fúnebre acto los sollozos y lágrimas de los circunstantes.

Ignorante de lo ocurrido, acudió en tropel

muy temprano á la catedral el concurso del día anterior, y no satisfechas con las ~~diversas~~ veraciones que se hacian de estar sepultado el Arzobispo, penetraron las gentes en todos los ámbitos del templo, buscando en vano el objeto de su amor y veneracion. Persuadidas de la verdad, despues de lamentar la premura con que habia sido sepultado, pretendieron nada menos que desenterrar el cadáver por tenerlo á la vista para su consuelo; y lo verificaran, á no haber alejado del sepulcro á aquellas afligidas gentes, y puesto despues centinelas en él. A espensas del cabildo y de los amigos y admiradores del ilustre difunto, hiciéronsele por nueve dias solemnissimas exequias, siendo de pontifical las del primer dia con asistencia de dos Obispos, y celebrando en los demás los dignidades de la catedral, predicándose en todos ellos las admirables virtudes de este gran siervo de Dios. Hechos son todos estos que acreditan altamente la justa fama de santidad que gozara nuestro héroe, fama que se acrecentó con las maravillas que Dios obró despues por su intercesion, segun luego se dirá. Siendo tan propia del asunto de que se trata la carta de pésame que con motivo de la muerte de nuestro Arzobispo, dirijiera al Sr. Conde de Tendilla el Prior de la catedral de Granada, Pedro Martir de Angleria, citado algunas veces, terminaremos con ella este capítulo, trasladándola del latin.

• ¡O Dios! Pienso que está enojado con nos-

otros el Altísimo, que ha arrebatado de la tierra un tan grande varon: murió Hernando de Talavera, primer Arzobispo de Granada, por quien se recuperó del poder de los moros el reino granadino. ¡Murió! Este vaso precioso se quebró: perdonen los prelados que sobreviven; con su anuencia séame permitido decir: murió, ó á lo menos se minoró en el mundo sublunar el mas penetrante ojo de caridad entre los Pontífices. La luz clara de prudencia se estinguió, y tuvimos antes noticia de que habia muerto, que de encontrarse enfermo. ¿Repentina fué su muerte, dices? Repentino se puede decir cuanto acontece en un octogenario, á quien yo habia escrito poco antes, creyendo que gozaba de buena salud. Me causa pena, dolor é indecible afliccion el habernos quitado del medio varon tan excelente, cuya virtud y ardiente fe superan todo humano ingenio. Era en mi concepto cual Dios quiere y desea, sin mancilla, sin códicia del oro y sin tesoros amontonados. Vivió siempre tan pródigo con los pobres, que consta no haber guardado jamás cosa ninguna para sí con que pudiera comprar viandas para un mes, si la necesidad apurase. Pero ¡qué viandas y cuántas! se contentaba con un plato de carnero, vino suave mezclado con agua, y pan comun: á ninguno de sus parientes dió jamás otra cosa que el sustento. No quiero, decia, quitar á los pobres su porcion. ¡Ay, pues, de los desgraciados! ¡Ay de las viudas y de los huérfanos! ¿Qué asilo

queda á los desamparados? ¿Qué esperanza de socorro? Veo que con su muerte ha sido quitada la mitad de tu alma, pues érais, si puede ser, una sola alma en dos cuerpos. Entre las amistades raras en el mundo y dignas igualmente de mencion. conozco que no has perdido una débil parte de tu cuerpo: mas si comparases tu dabo con su provecho, llevarás tu pérdida con resignacion. Si, pues, yo quisiera darte consuelo, si pretendiese argumentar que nació para morir, si intentase defender que comenzó á morir desde el instante en que nació, y que aquella sustancia compuesta de diversas habia de volver necesariamente á sus principios, yo, enfermo agricultor, presumiria propinar medicamentos á Esculapio. Porque recuerdo dos (cartas) consolatorias, elaboradas en otro tiempo en tu oficina, aunque en lenguaje pátrio, sobre la muerte de tu hermano Santiago Hurtado, Cardenal, que era tenido por la mas firme esperanza de vuestra familia. Pero entonces, principalmente cuando tú, á quien por interesar mas necesitabas de mayor consuelo, reuniste para Mencía, hermana carnal de ambos, lo que ni el mismo Apolo, ó cualquiera de los jóvenes hubiera pedido hacer mas copiosamente. Baste lo dicho, no sea que, recordándolo de nuevo, se escile acaso el sentimiento adormecido.

•A Dios: en la villa de Hornillos á 31 de mayo de 1507. •

CAPITULO XXVI.

*Prodigios que se cree haber obrado Dios por la interce-
cion de Don Fray Hernando de Talavera despues de
sepultado.*

La vida de nuestro Hernando de Talavera
fue un continuo prodigio. «Para mí estoy cierto,
dice Alonso Fernandez de Madrid, que por este
relato hizo Dios Nuestro Señor muchos mila-
ros, y tanto mayores quanto menos usados:
porque si solemos llamar milagros unas cosas
nuevas y fuera de costumbre y orden comun,
porque de tales cosas nos maravillamos, no sé
lo qué mas milagros queremos que saber cierto
que aun visto en nuestros tiempos un hombre
cuya vida, conversacion y muerte haya sido tan
fuera de costumbre y orden comun de todos los
demás hombres deste tiempo. ¿Qué cosa mas de-
maravillar que ver tanto recojimiento y hones-
tidad en tiempo de tanta disolucion y soltura, y
en tiempo de tanta ambicion tan profunda hu-
mildad? ¿Qué cosa mas nueva que ver un prelado
que pudiera vivir muy á su placer, como hacen
los otros, vivir en tanta aspereza, en tanta absti-
nencia, en tantos trabajos, tan enemigo de todos
los regalos y delicadezas? ¿Qué cosa mas digna
de maravillarnos que en tiempo en que con difi-

cultad se hallaba un buen ejemplo sobre la tierra, ver en un hombre tantas y tan manifiestas obras de caridad como habemos dicho? Yo por gran milagro tengo, que cuando los otros por la mayor parte, hablando sin perjuicio, sirven á la avaricia y contienen gran ganancia en el acrecentamiento de sus rentas, se halle uno tan libre de estos pensamientos y tan liberal con los pobres, que gastadas sus rentas, venda en vida la hacienda de su casa para dársela. Milagro es ver un hombre de tanta edad en ejercicios tan laboriosos en las cosas pontificales y eclesiásticas, paciencia tan grande en las tribulaciones y persecuciones tan injustas, perseverancia tan continua en la virtud y caridad hasta la muerte, siendo esta tan quieta y sosegada que no hubiese muestra ni sentimiento de dolor, y ver cuántos por su doctrina y ejemplo se convirtieron de los vicios á las virtudes. Estos, á la verdad, son milagros eficaces y mas útiles á los fieles, de que habíamos de hacer mas caudal, que sanar los contrahechos corporalmente; mas ni aun esto faltó en su muerte.»

En efecto, queriendo el Todopoderoso dar mayor estension á la gloria de los relevantes méritos de nuestro Arzobispo, obró por su intercesion despues de su muerte grandes portentos, á fin de que fuese mas glorificada su memoria. Además de los referidos anteriormente, constan otros muchos en los procesos formados en la ciudad de Granada. Notables son las palabras con

que se encabezan estos, mas solo pondré las de dos de ellos, por ser una confirmacion de lo que nos refiere Alonso Fernandez de Madrid. El primero, hecho ante Juan Portillo, alcalde mayor de dicha ciudad, dice así. • Por quanto á todos es notorio que el reverendísimo señor D. Fr. Hernando de Talavera, primer Arzobispo de Granada, pasó de esta miserable vida á la perdurable; porque de tal vida y de tanta doctrina y ejemplo así se ha de creer, como nuestro Señor da testimonio por las maravillas que en prueba de su santidad, perfecta vida y loable fin empieza á obrar; y que como quiera que en prueba de su santidad no eran menester mas milagros que ver su vida llena de caridad, fe y esperanza, y mucha humildad é infinita paciencia y sufrimiento en las adversidades, llena de limosnas largas y abundantes, y otras virtudes que á todos son manifiestas, y que serian largas de escribir; y porque las dichas maravillas que nuestro Señor en prueba de su santidad empieza obrar á todos sean manifiestas y notorias, y de perpétua memoria; y para que los que después vendrán alaben á nuestro Señor en este santo, y le tengan aquel acatamiento y reverencia que su virtuosa vida mereció, pedia y veria mandase tomar por testimonio ante el público los milagros que nuestro Señor hacia, y esperaba que de aquí adelante, etc., etc. • El proceso hecho de orden del do empieza así.

que porque si así era, es mucha razón que tome por fe y testimonio para que cuando menester salga á luz, para que nuestro sea glorificado y alabado, que así obrar maravillosas por sus siervos; y por el santo varón, viviendo en este mundo para sí cosa ninguna del, después de su muerte sea en él reverenciado, estimado y por su siervo suyo tenido, etc., etc.»

Lo prodigios que, además de los que se cuentan en los capítulos 21 y 25, constan en otros procesos, son los siguientes.

Hallándose Teresa Muñoz, su mujer, en la catedral la noche del entierro del Arzobispo, fué Guzman por ella, siendo uno de los que abrieron paso al zapatero Medina para aproximarse al venerable cadaver; mas no presenció el prodigio, pues salió antes en compañía de su mujer, con tanta repugnancia de esta que vino riñendo hasta su casa. Cenando estaban en ella cuando oyeron repicar las campanas de la catedral, y sabiendo era por hacer Dios milagros á la invocacion del difunto Arzobispo, riñó de nuevo Teresa á su marido por haberla traído de la iglesia, y sin mas dilacion encamináronse ambos á ella. Completamente sano regresaba Medina seguido de multitud de personas, y viendo á Guzman: «Vos habeis sido la causa de que yo haya sanado de mi mano, le dice, pues me hicisteis camino para llegar al Sr. Arzobispo: le toqué, y he sanado.—Gracias á Dios, responde Guzman: si yo lo supiera tambien tocára en él, pues tanta necesidad tengo de ello como vos.» Hallándose ya el cadáver en la sacristia cuando llegó con su mujer á la catedral: «Volveremos mañana, dice Guzman, que si milagros ha hecho esta noche, milagros hará mañana y otros dias.» Acudieron en efecto ambos al amanecer, y sabiendo estaba ya enterrado el Arzobispo, acércase Guzman á la sepultura, aplica tierra de ella á la mano lisiada, y sintiendo ardor en ella, sana perfectamente en el acto. Visitándole la noche inmediata dos ecle-

siásticos, llamado uno Mendoza, familiar del difunto, y Giron el otro, contóles el milagro obrado en su persona por la intercesion de Don Fray Hernando de Talavera, añadiendo: «Tengo tanta fe en él, que voy á echar en agua esta tierra de su sepultura para frotarme esta pierna, en la que tengo hace mas de nueve años unos tumores casi del tamaño de medio huevo, y no me puedo armar grebas (1), pues una mosca que se me ponga encima me ocasiona dolor;» y dicho esto mostróles la pierna, «Mas te daremos nosotros, contestan los clérigos, toma este pedazo de hábito del mismo, y ponlo juntamente. «Ejecutándolo como habia pensado, y aplicando tambien esta reliquia, tuvo Guzman el consuelo de que cesaran los dolores en la misma noche, y desaparecieran los tumores.

Isabel Olivares, viuda de Anton Jufre, llevaba dos meses sin descanso ni sueño, por sentir tan agudos dolores en los ojos que la tenian en continuo grito, y para colmo de su desgracia perdió la vista, por habersele puesto blancas las pupilas, no conociendo á nadie sino por el habla. Sumamente afligida hallábase un dia en casa de su hermano Fernando, escribano público de Granada, cuando su cuñada la dice: «Vamos á visitar el santo cuerpo del Sr. Arz-

(1) Pieza de armadura antigua que cubria la pierna desde la rodilla hasta la garganta del pie.

bispo, que Dios querrá sanarte.—Hermana, responde Isabel, no me hallo digna ni merecedora de llegar á su santo sepulcro.—Andad allá, dice la cuñada, que de los pecadores se sirve Dios.» Tomando luego ambas sus mantos encaminanse á la catedral, y al entrar en ella, «vamos, dice la ciega, á aquel santo sepulcro, pues parece no se siente ahora tanta gente que nos vea.» Aproximáronse en efecto, é hincadas de rodillas rezaron un Padre nuestro y Ave María, añadiendo la ciega: «Señor Arzobispo, suplico á vuestra santidad que rogueis á nuestro Señor me dé salud en estos ojos, siquiera por el amor que me tuvisteis en este mundo. Puso despues Isabel la cabeza sobre la sepultura, y fro-tándose con su tierra los ojos cesaron los dolores que tanto la atormentaban, y recobró la vista, conociendo en el acto á los circunstantes.

Alvaro Sepúlveda, acólito de la catedral, hijo de Francisco y de Inés Ribera, hallábase acometido de la epidemia de landres, con dos secas muy malignas, una en las tripas y otra en una pierna, un carbunco en el pecho, y calentura. Viéndose en tan inminente peligro se confesó, y sangrándole despues sobrevino tal vómito, que el facultativo afirmó moriria, por no salvarse ningun enfermo con tal accidente. Perdió luego el conocimiento y habla, lo que advertido por su afligida madre, púsole al cuello un guante y parte del escapulario de nuestro Arzobispo, y al punto cesó la calentura, habló,

conoció y aun comió el enfermo, sanando poco despues completamente.

Padeciendo la misma Inés Ribera unas secas en la garganta que parecian ahogarla, otras en los oidos sumamente molestas, tumores muy considerables en la frente y cuello, y por último calentura, aplicóse las reliquias que tenia del Arzobispo, y sintiéndose algun tanto aliviada, se encamino á la catedral, y postrada ante el sepulcro del mismo rezó el Ave María, añadiendo: «Santo de Dios, suplicote me ayudes en mi dolencia, y me perdone que no vengo con tanta limpieza y tanta fe como debia.» Frotándose luego los oidos, frente y garganta con la tierra del sepulcro se halló sana, con asombro de los circunstantes.

Juan de Arsilla, vecino de Alhama, hallábase en la imposibilidad de mover un brazo por los vehementes dolores que sentia en el hombro. Confiado en la intercesion de Fr. Hernando de Talavera visitó su sepulcro, diciendo postrado ante él: «Señor, os ruego pidais á Dios que me sane el dolor que tengo en el brazo, que yo siempre creí que érais santo: yo prometo confesarme y enmendar mi vida.» Añadió á la súplica un Padre nuestro y Ave María, y sintiendo alivio, pidió á Lope de Rueda, camarero del siervo de Dios, alguna reliquia suya, y dándole un pedazo de escapulario y otro de cilicio, le aplicó el paciente al hombro dolorido, y al punto cesó por completo el padecimiento.

Refiriendo Arsilla el prodigio á Gonzalo de Arce, «alabado sea Dios,» exclamó éste, añadiendo despues: «Si este señor es santo, no hay otra cosa que se parezca mas, que llevando una parte de tierra de su sepulcro luego se volverá blanca.» Tomóla en efecto, y envolviéndola en un papel blanquisimo, partióse para Alhama en compañía de Gonzalo de Arsilla, y cuando al llegar al pueblo desenvolvieron la tierra, halláronla tan blanca que en nada se distinguia del papel. Sabido el prodigio, arrebatáronse de modo que apenas le quedó grano alguno.

Huyendo de la epidemia referida partió para la villa de Cambil Gregorio Gutierrez, racionero de Granada, acompañado de sus hermanos Cristóbal y Alejo, llevando consigo reliquias de la túnica y cabellos del Arzobispo, y tierra de su sepulcro. Al llegar á la villa hallaron á dos sobrinos suyos, hijos de Diego Bustamante, acometidos de calenturas malignas, y aplicándoles las reliquias del venerable prelado, desaparecieron aquellas completamente.

Divulgada por el pueblo la noticia en ocasion de hallarse casi á la muerte una niña de Jorge Rodriguez, carpintero de oficio, pidió la madre de éste dichas reliquias, y aplicándoselas á la niña, sanó en el acto: con la particularidad de que cuantas veces se la preguntaba quién la habia curado, señalaba con el dedito á las reliquias, pues aún no sabia hablar.

Francisca Diaz, mujer de Pedro Perez de

Baena, fué atacada de la epidemia de landres, produciéndola tres tumores en ambas ingles, y sobreviniendo un mal parto con dos criaturas, hallóse á las puertas de la muerte. Acudió en su congoja á la intercesion de nuestro Hernando de Talavera, y poniéndose al cuello reliquias suyas logró salud, cuando morian la mayor parte.

Acometida de la epidemia, con calentura además, una niña hijastra suya, de edad de siete años, llamada Maria, no creyéndola de gravedad quiso levantarla Francisca por la mañana, mas notando al vestirla que no podia sostenerse en pié por tener un tumor en la ingle, despidiendo notable ardor, la acostó de nuevo. Llena de confianza en nuestro Arzobispo, que habia sanado á su madre de la propia dolencia, y á Juana Perez su hermana de la sordera, dijo la niña á su madrastra: «Señora, ponedme las reliquias del Sr. Arzobispo, y seré sana.» Púso-selas en efecto entre la faja y camisa, y fuese Francisca á un Viático que salia de la parroquia de San José, y al regreso vió á la niña levantada, buena y sana.

Acometida tambien de la misma epidemia una cuñada de Francisca, llamada como ella, mas de apellido Escobar, vecina de la Alcazaba, y hallándose de mucha gravedad, pidió á su cuñada las reliquias que tenia del Arzobispo, y aplicándose las quedó profundamente dormida, lo que no habia conseguido en las dos noches

anteriores por lo grave de la dolencia, empezando al punto á sudar con un hedor intolerable; mas sintióse tan buena al despertar, que se levantó gritando: «Hermanas, hermanas, venid acá, que ya estoy sana.» Entraron en efecto, y viendo el prodigio, dieron todas rendidas gracias al Todopoderoso (1).

A vista de las maravillas que Dios obraba en su familia por la intercesion de Hernando de Talavera, no es extraño acudiese á él Francisca Diaz en todas sus aflicciones. Habiendo perdido en una ocasion la cantidad de dinero destinada para el gasto de su vendimia, y buscándola en vano todo un dia, postróse al fin de rodillas, exclamando bañada en lágrimas: «Amigo mio, señor Arzobispo, rogad á mi Señor Jesucristo que me depare este dinero.» Empezó luego á rezar algunos Padre nuestros y Ave Marias, y la ocurrió en tanto registrar un armario donde únicamente solia poner comestibles, y vió con sorpresa la cantidad que buscaba.

Lucía Rodriguez, vecina de Granada, llevaba mas de cuatro meses lisiada y coja de la pierna derecha, andando siempre apoyada en muletas, y visitando el sepulcro del Arzobispo al dia siguiente de su muerte, oró en él por espacio de

(1) Refiérese en los procesos, que en una grave enfermedad recibió el marido de esta Francisca Escobar una considerable limosna de mano de nuestro venerable Arzobispo.

dos horas, y al fin de ellas levantóse buena y sana, dejando allí las muletas.

Don Alonso de Campos, maestro en artes y Teología, contrajo en Sevilla unas calenturas malignas, y al cuarto dia, hallándose postrado en cama en lo mas fuerte de la fiebre, encomendóse á Don Fray Hernando de Talavera, pidiendo al propio tiempo un pedacito de su roquete, que poseia como preciosa reliquia, y apretándolo en la mano le sobrevino un copioso sudor, y cuando cesó hallóse sin dolencia alguna.

Viajando el mismo á Granada, hospedóse una noche junto al rio de las Yeguas, y sobreviniéndole una gran calentura con frio muy intenso, encomendóse de nuevo á nuestro venerable prelado, repitiendo muchas veces: *Archiepiscopo sancte, ora pro me;* y á la mañana se halló completamente bueno.

Elvira Morales padecia una gran llaga en el hombro derecho, que la tenia comida la carne, y un tumor en la rodilla del tamaño de un gran puño. Llena de confianza en la intercesion de Don Fr. Hernando de Talavera, fue á visitar su sepulcro para pedir la salud; mas no pudiendo aproximarse por la multitud de gente que le rodeaba, rogó á Juan Briceño, uno de los que custodiaban la sepultura para impedir la exhumacion que se temia, la permitiese aproximarse. Conseguido esto tomó tierra del sepulcro, y mezclándola con agua en su casa aplicóse este lodo á las llagas, y sanó perfectamente.

Brígida Martínez, vecina de Granada, teniendo impedido un brazo, visitó por tres días el sepulcro del Arzobispo, y en el último logró completa salud.

Condujeron dos hombres en brazos, á uno que llevaba largo tiempo muy enfermo en cama, y colocándolo sobre la sepultura del venerable prelado, estuvo orando por algun tiempo, y luego se levantó por sí solo bueno y sano, alabando á Dios por tan señalado favor.

Al contacto de la tierra del mismo sepulcro, un tejedor de Granada, tullido de pies y brazos, recobró el uso de sus miembros, siendo tal su alegría, que no dejaba de correr y saltar delante de todos.

Un niño de cinco años, que solo podia andar de rodillas, teniendo además cortados los dedos de los pies, fué llevado á la sepultura del Arzobispo, y habiéndole frotado con la tierra de ella, sanó perfectamente.

Acercóse á la misma sepultura un pobre llamado Roque, que no podia andar sino con muletas, y á poco rato retiróse sin ellas.

Un año llevaba un negro padeciendo de los riñones, efecto de una caída, y visitando el sepulcro de Don Fray Hernando de Talavera vióse libre de su dolencia.

Habiendo caído en una ocasion Juan Navarro, quebróse por tres partes la pierna izquierda. Apoyado en muletas pedia limosna, y cayendo con frecuencia era preciso levantarle, pues solo

con grandísima trabajo pudo escapar por á alguna vez. Cuatro años llevaba en un temorable estado, y oviendo las maravillas que Dios obraba por la intercesion de Arzobispo de Granada, determino visitar su sepulcro. Fue en efecto, y aplacando la orra de él se le curó la enfermedad sanó completamente, y enrriando e los ar-
 constantes mitad deora, como Dios y el Señor Arzobispo ha en milagros »

Francisco Larrua vecino de Bunnora de Huelva afirma con juramento al hacerse las informaciones sobre las virtudes y milagros de Don Fray Hernando de Talavera, que navegando él la víspera de la Natividad de San Juan Bautista año de 1507, en compañía de cincoenta á sesenta buques en direccion á Calicut de las Indias, delante de las del Rey de Portugal, quedó tan rezagado el navio que le conducia, que no fue posible andar, ni seguir á los otros, sobrevolando además tan fuerte borrasca, que velas mástil y velas estuvieron á pique de peyora. En tal conflicto vieron atravesar de proa á popa una como candela, y que un viajero castellano llevaba repetidas veces un papel que tenía en las manos. Como se creían perdidos llevaban amargamente, mas el castellano con mayores ostomas Preguntándole qué contenia el papel «lengo aqui tierra del sepulcro del Arzobispo de Granada, á quien conocí, contestó: hace un mes que murió, le vi enterrar, tomé esta tierra y me he encomendado á él.» Mostrán-

dola á los circunstantes se advirtió exhalaba un olor mas suave y grato que todos los aromas del mundo, mas no quiso dar parte alguna por mas instancias que le hicieron. Mientras esto pasaba cesó totalmente la borrasca, empezando á bogar con tan asombrosa velocidad que dejó muy atrás á los otros buques, aunque habian avanzado mas de cincuenta leguas. Todos se maravillaron del suceso, atribuyéndolo á la intercesion del venerable Arzobispo.

Resta decir por conclusion de la vida de nuestro amantísimo D. Fray Hernando de Talavera, que construida nueva catedral en Granada y cedida la antigua á la Orden de S. Francisco, se trasladó á aquella con gran solemnidad el cadáver del venerable Arzobispo el 18 de diciembre de 1517, siendo depositado en la capilla del Sagrario, al lado del Evangelio, en un sepulcro de piedra, elevado dos varas de la tierra, construido á espensas del Conde de Tendilla, Don Iñigo Lopez de Mendoza, su íntimo amigo, con el epitafio siguiente:

*Reverendissimo et sapientissimo
Vita et moribus integerrimo, ac probatissimo
D. D. Fratri Ferdinando de Talavera,
Protoarchiepiscopo Granatensi,
Amicus, amico posuit.
Obiit Granatæ XIV die, mensis Maii,
anno M. D. VII.*

Al terminar esta biografía, no puede menos de reclamar su autor alguna indulgencia y consideracion para su obra, por no ser esta digna del héroe de ella, ni de los muchos apasionados del siervo de Dios, que tanto le han animado á darla á la prensa. En vano se ha procurado cometer la empresa á plumas aventajadas. Como fue tan humilde nuestro Hernando, que segun Sigüenza, «en género de humillarse no se halló ninguno que le igualase,» aun en esto sin duda ha querido ser humilde. Esforcémonos, pues, á imitarle en esta y en todas las demás virtudes que tanto le enaltecieron, y pidamos al Señor, á quien tan fielmente sirvió, se digne mover los corazones de los fieles para que se promueva la causa de su beatificacion y canonizacion, y llegue el venturoso dia en que le veamos en los altares, y tenga nuestra pátria un protector mas á quien implorar en las azarosas circunstancias por las cuales estamos atravesando.

GLOSA SOBRE EL AVE MARIA

COMPUESTA

por Don Fray Hernando de Talavera, primer Arzobispo de Granada (1).

Invocacion.

O suma de nuestros bienes,
 Y de todos nuestros males
 Finiquito;
 O Virgen, que al Virgen tienes
 Apretado y en pañales,
 Tu Hijo, y de Dios, chiquito;
 O nuestra torre mas alta,
 Donde la gracia y verdad
 Nunca mengua:
 Pues sabes que esta me falta,
 Vos, Señora, la alcanzad,
 Porque os alabe mi lengua.

Ave.

O disculpa original
 Donde la gracia se estrena,

(1) Insertóla el P. Sigüenza al fin de la vida del Arzobispo.

Dios te salve,
 Pues te hizo toda tal
 Tan del todo toda buena,
 Que ningun mal no te malve.
 Dios te salve, y de dolor
 Nunca cubra el rostro tuyo
 Triste velo:
 El divino resplandor
 A ti hizo centro suyo
 Donde miró desde el cielo.

Maria.

O mar amarga y salada
 Cuya sal saló la carne
 Corrompida,
 Cuya mirra aheleada
 No sufre que se descarne
 La carne convalescida.
 O mar nunca peligrosa,
 Sino á quien no te navega
 De cobarde:
 O medicina sabrosa,
 La salud del que te ruega
 No puede ser que se tarde.

Gratia.

Que tus gracias y donaires
 Sanan la rãbia muy fiera
 Del pecado,
 Con aquellos frescos aires
 Que corren por tu ribera

Y reposan en tu vado.
 Lustre de las gracias todas
 Es el sentido jocundo
 De tu voz,
 Que contrajo tales bodas,
 Que te dan lugar segundo
 En el palacio de Dios.

Plena.

Donde pariste sin pena,
 Sin dolor y sin presura,
 Mal ni daño,
 Porque fuiste Virgen llena
 Por una buena ventura,
 Sin lesion y sin engaño,
 Llena de la inmensidad
 De aquel Dios inmensurable,
 Dios de Dios;
 Llena de la suavidad
 Del Verbo eterno inefable
 De quien fué San Juan la voz.

Dominus.

Aquel Señor que David
 Ser su Señor confesó,
 No de sí,
 Por el cual venció la lid,
 Por el cual solo reinó,
 Por él solo y no por sí.
 El Señor, que hace escoria
 Los consejos de las gentes

Cuando esceden,
Aquel gran Rey de la gloria,
Contra quien los mas potentes
Menos pudieron y pueden.

Tecum.

Porque solo amor le doma,
Con esta dulce porfia
Llama á ti:
Ven ya, ven, la mi paloma,
Ven ya, ven, amiga mia,
Ven ya, ven, hermana á mí,
Ven ya, ven, fuente sellada,
Ven ya, ven, huerta ceñida,
Ven ya, ven,
Ven ya, ven, Virgen preñada,
Ven ya, ven, Virgen parida,
Reina de Jerusalén.

Benedicta.

Siempre bendita del Padre,
Siempre del divino Amor
Muy querida,
Del Hijo para su Madre
Por la mayor y mejor
Ab eterno prevenida.
Todas las generaciones
Siempre bienaventurada
Te dirán,
Que de los divinos dones

Ni sube ni sobra nada
Sobre los que á ti se dan.

Tu.

Tú la fuerza y la virtud,
Tú la belleza y la gracia
De la ley,
Tú la vida y la salud,
Tú la sala do se espacia
La gran majestad del Rey.
Tú le tienes; tú le das
A quien quieres y te place
Sin cohecho.
Pues ¿qué quieres, Virgen, mas
Que quien servicio-te hace
A Dios piensa que le ha hecho?

In mulieribus.

O gloria de las mujeres,
Ya por ti el Cervero triste
No les ladre,
Porque tú la Virgen eres,
Virgen despues que pariste
Hombre y Dios tu Hijo y padre.
O muger toda perfecta
¿Cómo abarcara mi voz
Tu renombre?
Que es verdad, aunque secreta,
Que heciste al hombre Dios,
Y á Dios le heciste hombre.

Et benedictus.

Glorificado y bendito,
 Alabado y ensalzado
 Siempre sea
 Nuestro gran Dios infinito,
 De tus manos abarcado,
 Vestido de tu librea.
 El cielo y toda su corte
 Gracias y gloria le den
 Sin medida
 A este divino norte,
 En el cual solo se ven
 Las horas de nuestra vida.

Fructus.

En este fruto nos das,
 Abrazadas en concordia
 Y amicitia,
 A la verdad y á la paz
 Obrando misericordia
 Sin agraviar la justicia.
 Que ya Dios no quiere guerra,
 Ya se nos muestra amoroso
 Y muy benigno,
 Porque dió fruto la tierra,
 Sabroso, dulce, oloroso
 En un nuevo pan y vino.

Ventris.

O tierra nunca maldita,

Vientre bienaventurado
 De María,
 Por quien tanto mal se quita.
 Por quien tanto bien se ha dado
 A quien tanto mal tenia.
 Vos sois vientre consagrado,
 La tierra de promision
 De Israel,
 La que mana de su grado
 Por divina bendicion
 Blanca leche, dulce miel.

Tui.

O Virgen, tuya es la caja
 Donde Dios dobló los velos
 De su rima.
 El licor de tu almarraja (1)
 Llenos tiene ya los cielos
 Y aun rebosa por encima.
 Secretos del vientre tuyo,
 Al serafin que mas sabe
 Mas se encubren;
 Que en él hizo el nido suyo,
 Y el corto manto en que cabe
 A quien mil mundos no cubren.

Jesus.

Toda carne y corazon

(1) *Almarraja*, palabra morisca: significa una redoma de vidrio con agujero á propósito para rociar.

El sacrosanto Jesú
 Desdeñó:
 Mas tu limpia Concepcion
 Al primero huchuhú (1)
 Por las pihuelas asíó.
 Con gran gana se abatió
 Y se sentó sin pereza
 En tu humildad,
 Porque lo engolosinó
 El cebo de tu pureza
 Con olor de suavidad.

Sancta.

Santa nunca mancillada;
 Porque dende aquella luz
 De eterno dia
 Fuiste pieza señalada
 Para ser rico capuz
 De que Dios se vestiria:
 El cual se vistió de ti
 Todas las naturas hartas
 De socorros)
 Con aquel tu carmesí,
 Al cual las divinas martas
 Se juntaron por aforros (2).

(1) Voz de los cazadores de cetrería para animar á los halcones y neblies, á los cuales se refiere la alegoría de esta estrofa.

Alm n al manto real, esteriormente de púrpura ó simboliza el rubor y la humildad, y forrado de martas y armiños, símbolo de la pureza.

Maria.

O mar, por do navegó
 Hecho Dios mercadería,
 Y el amor,
 Mercader que le trocó,
 Dejándote cual solía
 Por un hombre sin favor.
 O por do si navegan
 Los que quieren ir al cielo
 Van sin guerra.
 O mar do todos se anegan
 Los que toman por consuelo
 Desembarcar en la tierra.

Mater.

O arbol, delante quien
 La fruta mas sana y buena
 Causa tos.
 No demandes ya mas bien,
 Pues todos á boca llena
 Te llaman Madre de Dios.
 Y aun cantan lo que mereces
 Las estrellas que llamamos
 Matutinas.
 Nuestras tierras enriqueces
 Con las flores de tus ramas,
 Que llevan frutas divinas,

Dei.

El que en todo Dios se espacia

Y en la inmensidad del Padre
 Su escondrijo,
 Te pide, Virgen de gracia,
 Que te plega ser su Madre,
 Que él desea ser tu Hijo.
 O princesa soberana,
 No basta que tal riqueza
 Se te entregue,
 Sino que con tanta gana
 Aquella divina alteza
 Te lo pide y te lo ruegue.

Ora.

Ruégale, pues te rogó,
 Y es tu Hijo, y tanto privas
 Ya con Él,
 Estas almas que formó
 Que queden salvas y vivas
 Despues de juzgadas dél.
 No prosiga la sentencia
 Por el rigor de justicia.
 Mas pregone
 Misericordia y clemencia
 Antes que nuestra malicia
 Sus enojos mas encone.

Pro nobis.

Por nosotros, que ya estamos
 Abogados en los dulzores
 De pecados,
 Por nosotros imploramos

No nos dejen tu favores
 Al mejor tiempo olvidados.
 Por nosotros, que no vemos,
 Porque los grandes delitos
 Nos cegaron.
 Que las sillas heredemos
 De los ángeles malditos
 De que no se contentaron.

Peccatoribus.

Esclavos de mil pecados
 Nos dejó hechos Adan
 En sus lomos;
 Mas ya por ti libertados,
 Del Rey y su mesa y pan
 Mantenidos, Virgen, somos
 Esclavos de nuestras obras,
 En que ya nos reveemos
 Siempre malas,
 Si tú, Virgen, no nos cobras
 Gracia para que volemos
 A la sombra de tus alas.

. *Amen.*

Dí, Virgen, amen, amen,
 Y pues tanto nos amaste,
 No nos dejes:
 Pues que nuestro Sumo Bien
 Contigo nos le acercaste,
 Nunca ya te nos alejes.

O tregua de nuestra paz,
Manda luego apaciguar
Mis temores,
Vaya yo donde tú estás,
Do mejor pueda cantar
Amen, amen, tus loores.

PROTESTACION.

Todos los elogios que se dan en este libro al Arzobispo de Granada D. Fray Hernando de Talavera, tanto los escritos por el autor como los que se han copiado de sus biógrafos, y los milagros que se refieren como hechos por él, entiendanse sometidos á las sábias decisiones y resoluciones de la Iglesia en esta materia, al tenor de los decretos del Papa Urbano VIII y sus sucesores.

ÍNDICE.

	<u>Págs.</u>
PRÓLOGO.....	5
CAPÍTULO I. <i>Pátria, nacimiento y primeros años de Hernando de Talavera....</i>	17
CAPÍTULO II. <i>Carrera literaria de Hernando en Salamanca. Ejemplar conducida siendo estudiante.....</i>	25
CAPÍTULO III. <i>Promocion de Hernando á las sagradas Ordenes. Edificante conducta siendo sacerdote secular.....</i>	31
CAPÍTULO IV. <i>Ingreso de Hernando en la Orden de San Gerónimo. Su noviciado ejemplar y profesion religiosa.....</i>	38
CAPÍTULO V. <i>Priorato de Fray Hernando de Talavera en el Monasterio de Prado de Valladolid.....</i>	45
CAPÍTULO VI. <i>Los Reyes Católicos D. Fernando y Doña Isabel elijen por su confesor á Fray Hernando de Talavera. Es nombrado visitador general de la Orden.....</i>	55
CAPÍTULO VII. <i>Envian los Reyes Católicos á Fray Hernando de Talavera por embajador al Rey de Portugal. Asiste á la profesion de la Infanta Doña Juana..</i>	71

Don Fray Hernando de Talavera es nombrado Obispo de Avila. Hace su primera predicacion publico en Avila. Por su influencia el Sumo Pontifice regresa a la Corte.....	8
CAPITULO IX. Coronacion de los Reyes la noche de Granada. Es en por su primer Arzobispo a Don Fray Hernando de Talavera. Escríbese este la santa Cruz en el portal de la Alhambra.....	1
CAPITULO X. Erreccion de la iglesia metropolitana de Granada. Don Fray Hernando de Talavera confirmado Arzobispo. Recibe el palio. Distribucion de sus rentas. Ejemplar orden de vida que establece en su casa.....	1
CAPITULO XI. Los Reyes Catolicos en Aragon. Tentativa de asesinato contra la persona del Rey. Carta de la Reina a Don Fray Hernando de Talavera con este motivo.....	1
CAPITULO XII. Restitucion de los condados de Rosellon y Cerdaña a los Reyes Catolicos. Carta del Arzobispo a la Reina con este motivo. Contestacion de Doña Isabel.....	1
CAPITULO XIII. Viva se y firme esperanza de Don Fray Hernando de Talavera...	1
CAPITULO XIV. Caridad del Arzobispo Don Fray Hernando para con Dios...	1
CAPITULO XV. Cordial devocion del Ar-	

Y en la inmensidad del Padre
 Su escondrijo,
 Te pide, Virgen de gracia,
 Que te plega ser su Madre,
 Que él desea ser tu Hijo.
 O princesa soberana,
 No basta que tal riqueza
 Se te entregue,
 Sino que con tanta gana
 Aquella divina alteza
 Te lo pide y te lo ruegue.

Ora.

Ruégale, pues te rogó,
 Y es tu Hijo, y tanto privas
 Ya con Él,
 Estas almas que formó
 Que queden salvas y vivas
 Despues de juzgadas dél.
 No prosiga la sentencia
 Por el rigor de justicia,
 Mas pregone
 Misericordia y clemencia
 Antes que nuestra malicia
 Sus enojos mas encone.

Pro nobis.

Por nosotros, que ya estamos
 Ahogados en los dulzores
 De pecados,
 Por nosotros imploramos

No nos dejen tu favores
 Al mejor tiempo olvidados.
 Por nosotros, que no vemos,
 Porque los grandes delitos
 Nos cegaron.
 Que las sillas heredemos
 De los ángeles malditos
 De que no se contentaron.

Peccatoribus.

Esclavos de mil pecados
 Nos dejó hechos Adán
 En sus lomos;
 Mas ya por ti libertados,
 Del Rey y su mesa y pan
 Mantenidos, Virgen, somos
 Esclavos de nuestras obras,
 En que ya nos reveemos
 Siempre malas,
 Si tú, Virgen, no nos cobras
 Gracia para que volemos
 A la sombra de tus alas.

. *Amen.*

Dí, Virgen, amen, amen,
 Y pues tanto nos amaste,
 No nos dejes:
 Pues que nuestro Sumo Bien
 Contigo nos le acercaste,
 Nunca ya te nos alejes.

O tregua de nuestra paz,
Manda luego apaciguar
Mis temores,
Vaya yo donde tú estás,
Do mejor pueda cantar
Amen, amen, tus loores.

PROTESTACION.

Todos los elogios que se dan en este libro al Arzobispo de Granada D. Fray Hernando de Talavera, tanto los escritos por el autor como los que se han copiado de sus biógrafos, y los milagros que se refieren como hechos por él, entiéndanse sometidos á las sábias decisiones y resoluciones de la Iglesia en esta materia, al tenor de los decretos del Papa Urbano VIII y sus sucesores.

ÍNDICE.

	<u>Págs.</u>
PRÓLOGO.....	5
CAPÍTULO I. <i>Pátria, nacimiento y primeros años de Hernando de Talavera....</i>	17
CAPÍTULO II. <i>Carrera literaria de Hernando en Salamanca. Ejemplar conduc- ta siendo estudiante.....</i>	25
CAPÍTULO III. <i>Promocion de Hernando á las sagradas Ordenes. Edificante con- ducta siendo sacerdote secular.....</i>	31
CAPÍTULO IV. <i>Ingreso de Hernando en la Orden de San Gerónimo. Su noviciado ejemplar y profesion religiosa.....</i>	38
CAPÍTULO V. <i>Priorato de Fray Hernando de Talavera en el Monasterio de Prado de Valladolid.....</i>	45
CAPÍTULO VI. <i>Los Reyes Católicos D. Fer- nando y Doña Isabel elijen por su con- fesor á Fray Hernando de Talavera. Es nombrado visitador general de la Orden.....</i>	55
CAPÍTULO VII. <i>Envian los Reyes Católicos á Fray Hernando de Talavera por em- bajador al Rey de Portugal. Asiste á la profesion de la Infanta Doña Juana..</i>	71

<i>zobispo al Santísimo Sacramento, á la Inmaculada Virgen Maria, á San José y á otros santos.....</i>	169
CAPÍTULO XVI. <i>Caridad de Don Fray Hernando para con el prójimo en cuanto á lo espiritual. Ardoroso celo por la reforma del clero.....</i>	177
CAPÍTULO XVII. <i>Caridad del Arzobispo para con el prójimo en cuanto á lo espiritual. Inflamado celo por la salvacion de los fieles seglares.....</i>	190
CAPÍTULO XVIII. <i>Celo infatigable por la conversion de moros y judios. Motin del Albaycin apaciguado por el Arzobispo.</i>	203
CAPÍTULO XIX. <i>Caridad del Arzobispo para con el prójimo en cuanto á lo temporal.</i>	217
CAPÍTULO XX. <i>Humildad profundísima de Don Fray Hernando de Talavera.....</i>	228
CAPÍTULO XXI. <i>Rígido tenor de vida del Arzobispo D. Fray Hernando de Talavera.</i>	238
CAPÍTULO XXII. <i>Persecucion suscitada contra el Arzobispo. Prision de sus parientes y familiares. Admirable plática que les dirige en esta ocasion.....</i>	248
CAPÍTULO XXIII. <i>Admirable conducta del Arzobispo durante la persecucion. Feliz término de ella. Son puestos en libertad sus parientes y familiares.....</i>	263
CAPÍTULO XXIV. <i>Última enfermedad y dichosa muerte de Don Fray Hernando de Talavera. Revelaciones de su gloria.</i>	282

1

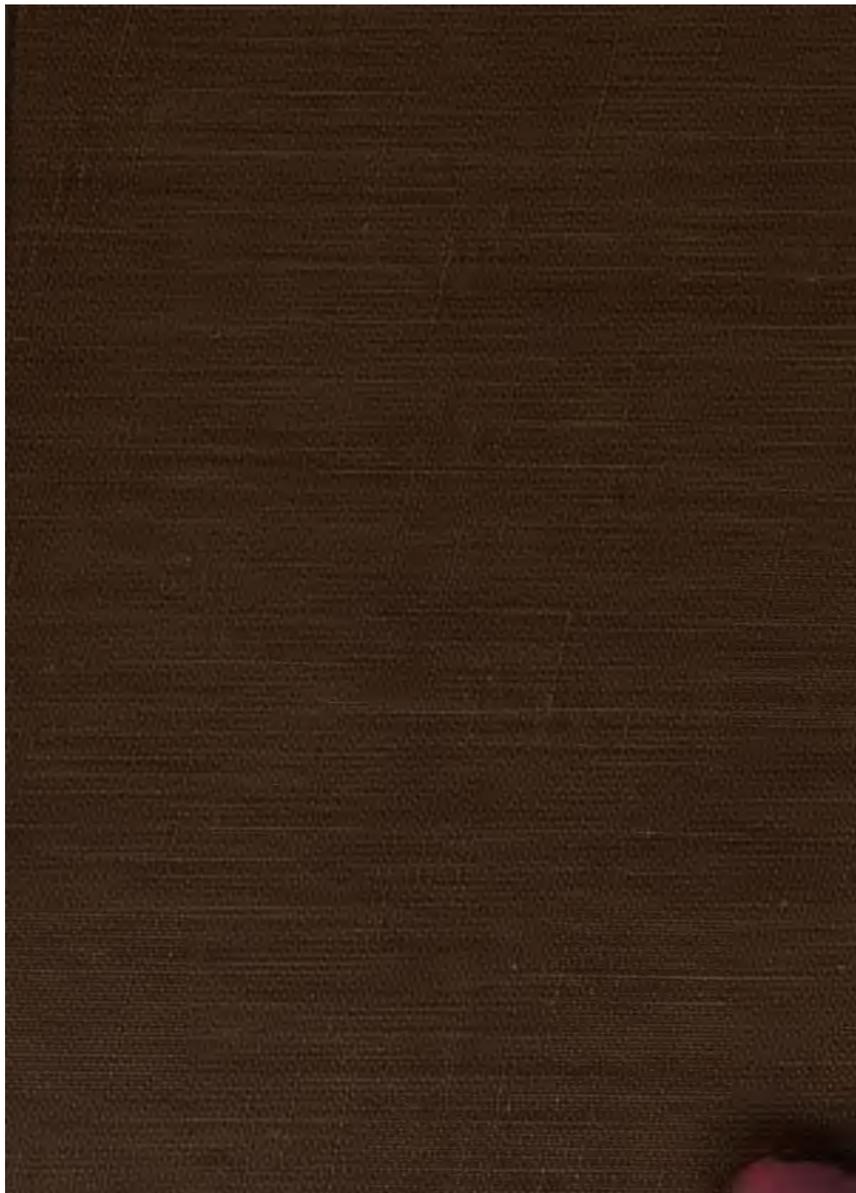
2

3

4

11/11/11





11

3 2044 055 329 833

THE BORROWER WILL BE CHARGED AN OVERDUE FEE IF THIS BOOK IS NOT RETURNED TO THE LIBRARY ON OR BEFORE THE LAST DATE STAMPED BELOW. NON-RECEIPT OF OVERDUE NOTICES DOES NOT EXEMPT THE BORROWER FROM OVERDUE FEES.

2479700
JUN 12 1989
JUN 07 1989 ILL

WIDENER
JUL 3 0 2000
SEP 4 0 2000
WIDENER
CANCELLED

